



José Ignacio Burbano

Poetas románticos y neoclásicos

Índice

La revolución romántica y la restauración neo-clásica

Rafael Carvajal (1818-1881)

Nota biográfica

Selecciones

Himno a la libertad

Gratitud

Un recuerdo

A una poetisa

Una esperanza

Impresión a la vista del mar

A Dios

La musa mensajera

Gabriel García Moreno (1821-1875)

Nota biográfica

Selecciones

A la patria

A la memoria de Rocafuerte

Epitafio

A Fabio

Miguel Riofrío (1822-1880)

Nota biográfica

Selecciones

A orillas del Telembí

Mi asilo
Josefina
A mi esposa
Nina

Francisco Javier Salazar Arboleda (1824-1891)
Nota biográfica
Selecciones
Soneto
Resolución
Plegaria
Werther
Poemas en prosa
Mi estrella
El Chimborazo
El Altar

Ramón Samaniego Palacio (1826-1880)
Nota biográfica
Selecciones
Elegía
En un cumpleaños
Tu nombre

Dolores Veintemilla de Galindo (1829-1857)
Nota biográfica
Selecciones
Recuerdos
Aspiración
Desencanto
Anhelo
Sufrimiento
La noche y mi dolor
A Carmen
A la misma amiga
¡Quejas!
A mis enemigos
A un reloj

Numa Pompilio Llona (1832-1907)
Nota biográfica
Selecciones
Poesías juveniles
Desolación. El poeta y el siglo
A don Fernando Velarde
En el segundo centenario de don Pedro Calderón de la Barca
Doce años después
Desde mi estancia
Grandeza moral
Noche de dolor en las montañas

Juan León Mera (1832-1894)
Nota biográfica
Selecciones

El genio de los Andes
A la Unión Iberoamericana
A Fernando Velarde
Mi fortuna

Miguel Ángel Corral (1833-1883)
Nota biográfica
Selecciones
La mañana
Junto a un sepulcro
A mi madre
A la memoria de Dolores Veintemilla
Un vuelo de mi alma
Fantasías de amor
El poeta
A mi esposa
A mi amigo

Julio Zaldumbide Gangotena (1833-1881)
Trayectoria
Su obra poética
La generación romántica y su pontífice
El bello país de Imbabura: la fisionomía y el alma de su paisaje
A ti me acojo soledad querida
Las flores y los árboles
Las meditaciones poéticas
El poeta elegíaco
El poeta de amor
El crítico y una original clasificación
Enfoque final

Selecciones
Primeras poesías
La estrella de la tarde
Las estaciones
A Laura
Melancolía
A Laura
El amor en la adolescencia
A las flores
Espera
Trova
Al dolor
A mis lágrimas
A mi corazón
El llanto
Madrigal
En tempestad sin tregua de bonanza...
Yo vi esa triste nube...

De La Naturaleza
La mañana
El mediodía

La tarde
El arroyuelo
El bosquecillo
Los árboles
Poesías filosóficas
La eternidad de la vida
Al sueño
A la soledad del campo
La noche
A María
De Primer centenario de Simón Bolívar
América y Bolívar
La tumba de Bolívar
América y España
Luis Cordero (1833-1912)
Nota biográfica
Selecciones
Al glorioso Cervantes Saavedra
Aplausos y quejas
¡Adiós!
Perfume eterno
Vicente Piedrahíta (1834-1878)
Nota biográfica
Selecciones
El poeta
Amor y desesperación
Oración
Quintiliano Sánchez (1848-1925)
Nota biográfica
Selecciones
A mi madre
El juramento
Abelardo Moncayo Jijón (1848-1915)
Nota biográfica
Selecciones
La inspiración
El sermón del monte
En la tumba de doña Dolores Veintemilla de Galindo
El bardo novel
Miguel Moreno (1851-1910)
Nota biográfica
Selecciones
De Sábados de mayo
La novia
¡Chis!
¡Es él!...
La niña y el escribanillo
Cantos no acabados
Cantares de Elena
La garza del alisar

De Libro del corazón
Perdida
¿Reposo?
¡Si volvieras!
Cosas del tiempo
Julio Matovelle (1852-1929)
Nota biográfica
Selecciones
Una ganancia es morir
Contemplación nocturna
La verdadera gloria
Juan Abel Echeverría (1853-1939)
Nota biográfica
Selecciones
Ave María
A Julio Zaldumbide
¡González Suárez...!
El árbol
El avión
Honorato Vázquez (1855-1933)
Nota biográfica
Selecciones
A orillas del Macará
Epístola a mis hermanas
Al crucifijo de mi mesa
Rafael María Arízaga (1858-1933)
Nota biográfica
Selecciones
El genio
In principio...
Orellana
Brasilia
Manuel Polo
Nota biográfica
Selecciones
La tarde
Félix Proaño
Nota biográfica
Selecciones
A mi hermana ciega tocando el arpa
Leónidas Pallares Arteta (1859-1932)
Nota biográfica
Selecciones
Rimas
Alfredo Baquerizo Moreno (1859-1951)
Nota biográfica
Selecciones
El último adiós
Rimas
Poesías

En horas de amargura
Vanidad y plenitud
En la tumba de su esposa, la señora doña Piedad Roca
Marcos de Baquerizo
En un álbum
Credo
Adolfo Benjamín Serrano (1862-1935)
Nota biográfica
Selecciones
Versos
Años después
«Crepúsculo»
Antonio C. Toledo (1868-1903)
Nota biográfica
Selecciones
Brumas
En la muerte de Julio Arboleda Armero
A una guayaquileña

Índice alfabético

A la lumbre amorosa del Crucero,
A ti me acojo, soledad querida,
A tus pies ha dormido mi pluma,
A veces dudo si es placer o pena,
Águila real que en el cenit admiro,
Al breve viaje que llamamos vida,
¡Amar sin esperanza y con delirio,
Ángel que -acaso- del Edén huyendo
Apenados, sollozantes,
Aquellas blancas flores que regaban
Árbol de flores vestido,
Ardilla, sube a la rama
Arroyuelo que deslizas
¡Ay la vida! ¿Qué es la vida?
Bello está el día. El sol resplandeciente
Bien haya, niña, el hermoso,
Bolívar, tú que en mil gloriosas lides
Bosquecillo frondoso,
Bullen los negros pensamientos míos,
¿Cómo cantar, cuando llorosa gime,
¿Cómo queda, no ves, querida esposa,
Con majestad sublime el sol se aleja,
Con tu acompasado son
Corazón enfermo
¡Corazón! ¡Corazón! ¿Por qué suspiras?
Corred, lágrimas tristes,
Cosas son muy ignoradas

Cuando la hora del bochorno avanza
Cuando yo considero que en la vida
Cuatro estaciones hay en nuestra vida
De lauros coronadas y de olivas,
De suave resplandor con áureo velo
Déjame, pensamiento,
Del África abrasada en las arenas,
Del transparente lago los vapores
Descendiente de los Shyris,
El blanco de sus ojos es del alba
El negro manto, que la noche umbría
El tenue resplandor del sol naciente
En este día, como la aurora al mundo,
En la amena floresta
En los constantes pliegos que me llegan,
En mi locura quise maldecirte,
En mi memoria estás mansión querida,
En otro tiempo huías
En otros tiempos los sublimes vates,
En tempestad sin tregua de bonanza
-En ti tan sólo pienso,
Era la encarnación de mi deseo
Es el postrer desmayo de la tarde,
-Escribanillo, di, ¿qué
Esposa casta, Virgen sin mancilla,
Fiesta en el hogar había,
Flota en los aires, de la tarde el velo;
Grandioso te alzas en la eterna roca
¿Habéis visto el simoun? Cuando en las pampas
Hierde, hierde, ¡oh Dolor! He, aquí desnudo
Himnos no canta América este día
¡Hirviendo está en mi pecho la alegría!
Huye lejos de aquí, virtuoso Fabio,
Indica hermosa del Antisana,
Infeliz y entregado al torbellino
La Aurora.
Lanzaron Ella y Él a lo infinito
Leve cinta de luz brilla en Oriente,
¡Me asusto de mí mismo!
Menos bella que tú, Carmela mía,
Mi rostro juvenil sombreando apenas,
Mi ventana, que se abre a la campiña
Mientras tendido el gladiador, los ojos
Ni el áspid con que el trópico abrasado
Ni el dulce murmurar del arroyuelo
¡Ninfa del Guayas
¿No conoces a Delia?
No es amor el amor que se desata
No rinde al proscrito cobarde tristeza
No se engañó el alma mía,

¡No te amedrente el ponzoñoso dardo
Oh amistad, santa, divina,
¡Oh noche! ¡Oh madre de la luz! Ahora
¡Oh! ¿dónde está ese mundo que soñé
¡Oh, cuánto el hombre por brillar se afana!,
Ora, niña. Cantó ya entre las ruinas
Pálida, triste, en lágrimas bañada
Palomita de mi huerto,
Para irrisión de andantes caballeros,
Parece nueva luz, nueva mañana
Pasaste, edad hermosa,
¡Pasó... como un lucero en su carrera,
Patria adorada, que el fatal destino
Por más que un Rómulo crítico
¿Por qué mi mente con tenaz porfía
Prole gentil del céfiro y la aurora,
Pulsa el arpa sonora, hermana mía,
¡Qué de ayes, qué de lágrimas me cuesta
¡Qué de cantos se principian
¿Qué dices, Laura, de esta flor? ¡Qué hermosos
¿Qué eres inspiración? ¿Acaso el eco
¿Qué he perdido? ¡Mi lengua se resiste
¿Qué misteriosa magia, dulcísimo poeta,
¿Qué os hice yo, mujer desventurada,
¿Qué rayo viene a destrozarse mi frente
¿Quién eres tú, oh muda compañera
¿Quién es aquel que tétrico
Quien te conoció te amó,
Rugió la tempestad; y yo, entretanto,
¡Salud, oh estrella de la tarde!, rosa
«Salve, salve, deidad peregrina,
¡Señor, Dios de mis padres!
Señor, por todas partes mi espíritu te encuentra,
Si he de seguir en este ingrato suelo
Siempre avara conmigo la fortuna
Sin conocerte aún te estoy cantando,
Son tus ojos dos estrellas
Sopla el austro. Las cumbres despejadas
Te dio aquilón su ráfaga tonante,
Tendido sobre una roca,
Tiembla la pluma en mis manos,
¡Todo se ha transformado en los lugares
Todos duermen, y en el campo
Traspuse el bosque, la llanura, el río,
¡Tregua al dolor, y elévese de la justicia el canto!
Triste estoy, Josefina idolatrada,
Tus cenizas, Vicente Rocafuerte
Un año, un año ¡oh dulce madre mía!
Versos de fuego, con mi sangre escritos,
¡Viva, te amé tanto, tanto!

Vuelves, oh sol, a señalar el día
¡Y amarle pude!... Al sol de la existencia
Yo no quiero ventura ni gloria,
Yo soy el hijo que en modesta cuna
Yo vi esa triste nube el firmamento

La revolución romántica y la restauración neo-clásica
Estudio preliminar de José Ignacio Burbano

En 1762 escuchó el mundo los primeros cantos de Ossian, traducidos -según aseguraba Macpherson- de la lengua gaélica; y quince años después, en 1777, circulaba por toda Europa la traducción francesa de Letourneau. Así surgió y se difundió la poesía romántica, eco agrandado en las oquedades de la época de la voz de una raza casi extinguida.

En el Mundo Occidental, el de nuestra civilización renacentista y pseudo-cristiana, harta de negaciones frías y de certezas decepcionantes, fue la voz de Ossian la única que encontró resonancia; y esos ecos perdidos, esos acentos apagados por una distancia de siglos, tuvieron el mágico poder de volver el aliento a su alma desamparada, recordándole el sentido trágico de la vida humana sobre la tierra.

Y nada valieron las discusiones académicas (y bizantinas) sobre la autenticidad de esos cantos que atribuyéndolos a Ossian -un bardo celta de la VIII centuria- dio a conocer a Europa el profesor Macpherson, en prosa inglesa no desprovista de nobleza y resonante de verba épica -al decir del Vizconde de Chateaubriand.

-26-

En las mentes más elevadas de ese «fin de siglo» -mentes de altura, como antenas fuera del tiempo- hallaron repercusión, «sintonía», como diríamos ahora: Goethe hará que el corazón de Werther exprese su angustia, la sed de imposible de su amor desesperado, leyéndole a Carlota fragmentos de esos cantos, más sugestivos mientras más vago era su sentido; y bien sabemos que el famoso poema de Musset «La Estrella de la Tarde» no es sino una afortunada adaptación al genio de la lengua francesa de uno de esos fragmentos.

Mateo Arnold, uno de los más profundos críticos modernos, corrobora nuestra opinión en cuanto a la decisiva influencia de la poesía céltica sobre la literatura inglesa en los siguientes párrafos que nos complacemos en traducir: «Si se me preguntase dónde encontró nuestra poesía el talento del estilo, la tendencia a la melancolía y el sentido mágico de la naturaleza: estos tres raros dones, habría de responder: primero -con alguna vacilación- que mucho de su genio estilístico le viene de fuente céltica; segundo -con mayor seguridad- que su predisposición a la melancolía dimana del mismo venero, y en tercer lugar -y esto sí sin la menor duda- que de fuente céltica le viene también su sensibilidad para lo que hay de mágico en la naturaleza.

»Y podría preguntar, a mi vez, añade, este tono de penetrante melancolía, este titanismo que vemos surgir en Byron, ¿no son caracteres que ninguna otra poesía europea posee en tan alto grado como la inglesa y ésta dónde los adquirió? De los celtas, de su vehemente manera de reaccionar contra el despotismo de facto, de su temperamento sensual y sensitivo, de la experiencia acrisolada en las variadas e interminables luchas de su historia, de su sino adverso y su inmensa desgracia.

»Los celtas, continúa, han sido los primeros en alumbrar esta vena de penetrante nostalgia, de pesadumbre inconsolable, propias de un dios caído; este -27- brote de Titanismo, en fin; y si a todo ello añadimos el aliento de rebelión y protesta insofocable, tendremos explicada la revolución romántica que aquel libro ya famoso -el Ossian de Macpherson- precipitó sobre Europa en la segunda mitad de la XVIII centuria como un aluvión de lava incandescente».

Lo que acaso no se advirtió entonces, lo que tampoco hace notar Arnold, es que esa poesía era la de una raza en perpetua erranza, la de un pueblo proscrito, cuya alma parece que hubiera tenido conciencia haber sido arrojada de un remoto Edén, perdido entre la bruma del pasado, y condenada a vagar sin rumbo por una tierra donde nunca podría hacer patria, porque había sido maldecida a fin de que, como fruto de sus afanes y sudores, no le produjera sino abrojos, penalidades y lágrimas.

¿No evoca todo esto, irremediamente, la leyenda bíblica relativa a un paraíso perdido a consecuencia de un pecado original irreparable? Sí, esa certidumbre atávica es la que volvió a aflorar en la conciencia del mundo occidental, al resonar en sus abismos los ecos de esos clamores perdidos en la noche del pasado y que de pronto se hacían perceptibles gracias a la poesía céltica tan casualmente encontrada. La certidumbre de que el hombre es un ser caído de un mundo mejor en este valle de lágrimas; el hijo de un rey destronado -al que habría de dar realidad la profunda intuición artística del Conde de Gobineau, en su obra póstuma Las Pléyades (1882)- vino a restablecer en la conciencia de una humanidad extraviada en los falsos caminos del progreso indefinido, el verdadero sentido de la vida del hombre, de su trágica peregrinación por esta tierra áspera y triste.

«Bajo este aspecto -nos dice el profesor Manuel de Montoliú¹- el romanticismo se nos presenta como -28- una concepción eminentemente cristiana de la vida, diametralmente opuesta al espíritu del antiguo clasicismo pagano. El elemento corporal del hombre, tan importante en la civilización greco-latina, sufre una radical depreciación estética, para dejar resplandecer en todo su valor el elemento espiritual, el alma humana. En adelante -añade- todo el arte está sujeto a un proceso de espiritualización [...] y los eternos temas de la poesía adquieren una novedad misteriosa e inefable, desconocida de los antiguos. La misma naturaleza aparece con un nuevo sentido místico y simbólico; deja de ser el teatro de los frívolos juegos de la fantasía mitológica y ya su belleza no es más que el esplendor visible de la divinidad, o la expresión variable de los estados de nuestra alma».

Llegados a este punto, nos es forzoso volver la vista al otro campo y

recordar que precisamente la creencia en el pecado original fue lo que más sublevó el ánimo de los corifeos de la Revolución Francesa. Nos lo dice Michelet, uno de sus mayores y más lúcidos teorizantes. En la Introducción a su Historia de la Revolución Francesa (fecha en París el 19 de noviembre de 1833) sienta esta tremenda afirmación: «Éste ha sido el error o impostura que ha corrompido hasta 1789 las instituciones religiosas, políticas y sociales de Europa, haciendo reposar aun las más civilizadas sobre una base de iniquidad. El dogma del pecado original -añadía- ha tenido por consecuencia, en el orden espiritual, el principio de la gracia, y, en el orden temporal, el principio del favor».

Así, pues, la Revolución Francesa no fue otra cosa, según el más autorizado expositor de sus principios ideológicos, que «la reacción tardía de la justicia -29- contra el gobierno del favor y contra la religión de la gracia»². Dicho en otras palabras, las de que se vale el historiador de la filosofía Emile Bréhier, la revolución de 1789 no tuvo por campo solamente el terreno político: en su ideología parece culminar «la profunda hostilidad del humanismo naturalista del Renacimiento, que pretendía hallar en las maravillas de la antigüedad clásica, el testimonio del poder de la naturaleza humana, contra las doctrinas católicas que, llevadas a sus extremas consecuencias por los jansenistas, no admitían que pudiera haber otra moral ni virtud que la moral y la virtud cristianas, las cuales deben estar separadas de la vida del mundo, que tiene sus reglas aparte»³. Subrayamos nosotros la significativa frase final.

Así el Romanticismo trajo consigo el estado de espíritu más favorable para arraigar de nuevo en el alma desolada de la humanidad una concepción de la vida, una visión del mundo enteramente conformes con las que sustenta el cristianismo; y esto, en el momento más oportuno: cuando la concepción pagana que resucitó el Renacimiento fracasaba tan estruendosamente y nadie sabía cómo sobreponerse a sus ruinas; en la hora en que el personaje que parecía haber surgido providencialmente para encarnar aquella concepción pagana -Napoleón, el super-hombre- caía de su pedestal como la estatua de pies de barro que entreviera Daniel en su sueño profético.

Así lo intuyó sin duda en nuestro país un joven abogado, cuyo nombre había de llegar a ser famoso: Gabriel García Moreno. En julio de 1846, en el discurso con que abrió el certamen de literatura en la -30- Universidad de Quito, donde se había graduado dos años antes, sacó a lucir las doctrinas de uno de los maestros de entonces, Federico Schlegel, contra las pragmáticas aristotélicas que habían mantenido a la literatura esclava de un ideal paganizante. Es de notar que el citado Schlegel, en su Historia de la Literatura Antigua y Moderna, traducida ya al castellano en 1843, y que sin duda había leído García Moreno, hace la trascendental observación de que hasta el siglo XVIII la clase intelectual había vivido divorciada del pueblo, y que la revolución romántica tenía por uno de sus postulados convertirla en nacional y popular; es decir, en actividad cultural de la cual el pueblo entrara a disfrutar sin barreras de ninguna clase, como las que de hecho crea una educación humanística bebida en fuentes clásicas, sólo accesibles a las clases privilegiadas.

«Este discurso de García Moreno -dice Víctor León Vivar- compuesto cuando recientemente le apuntaba el bozo, cierra en lo literario -como en lo político la Constitución de 1869, pensada en plena madurez intelectual- la

época de los ensayos inconscientes. Y si sólo se han levantado posteriormente dos o tres poetas como Remigio Crespo Toral, la culpa no es de la doctrina ni de su apóstol, sino de cuatro montoneros de diarios y revistas que, exactamente como los montoneros de nuestras luchas civiles, se han dejado agitar por todos los vientos»⁴.

En España, Larra definía las tendencias características del Romanticismo con la palabra Libertad: «La libertad en la literatura, como en la ciencia, como en las artes, como en la industria y el comercio... ¡como en la conciencia!». Esto explica -comenta Díaz Plaja, en su Historia de la Poesía Lírica en España- por qué los albores del romanticismo español coinciden con la época constitucional y las rebeliones -31- contra el absolutismo de Fernando VII, en la década de 1823 a 1833. Ésta fue, pues, la divisa de la época, concluye.

Permítasenos citar, en gracia de lo sugestivo de la coincidencia, las propias palabras de García Moreno en el citado discurso: «Al mismo tiempo que se reedificó el altar sobre los escombros amontonados por el impotente orgullo filosófico, se principió a revisar el código aristotélico, sentándose los fundamentos de la regeneración literaria, consecuencia forzosa de la renovación política. Desde entonces la libertad, aplicada como ley fundamental a la poesía, dio un nuevo impulso al aprisionado genio, reanimando la muerta inspiración, y fecundó el esterilizado campo de las creaciones. Nacido entre el estruendo y los estragos de una guerra universal, nuestro siglo es necesariamente grave, severo y melancólico. He aquí, Exmo. Señor -concluía- un bosquejo pequeño [...] de los progresos de la poesía contemporánea, que ha descubierto un mundo nuevo, después de una contienda tenaz entre los sostenedores del viejo sistema de los clásicos y los que proclaman la libertad del genio»⁵.

Parécenos necesario ampliar los datos relativos a la situación existente en la Madre Patria por el tiempo en que escribía el célebre Fígaro. Los intelectuales españoles expatriados después de la restauración absolutista de 1814, o sea los «emigrados» (entre los más notables se cuentan Martínez de la Rosa, Gallardo, el mismo Larra, Espronceda y don Ángel Saavedra, Duque de Rivas) después de tomar contacto con el ossianismo, con Sir Walter Scott, Victor Hugo y Goethe, regresaron a renovar las letras hispánicas con formas literarias nativas, pues pusieron en práctica el olvidado Ejemplar Poético de Juan de la Cueva.

-32-

El manifiesto básico del romanticismo fue dado por don Antonio Alcalá Galiano con su introducción o prefacio al Moro Expósito del Duque de Rivas, que apareció en 1834, y el movimiento fue bautizado por don Telésforo de Trueba y Cosío (no confundirle con el autor de los Cuentos de Color de Rosa y ciertos cantarcillos imitados por algún Trueba ecuatoriano). Su obra escrita en inglés, *The Romance of History of Spain* y traducida al castellano con el título de *La España Romántica (1830-1840)* popularizó el calificativo Romántico. Recordemos de paso que de esos «emigrados» de la tiranía de Fernando VII fue don Manuel Alfaro, padre de don Eloy Alfaro, nuestro presidente. «Abandonó su patria -nos refiere, en *El Viejo de Montecristi*, Francisco Guarderas- porque era renuente a las cadenas», no «por necesidades del estómago» como asegura otro de los biógrafos del General.

Volvamos con esto a nuestro continente y averigüemos lo que ocurría dentro de sus confines. En los países del Plata había hecho ya irrupción la fiebre romántica, con caracteres que Ventura García Calderón describe en los siguientes términos: «Deísmo ferviente; vanidad de un exclusivo y solitario dolor; aislamiento huraño, con la complicidad de una naturaleza desolada; exaltación enfermiza de la personalidad», coincidiendo con todo esto «las lágrimas por el injusto sino».

También allá habíase celebrado poco antes -el 25 de mayo de 1841- un certamen literario en el cual la nueva poesía recibió las aguas bautismales. De los caracteres con que ésta entraba en el mundo, Alberdi dejaba constancia, y éstos eran: «el tinte filosófico, el -33- color local y el tono melancólico»; añadiendo que a dicha poesía le venía bien ser «cristiana, espiritualista, social, democrática y (en consecuencia) incorrecta siempre». Él mismo hacía notar que Tocqueville (1805-1859), en su famosa obra *La Democracia en América*, se había preguntado: «¿Qué otra cosa podría ser la literatura de esas colonias democratizadas?». Y aconsejaba, como presintiendo a Walt Whitman: «El cantor deberá retratar la áspera y bárbara sociedad de su tiempo, empleando -de ser necesario- toscas palabras para expresar verdades hondas; porque pasaron los tiempos de la aristocracia verbal»⁶.

¿Y qué ocurría en México, al otro extremo de nuestro mundo Ibero-americano? El Dr. Agustín Millares Carlo, colaborador de la monumental *Historia Universal de la Literatura* de Prampolini, nos informa: «Hacia 1835 formáronse los dos partidos políticos que más tarde habían de combatirse frecuentemente a mano armada: el liberal y el conservador. Correspondientemente, en la literatura se perfilan dos tendencias antagónicas, incluso en lo que se refiere a su orientación social: los románticos, hijos de la burguesía y del pueblo, fueron en su mayor parte revolucionarios; los clasicistas, expresión de las clases altas, no ocultaron sus preferencias (por la escuela pasada de moda)». Por su parte, el poeta Luis G. Urbina, haciendo historia de la vida literaria de México durante la Guerra de la Independencia, corrobora este modo de ver y nos informa de que también allá se entendía por romántico «el estado de ánimo caracterizado por una inquietud espiritual ávida de renovación; una inclinación ancestral al sentimentalismo individualista; la propensión al ensueño y a la melancolía y el espíritu de rebelión, con su secuela: la adoración por la libertad, quimera deificada».

-34-

En el Ecuador, la «Lira Ecuatoriana, Colección de poesías líricas, escogidas y ordenadas por Vicente Emilio Molestina» (Guayaquil, 1866), antología cuyos desaciertos puso a salvo crítico de tanta probidad como Vivar, dio a conocer las primicias de los poetas que había amamantado la ideología romántica, algunos de los cuales -los que resistieron al inmisericorde vapuleo de Mera- habían de alcanzar posteriormente el más alto renombre, como Dolores Veintemilla de Galindo, la Sapho americana, Julio Zaldumbide, Numa Pompilio Llona, Miguel Ángel Corral, Luis Cordero, etc. Algunos habíanse dado a conocer anteriormente en *El Iris*, notable

publicación «literaria, científica y noticiosa» fundada en Quito en 1861. Pero la Lira fue la primera revelación de que el Romanticismo había dado ya frutos, y bien sazonados en nuestra tierra.

Iniciado el movimiento romántico a raíz de la revolución nacionalista del 6 de marzo de 1845 (el lector recordará que el discurso pronunciado por García Moreno en el certamen de 1846 fue la clarinada de alerta), una década más tarde quedaba definitivamente afirmado por la visita y el ejemplo de su verdadero precursor en estas tierras de América, el bardo de Hinojedo Fernando Velarde, y desde entonces se hizo sentir como movimiento que arrastraba un verdadero mar de fondo, como plantío de hondas raigambres en el alma nacional; porque en Ecuador, como en México, en los países del Plata y en toda la América hispana, se reconoció que el alma de nuestros pueblos está integrada por elementos psíquicos propicios a su desarrollo. «Aunque la expresión nos vino de afuera -dice el poeta Urbina, ya citado- la emoción romántica la teníamos ya; era nuestra desde hacía muchos años⁷. Nuestro ambiente -añade-, el ambiente de esta parte de América, era, es incurablemente romántico». Y lo mismo opinaba, como lo vimos anteriormente, -35- el gran crítico que en estos días acaba de dejarnos, Ventura García Calderón, al afirmar que «existían afinidades predestinadas entre el medio americano y la nueva literatura». Oigámosle cómo definía aquellas afinidades: «Esa desmesurada soledad propicia a las divagaciones de un paseante solitario; ese horizonte ilimitado que favorece el sentimiento de lo infinito; la selva donde escuchar a Dios; las cataratas arrebatadas y tronantes... todo parecía estimular al romanticismo en nuestras comarcas⁸.

Ahora bien, el ya por entonces bien conocido literato don Juan León Mera, a pretexto de frenar los desmanes de la licencia, se dio a escribir, en vista de la antología de Molestina, su Ojeada Histórico-Crítica de la Literatura Ecuatoriana, que publicó dos años después, en 1868; al hacerlo, se propuso sofocar en su nido ese movimiento y aunque no lo consiguió del todo estropeó empero su más lozana floración y no logró sustituirla sino por un clasicismo descolorido del cual él mismo se constituyó en deplorable ejemplo, dando de mano a los triunfos que le había granjeado -entre otros la amistad del omnipotente caudillo- su leyenda indiana (y romántica) La Virgen del Sol, que sacó a luz en 1861.

Hemos mencionado al poeta español don Fernando Velarde y Campo Herrera, nacido el 12 de diciembre de 1823 en Hinojedo, pueblo de la provincia de Santander, llamándole el precursor del movimiento romántico en nuestro país; pero es de añadir que lo fue no solamente en nuestra patria, sino en la patria -36- grande de toda la América hispana, desde Guatemala hasta Chile, donde su influencia se hizo sentir -pasando por Cuba, Ecuador, Perú y Bolivia- por más de una década.

El inolvidable maestro santanderino Menéndez y Pelayo fue el primero en darnos noticias de él en su Antología de poetas hispanoamericanos, publicada en 1894, haciéndonos saber que, aunque incorrecto, fue inspirado poeta, muy superior en condiciones nativas a muchos; añadiendo que en influencia fuera de su tierra sólo Espronceda, Zorrilla y Tassara le

aventajaban entre los románticos españoles. Este juicio lo corroboró su ilustre amigo don Juan Valera, al epilogar, pocos años después, su Florilegio de Poesías Castellanas del Siglo XIX, diciendo: «Su poderoso estro no puede menos que admirarnos, a pesar del desorden y exuberancia que le perjudican»; exuberancia y desorden que, desde luego, eran característicos de toda la producción de la época.

Aquí, en nuestro mundillo literario, todos hasta entonces habían fingido ignorarle, le ignoraban de hecho o, en todo caso, hacían gala de su menosprecio. Mera, que le dedicó una entusiasta poesía a su paso por Ammato, el 21 de noviembre de 1855, no le menciona en su Ojeada; Vivar, apenas se digna llamarle «poeta de mínima cuantía». Sin embargo, cuando Velarde llegó al Ecuador -nos informa el maestro santanderino- había escrito ya sus mejores versos: la Meditación en la Isla de los Pinos, su Adiós, al salir de Cuba en 1846; sus popularísimas Tres Despedidas, fechadas en Lima en 1852. Aquí escribió su admirable rapsodia lírica En los Andes del Ecuador, dedicada «al ilustre ecuatoriano don Vicente Piedrahíta», que hace digno parangón a la Última Melodía Romántica que tituló después En los Andes del Perú. Luego escribirá su magnífico poema Noche en las Playas de Chile, «una de las más intensas y poderosas pinturas de claros de luna en el Pacífico», al decir del ilustre polígrafo peruano don José de la Riva Agüero, -37- quien en su libro El Perú Histórico y Artístico -Santander, 1921- recogió con devota asiduidad los datos concernientes a la biografía del poeta errante.

Años después, en 1861, el ilustre poeta colombiano don Rafael Pombo escribía en El Noticioso de Nueva York: «La musa de Velarde es la América y el título de Cánticos del Nuevo Mundo (dado a la colección más completa de sus producciones poéticas, editada en esa metrópoli en 1860) no es una pretenciosa mentira. Sus composiciones a la Cordillera de los Andes merecen vivir tanto como el sublime objeto que los inspiró». Y Riva Agüero sintetiza su juicio en estos significativos términos: «De los poetas actuales, el mayor sin comparación, Chocano, que resulta, en sus cualidades y defectos, un Fernando Velarde modernizado».

Sin embargo, el verdadero creador de la poesía descriptiva de la América Andina, no ha merecido de nuestros críticos la más mínima atención, ya lo hemos dicho. Nada le han valido ni el recuerdo de la gentil apostura con que hizo su entrada en los salones más distinguidos; ni la cordial acogida que le dispensaron -igual que en Lima- los más aristocráticos círculos sociales; ni la entusiasta admiración con que le siguieron los ingenios juveniles que descollaban entonces, ya prestigiosos y prometedores; ni la popularidad que hizo perdurar sus versos en canciones inolvidables, como estela constelada de misteriosos fulgores sobre las aguas expectantes de la mentalidad de la época, marcando el rumbo a seguir hacia nuevos horizontes.

Los ejemplos mismos que en sus grandiosos poemas nos dejó de lo que podría ser una poesía genuinamente americana, o nacional -como falseando el concepto suele decirse-, la poesía que debería surgir con el ímpetu de una géiser del alma de una raza prisionera entre barreras de montes; de su sed de libertad y espacio que la perpetua clausura entre altos horizontes cerrados de bruma agrava hace tornar -38- intolerable, son poesía genuinamente andina: ¡flores de la poesía de la nostalgia! Porque somos

hijos de una raza -la raza mediterránea- nacida y desarrollada entre horizontes amplios y libres; y su mentalidad, su sensibilidad y su inteligencia han sido moldeadas en otro ambiente, no por lejano y casi olvidado menos querido, menos necesario a su bienestar espiritual. Y condenada ahora a vivir en un mundo nuevo, entre seres extraños, sin tradición o con tradiciones que chocan con las suyas; en medio de un paisaje que no acierta a interpretar y donde surge profundamente perturbador el ímpetu del vuelo, el afán de evasión; y, aún más, el ansia de infinito, suscitada por las perspectivas ilimitadas que ofrece la ingente extensión vertical, que todo lo agiganta.

Leyendo esos Cánticos del Nuevo Mundo no se puede menos que reconocer al precursor de la poesía de este mundo nuevo de verdad, de la poesía que nadie aún, ni el mismo Chocano, ha logrado expresar. Porque apenas si nos hemos dado cuenta de que hemos sido trasplantados a un mundo nuevo que espera todavía a quien sepa interpretar en términos de humana cultura sus inhumanas características; sus alturas enriscadas y valles profundos; sus páramos ateridos bajo el eterno sueño de la niebla y sus hondonadas sofocantes sobre las que se precipitan torrentes devastadores y atronadoras cascadas; sus precipicios, desfiladeros insospechados y cárcavas insondables, que parecen resguardar esos valles rientes bajo el sol de la tarde, pero prácticamente aislados y fuera del trato humano. Un mundo, en fin, que -como decía Salaverría-, parece esperar todavía una generación de gigantes, de superhombres, una raza con una mentalidad nueva, capaz de encontrar su sentido, domeñar su desorden caótico, imponiéndose, tanto a la tumultuosa fecundidad de la selva como a la aridez descorazonadora de la pampa calcinada por el sol y de la puna aterida de frío, en la perpetua alternativa de la niebla y el viento implacable.

-39-

¿Y cuál el pretexto para ese silencio despectivo, para ese olvido calculado y lleno de inquina? Algo así como un temor fanático y supersticioso. Se miró en él al portador de una epidemia, de una peste maligna, de cuyo contagio había que preservarse a todo trance. El virus ultra penetrante era la consigna romántica: Libertad; y se le consideró infectado del morbo de la rebeldía individualista, con su secuela de ideas anárquicas y peligrosas; del titanismo byroniano rebelde contra el cielo y en pugna contra la justicia humana tenida por de origen divino; ansioso, en fin, de romper las cadenas feudales que imponían una organización arbitraria e inhumana de la sociedad, en beneficio de incontables prejuicios y de unos cuantos privilegiados.

Pero ya hemos visto que éste fue un error de la época; mejor dicho, un error proveniente de mirar la situación que tendía a crearse bajo el solo aspecto del peligro con que parecía amenazar al régimen establecido. Y al contrario, el romanticismo traía consigo una concepción verdaderamente religiosa de la vida y del mundo: la convicción profundamente sentida de que los pocos a quienes el mérito levanta sobre el rebaño anónimo, los elegidos del evangelio, debían ser reconocidos y acatados como tales; elevados a la categoría de directores, si la humanidad no quería caer en el aplebeyamiento de la pseudo democracia.

Se adoptó ante el espíritu romántico la misma actitud que ante una peste

maligna de cuyo aliento había que ponerse a salvo, cerrando contra sus manifestaciones barreras sanitarias; se le confundió con esas epidemias pasajeras, esporádicas pero degenerantes, cuando en verdad se trataba del retorno cíclico de una de las posiciones fundamentales del espíritu humano; de una de las etapas de nuestro peregrinar, de un nuevo paso adelante en el camino del perfeccionamiento. Volvía con él, era él mismo el aliento de abril -40- que anuncia las lluvias primaverales y prelude los cantos de la labranza, incitando a roturar los campos eriazos y a sembrar semillas vírgenes. Era la alternativa periódica de romanticismo y clasicismo que se produce en el campo de la evolución cultural, con características similares a las de la primavera y el otoño, como he tratado de hacerlo perceptible en estudio más especializado en que hablé de este perpetuo movimiento pendular, de este proceso cíclico de sístole y diástole que es una de las leyes de la evolución universal⁹.

No. Las pestes y las epidemias tienen causas y caracteres diversos y su propagación requiere otras circunstancias. Sean biológicas o espirituales, propáganse eventualmente en ambientes empobrecidos, de posibilidades agotadas; donde los principios nutricios se han desnaturalizado o perdido su eficacia, por envejecimiento, y acaso también por causas todavía mal conocidas. Donde el cansancio y la decepción han dejado que las energías creadoras se estanquen; donde todo se empantana y corrompe, donde el espíritu humano, falto de horizontes, pierde la ilusión, la energía, la alegría de vivir; donde la esperanza es ya sólo un celaje muerto de ocaso y no el nuncio auroral de una nueva vida.

Recordemos, si no, cómo se han producido todos los preciosismos y culteranismos, gongorismos y cultismos, ocupación de espíritus aburridos y hastiados de todo lo vital; los expresionismos, dadaísmos y falsos creacionismos de la post-guerra. Evoquemos el estancamiento de las épocas de absolutismo y la esterilización que la tiranía produce en los campos más fecundos, cuando quiere imponer cánones y pragmáticas -41- a la libre y casi divina actividad del espíritu, tan desconcertante como la de la crisálida que necesita morir para renacer mariposa. Abramos los ojos a los procesos del eterno devenir y no sigamos calumniando al romanticismo, que confundirlo es calumniarlo y negarle su misión vital y creadora.

No insistiremos más en este comentario porque el juzgamiento de las consecuencias de este proceso pertenece ya a la historia, a una historia que está por hacerse, desde luego. Pero aun en los tiempos de Vivar había ya la perspectiva necesaria para poder apreciar el tremendo error en que incurrieron los dirigentes intelectuales de la era garciana. Y el gran crítico no podía menos que exclamar: «¡Hermosas contradicciones humanas!... al paso que las ciencias, que tanto deben entre nosotros al doctor García Moreno, empezaron a ocupar el puesto que de derecho les corresponde en los pueblos civilizados, las bellas letras, que despertaron tan vigorosas a raíz de la Revolución de Marzo (la de 1845), habían languidecido y apenas daban señales de existencia. Quitad El Cosmopolita de don Juan Montalvo, en que predomina la política, y algunas publicaciones del señor Mera y no veréis en esos tiempos nada verdaderamente notable: pues las poesías de Zaldumbide obedecen a más lejano impulso, los ensayos de Cordero en ese entonces carecen todavía de mérito y los cantos de Llona fueron concebidos y llevados a cabo en tierra

extranjera». Éste fue el fruto, harto negativo en verdad, que rindió la Ojeada del señor Mera, hasta después de la Restauración de 1883.

-42-

Veamos ya qué era la Ojeada y qué se había propuesto al escribirla su autor el señor Mera¹⁰. El renombrado crítico español don Juan Valera, en una de las cartas que dirigió al ecuatoriano don Juan León Mera, a propósito de la publicación de la tantas veces referida Ojeada Histórico-Crítica, le decía: «¿Cómo fue que desde que Uds. sacudieron el pesado yugo de España, apenas han tenido un buen poeta? La Ojeada llega, creo, hasta 1868, y hasta entonces no cita Ud. autor de versos que se eleve sobre el nivel de la medianía. Casi todos los poetas son doctores: el doctor Riofrío, el doctor Carvajal, el doctor Corral, el doctor Cordero [...]. A todos estos doctores y a otros que no lo son, los iguala Ud. en el tocar o pulsar la lira. A todos, al ponerlos Ud. en su Ojeada, los pone en berlina, con delectación morbosa, examinando sus composiciones y dejándolas harto mal paradas. Me admiro de la crueldad de Ud.» -añadía con loable franqueza.

De los diversos comentarios que suscita el párrafo transcrito, el primero que debe ocurrírsele a cualquier lector inteligente es el relativo a la causa de esta actitud del señor Mera. Antes de entrar en materia añadiremos que el mismo Valera escribió en otro lugar: «El capítulo XVIII de la Ojeada es sangriento. Suelta Ud. la pluma y se arma del látigo», etc. ¿Qué otra cosa podía ocurrírsele al culto, comprensivo y cristianamente tolerante crítico español, después de leer las siguientes frases con que comienza el referido capítulo? Repasémoslas: «Sentemos desde luego como preámbulo, que nunca nos ha gustado ver a hombres apenas dotados de alma humana (subrayamos nosotros) para poder llamarse tales, metidos a escritores en prosa o verso, y vendiéndose como competentes en materias que no conocen ni por el frontis» (Ojeada, pág. 393). «Con pocas excepciones -añadía- los escasos -43- artículos que se han publicado en achaque de censura, no se han encaminado a corregir los defectos de nuestras letras, sino a lastimar la reputación del autor; han sido solamente desahogos personales», etc.

Parece irrisoria esta adición. Iban, pues, los ecuatorianos a saber lo que era la verdadera crítica literaria, leyendo la Ojeada. No queremos sumarnos al parecer de cierto crítico zahorí que en estos mismos días ha soltado la especie de que el verdadero propósito que animó al autor de la Ojeada no fue «corregir los extravíos de la desenfrenada licencia» a que aludiera García Moreno en el célebre discurso que hemos citado, sino desanimar a todos sus contemporáneos, incluso a sus más caros amigos (los de la lista de doctores y otros que no lo eran, como don Julio Zaldumbide), para quedarse él solo como único poeta de verdad y señor del parnaso.

Algo semejante insinúa su admirador, el Dr. Rodrigo Pachano, tan inteligente y plenamente informado, en el sesudo estudio que le dedica en esta misma Biblioteca Ecuatoriana, frente a su labor de novelista, cuando escribe: «Por eso es que si le habíamos oído decir que al historiar la poesía ecuatoriana quería contribuir a la formación de gusto entre

nuestros jóvenes compatriotas, no deja de sorprendernos que para conseguirlo aportase semejantes auxilios».

No. Aunque la conclusión parece obvia, rehusamos adherirnos a ella, porque situados en punto de observación más favorable podemos ver claramente que no era egoísmo, ni mezquina rivalidad, ni celos o resquemores del oficio, en suma, lo que movió al señor Mera -ciudadano meritísimo y escritor patrióticamente desinteresado- a empuñar el almocafre de la crítica negativa y destructora. Él, que había saludado al vate español don Fernando Velarde, a su paso por Ambato, en 1855, como al verdadero heraldo de una nueva concepción poética; él, que en 1858 le escribía a su amigo don Julio Zaldumbide: «No debemos -44- los modernos imitar de los antiguos más que la pureza del lenguaje y otras cosas que pertenecen a la forma; lo demás debemos tomarlo de los románticos»¹¹, no podía asumir actitud tan radicalmente opuesta sino por muy graves razones.

Para hallar una explicación satisfactoria a su cambio de frente necesitamos hacer un poco de historia. En 1852, antes de cumplir veinte años, Mera se traslada a Quito y hace amistad -que había de durar toda la vida- con su contemporáneo Julio Zaldumbide, en cuya casa encuentra grata y generosa acogida. Ese mismo año, en un acto con que se celebraba el 7.º aniversario de la revolución nacionalista, del 6 de marzo, Zaldumbide y Montalvo se presentan en público, el primero con su laureado Canto a la Música y el segundo con un discursillo intrascendente. Dos años después, hallándose en Baños, se le ocurre el asunto de su leyenda indiana La Virgen del Sol, que «canto tras canto queda terminada poco tiempo después», según su propio decir, y que da a luz en 1861.

En el prólogo a la segunda edición (Barcelona, 1887), él mismo nos revela que el manuscrito, antes de darse a la prensa, pasó de manos de su amigo don Julio, que lo corrigió, por las de los doctores Riofrío y Cevallos, sus valedores, a las de García Moreno, que había tomado ya el poder, «quien elogió la obrita con entusiasmo y me aconsejó que la diese a la estampa».

García Moreno empieza así a atraer a su bando al joven que tanto prometía y, sin duda con su venia, sale electo diputado por su provincia a la Asamblea Constituyente. No obstante, Mera, fiel a sus primeras inclinaciones, actúa como liberal, es decir en la oposición contra Flores y García Moreno; pero éste, generoso y hábil, nombra a su antiguo compañero de -45- colegio don Nicolás Martínez, el tío, casi el padre, de Mera, Gobernador de la provincia de Tungurahua, «gobernación que le dio en propiedad» decía Mera, haciendo la biografía del Sr. Martínez. Un engorroso incidente, ocurrido durante la breve presidencia de Espinosa, le obliga, no obstante, a dejarla, y era nombrado en su reemplazo el Dr. Francisco Montalvo, hermano del Cosmopolita, con lo que se produce la división entre las dos influyentes familias y los ánimos se polarizan entre los que habrán de seguir abnegadamente al nuevo caudillo, amoldándose a sus ideas, a pesar de sus genialidades y vehemencias temperamentales, y los que habrán de hacerle oposición violenta y obstinada, con frecuencia incomprensiva.

Quedaron así, desde entonces, deslindados dos campos de abierta lucha, no sólo en el terreno de la política sino también en el de las letras, pues García Moreno no era hombre para actuar a medias, convencido como estaba

de que la vida humana tiende a ser una unidad y de que todas sus manifestaciones deben converger al servicio de un solo y definido ideal, si no ha de estancarse en el marasmo y el relajamiento. Pareció desde el principio decirles a los ecuatorianos: «o conmigo o contra mí», y con esta mira de absoluta identificación eligió a sus colaboradores. Mera, a vuelta de explicable veleidades juveniles, se afilió a su partido para no abandonar ya sus filas hasta la muerte. «Educado por mujeres, dice Barrera, tenía que señalarse por la moderación». Lo contrario es lo que ocurre: el niño educado por mujeres se vuelve voluntarioso y engreído: la intolerancia en la vida social y política no es más que una secuela del carácter así adquirido.

Pero el mismo García Moreno, el que en su discurso académico de 1846 pregonaba la necesidad de la libertad «para reanimar la muerta inspiración»; el impetuoso jacobino que se ofrecía a emplear contra Flores el puñal de la salud, a fin de librar de su tiranía a la República; el lector fervoroso de *El Viejo Chihuahua*, -46- *La Linterna Mágica* y otros terribles panfletos del doctor Pedro Moncayo, desde la tribuna de la Sociedad Filantrópico-literaria, fundada por el que había de llegar a ser su hermano político, don Manuel Ascásubi, ¿cómo pudo renegar de sus principios que le conducían a un franco liberalismo progresista y volverse reaccionario e intransigente, es decir uno de los primeros en desconocer la validez de los postulados ideológicos de la Revolución Francesa, hasta el punto de sentir un «rencor de fondo» contra el lema que los sintetiza: Libertad, Igualdad y Fraternidad? ¿Cómo pudo hacer suya la afirmación de Pascal (que habría de tomar por base de sus elucubraciones políticas uno de sus mentores ideológicos, el conde José de Maistre), afirmación que reza: «el hombre natural es de suyo malo; sus pasiones y su imaginación, más que su razón, deben suscitar nuestra desconfianza», idea que está en la más absoluta contradicción con el concepto de democracia?

No disponemos ni del tiempo ni del espacio necesarios para ahondar en este tema, en este filón del que se pudieran sacar a luz tan insospechadas revelaciones; nos limitaremos, pues, a apuntar que nuestro héroe -que «extremoso en todo, ansiaba ser el primero en todo»-, pocos días después de haber pronunciado aquel discurso con que abrió el certamen de literatura del año 46, explayando el tema «La liberté littéraire est la fille de la liberté politique», contraía matrimonio con una dama de linaje y fortuna que le llevaba doce años, matrimonio que no se puede menos de clasificar entre los de conveniencia, pero que le permitía ingresar de hecho y de derecho en un círculo aristocrático de grande influencia política, es decir realizar el sueño que le había obsedido desde su llegada a la Capital de la República.

Sus más íntimos amigos -nos dice su biógrafo más fidedigno, don Luis Robalino Dávila- fueron don Roberto Ascásubi, don Carlos Aguirre, don José María Lasso, don Manuel Vega Dávila, don Antonio Borrero, -47- el Dr. Francisco Santur Urrutia y el Dr. Rafael Carvajal. «De elevada cuna, autócrata por temperamento -añade- siempre buscó la compañía de sus iguales o de aquellos que, por sus dotes intelectuales, eran apreciados por él o podían servir a sus ambiciones».

Recordemos también que a consecuencia de una de sus imprevisibles intemperancias se ve obligado a salir del país a principios de 1850,

cuando comenzaba a hacer sus primeras armas en la candente política de la época, con destino a Europa, donde acababan de ser dominadas las varias revoluciones del año trágico de 1848, revoluciones que se atribuyeron con sobrada razón al espíritu de rebeldía e insatisfacción difundido por el movimiento romántico. «En Francia -nos informa Robalino Dávila- la formación de una clase obrera, merced a la transformación de la industria durante la Monarquía de julio, transformación que pasó de los pequeños talleres a las grandes fábricas, ocasionando la despoblación rural y congestionando las ciudades, permitió que se produjera la revolución de 1848 a nombre del sufragio universal, la constitución de la segunda república y la tentativa -durante las sangrientas jornadas de junio- de un trastorno social. El socialismo naciente -colectivista con Saint Simon, Fourriere y Louis Blanc, o anarquista con Proudhon- trataba de implantarse en Francia, al tiempo en que resonaban aún en la Europa entera los ecos del Manifiesto Comunista de Marx y Engels»¹².

Recordemos que ante la amenaza de tan radicales transformaciones, la sociedad occidental civilizada despertó de su letargo y que la burguesía, sintiendo que el suelo empezaba a faltarle, se apresuró a elegir presidente de la Segunda República al príncipe Luis Napoleón, sobrino de Napoleón el Grande, quien tres -48- años más tarde habría de restablecer el imperio, es decir el gobierno autocrático absoluto, único capaz -según el sentir de la época- de reprimir aquellos conatos libertarios y defender las instituciones tradicionales, el gobierno de derecho divino, el régimen absolutista que no necesita tomar en cuenta ni consultar la voluntad de los pueblos, rebaños que deben ser conducidos, dominados y gobernados, lo que presupone una clase superior y privilegiada, cuya cabeza es el rey absoluto.

Se nos observará que hay contradicción en presentar al presunto heredero del imperio napoleónico como una encarnación de las tendencias reaccionarias de la época, cuando el hecho que recoge la historia de las ideas políticas es la notoria animadversión que hacia el primer Napoleón hicieron manifiesta todos los escritores y pensadores que durante su dominación conservaron simpatías por el Antiguo Régimen pre-revolucionario, y que la reacción aristocrática y conservadora de comienzos del siglo XIX estuvo personificada por escritores como Chateaubriand y madame Staël, que figuran entre los portaestandartes del romanticismo, cuyas producciones tomaron frecuentemente el carácter de violenta protesta contra la política personal y absolutista del emperador vencido en Waterloo. Pero se olvida que, en el fondo, aquella reacción arrastraba un fuerte fermento aristocrático y que Napoleón, por su parte, fingía por lo menos actuar en nombre del pueblo y en beneficio del pueblo, es decir en nombre de principios democráticos contrarios a los de la aristocracia fundada en la nobleza y en los privilegios de origen divino. Recuértese que se negó a recibir la corona imperial de manos del Pontífice y que gobernaba de hecho en nombre de la «diosa Razón», esa quimera deificada por los revolucionarios, y que no confiaba en poderes celestes sino en su inteligencia y energía para solucionar los problemas y dominar, las dificultades que encontraba en el camino del progreso -49- indefinido, y que creía que éste era el único que la humanidad podía recorrer.

La ideología de la reacción absolutista a que se adhirió la humanidad asustada, la que adoptó desde entonces García Moreno era diferente. Dejemos que un escritor bien informado nos la explique; porque fue García Moreno, en nuestra pequeña república, no Napoleón el Pequeño en su vasto imperio, el que tomó a pechos implantar aquella ideología, haciéndola bajar de los dominios de la especulación teológico-filosófica al terreno de las realidades políticas. El autor a quien en esta parte tomamos por guía¹³ nos dice, confirmando nuestros puntos de vista: «Es notorio que todos los escritores y pensadores que conservaron alguna admiración por el Antiguo Régimen fueron instintivamente hostiles al Emperador y continuaron en la oposición, al mismo tiempo que trataban de conciliar sus sentimientos conservadores con las esperanzas de la nueva sociedad». Y refiriéndose al conde José de Maistre, el teorizante incuestionable del movimiento, añade: «Apegado a los prejuicios del Antiguo Régimen: religión, patriciado, monarquía absoluta; firmemente hostil a las ideas materialistas, democráticas y republicanas, parece, en efecto, encarnar como nadie el espíritu absolutista y místico de los tiempos pasados y defender las ruinas de la sociedad feudal contra la invasión de las masas igualitarias. Desprecia al pueblo 'siempre niño, siempre loco, siempre inconsciente (absent)'. Desprecia igualmente al individuo 'siempre preocupado de sus derechos, jamás -50- de sus deberes'; y no cree en la grandeza del espíritu europeo. Con una obstinación apasionada, permanece francés tradicionalista [...]. Su sistema moral y político no tolera ninguna innovación. La sociedad, según él, sólo puede ser salvada por la religión cristiana y la monarquía absoluta». «Se ve, desde luego -continúa- obligado a constatar la universal injusticia de la sociedad moderna, la desproporción que existe entre el mérito y el favor, entre la falta y el castigo¹⁴. Así, fue el primero en concebir ese cristianismo pesimista, conciliable con la necesidad del mal, que poco a poco ha venido fijándose en el pensamiento moderno y cuyo credo puede resumirse así: El inocente, en este mundo, expía por el culpable; Jesús fue la más alta y la más noble de las víctimas. A pesar de su sacrificio, seguimos siendo injustos y crueles y egoístas. La guerra es el estado natural del mundo; no hay justicia sino en la eternidad».

De Maistre, fiel a su lógica inflexible, descubre a su pesar que una implacable ley -rigurosamente demostrada después por la ciencia- nos obliga a la lucha perpetua, y que en esta lucha los más fuertes o los menos escrupulosos llevan la ventaja, siendo la justicia terrestre impotente para combatir el abuso (esta ley de hierro y de sangre que suministrará a Nietzsche el argumento esencial de su individualismo), y, en su obra capital *El Papa*, llega a la conclusión de que el hombre necesita ser gobernado desde lo alto. Oigámosle una vez más: «Instituyamos, pues, una soberanía, pero una soberanía absoluta, si queremos que sea obedecida. Oremos para rescatar (racheter) nuestras injusticias y seamos los súbditos fieles de un monarca absoluto (toutpuissant)». Tales son las soluciones prácticas a que arriba este brillante ideólogo. Y -51- si estos remedios no son aplicados

inmediatamente -nos advierte- la decadencia, el desorden, la desorganización del mundo tendrán fatalmente que acentuarse. No es arbitrario afirmar -porque es hecho que puede demostrarse a posteriori- que tales son las ideas que llegó a hacer suyas García Moreno y con su genial inflexibilidad de carácter se propuso infundir en el gobierno de su país, asumiéndolo personalmente todo el tiempo que fuese necesario. De allí su enemiga contra todo lo que portaba la escarapela de libertad, contra el individualismo creciente, contra el espíritu romántico que le daba forma, en suma. Única explicación, a nuestro entender, de la ojeriza que su personero en el terreno literario, don Juan León Mera, hizo manifiesta contra todos los que habían osado tomar, y persistían, en ese camino de perdición; de ahí su desesperado empeño por aniquilarlos o reducirlos al silencio.

¿Hizo un bien, como acaso sinceramente lo creía; hizo, por el contrario, un mal, un daño de irreparables consecuencias? Para encontrar respuesta a esta pregunta, tomemos en cuenta que la oportunidad que se le vino a las manos al crítico literario, identificado ya con la ideología política de su caudillo, fue la aparición de la Lira Ecuatoriana, antología compilada -ya lo hemos mencionado- por don Vicente Emilio Molestina, merítísimo propagandista de nuestras letras, propaganda que continuó dos años después con la publicación de su Literatura Ecuatoriana, Colección de Antigüedades, etc. (Lima, 1868).

La Lira, por lo mismo que presentaba las producciones de los más representativos ingenios de la época, todos -a excepción de Olmedo- de filiación romántica, fue el campo en que el señor Mera se propuso blandir su almocafre, a pretexto de arrancar de raíz las malas hierbas que amenazaban infestarlos. Sólo que, como todo jardinero bisoño e imprevisivo, no se limitó a esto sino que acabó con el jardín, estropeando -52- o destruyendo de hecho todo lo que le llegó a parecerle planta exótica e indigna por lo mismo de aclimatarse entre nosotros. El Dr. Pachano, antes referido, no puede menos que reconocer que «revestido de tales ánimos, a tono con el pensamiento y el ambiente ecuatorianos de entonces, sentíase afiliado irremisiblemente a determinada dirección política»; y Barrera, por su parte, opina: «La crítica en ese tiempo debió ejercitarse con el principal móvil de la influencia política».

Ahora bien, como ya lo hemos insinuado, a esta generación -la de los románticos, que comenzó a florecer en 1852- pertenecen los más altos ingenios de la República. Y no es aventurada apreciación nuestra; la suscribe un profesor de cultura europea, el ilustre helenista P. Aurelio Espinosa Pólit. En su brillante disertación acerca de «Los Clásicos y la Literatura Ecuatoriana», de 28 de mayo de 1938, dada en el Curso de extensión cultural de la Universidad Central, después de enumerar las obras de que en otros géneros se enorgullece nuestra literatura, añade: «Y no es esta nuestra única riqueza. Al lado de aquellos astros deslumbrantes, hay (en su cielo)... un grupo compacto de poetas que serían positiva honra de cualquier Parnaso americano: Numa Pompilio Llona, Julio Zaldumbide, Juan León Mera, Luis Cordero»... Nos permitimos interrumpir la

enumeración porque los demás no pertenecen ya a la generación que venimos estudiando. Pero si añadimos, en orden cronológico, a los citados por el P. Espinosa Pólit, los nombres de Rafael Carvajal, Dolores Veintemilla de Galindo, Francisco Javier Salazar, Miguel Ángel Corral, Miguel Riofrío y Vicente Piedrahíta, no podemos menos -53- que constatar que la plana mayor de nuestro parnaso, sus más ilustres poetas -incluyendo al mismo Mera, poeta en prosa más que en verso- pertenecen a la tendencia contra la cual se ensañó en la Ojeada.

Y todavía podemos añadir que la mayor parte de nuestros hombres ilustres pertenece a la generación que nada debió -dicho sea de paso- a la reforma educacional implantada después del año 60 por García Moreno. Comenzando por él mismo, ¿no fueron sus contemporáneos don Pedro Moncayo, el austero patricio y eminente tribuno, el ilustre historiador Pedro Fermín Cevallos, los insignes prosistas Benigno Malo y Rafael Villagómez Borja, los renombrados estadistas Antonio Borrero y Pedro Carbo? ¿No fue su maestro el inolvidable Rocafuerte y su más temible opositor don Juan Montalvo? No vacilamos, pues, en méritos de justicia, en hacer nuestra la concluyente aserción del distinguido escritor citado: «Que otras repúblicas de territorio y población cuatro o cinco veces superiores a la nuestra, como México o Colombia, pueden alargar la lista de sus literatos, nada tiene de extraño; lo extraño y admirable es que podamos nosotros ostentar una eflorescencia tal en nuestra pequeñez». Lo ecléctico, lo equilibrado y certero de este juicio se hace más patente cuando habla del propio romanticismo. «El clasicismo, casi puro en Olmedo, ya está fuertemente matizado de romanticismo en Zaldumbide, Dolores Veintemilla, Llona, Piedrahíta y toda la primera generación de poetas. Pero era un romanticismo natural y espontáneo, sin nada de las violencias ni del espíritu de conquista que caracterizó su implantación en Europa». Pero esta serena objetividad de criterio, fruto es ya de mejores tiempos que los de Mera. La enemiga que él suscitara contra el romanticismo continuó casi hasta las postrimerías del siglo. No se hizo excepción de personas. Hasta contra artista tan puro, tan pulcramente -54- ajeno a las luchas de su época, como dore Julio Zaldumbide, se ensañaron sus mismos amigos. Bajo el pseudónimo de Bonifacio enarbolaba contra él, don José Modesto Espinosa los dardos de su sátira¹⁵; y las alusiones hirientes no escasean en la Ojeada de Mera¹⁶, su íntimo amigo, el que pacientemente toleraba los palmetazos que de hombre a hombre Zaldumbide le prodigaba, como puede comprobarse en vista de su correspondencia publicada por la Academia.

Terminaremos estos apuntes con un párrafo del inolvidable Víctor León Vivar, porque nos abre el horizonte que nuestra poesía se proponía recorrer, cerrado ya el del romanticismo. Oigámosle: «Una vez aceptada la idea de que a pueblos jóvenes como los americanos corresponde una poesía viril, toda amor y esperanza, es indudable que la de Remigio Crespa Toral llena este programa; y ella, como la del yanqui Longfellow, es fuente de aguas saludables y robustecedoras en las que, al apagar el ansia del ideal, los que luchamos por la existencia nos sentimos fuertes y con ánimo para marchar hacia adelante, hasta llegar aún más allá de la última cumbre. Se diferencia esta poesía del humanitarismo de Víctor Hugo en que tiene base sólida en las creencias religiosas y es enemiga, por

consiguiente, de novedades filosóficas».

Del renacimiento iniciado por el ilustre poeta laureado a quien se refiere Vivar, esto es a vueltas del vergonzante neoclasicismo que propició Mera, convirtiéndose él mismo en su portaestandarte, no es nuestro propósito hablar en esta ocasión. Oigamos solamente en qué términos anunciaba el cantor de «Mi Poema» su nuevo ideal poético: «La musa de los festines y de los cementerios debía ser echada fuera de la república literaria, y la gran poesía, de que hablaba ya -55- Thiers, era menester que hiciese su camino por toda la redondez de la tierra. La reforma salió de América y Longfellow fue su entusiasta propagador. A él lo reconocemos como padre del magnífico ideal que fundado en los poemas bíblicos y en las tradiciones cristianas de la Edad Media, se anuncia en América como el único digno de la elevación del arte y de la gloria del hombre»¹⁷. Esto escribía el maestro morlaco con motivo del fallecimiento del bardo americano, ocurrido el 24 de marzo de 1882.

Pero se echa de ver que, cansado del pseudoclasicismo de Mera y los que se animaron a seguirle, los Sánchez, Echeverría y otros, y quizás también de las tonadillas de los imitadores de Trueba, y -aún más- de los suspirillos germánicos de los Espinosa y Pallares Arteta, lo que anhelaba, siguiendo a Longfellow y a Núñez de Arce, otro de sus modelos, era el advenimiento de un nuevo romanticismo, depurado ya de las enfermizas tendencias del primero.

Nos limitamos, pues, a dar las noticias indispensables sobre los poetas representantes de estas tendencias, hasta cuando, en la segunda década del presente siglo, el Modernismo llega a su pleno aunque breve florecimiento.

Rafael Carvajal (1818-1881)

Nota biográfica

Nació cerca de Ibarra, ciudad norteña del Ecuador, en una finca del solar de la familia. Vinculada a la nobleza de su provincia, recibió educación tan esmerada como lo permitían las circunstancias de época tan azarosa. Sobre esta base pudo desplegar sus claros talentos, llegando pronto como estadista a ocupar las posiciones más altas. Fue desde los bancos de la universidad amigo constante de García Moreno, a quien secundó eficazmente en el poder, que le ayudó a conquistar con sacrificio del patrimonio de la familia, siendo en adelante su más asiduo e importante colaborador. Fue poeta de ocasión, cuando la soledad del ostracismo o el vacío angustioso de la decepción le ponían la lira en las manos. (Luce un lenguaje puro y versificación suelta y elegante, y, en veces, dones satíricos notorios que determinaron graves alternativas en su carrera política).

Colaboró en El Nacional con prosa de combate y en El Iris con poemas satíricos o sentimentales en que daba desahogo a sus más íntimos impulsos. Selecciones -60- de sus poesías aparecieron sucesivamente en La Lira Ecuatoriana de Molestina, en el Parnaso Ecuatoriano de Gallegos Naranjo y

en La Nueva Lira de Echeverría.

Nada nuevo aportó la antología académica de 1892; en todo caso, estas selecciones no parecen haberse hecho con el mejor gusto. Un cuaderno de versos de más de cien páginas, si no de su puño y letra, corregido por él, ha llegado mutilado y destrozado a la biblioteca del Instituto de Humanidades Clásicas que el colegio de jesuitas de Cotocollao viene formando con meritoria diligencia. Pero siquiera una tercera parte ha sido cercenada y otra tercera parte está casi destruida. Sin embargo, nos ha proporcionado algunas composiciones inéditas, que damos a conocer, y nos ha permitido corregir el texto de las ya publicadas.

El juicio más discreto sobre Carvajal como hombre de estado, pertenece al concienzudo historiador de García Moreno, don Luis Robalino Dávila, quien lo formula así: «El respeto a la administración pública...; el convencimiento de que sólo personas hondamente enraizadas en la tierra natal y pertenecientes a familias honorables -la familia es el pronóstico del destino, afirmó Lamartine- pueden trabajar tesonera y limpiamente por el bien común; hicieron que García Moreno echase siempre mano, para colaboradores suyos en puestos de confianza, de personas consideradas y de claros antecedentes en el medio en que vivían. Y aún antes de 1860, sin alarde alguno de gobierno aristocrático, se había adoptado esta norma. Quedaron para mucho más tarde las improvisaciones».

«Al tomar posesión por vez primera del solio -continúa- García Moreno nombró el 2 de abril de 1861, Ministro de lo Interior y Relaciones Exteriores al doctor don Rafael Carvajal... descendiente quizás de don Antonio Carvajal, uno de los primeros regidores de Ibarra a raíz de su fundación... Fueron compañeros de estudio en la universidad y los dos se recibieron -61- de abogados el mismo día. Su amistad era, pues, muy antigua... En el gobierno provisorio García Moreno distinguió mucho a su colega Carvajal. Fue indudable que, sea por cierta afinidad de carácter, sea por estrecha compenetración de ideas y sentimientos... Carvajal fue el colaborador ideal para García Moreno, quien lo llevó a todos los honores: Diputado, Ministro de Estado, Vicepresidente de la República, Presidente de la Convención de 1869. Ministro después, hasta 1875, de la Corte Suprema de Justicia. Muerto García Moreno, Carvajal combatió a Veintemilla, que le desterró; murió en Lima en 1877, a los 59 años»18.

-[62]- -63-

Selecciones

-[64]- -65-

Himno a la libertad

(De El Sueño de un proscrito)

«Salve, salve, deidad peregrina,
por los déspotas siempre ultrajada;
otra vez por un Dios rescatada
más hermosa te vemos brillar».

Eres siempre aquel astro que brilla 5
de los pueblos mostrando el destino;
eres sol que fecunda el camino
de ventura, de gloria y de paz;
eres sopro de Dios con que al hombre
del cobarde letargo despierta; 10
eres ángel que vela en la puerta
de ese templo de gloria inmortal.

«Salve, salve, etc.».

Hoy el pueblo conoce dichoso
el influjo que debes al cielo, 15
hoy desgarras propicia ese velo
que en tinieblas hundi6 la ciudad:
hoy el hijo le debe a su padre
que gimi6 largo tiempo expatriado,
hoy el hijo por ti rescatado 20
de la madre en los brazos est6.

«Salve, salve, etc.».

-66-

Hoy enjuga la esposa su llanto
y el esposo en tranquila bonanza
hoy bendice la dicha que alcanza 25
respirando feliz en su hogar:
hoy los brazos extiende el amigo
al amigo que vio en desventura,
y se estrechan en dulce ternura
invoc6ndote, santa deidad. 30

«Salve, salve, etc.».

Hoy despueblas las crudas monta6as,
los desiertos y el suelo extranjero

que escucharon el ¡ay! lastimero
del proscrito que vieron vagar. 35

Salve, salve, deidad peregrina,
sin piedad tanto tiempo ultrajada,
no separes, por Dios, tu mirada,
que es un rayo de luz celestial.

«Salve, salve, etc.». 40

En tu nombre hemos visto elevarse
al cobarde, al traidor, al infame;
en tu nombre hubo monstruo que llame
sus crueldades, virtud, libertad;
en tu nombre al genízaro altivo, 45
por la voz de su jefe azuzado,
hemos visto blandir descarado
tinto en sangre el agudo puñal.

«Salve, salve, etc.».

En tu nombre también al ministro 50
del Señor hemos visto injuriado,
y proscrito y cruelmente ultrajado,
porque fue de virtud ejemplar,
¡oh, qué horror! la beldad en tu nombre
en oscuras mazmorras gemía; 55

-67-

¡oh, qué horror! los insultos sufría
del esbirro sacrílego audaz.

«Salve, salve, etc.».

En tu nombre el traidor halló premios,
en tu nombre medró el asesino, 60
en tu nombre un salvaje beduino
holló leyes, honor y moral;
mas, cual astro que siempre señala
a los pueblos su hermoso destino,
hoy nos abres propicia el camino 65
de ventura, de gloria y de paz.

«Salve, salve, etc.».

IV

Abrí con asombro los ojos y el día
hirió mis pupilas, hirió el corazón;
y, al ver la mentira del sueño, sentía 70
roer mis entrañas amarga impresión;

Amarga cual nunca probara mi pecho
sentí en ese instante de eterno pesar,
al verme proscrito y en mísero lecho
buscando con ansia mi patria, mi hogar. 75

¡Ay patria querida! perdona si osada
cantando este sueño mi lira infeliz,
pintó del oprobio que sufres cuitada
el fúnebre cuadro con negro barniz:

No tiene la culpa mi débil acento 80
si acaso tu rostro colora el rubor,
la tiene el imbécil que vive contento,
la tiene el maldito que ultraja tu flor.

-68-

Gratitud

(Inédito)

Oh amistad, santa, divina,
hija del cielo en la tierra,
todo bien en ti se encierra,
todo al bien por ti camina.

Eres tesoro inefable 5
del corazón y del alma;

por ti el hombre en dulce calma
goza un placer perdurable.

Eres imán de la vida
en este mundo enojoso 10
eres bálsamo copioso
para un alma dolorida.

Por ti en medio de su angustia
la desgracia enjuga el llanto,
tú mitigas un quebranto 15
cuando está afligida y mustia.

Por ti la orfandad llorosa
halla una mano propicia,
que dulcemente acaricia
su existencia lastimosa: 20

-69-

Por ti el infeliz cuitado,
en los días de amargura,
halla solaz y ventura
de sus penas olvidado.

Eres destello divino 25
que a la razón encamina,
y benéfico ilumina
la oscuridad del destino.

Eres fuente saludable
de ternísima fruición, 30
y contra la vil pasión
santo muro inexpugnable.

Amistad ¡oh don precioso!
de la vida hermoso faro,
por donde voy te reparo 35
y te acato silencioso.

Por ti mi respeto crece
en esta mansión propicia,
do bienhechora caricia

tu dulce sombra me ofrece. 40

Aquí libre de la injuria
de injustos perseguidores,
no pruebo los sinsabores
de su maldecida furia:

Tranquilamente respiro 45
sin que el alma desconfíe:
todo aquí en paz me sonrío,
y aquí por nada suspiro.

¡Silencio!... Mi patria gime
llena de oprobio y cautiva: 50
¡No habrá quietud mientras viva
el tirano que la oprime!

-70-

Un recuerdo

A mi madre

(Inédito)

I am all alone in my chamber now
And the midnight hour is near
[...]
And over my soul in its solitude
Sweet feelings of sadness glide.

Chalmers.

I

Mi rostro juvenil sombreando apenas,
el bozo aparecía,
¡ay! entonces sentía
¡sí! cuando sonreía
correr mis horas de contento llenas. 5

Jamás la pena ni el dolor mi pecho
habían lacerado;
tranquilo, sosegado
de mí mismo vivía satisfecho.

Con risa placentera la inocencia, 10
cual diosa de mi aurora
velaba protectora
con su manto mi plácida existencia.

-71-

Encanto y seducción siempre ofrecían
mis ocios regalados 15
y, libres de cuidados,
con dulcísimos goces me adormían.

Las caricias y tiernas emociones
de mi madre querida
me daban nueva vida 20
de hermosas y variadas ilusiones.

Grato era el resplandor del claro día:
al asomar la aurora
alegre y seductora
la tarde cada vez me parecía. 25

Grato era el murmurar, del arroyuelo,
y musical y suave
el canto con que el ave
la luz miraba que le enviaba el cielo.

Magnífico era ver del sol dorado 30
el majestuoso paso
allá en su lindo ocaso

de nubes juguetonas circundado.

Radiante de fulgor aparecías
¡tú siempre clara luna! 35
Jamás me fue importuna
la inspiradora luz que me ofrecías.

Tranquilo era mi sueño ¡qué contento
al despertar mostraba
feliz, cuando escuchaba 40
del eco maternal el dulce acento!

¡Cuan plácida del alba relucía
y la luz encantadora!
Y música sonora
el ruido matinal me parecía. 45

-72-

Mi faz siempre risueña; complacida
mi mente se extasiaba
y al mundo contemplaba
cual Edén lleno de placer y vida.

II

Mas, dime madre querida 50
¿por qué esos tiempos volaron,
por qué tan pronto llegaron
las horas de padecer?

¡Ay! para mí desdichado
todo cambió en un instante: 55
ráfaga de aire inconstante
fue para mi alma el placer.

Como esa luz engañosa
que cruza en la noche oscura,
dejando en pos la pavora 60
de más densa oscuridad,
pasaron esos instantes

y vino en pos del tormento:
ilusión fue mi contento
y el dolor fue realidad. 65

Dime, madre idolatrada,
¿cuando meciste mi cuna
no vertió lágrima alguna
tu maternal compasión?
¡Ah! sí, lloraste al mirarme 70
profundamente dormido,
cuando un présago gemido
exhaló mi corazón.

-73-

Lloraste, sí, madre mía,
y una lágrima piadosa, 75
surcando tu faz hermosa,
pudo a mi seno venir:
guárdola yo desde entonces,
como reliquia del cielo,
como lágrima de duelo 80
que mostró mi porvenir.

Dulce consuelo buscaste,
al despertarme propicia,
con esa tierna caricia
que tu cariño me dio; 85
y al mirar que te pagaba
con mi sonrisa inocente,
a tus faldas ledamente
tu ternura me llevó.

Pero curar no pudiste 90
tu sentimiento profundo
al verme ya de este mundo
en el terrible huracán;
y, apresándome en tu seno,
una vez y otra exclamaste: 95
«¡Hijo mío!» y me besaste
con afectuoso ademán.

¡Ah! cuanta razón tuviste
desde entonces, madre mía;
tu cariño predecía 100
de mi vida el amargor;

y quien sabe si allá dentro
de tu pecho condolido,
encontraste en mi gemido
un presagio de dolor. 105

Si entonces adivinado
hubieras con tu ternura
cuan aciaga desventura
me ofrecía el porvenir,
-74-
con razón, madre querida, 110
conjurando al hado impío
dijeras: «¡Ay hijo mío,
más te valiera morir».

III

Ya mi noche lastimera
la mitad de su carrera 115
terminando,
en este enojoso mundo
todo en silencio profundo
va dejando:

y en melancólica calma, 120
acá en el fondo del alma
congojosa,
entre el ¡ay! del infelice
oigo una voz que me dice
misteriosa: 125

tanto crimen inhumano
tanta sacrílega mano
no te asombre;
que en verdad, del hombre, os digo,
el más pérfido enemigo 130
es el hombre.

¿Ves el sueño deleitoso
con que el señor poderoso
se regala?
Es la imagen de otro sueño 135

que al esclavo con el dueño
pronto iguala.

-75-

No hay entonces desventura
y termina la amargura
de esta vida: 140
sólo allá vive la calma,
esa dulce paz del alma,
tan querida.

Los placeres halagüeños
son quiméricos ensueños, 145
son mentira,
con que el alma fascinada,
cuanto más vive engañada,
más suspira.

Este mismo sueño breve 150
que el hombre a gozar se atreve
es delirio,
es tregua de las pasiones
a esta vida de ilusiones
y martirio. 155

Todo duerme, hasta el malvado,
de sus crímenes pagado,
¡quién creyera!
duerme sin ver preparada
pendiente sobre él la espada 160
justiciera.

Sólo la madre amorosa,
de sus hijos cuidadosa,
yace en vela;
y a su afecto reverente 165
es, de la vida inocente,
centinela.

¿Qué del hombre sucediera,
si a su lado no tuviera
en la infancia, 170

-76-

de una madre el dulce anhelo,

sus caricias, su consuelo,
su constancia?

IV

Mas no, que también velando
en su triste soledad, 175
con el alma dolorida
un hijo infeliz está;

y en medio de la amargura
de su mísera aflicción
al suspirar por su madre 180
calma un tanto su dolor.

¡Ay! suspiro, que en mi pecho
el amor hizo nacer,
parte veloz, ahora mismo,
adonde mi alma se fue; 185

y dile a mi dulce madre,
ocultando tu aflicción,
que eres consuelo en su ausencia,
que eres prenda de su amor.

Y dile, si acaso llora, 190
proscrito al verme infeliz,
por Dios, que enjague su llanto,
que no lo vierta por mí.

Tal vez sus lágrimas pías,
agravando su pesar 195
haranme víctima triste
de inconsolable orfandad.

-77-

Que ella es la luz de mis ojos,
el remedio en mi dolor,
el sostén de mi esperanza, 200
la vida del corazón.

Que guarde su tierno llanto
para otro cercano mal...
¡Quizá las puertas se me abren
de la inmensa eternidad! 205

Que una lágrima en mi tumba
debo a sus ojos pedir;
pero esa lágrima sólo
por el tiempo que viví.

Entre tanto, madre mía, 210
calme el cielo tu aflicción,
recordando que padezco
por mi patria y por mi honor.

Todo harán mis enemigos
con la fuerza y su maldad; 215
pero no impedir que te ame,
eso no, jamás podrán:

Y a que conozcas te envío
desde extranjera mansión
«Un recuerdo», a tu memoria 220
y a tus caricias, mi amor.

-78-

A una poetisa

Ni el dulce murmurar del arroyuelo
que se desliza con variado encanto,
ni el triste arrullo con que eleva al cielo
la tórtola afligida su quebranto,
ni al descorrer el misterioso velo 5
natura ufana con su rico manto,
me ofrecieron jamás ese consuelo
que ofrecen las dulzuras de tu canto.

Canta feliz, de un cielo bonancible

hija privilegiada, que tu lira 10
te muestra hermosa cuanto más sensible.
¡Por Dios! canta, otra vez y el alma inspira
de un triste trovador que en su amargura
halla en tus versos celestial ternura.

-79-

Una esperanza

¿Cómo queda, no ves, querida esposa,
la blanca helena¹⁹ que, a tu lado crece,
cuando el riego le falta que le ofrece
tu mano, cada vez más cariñosa?

Inclínase marchita y congojosa 5
al blando soplo que sus hojas mece,
sus pétalos desgreña, y desaparece
del verde tallo que adornó graciosa.

De pena igual tu ausencia lastimera
me llena el corazón y triste, mustia, 10
mi faz se muestra de dolor transida,

¡Ay! morir cual la flor también debiera,
y si vivo, sólo es porque en mi angustia
la esperanza de verte me da vida.

-80-

Impresión a la vista del mar

Infeliz y entregado al torbellino
de tristes pensamientos viome el cielo,
sin patria, sin amigos, sin consuelo
y postrado al rigor de mi destino.

Vagando, como suele, de continuo, 5
quien la copa bebió de la amargura,
mi vista se extendió por la llanura,

que no tiene ni huella ni camino.

¡Era el mar! y su aspecto majestuoso
largo tiempo detúvome absorbido 10
en éxtasis profundo, misterioso.

¡Era el mar! que agitado por los vientos
mi suerte retrataba enfurecido
o, en su calma, mis tristes pensamientos.

-81-

A Dios

(En el cumpleaños de mi padre)

(Inédito)

Verba mea auribus percipe, Domine, intellige clamorem meum.

Salmo 5

Señor, por todas partes mi espíritu te encuentra,
armado de justicia, vestido de poder;
y cuando más se extiende mi vista, se concentra
en mi alma el sentimiento de tu indecible ser.

Te miro en el espacio azul del firmamento 5
midiendo con tu vista la inmensa eternidad,
de fúlgidas estrellas un trono por asiento
y el sol allá en tu diestra vertiendo claridad.

Te miro en esas nubes que llevan encrespadas
de manto ennegrecido cubierto de capuz, 10
cuando rugiendo cruzan el éter inflamadas

privándome que mire tu bienhechora luz.

El hórrido estampido que cruza el firmamento,
cuando iracunda viene la negra tempestad,
y el ronco rebramido con que se rasga el viento 15
me anuncian con su estruendo tu regia majestad.

-82-

Te miro en las nevadas pirámides que al cielo
su cúspide levantan con mágico esplendor,
magníficos santuarios que diste a mi suelo
para que rindan culto los Andes a su Autor. 20

Señor, por donde quiera se vienen a mi mente
también de tus bondades ideas en tropel,
y a cada instante mi alma conoce reverente
las glorias del imperio que codició Luzbel.

Empero más sublime te muestras y glorioso, 25
admiro enternecido tu santa majestad
cuando de alianza el arco te anuncia misterioso
cual ese Dios inmenso de paz y de bondad.

¡Señor, yo te contemplo! Mi voz agradecida
te eleva esta plegaria al son de mi laúd, 30
porque te ve guardando la religiosa vida
del hombre a quien inspira tu soplo de virtud.

Ya no del temor santo que inspiras en el mundo
despiertas en mi mente la grande admiración;
un sentimiento sólo de gratitud profundo, 35
de amor y de esperanza penetra el corazón.

Señor, agradecido mi espíritu te adora,
tu grande providencia conozco y tu bondad,
inmensos beneficios tu mano me atesora
guardando de mi Padre la vida tu piedad. 40

Si un día dar quisistes a mi alma el sentimiento
de este favor divino que llena el corazón,
justo es que agradecido te rinda el pensamiento
en homenaje humilde sincera adoración.

Concede, Dios, que el aura de tan preciosa vida, 45
cual suele aquí las flores tu céfiro mecer,
en calma, en dulce calma, del tiempo la corrida
modere, refrescando benéfica tu ser.

-83-

Protege ¡oh Dios! sus días, cual padre bondadoso
y un himno de alabanza mi voz entonará, 50
y el arpa del Profeta con eco misterioso
¡Hosanna! allá en los cielos también repetirá.

-84-

La musa mensajera

(Fragmento)

¡Qué...! ¿no hay más que sufrir y estar callado?
Me buscan, pues me doy por encontrado.

¿Y qué, te ríes al verte
transformada en un momento
en una Venus hermosa
capaz de quitarme el sueño?

Pues bien, mi musa, recibe
los afanes de mi afecto;
pero aguarda, que te falta
lo principal estoy viendo.

Sabes bien que la hermosura
sin un interior perfecto
hizo decir a la zorra:
«Hermosa es, pero, sin seso».

Tal vez te dirá lo mismo
en vez de zorra algún cuervo,
o el cabro saltaventanas
de un fabulista moderno²⁰.

-85-

Te dirán, y con justicia
en estos benditos tiempos,
en que las prendas del alma
se venden a cualquier precio,

que en tus labios la mentira,
y la codicia en tu seno
sean el norte seguro
de tu conducta y tus hechos.

La traición oculta siempre
puedes llevar sin recelo,
que en el día las traiciones
dan fortuna y buen aprecio.

Y si quieres tener algo
de lo que honor llama el necio,
un paseo en los cuarteles
te brindará mil ejemplos²¹.

De amistad fingirás siempre
los más nobles sentimientos,
y sacrifica a tu amigo
si se atraviere un empleo.

Jamás te cortes las uñas,
ni pongas ley a tus dedos,
y ante las aras de Caco
quema siempre mucho incienso.

Sean tu arma favorita
la calumnia y los enredos;
nunca enfrenen tus pasiones
condición, edad ni sexo.

Tus deseos jamás midas²²
por vergüenza o por respeto,
que para ser buen ministro
es político precepto.

-86-

La virtud llama quimera
y al vicio quémale incienso²³;
de religión y moral
habla poco y con desprecio;

y sólo cuando pretendas
asegurar tus intentos,
fingirás que las defiendes,
pues ser hipócrita es bueno²⁴.

A tu rencor, rienda suelta;
como sabia, a nadie el puesto;
charla siempre con descaro
de libertad y progreso.

Enemiga del trabajo,
vivirás sólo de empleos,
que ya te doy cualidades
muy aparentes para esto.

Y aunque enciendas diez mil guerras,
y hagas víctimas sin cuento,
¡adelante! nada mires,
que son recelillos necios.

Y si algún joven incauto
llama vicios tus portentos,
salta y chilla, y di que es godo,
que es enemigo del pueblo;

arma contra él la calumnia,
persecuciones, destierros;
y, si es posible, el puñal
ponga a sus labios silencio.

Hé, mi musa, ya estás lista,

nada te falta; completos
-87-
tienes muy lindos adornos
para el alma y para el cuerpo.

Ora deja esos harapos
que están sin lustre y son viejos;
que si no andas a la moda
te mirarán con desprecio.

Ponte el moño de escritora,
de política los crespos,
de patriotismo el afeitado,
la mantilla de progreso.

Unas pulseras de renta
y aretes de palaciego,
con gargantilla de charla,
te vendrán a muy buen tiempo.

De liberal el penacho
te adornará con esmero,
y el prendedor de dos caras
con brillos de amor al pueblo.

¡Ah! no dejes esos guantes
de torna-propio lo ajeno,
ni la basquiña de astucias,
ni el sobre-todo de empleo.

Oye, pues, y no te pares,
que me interesa en extremo
llegue pronto este mensaje
a donde partirás luego.

Y aunque vayas charlatana,
no importa, que buen concepto
quiero ganar de poeta
mas que murmuren los necios.

¡Fácil cosa! tu lenguaje
altisonante, indigesto,

-88-

con galicismos y ripios
te dará de bardo el premio.

Y trocando las palabras
a cosas del pensamiento,
los discursos rimbombantes
harán mágico tu acento.

Pero, musa, ¿todavía
me muestras tus descontentos,
después que te he regalado
con cuanto he visto y no tengo?

¿Y tiembles? ¿Tal vez te ha dado
de salir algún recelo,
porque a mía sobre tuya
al cuartel irán los presos?²⁵

No, mi musa, no receles,
a fe mía te confieso:
pinti-parada roquista²⁶
te verán hasta los tuertos.

Puedes salir bien confiada
de que te guardan respeto,
mucho más cuando ya tienes
de socialista los fueros.

Si encuentras un artesano
que viva en paz y sosiego,
demostrando en su trabajo
sus honrados sentimientos,

Ocultando cuanto llevas
hazte patriota en extremo,
y fíngete con astucia
defensora de los pueblos;

-89-

de sociedad habla mucho,
de medallas y de premios,

y con mentidas arengas
pon en sus manos el cielo.

Nada importa su miseria
con la guerra y los impuestos;
nada importa, que padezca;
dile tú que esto es progreso.

No importa que tus promesas
le engañen hasta el extremo,
como a costa de su ruina
asegures un empleo.

Seduces, engaña, porfía,
edúcale con tu ejemplo,
que será feliz la patria
con tan felices modelos.

Entonces sí, ya no temas
de algún roquista el encuentro²⁷;
vete pronto y muy altiva
le dirás... Pero ¡qué veo!

¡Musa, colérica tiemblas
y brotan tus ojos fuego,
pálida quedas y mustia,
de color cambias y gesto!

¡Amenazantes miradas
me diriges, y en el suelo
dando una fuerte patada²⁸,
desaliñas tus cabellos!

¡Crujen tus dientes... los labios
te remuerdes, y al momento
-90-
separas de mí la vista
y la diriges al cielo!

¿Del rubio dios la venganza
buscas, acaso, y su ceño,
o de Júpiter tonante

los vengadores estruendos?

¿Lloras también... y ademanes
haces ya de alzar tu vuelo...?
No, musa: ¡perdón mil veces!
Perdón... ¡Perdón! te comprendo:

Ultrajada te contemplas
con razón, en estos versos,
porque he querido vestirme
con las galas de estos tiempos.

Pero no, musa, detente²⁹;
ya de veras me arrepiento:
conoce que fue una burla
y un ligero pasatiempo.

Acabe tu justo enojo
y vuelve a tu pobre arreo,
despójate de esas galas
dejando todo a sus dueños;

que yo, sencilla y honrada,
con tu carácter ingenuo,
te necesito, aunque sufras
la rabia de los perversos.

Gabriel García Moreno (1821-1875)

Nota biográfica

Célebre estadista nacido en Guayaquil el 24 de diciembre de 1821. Es notable también como escritor y poeta, por la claridad de su elocución y la fuerza incisiva y persuasiva de su estilo.

Como poeta bien puede figurar entre los románticos, si no por las novedades formales que nunca empleó, por el fondo de ideas y la actitud vital que adoptó ante lo que ellos llamaban el «injusto sino». En su primera edad, hacía profesión de romanticismo, y heraldo de sus principios se proclamó en el célebre discurso con que abrió el Certamen de Literatura de la Universidad de Quito, en julio de 1846, y consecuente con ellos expresó sin ambages sus sentimientos y el mar de fondo ideológico y

emocional que daba fuerza a dicho movimiento en la Nota Necrológica dedicada pocos meses después, el 18 de noviembre, a lamentar la muerte de la señora Dolores Salinas de Gutiérrez, su segunda madre política, quien había perdido a su padre el prócer don Juan Salinas, el aciago 2 de agosto de 1810, asesinado en la prisión por los españoles.

En el párrafo final se leen estos conceptos: «¡Desventurados de nosotros que la hemos perdido para -94- siempre, nosotros que arrastramos inútilmente el peso abrumador de una existencia atormentada! Cada día, cada instante que vuela nos roba alguna ilusión, desvanece algún encanto y nos deja algún dolor; y cuando enteramente se disipan los sueños de falaz ventura, el mundo llega a ser un desierto y el corazón una tumba».

Esto escribía en Quito el 18 de noviembre de 1846. Basta leer los párrafos transcritos -el tono es inconfundible- para convencerse de que a los 25 años García Moreno era romántico de corazón. Lo era también y siguió siéndolo por su pasión por la justicia y su odio a la mediocridad, la ineptitud y el vicio.

Esto nos lleva a la conclusión de que el personaje ecuatoriano acerca de quien más se ha escrito es todavía el menos conocido. La recta comprensión de García Moreno no requiere ya ni una nueva diatriba ni una nueva apología; lo que hace falta es situarle en el plano de ideas y corrientes mentales y emocionales de su tiempo. El cuadro exterior histórico en que actuó, ha sido estudiado ya bastante; demasiado bien conocemos sus hechos, sus errores y desaciertos; sus proezas y grandes realizaciones y hasta puerilidades e insignificancias de su vida que a cualquier hijo de mujer hay que pasarle en silencio piadosamente, por excelsa que sea la altura a que hubiese llegado. Lo que no sabemos, ni nadie ha tratado de averiguar, son las características de su extraordinaria personalidad, la singularidad de su psicología; los móviles que le impulsaban a la acción tan decididamente; las condiciones idiosincrásicas que determinaban su reconocida eficiencia personal.

Necesitamos, luego, estudiar sus ideas directrices, sus convicciones determinantes; la estructura mental e ideológica en que se apoyaba el poderoso motor de su voluntad y de la cual partían, como relámpagos, cuando se calentaba al rojo, sus terribles decisiones; en la que tomaba ímpetu el apasionamiento tenaz con que las llevaba a cabo.

-95-

¿Cuáles eran sus ideas religiosas y políticas? ¿A qué escuela pertenecía; en qué fuentes las había bebido; cómo las habría interpretado este hombre silencioso y hermético si hubiese tenido tiempo para explicar sus actos; si hubiera querido confesar los secretos móviles de su conducta; justificar lo que sus enemigos han llamado sus crímenes? ¿Qué libros leyó en sus horas de soledad? ¿Conoció los de los escritores a quienes parece haber seguido: el Conde de Maistre, Donoso Cortés, Balmes?... Si poco o nada se sabe sobre todas estas cuestiones ¿cómo juzgarlo? ¿Cómo juzgarlo sin comprenderlo?

Y es el hombre por el cual nuestro país ocupará un puesto honroso en la historia, según sentía el sabio crítico -que él sí lo entendía- don Marcelino Menéndez y Pelayo³⁰.

-[96]- -97-

Selecciones

-[98]- -99-

A la patria

(Soneto)

Patria adorada, que el fatal destino
en fácil presa a la ambición condena;
donde en eterno, oscuro torbellino,
el huracán del mal se desenfrena:

¡ay! ¿para ti no guarda el Ser Divino 5
alguna aurora sin dolor serena,
alguna flor que adorne tu camino,
alguna estrella de esperanza llena?

Si dicha y paz propicio te reserva,
que su potente mano te liberte 10
del férreo yugo de ambición proterva;

o si no, que los rayos de la muerte
mi pecho hieran, antes que, vil sierva,
pueda infeliz encadenada verte.

Abril de 1846.

-100-

A la memoria de Rocafuerte

Pálida, triste, en lágrimas bañada
y herida el pecho de profunda pena,
hermosa virgen, de amargura llena,
a solitaria tumba se acercó;

y al recorrer con lánguida mirada 5
el yerto polvo que el sepulcro encierra,
en llanto amargo humedeció la tierra
y en lastimeras quejas prorrumpió:

«¡Ya no late tu pecho esforzado;
ya en el cielo tu espíritu se esconde; 10
ya no se abren los labios de donde
corrió puro, sonoro raudal!

¡Y yo mísera y sola me encuentro,
y de viles traidores cercada,
ofendida, llorosa, ultrajada, 15
perseguida del genio del mal...!

Cuando airada la suerte enemiga
me colmó de infortunio y horrores,
tú templaste mis crueles dolores,
tú enjugaste mi llanto infeliz. 20

¡Y hoy no tengo quien llore conmigo,
quien escuche mi triste lamento,
quien imite tu noble ardimiento,
quien herede virtudes de ti!

-101-

Anidaba mi pecho esperanzas 25
que ya en alas del viento volaron,
y dolientes recuerdos dejaron
que no pueden los siglos borrar:

¡ay! recuerdos que son para el alma
penetrantes y duras espinas, 30
que arraigadas en medio de ruinas
nadie puede después arrancar.

Dulce sueño de paz y ventura,
encantada ilusión que he perdido,
todo yace en la tumba caído; 35
sólo vive mi acerbo dolor:

¡ya no late tu pecho esforzado;

ya en el cielo tu espíritu se esconde;
ya tu acento a mi voz no responde;
y el destino me inspira terror...!» 40

Dijo y, llorando, tristes siempre vivas
regó sobre la tumba solitaria;
y con ferviente, fúnebre plegaria,
la piedad del Altísimo imploró.

Cruzó luego las auras fugitivas 45
súbito lampo y retumbante trueno;
y ayes lanzando del herido seno
la dolorida virgen se ocultó.

En la pálida frente se veía
el caro nombre de la patria impreso, 50
de la patria, rendida al duro peso
de creciente, implacable adversidad.

¡Infeliz, que luchando en la agonía
y entregada a las garras de la muerte,
ve expirar al virtuoso Rocafuerte, 55
y alzar al crimen al traidor puñal...!

-102-

Epitafio

Tus cenizas, Vicente Rocafuerte
aquí guardó la muerte;
pero queda tu nombre para gloria
del mundo americano, y para ejemplo
de cívicas virtudes tu memoria. 5

Quito, junio 16 de 1847.

-103-

A Fabio

Yo vi del polvo levantarse audaces,
a dominar y perecer, tiranos;
atropellarse efímeras las leyes
y llamarse virtudes los delitos.

Moratín.

Huye lejos de aquí, virtuoso Fabio,
huye, si quieres preservar del vicio
tu juventud florida, que los años
presto te robarán. Mira doquiera
cómo levanta la manchada frente 5
llena de oprobio y de arrogancia el crimen;
cómo se arrastra la ambición astuta
en fango inmundo, y de repente sube
cual fétido vapor que infesta el cielo.
Allá se esconde prostituta infame 10
bajo adornos marciales, y su mano
tímida empuña el relumbrante acero,
jamás enrojecido en las batallas.
Impresos lleva en su amarillo rostro
los asquerosos surcos, las señales 15
que en lecho torpe atesoró. Ninguno
de cuantos vicios inventara el hombre
en largos siglos de maldad, ignora:
traición, perjurio, latrocinio, estafa,
libertinaje impúdico, furores 20
de bárbara opresión... su vida impura
encerrada en artículos se encuentra
-104-
en el severo código que inspira
saludable terror a los perversos.
¡Y este de corrupción conjunto horrible, 25
monstruo que hasta el patíbulo infamara,
éste triunfa, domina, tiraniza,
y respira tranquilo! Al pueblo imbécil
con fementido labio artero invoca,
y le ultraja feroz, ¡y el pueblo sufre!, 30
llora abatido, y resignado calla.
¡Oh vergüenza, oh baldón! Proscrita en tanto
la probidad se oculta, perseguida
por el delito atroz de su inocencia,
sin cesar acosada, expuesta siempre, 35
en inseguro asilo, a la perfidia
del delator vendido que la acecha.
Así tu patria está. No tardes, huye.
¿Qué esperas? ¿Quieres de tu vida infausta

la suerte mejorar con tu paciencia? 40
Te engañas, infeliz. A la fortuna
la áspera senda del honor no guía.
Quien a las altas cumbres la audaz planta
mueve y subir procura, no consigue
sino elevarse a la región del rayo; 45
mas, si los Andes deja, prefiriendo
valles ardientes de fecundo suelo,
se ofrecen luego a su encantada vista
flores y frutos en frondosas selvas:
así el hombre que intrépido se avanza 50
de la virtud a la fragosa altura,
camina a la desgracia, mientras goza,
en el campo feraz de la ignominia,
de iniquidad el premio el delincuente.
Mira en torno de ti y aprende cauto, 55
si a la opulencia aspiras, el secreto
que conduce al poder. Miente, calumnia,
oprime, roba, profanando siempre
de patria y libertad el nombre vano:
bajeza indigna, adulación traidora, 60
previsor disimulo, alevosía
y sórdido interés por ley suprema,
-105-

presto te elevarán; y tu infortunio
sombra será como el terror de un sueño.
¿No ves a Espino el cínico, que entona 65
el hosanna triunfal para el que vence,
y, cuando pasa al Gólgota, le insulta
gritos lanzando de exterminio y muerte?
Pues serena su vida se desliza
de revuelta en revuelta, como corre, 70
del rugiente Sangay en el declivio,
entre ceniza y desgarradas peñas,
infecta fuente de insalubres aguas.
Y Corredor, y Viperino, y tantos
cobardes y rebeldes, que a tumultos 75
y no a combates sus galones deben;
y el renegado y falso Turpio Vilio,
que en todos los partidos sienta plaza
y de todos, vendiéndose, deserta:
del polvo se encumbraron, impelidos 80
al raudo soplo de inmortal infamia.
En esta tierra maldecida, en esta
negra mansión de la perfidia, ¿sirven
para algo la lealtad, la valentía,
la constante honradez, los nobles hechos 85
del que a la gloria inmola su existencia?
De vil ingratitude la hiel amarga,
de la envidia el veneno y muchas veces

fatídico puñal... tal es el premio
que el Ecuador a la virtud presenta. 90
Malvado o infeliz: no hay medio, escoge,
decide pronto, y antes que te oprima
como dogal de muerte la desgracia...
Mas no: desprecia impávido, animoso,
los cálculos del miedo; a la cuchilla 95
inclina la cerviz y no a la afrenta;
y aunque furiosa la borrasca brame,
y ronco el trueno sobre ti retumbe,
inmóvil, firme tente, que al cadalso
arrastrarte podrán, no envilecerte. 100
Conozco, sí, la suerte que me aguarda:
présago, triste el pecho que me la anuncia
-106-

en sangrientas imágenes que en torno
siento girar en agitado sueño.
Conozco, sí, mi porvenir y cuantas 105
duras espinas herirán mi frente;
y el cáliz del dolor, hasta agotarle,
al labio llevaré sin abatirme.
Plomo alevoso romperá, silbando,
mi corazón tal vez; mas, si mi patria 110
respira libre de opresión, entonces
descansaré feliz en el sepulcro.

Quito, febrero de 1853.

Miguel Riofrío (1822-1880)

Nota biográfica

Poeta y educador nacido en Loja; fue además hombre público distinguido. Como poeta pertenece a la generación romántica y fue amigo y admirador del que, con su ejemplo, se convirtió en heraldo del movimiento en nuestra patria: el eminente y deliberadamente olvidado poeta español don Fernando Velarde, a quien dedicó nuestro compatriota su emocionado artículo: «Un poeta en nuestros Andes», fechado en Quito el 22 de setiembre de 1855, y que habría bastado para acreditar al Montañés como precursor de la poesía genuinamente nacional, si los historiadores de nuestra literatura no se hubiesen pasivamente sumado al criterio de Mera y al del doctor Herrera. Hay que releer la nota que puso Velarde a dicho artículo, para convencerse de que él fue el verdadero descubridor del grandioso paisaje americano,

con sus horizontes fantásticos y sus perspectivas ilimitadas, que elevan el alma a la contemplación de la naturaleza en una cuarta dimensión: la que parece abrirle, desde las alturas de los grandes nevados, una ventana sobre lo infinito.

Oigámosle: «Partiendo de Guayaquil, habíamos viajado durante cinco días; nos habíamos levantado cerca de quince mil pies sobre el nivel del océano y, sin embargo, la composición orográfica del país y la transparencia -110- cristalina de los cielos nos permitían ver en la curva del horizonte el azul claro y luminoso de los mares tropicales. El cuadro que dejábamos a la espalda era soberbiamente grandioso: a nuestros pies flotaba una ligera nube que acababa de condensarse, y el sol, medio envuelto en las brumas del océano, descendía rápidamente al ocaso en el mismo horizonte de los mares, y por un efecto de óptica que nos pareció peculiar de aquellas alturas, iba ensanchando su disco al mismo compás que recogía la luz y variaba los colores, desde el amarillo más pálido del oro hasta el carmín de la púrpura de Tiro más encendida. [...] Poco después, el sol desapareció más allá de los mares bajo la forma de un estupendo globo de hierro candente».

Aunque Riofrío escribió en su poema «Mi asilo», que tiene su «vital melancolía -espacio sin confín que recorrer», no logró levantar el vuelo, y «Nina», su leyenda quechua, es apenas mejor que las que después hubo de componer Mera, a quien supera en fluidez y sentimiento en sus otras composiciones.

El haber servido eficientemente a la República como diplomático, no le evitó las hieles de la proscripción y su definitivo alejamiento de la patria; tuvo que vivir sus últimos años en el Perú, donde murió en 1881. Como a Carvajal, le expatrió la peor de las dictaduras que han deshonrado nuestra política, manejada con pocas excepciones por logreros y muñidores que, como decía Llonca, «nunca se creyeron obligados a consagrar su tiempo ni a prestar atención a las simples maravillas de lo bello, ni a los inútiles productos del arte». (Véase el prefacio de Llonca a su última colección de poesías *De la Penumbra a la Luz*, Lima, 1882)³¹.

-111-

Selecciones

-[112]- -113-

A orillas del Telembí

No rinde al proscrito cobarde tristeza
al ir peregrino de hogar en hogar,
pues mira extenderse de Dios la grandeza
por montes, y valles, y el cielo y el mar.

Un punto nos quitan, un punto querido, 5

que patria llamamos con fervido amor;
mas, presto encontramos que al punto perdido
se sigue en lo inmenso la patria de Dios.

He visto cien montes de formas extrañas;
hollé mil peñascos con tímido pie; 10
crucé con asombro las rudas montañas
do moran las fieras con regia altivez.

Al fin, por descanso, sentado a esta orilla,
mirando incesantes las aguas pasar,
la mente se eleva, se expande y se humilla 15
al ver que aun los siglos son soplo fugaz.

Cual vagos enjambres, sagradas memorias
de tiempos remotos se vienen aquí;
sucesos y nombres de viejas historias
en tristes murmurios me da el Telembí. 20

De patrias antiguas allá de otros mundos
las linfas corrientes vehículo son,
que al nuevo universo recuerdos profundos,
por siempre indelebles le da en tradición.

-114-

El Gránico, el Misio y al norte el Sangario, 25
el áureo Pactolo, el Ermo, el Halís,
a un mundo de guerras, que es hoy solitario,
miraron formarse, crecer y morir.

Y siguen sus aguas las ruinas bañando
y viendo a los siglos, como ellas correr, 30
y siempre incesantes pasando, pasando,
verán a naciones que están por nacer.

Recuerdo el Éufrates, el Tigris y el Nilo,
con todos sus cuadros de mística unción,
que fueron del pueblo de Dios el asilo 35
y luego de larga, letal proscripción.

Recuerdo el Sinóis que un tiempo de Troada
las regias ciudades bañaba al pasar,

y ya solitaria su linfa olvidada
hoy pasa lamiendo desierto arenal. 40

¡Oh, cuántos despojos de patria perdida
arrastra la riada del tiempo veloz!
Un punto es la patria y aún menos la vida;
busquemos en lo alto la patria de Dios.

-115-

Mi asilo

En mi memoria estás mansión querida,
con signos indelebles señalada,
tú que alargas las horas de una vida
al rigor de un suplicio destinada.

Mientras furioso a la venganza aspira 5
el déspota en frenético ardimiento,
dulcemente mi pecho aquí respira
tu ambiente puro, de cuidado exento.

Me detienes seguro meditando
desde el tranquilo y sosegado encierro, 10
en esas que me están hoy aguardando
rudas cadenas de pesado hierro:

en el arma homicida que el sicario
al preparar se inmuta y amancilla,
y en las luces de aspecto funerario 15
que pálidas alumbran la capilla...

Se grita allá que la inocencia muera,
y aquí se alarga la inocente vida...
¡Ah! ¿quién un holocausto no ofreciera
a esta mansión del cielo bendecida? 20

Mas ¿qué puede a su albergue hospitalario
hoy ofrecer el trovador proscrito,
sino un mísero canto solitario
que firme quede en la memoria escrito?

Vencida por humanos extravíos, 25
huyó la libertad del patrio suelo,
pero su influencia en los recuerdos míos
le da a mi asilo espiritual consuelo.

Si fuera permitido a mis cantares
alzarse, como el humo del incienso, 30
cruzando la extensión de abiertos mares,
así dijera en horizonte inmenso:

Aquí te extiendas, libertad sublime,
ostentando tu esencia ilimitada;
más benéfica allá ¿no fuiste, dime, 35
donde animabas mi feliz morada?

Al contemplar aquí tu poderío
confundida la mente se extasía;
dada en gotas allá, como el rocío,
sediento el corazón de ti bebía. 40

Aquí estás estupenda, allá, piadosa,
de vencedor y mártir una palma
le diste al trovador: ora ruidosa,
ora en silencio fecundaste su alma³².

Ruidosa en esas músicas festivas 45
con que un pueblo feliz te saludaba,
entre algazaras y solemnes vivas,
que el aire a lo alto con placer llevaba.

Sigilosa después, tras denso velo,
en silencio alargaste amiga mano 50
y un asilo le diste por consuelo,
al que de muerte persiguió el tirano.

En este asilo el libre pensamiento
en vez de desmayar se enorgullece,
-117-
pues si su pluma le arrancó el tormento, 55
la corona de mártir le enaltece.

Y luego, en variedad, objetos tantos
de un efluvio vital siempre halagüeño,
en la vigilia dan dulces encantos
que reproduce el apacible sueño. 60

La luz primera que por limpia gasa
o por alta vidriera cristalina,
lánguida y suave a iluminarme pasa
es mi dulce visita matutina.

Ángeles de piedad están guardando 65
la inútil vida de infeliz proscrito,
del verdugo que está siempre acechando
con siniestra avidez, como a un precito.

En vez de los escarnios y baldones
que del cautivo agravan la amargura, 70
escucho ya las mágicas canciones
que exhala el pecho de una virgen pura.

Y es el aura sutil de esos acentos
manantial de fecunda inspiración,
pues engendra sublimes sentimientos 75
agitando el latir del corazón.

Cuando el silencio sigue a la armonía
del inocente canto virginal,
viene, como en atmósfera sombría,
de la patria el recuerdo funeral. 80

¡Ay! entonces sus trovas de amargura
con plañidos exhala mi laúd,
cual si viera una joven hermosura
opresa en la estrechez de un ataúd.

Mas tiene la vital melancolía 85
espacios sin confín que recorrer,
-118-
ellos muestran fugaz la tiranía
y el hoy campante destructor poder.

Por próximas regiones se encamina,
cual la modesta luz del arbol, 90
esa de libertad llama divina
hacia este suelo que fecunda el sol.

Entre tanto ¡oh albergue! la vida
del proscrito fluctuante sostén,
no consientas que vague perdida 95
de las olas del mundo al vaivén.

Vuelva, virgen, tu acento divino
su balsámico influjo a verter
en el mártir que tienes vecino
procurando su plectro mover. 100

¡Oh cuán grata en el alma resuena!
¡Cuánto se ama esta vida fugaz,
cuando exhalas tu voz de sirena
de melódica cuerda al compás!

¡Todo entonces, grandioso, esplendente, 105
nos revela un divino poder,
y el poeta, inclinando la frente,
ama a Dios, la creación, la mujer!

-119-

Josefina

Parece nueva luz, nueva mañana
en un nuevo horizonte despertar
la fe que se levanta soberana
los abismos del alma a iluminar.

En este corazón que aletargado 5
nido y sepulcro de ilusiones fue,
nunca cual hoy, ¡ah! nunca ha penetrado
con suavidades y esplendor la fe.

Si un lucero miré, presto una nube

con negrura mató la inspiración, 10
sólo en ensueños y delirios tuve
ninfas de paz, virtud y abnegación.

Mas, yo era injusto al contemplar el suelo
cual la más tenebrosa realidad,
donde sólo alumbrara por consuelo 15
la enrarecida luz de la amistad.

Pues, con tu aliento al fin has encendido
todas las luces que apagarse vi
en el largo camino recorrido
¡oh, virgen pura, hasta llegar a ti! 20

Tantos cardos y abrojos que he hollado
buscando la verdad entre el error,
sólo al llegar a ti me han enseñado
que la excelsa verdad es el amor.

-120-

Por ardua senda ¡oh Dios! ¿quién lo dijera? 25
peregrino llegando hasta tu hogar
con el cansancio del que nada espera
¡un cielo en tu alma de improviso hallar!

Tú conoces mi lóbrego pasado,
mi estéril vida, mi fatal sufrir... 30
Y mi amor con el tuyo has abrigado
sin temer el dudoso porvenir.

Tú nada en nuestras pláticas oíste
de cuanto halaga o priva la mujer;
proscripción, infortunio sólo viste 35
en vez de juventud, oro y poder.

Por nupcial prenda con unión nos dimos
de las estrellas la sublime luz,
y nuestras almas ante Dios unimos
para juntos llevar corona y cruz. 40

-121-

A mi esposa

(En su cumpleaños)

Al breve viaje que llamamos vida,
buscarle paz y bendición quisimos,
la fe nos alumbró, la senda vimos,
y en venturosa audacia
para juntos seguirla nos unimos. 5

Y a los dos, así juntos caminando,
bajo el astro propicio que nos guía,
nada cansa ni amarga, nada hastía
de cuanto en fiel presagio
el bendecido amor nos prometía. 10

Ni opacas son, ni estériles las horas
que señalando van nuestro camino.
¿Qué mayor dicha ni mejor destino
que paz, amor, bonanza
para el que anda en el mundo peregrino? 15

La paz del corazón, cual suave lluvia,
da al amor conyugal vida y consuelo,
y así fecunda el que bendice el cielo:
almo, viril trabajo,
cuyo ambiente hace fértil todo suelo. 20

Sin anhelar profanos esplendores
que dan al vicio fúlgida apariencia,
-122-
tenemos el fulgor, la sacra herencia
que ufana nos ofrece
desde su trono augusto la conciencia. 25

De un año sólo en el estrecho espacio,
fuiste virgen y amante y casta esposa,
y después de arduo trance, aún más hermosa,
el título de madre
te decora con láurea majestuosa. 30

La que está en tu regazo es tu alta esencia
por divino favor reproducida,
de tu amor y mi amor hija querida
que absortos contemplamos
cual la antorcha que alumbra nuestra vida. 35

En ella está tu vivo simulacro
desde que al valle del dolor viniste;
como ella, tras el llanto sonreíste;
en ella yo te miro
desde la hora feliz en que naciste. 40

Así, al rayar de la risueña aurora
que recuerda tu luz de primer día,
unamos mi contento a tu alegría,
mirando nuestra infancia
que tu hija reproduce, esposa mía. 45

-123-

Nina

(Leyenda quichua)

I

Descendiente de los Shyris,
Chaloya, padre de Nina,
huyendo de Rumiñahui
subió a lo alto del Pichincha.

Al mirar columnas de humo 5
y entender que Quito ardía,
alzó sus ojos al cielo
y postrose de rodillas.

Chaloya, aunque de alta stirpe,
no fue tenido en valía, 10
porque a la corte enojaba
su ardiente sed de justicia.

Alejado de los grandes,
sin odio, pena ni envidia,
en lo invisible ocupaba 15
su mente contemplativa.

Presagiaba suspirando
que la patria acabaría
entregándose a extranjeros,
devorada por sí misma. 20

Por mitigar sus congojas
oraba de cima en cima,
y, en la suprema desgracia,
prefirió la del Pichincha.

-124-

El pensamiento y las huellas 25
de su padre siguió la hija,
y en esta vez asustados
otros a ella la seguían.

Era todo movimiento,
confusión, llanto, fatiga; 30
por oír entonces al justo
suben varios al Pichincha.

Resbalando entre la nieve,
ante todos llega Nina;
ve a su padre, mira al cielo, 35
llora, y como él se arrodilla.

Iban los demás llegando
en confusa vocería;
uno maldice al tirano,
maldice otro la conquista; 40

quien amenaza, quien jura,

quien blasfema, quien suspira.
Chaloya se alza, oye a todos
y dirigiéndose a la hija:

«Llora, dice, el llanto es justo, 45
pues la patria está en cenizas;
mas, no maldigas a nadie,
sólo la culpa es maldita.

»¿Y quién de culpa está libre
ante el sol de la justicia? 50
El valor se torna en culpa,
si con culpas se ejercita.

»Es culpa la mansedumbre
que ante las culpas se humilla;
ejerciéndola en exceso 55
es culpa la virtud misma.

»Tras las culpas hay desgracias,
si todo no se equilibra.
sin nada más, nada menos
de lo que el sol determina. 60

-125-

»Rumiñahui valeroso
quiso defender al Inca;
mas nuestro monarca, manso
se entregó, cual tortolilla.

»Le devoraron milanos 65
que nuestra raza asesinan;
librarnos de tal peligro
ha intentado el héroe quichua.

»Pero la nación estaba
en cien bandos dividida; 70
cada bando era una culpa
que engendraba cien desdichas.

»En despecho, Rumiñahui
llegó a la culpa infinita

de la matanza y el fuego 75
que contemplas pavorida.

»Por las culpas de sus hijos
gime la patria cautiva,
pues ya miro consumada
la más sangrienta conquista. 80

»Infelice, cual ninguna,
será la raza vencida;
pero nunca la triunfante
podrá excitar nuestra envidia.

»Nuestra prole a la indigencia 85
estará siempre sumisa;
será la bestia de carga
de la crueldad y avaricia.

»Pero ¡oh sol! tú no perdonas
crueldades ni alevosías; 90
a ti que a todos alumbras,
todos te deben justicia.

»Y tus leyes quebrantadas
se llaman guerra, conquista,
odio, rabia, furia, celos 95
y frenética codicia.

-126-

»El sol con la servidumbre,
a nuestra patria castiga
y deja a la raza intrusa
castigarse por sí misma». 100

II

Dispersose el auditorio
por las orientales vías;
cual perplejo, cual bramando,
cual con el alma afligida.

Hacia occidente, do arroja 105
el volcán lava y ceniza,
las montañas solitarias
eran del hombre temidas.

Allí tramontano asilo
buscó Chaloya con su hija; 110
bajaron, besando el suelo,
como postrer despedida.

III

Era fama que Atahualpa,
viendo bella y pura a Nina,
quiso al templo consagrarla 115
y que ella respondió al Inca:

«Perdí a mi madre en la cuna,
mas no la doy por perdida,
porque, cuando pienso en ella,
junto su alma con la mía. 120

»Ella era esposa, era madre,
y así era la virtud misma;
fue para el sol virgen pura,
pues tuvo alma sin mancilla.

-127-

»Con arrullo de paloma 125
mi padre, desde muy niña,
me enseñó a ver en el cielo
a mi madre y la justicia.

»Para que en el sol pensara
más que en mí, me llamó Nina³³. 130
Yo soy, pues, del sol la virgen,
mas mi templo es la campiña.

»En los prados y en los bosques,
en oteros y colinas,
en tantos cerros nevados 135
que por doquier se divisan,

»difunde el padre sus rayos,
con ellos todo ilumina,
y todo se muestra en orden
y variedad infinita. 140

»Con ellos, todo despierta,
se colora, se matiza,
se fecunda, se embellece
y a adorarte ¡oh Sol! convida.

»Millares de aves te cantan 145
entre las selvas floridas.
¿Por qué esconder entre muros
tu alta gloria y nuestra dicha?

»Yo seré del sol la virgen
sin verme nunca oprimida, 150
cual si la Bondad Suprema
fuera celosa y mezquina.

»Quiero libre, no entre muros,
consagrar el alma mía
al que mostrando grandezas 155
quiso hacer grande la vida».

-128-

Admirado y temeroso
de tan extraña doctrina,
el rey mandó que en su corte
nunca penetrara Nina. 160

Y ella vagaba en los bosques
libre como la neblina,
admirando en cielo y tierra
la eterna sabiduría.

IV

El tirano Rumiñahui, 165
aún las teas encendidas,
completada la obra horrenda
de desolación y ruina,

oyó, sarcástico riendo,
esta importante noticia: 170
«El hipócrita Chaloya
queda en lo alto del Pichincha;

»su hija ante el sol y la luna
postrándose de rodillas
dice que ellos le inspiraron 175
cierta egregia negativa.

»Pues recordarás que ingrata,
rebelde, osada y sacrílega,
no quiso entrar en el templo,
por vagar en la campiña. 180

»Al ver que son tus esposas,
las que en el templo existían,
y que tú, justo y severo,
con la muerte las castigas,

»dice que el sol la ha librado 185
con su inspiración divina
de sufrir, como las otras,
tu espantosa tiranía.

-129-

»Su padre, cual Duchicela,
quizá ofrezca mano amiga...». 190
Rumiñahui, interrumpiendo,
dio estas órdenes de prisa:

«Cien chasquis y cien soldados
y cien diestros en la pista,
con alas en calcañares 195

vuelen en torno al Pichincha;

»y, ya veis que aún no anochece,
mañana al rayar el día
estarán en mi presencia
atados Chaloya y su hija». 200

Con imperiosa guiñada
un jefe da la consigna,
y oficiales y soldados
alzan su arma y su mochila.

Por grupos de cinco en cinco 205
van los diestros en la pista,
y los chasquis se colocan
a razón de uno por milla.

De diez en diez los soldados
van con honda, aljaba y pica; 210
los capitanes, oculta,
llevan bélica bocina.

Con astucia y ligereza
que al zorro y la corza imitan,
llevan, ávidos del premio, 215
ágil planta y ágil vista.

V

Pasada horrenda la noche
entre humo, llama y cenizas,
con siniestro regocijo
Rumiñahui la luz mira. 220

-130-

Espera chasquis que anuncien
la llegada de las víctimas,
y entre tanto un plan nefario
revuelve en su fantasía.

Un sentimiento piadoso 225
le acomete y se retira,
cual si dos almas tuviera
una de héroe, otra ferina.

Con extraño movimiento
las entrañas le palpitan, 230
al pensar en la inocencia
de un padre amante y una hija.

Pero luego recobrando
su volcánica energía,
se goza en el cuadro horrible 235
que su crueldad imagina.

Pronto verá de Chaloya
la cabeza encanecida
inclinarse demandando
perdón, piedad para su hija; 240

y ya ensaya la respuesta
que dará con gallardía,
haciendo regia y solemne
su venganza y su lascivia.

Con señales de impaciencia, 245
al sol, al suelo, al Pichincha,
a sus tropas y a sus teas,
lleva alternando su vista.

Mas iba el sol señalando
horas lentas y tardías; 250
unas tras otras pasaban,
y ningún chasqui volvía.

El tirano enfurecido
el exterminio maquina
de los trescientos enviados; 255
y a enviar mil se disponía.

Pero luego se le anuncia
con la fúnebre bocina,
que los trescientos se acercan,
mas sin Chaloya ni su hija. 260

El tirano va al encuentro
con su lanza enrojecida;
los trescientos al mirarle
todos a una se arrodillan.

Temblando el capitán dice: 265
«Puedes quitarnos la vida,
mas no por desobediencia,
ni flojedad, ni mentira.

»Todos lo hemos presenciado:
el asombro nos abisma... 270
te juramos que no existen
ni Chaloya, ni su hija».

«¿Los matasteis o murieron?
Decid, pues, ¿qué es de su vida?»,
les preguntó Rumiñahui 275
con la voz ya enronquecida.

En respuesta le refieren
insólita maravilla:
dicen que frescas las huellas
les fue fácil el seguirlas; 280

que siguiéndolas miraron,
a manera de neblina,
blanca luz en alta noche
por la lluvia ennegrecida;

que en el rincón escondido 285
de donde la luz salía,
descubrieron una fuente
que manaba como hervida;

que sólo hasta allí llegaban
las breves plantas de Nina; 290

y solas las de su padre
hasta otra fuente seguían;

y que de allí en adelante,
ni hacia abajo, ni hacia arriba,
-132-
hallaron vestigio alguno 295
los más diestros en la pista.

VI

Por el sur ya Benalcázar
avanzaba a toda brida,
aliado con Duchicela
de la estirpe de los Incas. 300

Por el norte ya Otavalo
con ingeniosa perfidia,
había dejado indefensa
y airada la raza quichua.

Por occidente un prodigio 305
deja en fuentes cristalinas
la fecundante memoria
de la virtud perseguida.

Mas en tanto, sin rendirse
del tirano la osadía, 310
dijo: «si unos dan su nombre
a las aguas movedizas,

»yo a mi nombre y mis hazañas,
que ya la fama publica,
dejaré por monumento 315
lo que cuadra al alma mía,

»un agrio cerro negruzco
que deje por siempre fija
con su dureza y sus cortes
la imagen de la conquista». 320

Y andando por ruta opuesta
a la de Chaloya y Nina,
llegó a punto do un estruendo
dejó un picacho a la vista.

-133-

Desde entonces Nina-yacu 325
con puras y ardentes linfas,
sirven de brazo al Chaloya³⁴
y agrandándose camina.

El Rumiñahui se ostenta
inmóvil, estéril, sin vida, 330
con sus ásperos peñascos,
negro y rudo hasta la cima.

Y así aún en torno suyo
esa majestad domina,
difundiendo las influencias 335
del tiempo que simboliza.

Mas, en tiempos venideros,
según viejas profecías,
iluminará la patria
el espíritu de Nina. 340

Francisco Javier Salazar Arboleda (1824-1891)

Nota biográfica

Vástago de una ilustre familia avecindada en Quito ya por tres generaciones³⁵, en 1858 figuraba entre los jóvenes de más expectación cuando el general Robles, Presidente de la República, buscaba colaboradores idóneos para la misión confiada a su antecesor el general Urbina, nombrado Ministro Plenipotenciario ante los Gobiernos de Brasil e Italia. Con Juan Montalvo, nueve años más joven, fue designado Secretario y aunque el Jefe de la misión no llegó a efectuar el viaje, él se trasladó a Alemania dando así el primer paso a su propósito de adquirir una educación de nivel muy superior al de su época. De regreso, continuó sus estudios en legislación sin dejar la carrera de

las armas y en 1850 recibió la museta de Abogado sobre las charreteras de Sargento Mayor del Ejército.

-138-

Como político, fue miembro de la Convención de 1869, Ministro de lo Interior, de Relaciones Exteriores, de Guerra y Marina; Gobernador y Presidente de la Convención de 1884; a más de plenipotenciario en Europa y América y candidato a la Presidencia.

General de la República, participó en la campaña de Guayaquil y toma de Babahoyo en 1860, en la de Tulcán en 1862 y en la de Manabí en 1864, acciones de armas que le valieron la condecoración y honores rendidos por la Convención de 1860. Jefe de varias unidades de ejército, Jefe militar de varias provincias y Comandante General de Quito y Guayaquil, en su carácter de Director General de Guerra en 1883, combatió a Veintemilla en las acciones de Mapasingue, Palmitas, El Carmen y El Salado.

Su personalidad fue múltiple: estadista, militar, diplomático, legislador, jurisconsulto, pedagogo, literato, orador y poeta de valía. Perteneció a la «Sociedad de Ciencias» de Londres, de «Historia» de Madrid, de «Bellas Letras» de Sevilla, al «Ateneo» de Lina, a la «Academia Ecuatoriana correspondiente de la Real Española» y a la «Academia Nacional Científica y Literaria».

Fue autor de Métodos de enseñanza primaria, Pronunciación del castellano en el Ecuador, El Hombre de las ruinas, García Moreno, Rasgos descriptivos de varias poblaciones y sitios del Ecuador, Una excursión a Baños, y un fecundo poemario divulgado en varias antologías. Asimismo, dentro de su profesión de militar, escribió: Sistema de corrección penal, Reglamento de la penitenciaría, Instrucción de tiro, Instrucción de esgrima a la bayoneta, Instrucción de guerrilla, Tácticas de artillería, infantería y caballería vigentes desde 1874 a 1899, Tratado de servicio de campaña en la guerra moderna, Breves observaciones sobre ciertas palabras usadas en lenguaje militar, Prontuario militar para uso de los cuerpos de la guardia nacional, Las batallas de Chorrillos y Miraflores y el arte de la -139- guerra y, especialmente, el celebrado Código Militar.

Murió en Guayaquil el 21 de septiembre de 1891. El Congreso de 1892 le rindió honores no acostumbrados acordando honras fúnebres, traslado de sus restos a Quito, construcción de un monumento funerario y colocación de su retrato en el Ministerio de Guerra y en las Comandancias Generales de Quito, Guayaquil y Cuenca con la siguiente inscripción: «Al General Francisco Javier Salazar - Regenerador de la milicia ecuatoriana - El Congreso de 1892».

Ávido de saber y dotado de mentalidad ampliamente receptiva, llegó a poseer los principales idiomas de la cultura: alemán, francés e inglés, y a asimilar multitud de conocimientos, aparte de los relativos, a la carrera de las armas, de que hizo profesión, destacándose en primera línea, entre los militares de escuela de la América hispana.

De aficiones literarias profundamente arraigadas, fue de los primeros en percatarse de la necesidad de dar a nuestra incipiente cultura un medio de expresión adecuado, purgando la lengua común de los barbarismos y

vulgarismos que la aplebeyaban y le restaban capacidad y precisión expresiva. Introdujo el tecnicismo en el lenguaje militar, corrigiendo de paso las expresiones y términos impropios. Su esfuerzo por corregir los barbarismos fonéticos de que se había aficionado hasta la lengua de las clases cultas por su trato continuo con la quichua, fue de los más felices en su tiempo, y aún en el nuestro se podrían estudiar con provecho sus observaciones sobre la Pronunciación del castellano en el Ecuador, publicadas en las -140- Memorias de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, establecida el 4 de marzo de 1875.

Labor propia también de su ánimo generosamente patriótico, fue la que consagró al mejoramiento de los sistemas de enseñanza pública, siendo el verdadero introductor del método lancasteriano en la educación. Esto, aparte de los varios tratados militares que dio a luz desde 1863 hasta el fin de su vida, lo que le ha valido el reconocimiento de nuestras instituciones armadas.

Mas, lo que parece sorprendente en un hombre de acción como él, hombre de armas, curtido en los campos de batalla, es que amara la gaya ciencia y se diera tiempo para cultivar la poesía, hasta alcanzar la altura en que culmina su magnífico poema «Resolución»; léase atentamente y se encontrarán en él los primeros rasgos definitivos de una poesía nacional digna de este nombre, rasgos tomados del paisaje vernacular, que indican una verdadera -es decir consciente- asimilación de los caracteres propios del ambiente geográfico que ha modelado el alma nacional.

Y no sólo ensayó la poesía en verso con éxito brillantísimo, sino que es en nuestra literatura uno de los más afortunados precursores del poema en prosa. Sus grandiosos cuadros «El Chimborazo» y «El Altar», que pueden apreciarse por primera vez en esta colección, presuponen un magistral dominio de la forma. Cuán lejos estaba el General-poeta de adoptar servilmente los patrones en boga; los del neoclasicismo de los Moratín y Meléndez Valdez, con sus prados, bosquecillos y arroyuelos convencionales. Sabemos que en torno a su nombre se había hecho hasta hace poco la conspiración del silencio por sus raigambres y actuaciones políticas. Pero, aquí el político no nos concierne, sino el poeta, el escritor, el -141- hombre de letras y cultura, y olvidar a éste sería prueba de injusto apasionamiento³⁶.

-[142]- -143-

Selecciones

-[144]- -145-

Soneto

(En un aniversario)

Vuelves, oh sol, a señalar el día
en que viste pasar con raudo vuelo
junto a tu esfera, en dirección al cielo,
al ángel de mi amor y mi alegría;

Y a mí me viste en soledad sombría 5
puesto de hinojos en el duro suelo,
de la muerte implorando su consuelo
y tan sólo alcanzando su agonía.

Desde entonces, oh sol, es noche oscura
a mis ojos tu luz, y de la vida 10
la triste senda con mi llanto riego.

Amarga, cual la hiel, me es su ventura,
y un tormento su gloria fementida;
sólo en mi cruel dolor hallo sosiego.

-146-

Resolución

Déjame, pensamiento,
déjame por piedad un solo instante;
no apures el tormento
de las penas sin cuento,
que el corazón me agitan delirante. 5

Bien sé que condenado
estoy a recorrer la triste vía
que el dolor me ha trazado;
bien sé que no me es dado
arrancar de mi pecho la agonía. 10

No se para el torrente
al descender del monte a la pradera,
ni el ciervo que se siente
herido por el diente
del hambriento mastín, en la carrera; 15

gimen atormentadas
las olas de la mar y gime el viento
que allá, en las enlutadas
cumbres desmoronadas,
junto a la tempestad tiene un asiento; 20

y gimen noche y día
las linfas del humilde riachuelo
en la floresta umbría,
do la melancolía
sonríe en medio de su amargo duelo; 25

-147-

si tanto el pesar dura,
la dicha es cual meteoro deslumbrante
que por la noche oscura
con viva luz fulgura,
y vuelve a las tinieblas al instante. 30

Es el placer risueño
la ilusión del dolor, cuando delira
en los brazos del sueño,
y su dulce beleño
sólo es la realidad de una mentira. 35

A las vistosas flores
Dios no otorgó el dejar de marchitarse,
y el iris sus colores,
y el alba sus fulgores
ven brillar un momento, y disiparse. 40

Y la apacible aurora
por el ardiente sol es consumida,
y las nubes que dora
su luz encantadora,
disípanse en la atmósfera encendida. 45

La virgen inocente
que su divino rostro absorta mira
de la límpida fuente
en la faz transparente,
y saltando de gozo se retira, 50

pronto verá eclipsado
el suave resplandor de su hermosura,
y su cuerpo encorvado,
de males fatigado,
al borde de la fría sepultura. 55

Mas, al fin, un consuelo
es la ilusión radiante y fugitiva;
ella esparce en su vuelo
mil flores por el suelo,
y aún al dolor engaña y le cautiva. 60

-148-

Su néctar delicioso
en la mecida cuna al niño embriaga,
y al joven vigoroso
y al anciano achacoso
con risueñas visiones siempre halaga. 65

¿Y qué no es en la vida
fantástica ilusión, grata quimera?
Lo es la mujer querida,
la gloria apetecida
y la suerte feliz y lisonjera. 70

Ven, ilusión amada,
cubre mis ojos con tu hermoso velo;
ven, ven, idolatrada,
a esta alma acongojada
por el soplo infernal del desconsuelo. 75

¡Mas ay! mi ruego es vano;
la ilusión al dolor el campo cede,
y él con su férrea mano
me atormenta inhumano,
y a la crueldad en el sarcasmo excede. 80

Así las sonrosadas
plácidas nubes de una tarde hermosa
en tinieblas trocadas,
vuelan desparramadas
por la adusta tormenta estrepitosa. 85

Dolor, a ti me entrego;
tuyo es mi corazón y tuya mi alma;
no descenderé al ruego
pidiéndote sosiego,
sino del mártir la gloriosa palma. 90

También algunas flores
en tu convulso seno siempre anidan,
y sus suaves olores
y variados colores
a la sonrisa del placer convidan. 95

-149-

Tu expresión, bosquejada
en rostro varonil, más lo ennoblece;
la mujer angustiada,
llorosa, desolada,
con tus sombras, dolor, más se embellece. 100

Dolor, yo te bendigo;
no me arredran la angustia y la tortura
que siempre van contigo;
desde hoy te llamo amigo
y en tu cáliz de hiel libo dulzura. 105

Placer, no te deseo,
porque del vicio el campo fertilizas
con sin igual recreo,
y en tus dominios veo
sombras, espectros, destrucción, cenizas. 110

-150-

Plegaria

Sacred heart of the Saviour! O inexhaustible fountain!
Fill my heart this day with strenght, and submission and
patience.

Longfellow

Si he de seguir en este ingrato suelo
de amargura y dolor,
rasga de lo alto el azulado velo,
¡por compasión, Señor!

Véala yo en el cielo, ángel o estrella, 5
vaga o radiante luz,
nubecilla, arrebol, paloma bella
anidada en tu cruz.

La hiciste una mañana esposa mía,
y gracias yo te di, 10
y no expiraba el comenzado día
cuando ya no la vi.

Fui dichoso un instante, y luego, triste,
lloro el perdido bien;
en espinas el mirto convertiste 15
que ceñía mi sien.

Siempre a mis ojos el diamante brilla
de su anillo nupcial;
mas ¿dónde está su mano sin mancilla,
su mano sin rival? 20

-151-

Mano que de mis labios desprendía
el cáliz del dolor,
y en copa de oro ansiosa me vertía
felicidad y amor.

¡Ah! ¿dónde está la mano milagrosa 25
que daba la salud
a quien yacía en soledad luctuosa
junto al negro ataúd?

¿Dónde el talle gentil, el rostro bello
que mi alma cautivó? 30

¿Dónde el dorado undívago cabello
que Venus envidió?

¡Ay! todo se ha acabado, amor, contento,
felicidad de ayer;
ellos pasaron como raudo viento 35
para no más volver.

Me estremece del día el gran bullicio,
espanto me da el sol;
es de la tarde para mí un suplicio
el plácido arrebol. 40

Sólo la noche de estrellado manto
alivio a mi alma da;
porque a su sombra suelto libre el llanto
que contenido está...

Al fin, Señor, me oíste; humilde y bella 45
pidiendo está por mí;
no es nube, ni arrebol, ángel ni estrella
ni lindo colibrí,

es la hermosa virtud recompensada,
el amor celestial; 50
la heroica virtud por Vos premiada,
la paz angelical.

Y yo, el polvo amasado con el lloro,
el pobre pecador,
¡ay! no era digno de ese gran tesoro 55
de santidad y amor!

-152-

Werther

La Aurora.
Yo le miré; cual húmedo rocío
bañaba sus mejillas flébil llanto,
el ¡ay! de la agonía era su canto,

y su albor el pesar triste y sombrío. 5

El Mediodía.

Yo lo miré; inextinguible fuego
su corazón y su alma devoraba;
el rayo del dolor su faz surcaba.
Mi luz era para él la luz del ciego. 10

La Tarde.

Yo le miré de palidez cubierto,
de la tristeza envuelto en el sudario.
Anheloso buscando y solitario
la flor de la esperanza en el desierto. 15

La Noche.

Yo le miré cual sombra fugitiva,
deslizarse veloz por el panteón,
y vi que del amor la llama activa
ardía en su enlutado corazón. 20

Quito, a 13 de noviembre de 1861.

-153-

Poemas en prosa

Mi estrella

Mir erloschen ist der süszen
Liebessterne goldne Pracht,
Abgrund gähnt zu meinen Fuszer...
Nimm mich auf, uratte Nacht!

I

Vine al desierto de la vida y en él crecí sin ver otros objetos que las
nubes del cielo y las arenas de la tierra.
Alimentábame con las amargas raíces de la desventura y bebía en el cáliz
del dolor una agua turbia y salobre que devoraba mis entrañas.

Errante un día por la inmensa y monótona llanura, fatigado y sediento, me tendí en el suelo, apoyé la frente -154- sobre las manos, y un raudal de lágrimas rodaba por mis pálidas mejillas.

El sueño descendió al fin sobre mis ojos, como una montaña de plomo, y los rindió.

De repente, una deliciosa fragancia pareció despertarme, como despierta el aliento de la madre al hijo que duerme en la cuna cuando imprime en sus labios el beso del amor.

Volví la vista a mi derecha y encontré a mi lado una azucena más blanca que la nieve, suspendida sobre su tallo de esmeralda.

Un ángel resplandeciente y hermoso, como la aurora boreal, vertía sobre ella con una copa de oro el rocío de la mañana.

II

Y yo le dije, puesto de rodillas: no la desamparéis; porque sin vos los rayos del sol la agostarán, y el aquilón de la tarde, arrancándola de cuajo, la sepultará en la arena abrasadora del desierto.

Y él me respondió: despréndela de aquí y plántala en tu cabaña. Con esto desapareció.

Apresureme a obedecerle; mas al tomar la preciosa flor tornose ella en una mujer de esbelto talle y rostro semejante al del ángel que la cuidaba.

Sobre su torneada espalda flotaba en hebras de oro su larga cabellera; en sus ojos resplandecían los encantos del amor, y de sus labios de coral brotaban raudales de armonía.

Absorto en su belleza le pregunté: ¿Quién eres tú? Y ella me dijo: Dios me envía.

Y, al punto, el desierto se convirtió en vergel; vistosas flores, mecidas por suave brisa, embellecían el suelo y llenaban el aire de fragancia; cristalinos arroyos serpeaban -155- en fajas de plata por el florido césped; avecillas de espléndido plumaje se columpiaban en las flexibles ramas de olorosos rosales, y un cielo azul y sin nubes se extendía hasta el horizonte, como un inmenso pabellón de zafir.

Así, ella había hecho un paraíso del desolado campo de mi existencia, a la manera que los resplandores del Rey de los astros dan alegría, calor y belleza al hondo valle envuelto en las pavorosas sombras de la noche.

Dos ángeles me acompañaban en el destierro: el uno, invisible, cuidada de mí, y el otro visible la embellecía.

El infortunio, envidioso de mi dicha, venía con frecuencia a sentarse a mi lado; mas ya era impotente para angustiar mi corazón y sólo me causaba esa vaga melancolía que los rayos de la luna producen en el amante correspondido que suspira en el silencio de la noche al pie de la ventana de la estancia en que duerme tranquila la mujer por él adorada.

Si esto era ilusión de un sueño o hermosa realidad, no sabré decirlo; mas, es lo cierto que ello pasó como el relámpago, dejándome de nuevo en el desierto de la vida, sin ver otros objetos que las nubes del cielo y las

arenas de la tierra.

Y en el cáliz del dolor incomparable con que tortura mi alma el recuerdo de mi dicha de un instante, bebo sin cesar mis propias lágrimas.

Lima, septiembre de 1882.

-156-

El Chimborazo

He ahí el coloso de los Andes, elevado como el pensamiento de Bolívar, majestuoso como la creación todavía informe, surgiendo del caos al empuje del omnipotente brazo de Jehová.

Sombrío y solitario, se parece al Satanás de Milton cuando en su descenso al infierno hizo alto en la tierra, y dirigió la palabra al sol con el lenguaje del remordimiento y la desesperación.

Monarca de las montañas, contempla a sus plantas los picachos más altos de la cordillera occidental, toca al cielo con su cabeza, y ostenta a la faz de una gran parte del pueblo ecuatoriano su nítido ropaje, en cuyos anchos y variados pliegues se hallan, casi desprendidas, rocas de diversas figuras y tamaños, en ademán de lanzarse de un momento a otro a las profundidades del abismo.

Inmóvil en medio de la soledad, se presenta a cada paso a los ojos del espectador en actitudes y formas cada vez más sorprendentes y sublimes.

-157-

Despejado, como el firmamento en una tarde de verano, es un prisma inconmensurable cuyos lados, refractando la luz del sol, se revisten de los brillantes colores del iris. Por su magnitud y hermosura se diría que es un nudo formado por los dedos del Altísimo para unir el Cielo con la Tierra.

Cúbrese, luego, con su manto gris y nebuloso, como para concentrarse en sí mismo y meditar tristemente en que algún día debe desaparecer su corpulenta mole al soplo de la ira del Señor.

Óyense, en efecto, sus gemidos melancólicos y prolongados que vagan en el espacio en alas de los vientos, y resuenan en las cóncavas grutas de las inmediaciones. En su despecho sacude la encrespada cabellera y arroja de ella millones de partículas de nieve, las cuales, al pálido esplendor de un sol opaco, parecen otras tantas perlas descendiendo en vistosa lluvia sobre los campos circunvecinos.

Sus rugidos son entonces más imponentes y continuos: ellos abruman el alma, sobrecogen el corazón, y hablan a la inteligencia con más energía que todos los oradores y poetas que ha producido el globo en que habitamos.

Sólo el que supo decir a las generaciones «Yo soy el que soy», es más sublime en sus palabras que el titán americano en su lenguaje inarticulado.

Rasga, de súbito, el manto que le oculta a los ojos del viajero, y aparece tras un velo diáfano como el tul para echar una mirada severa sobre sus dominios de plata. El sol, sin nubes interpuestas, ostenta toda su

brillantez, y el silencio sucede al eco atronador de los vientos.

Mas el «Rey de los Andes», como si estuviese celoso de compartir su imperio con el monarca del día, o como si se enfadara de que éste se atreviese a espiar sus misterios, llama a sí con nuevos bramidos a las lejanas nubes; ellas acuden con la rapidez del huracán, y le envuelven por todas partes en sus densos vapores.

-158-

Concentrando en este modo todas sus fuerzas, se prepara a la lid y lanza en derredor sus falanges de nubes, las cuales se precipitan sucesivamente en espesas columnas, como rápidos torrentes, y luego ascienden al espacio formando fantásticas figuras: ya es un cóndor de gigantescas alas, duplicadas en la movible sombra que hacen en la plateada llanura del arenal; ya es una cadena de titanes en ademán de escalar el cielo; ya, en fin, una serie de montañas que, rodando por el espacio, amenazan al mundo con su próxima caída.

Las parciales columnas forman después en un solo cuerpo y, desplegándose majestuosamente en las regiones superiores, roban al sol de la vista del viajero, y dan al día el aspecto sombrío del crepúsculo.

Se extienden, luego, sobre la elevada plataforma del monte, y a manera de un transparente velo, dejan ver de hito en hito al astro rey que, despojado de su vivo esplendor, aparece pálido y melancólico, como la luna en la mitad de una noche de invierno.

Entre tanto, el gigante de las montañas comienza a despejarse por su base, y su cabellera de nubes le asciende por la espalda a la cima en marejadas semejantes a las de la mar enfurecida; le cae luego sobre la frente, como las frenéticas y espumantes aguas de una catarata, y se esparce al fin graciosamente sobre los hombros en brillantes y caprichosos rizos. La antigüedad le habría tomado por Neptuno, aderezando su cabello, descompuesto por la furia de las tormentas, para asistir al banquete de los dioses.

Torna a esconderse tras el negro pabellón que le rodea, y con su aliento de hielo estremece a las acémilas que, con las orejas tendidas hacia atrás, el cuello prolongado y el ojo moribundo, marchan con paso vacilante, manifestando con tristes quejidos su fatiga y abatimiento. Fuera del silbido de los vientos y del susurro de varios riachuelos que se deslizan por entre los peñascos, se oye alguna vez el penetrante grito de un arriero. Falto -159- de abrigo y de aliento, marcha el infeliz con la planta desnuda sobre la escarcha y la nieve, conduciendo algunos cereales y unos cuantos cestos de pan, amasados con sus lágrimas, a trueque de una ganancia mezquina e incierta.

El área inmensa dominada por el Chimborazo se halla, en lo bajo de su parte occidental, llena de matorrales de paja, en medio de los cuales se ven de cuando en cuando algunas flores amarillas, y rara vez uno que otro árbol enano y poco frondoso, inclinado sobre las pendientes de los despeñaderos. Estas plantas cubiertas de nieve, ofrecen por varias leguas el aspecto de una vegetación artificial, cuyos troncos, ramas, hojas y flores parecen de bruñida plata.

Más arriba, la vida vegetal desaparece, y una llanura de arena muerta como una gran alfombra de cristal encanta por su hermosura, y hace un espléndido contraste con los campos de esmeralda y oro que se divisan

allá, en lontananza, por la parte oriental.

Al costado de la cuesta que conduce al Arenal se halla una elevada galería, con enormes peñascos volados sobre el camino. En ella se ven de trecho en trecho algunos hombres rendidos por el cansancio y la intemperie, en grupos más o menos caprichosos.

Por mitigar los rigores del hielo han atado la cabeza con un chal, a manera de turbante, y se han envuelto en sus grandes ponchos rojos salpicados de nieve, o medio enterrados en ella; sus miradas lúgubres y penetrantes, y sus fisonomías adustas y concentradas revelan la melancolía del desconsuelo o la amargura de la desesperación. ¡Ah, Miguel de Santiago!, si en este momento pudieseis desde la eternidad confiarme vuestro magnífico pincel, el cuadro sería indudablemente digno de vuestro renombre.

Con pesar dejo el grande espectáculo del Chimborazo; él ha arrebatado mi espíritu a las regiones de lo infinito, y ha suspendido, por algunos momentos, en mis labios el cáliz del dolor que el destino me hace apurar en todos -160- los instantes de mi existencia. Quiera la fortuna que antes de bajar a la tumba, vuelva yo a encontrarle en medio del frenético furor que ahora le agita. Sólo entonces ostenta toda su magnificencia, y es para el alma un manantial inagotable de sublimes inspiraciones.

-161-

El Altar

Arrojaré una mirada sobre la montaña del Altar y descifraré los sublimes jeroglíficos trazados sobre sus rocas diamantinas por la mano del tiempo. ¡Ruinas de Atenas y Roma! ¿Qué sois vosotras ante los elevados restos de la naturaleza conmovida? Humildes partículas de polvo destinadas a representar, en el oscuro horizonte de lo pasado, grupos confusos de seres humanos sepultándose con sus vicios, sus locuras y sus escasas virtudes en la noche de la eternidad.

Las columnas de Phocas y de Trajano, inmóviles a pesar del embate de dos mil años, ¿pueden acaso compararse con las dos pirámides coronadas de nieve que se elevan desde las extremidades del Altar, hasta perderse en el espacio azul?

Los capiteles y escalones de mármol que, rotos y confundidos, señalan al viajero el lugar donde solía resonar la poderosa voz de Marco Tulio, ¿significan algo comparados -162- con los sublimes fragmentos de granito, testigos del airado acento de Jehová, repercutido en la soledad por el rugido del huracán, el retumbar del trueno y el ruido de las aguas desencadenadas un día por la cólera del cielo para castigo del mundo?... Hablad, monumentos erigidos por los hijos de Adán, ¿cuál es vuestro destino en medio de las generaciones que pasan delante de vosotros como las olas agitadas de la mar? Os comprendo: queréis hacer eterna la memoria de ciertos hombres que brillaron en la noche de los tiempos como la breve luz de las luciérnagas, para apagarse como éstas en el oscuro fango en que nacieron. Cumplid, pues, vuestro destino antes que plazca al Ser por excelencia confundiros con la nada, que yo, olvidado de vosotros y de mí mismo, contemplo absorto las majestuosas ruinas del Altar.

Los ecos repiten, en medio de los salones solitarios, formados por inmensas moles de pedernal, un nombre apenas articulado, y este nombre es lo único que atestigua la pasada magnificencia del Altar. ¡Oh montaña querida, sublime en tu abatimiento como en los tiempos de tu gloria! ¡Dichosos los que te vieron en los días de tu grandeza! Tu corona de diamante se elevaba quizá sobre las regiones del rayo, como la austera virtud sobre las tempestades del vicio.

En vano agitaría el cóndor las silbadoras alas para posar un instante sobre tu augusta cabeza; en vano las nubes conmovidas se esforzarían por eclipsar el resplandor de tu frente; y en vano el actual monarca de los Andes pretendería mirarte de igual a igual, al medir su corpulenta mole, bosquejada sobre las tersas y brillantes aguas del Pacífico. En medio de una atmósfera siempre luminosa, verías acaso al día huyendo despavorido a presencia del genio de las tormentas, y a la apacible noche cerrar antes de tiempo los ojos de la naturaleza maltratada, para arrullarla cariñosa en su tranquilo seno. Hoy tu plateada cima, reducida a pesados fragmentos, hace entrever un abismo sin fondo, rodeado de peñascos que amenazan con su caída a las vecinas comarcas; y sin embargo te alzas con orgullo sobre los picachos que te circundan, -163- y ostentas tus deslumbrantes perfiles en una curva en cien partes hendida, al solo amago del brazo del Altísimo. Sea que el Sol te vista con el nítido resplandor del medio día, o con la desmayada luz de la tarde; sea que el adusto invierno se siente sobre tus rocas a gemir con el viento glacial de las alturas, tu belleza me sorprende, tu majestad me enajena.

¿Quién podrá igualarse a ti en esas noches apacibles en que se deja ver el astro de la melancolía al través de ese arco infinito que sustentas sobre tus hombros, como un monumento erigido por la tierra para dar paso a la eternidad ataviada con los despojos del vencido tiempo? Plácida, como el sueño de la inocencia, recibes, cubierta con tu manto de gala, a la reina del firmamento que parece detenerse sobre tu cima para meditar en tus ruinas. ¡Oh Luna!, revélame por piedad lo que te dice el silencio de la montaña; tal vez él te refiere lo que pasaba en estos contornos, allá en los confines de los siglos que fueron. Puede ser que en los yermos campos que domina el Altar se haya oído en épocas remotas el sordo murmullo de ciudades populosas. Paréceme que miro, al pie del excelso monte, a la vil codicia extendiendo una mano engañadora al angustiado padre de familia para sepultarle después en los vaporosos antros de la miseria; a la sedienta ambición subiendo al trono por escalones de sangre, y al amor iluso degradándose en brazos de la torpeza. ¡Más lejos de esto, quizá nunca la planta del hombre imprimió sus huellas en los collados melancólicos que se presentan a mi vista! Antes como ahora, el bramido del torrente y el retumbar del trueno se habrán unido en sublime armonía al susurro del arroyo y al suspirar de la brisa que juguetea con las flores amarillas del desierto.

El delirio que atormenta a las cascadas, las furias que desatan las cadenas de las borrascas aprisionadas entre las nubes, los vientos que gimen entre la silbante paja, y la augusta soledad cortejada por el silencio y la melancolía, habrían sido, como son hasta el día, los únicos habitantes -164- de esos palacios de bruñida plata, formados por los eternos hielos de la destrozada montaña.

Mas, ¿qué te importa, ¡oh Altar!, la presencia del vulgo de los hombres, si todo lo bello, lo grande, lo majestuoso y lo sublime encierras en ti mismo? Sobre tu cima desgarrada aparecen las estrellas pendientes del azul infinito del espacio, y las estrellas son «la poesía del cielo» y, para los amantes, las imágenes preciosas de los ojos seductores de la mujer idolatrada. Los suaves destellos de la aurora alumbran tu alba frente, antes que el melodioso canario la salude con sus trinos desde lo alto de las palmeras; el sol te comunica su pompa y brillantez, y el crepúsculo de la tarde esos tintes vagos como los pensamientos de la infancia, pálidos como la luz de la luna al sumergirse en el ocaso.

Y si el trueno recorre retumbante los dilatados bastiones de tus ruinas; si las nubes acuden a tu contorno y se apiñan enlutadas sobre ti; si el relámpago te ilumina y rápido se esconde detrás de los negros pabellones de la tormenta; si el rayo, serpenteando sobre las tinieblas que te rodean traza en ellas, con caracteres de fuego, el nombre de Jehová, y si tu amenazante mole retiembla, sacudida en sus cimientos, al ímpetu del trueno... ¡Ah!, entonces, las sublimes poesías de Dante, Ossian, Byron, y Goethe, aparecen delante de la tuya, como la tenue luz de las estrellas comparada con los esplendores del Sol al medio día...

La voz del deber me aleja de ti, montaña encantadora, y me obliga a lanzarme de nuevo en el torrente de la sociedad que, envolviéndome en sus amargas ondas, me empuja de escollo en escollo, hasta estrellarme en breve en las puertas del sepulcro. Allí mis huesos se confundirán con el polvo del olvido, y tú continuarás siendo el templo augusto de la Creación, el verdadero altar en que la naturaleza arrodillada se ofrecerá al Señor en holocausto para aplacar su enojo en el último de los días.

Ramón Samaniego Palacio (1826-1880)

Nota biográfica

Nació en la provincia de Loja en 1826; abogado de la Universidad Central de Quito, Diputado y Senador en varias Legislaturas; Suplente del coronel don Manuel Carrión y Pinzano, Jefe Civil y Militar de la República Federal de Loja en 1859, y Ministro Juez de la Corte Superior de Justicia como Tribunal al Supremo de Apelación establecido por dicho Gobierno Federal. Literato de reputación, cultivó la poesía en sus momentos de solaz y publicó en *El Iris* algunas de sus composiciones, como la sentida «Elegía» que reproducimos a continuación, tomándola de la *Antología Ecuatoriana de Poetas*, de la Academia.

-[168]- -169-

Selecciones

-[170]- -171-

Elegía

Mon coeur lui doit ces soins pieux et tendres.

Béranger.

¿Qué rayo viene a destrozar mi frente
y abrir en mi alma una profunda herida?
¿Qué voz rasga mi oído de repente,

al rebramar del trueno parecida?
¡Ay... abrumado estoy y sin aliento, 5
y entre sombras mi mente confundida!...

Me falta la razón, mi pensamiento
se ofusca, se oscurece, pierde el brío,
y se apodera de él delirio lento!...

Y el eco se repite, el eco impío 10
de esa insólita voz desgarradora
que rauda el huracán lanzó bravío!

¡Murió!... ¡pronuncia cruel!... ¡asoladora!...
¡murió!... ¡repite con pujante estruendo!...
¡sin tregua resonando a toda hora! 15

¡Oh suplicio feroz, martirio horrendo
que, eterno como el alma, nunca pasa
y que va mi existencia destruyendo!

-172-

¡Una llama voraz mi pecho abrasa,
fuego respiro que mis labios quema 20
y son mis venas encendida brasa!

Y en esa hora de horror, hora suprema
de sombras, de tinieblas, de agonía,

de la vida y la muerte lucha extrema,

yo, lejos de su lecho, en paz dormía, 25
ajeno a la tormenta que bramaba
y en torno del hogar fúnebre ardía.

¡Ay infeliz, que el Cielo me negaba
siquiera recoger su último aliento
y probarle el ardor con que le amaba! 30

¡Muerte fatal, memoria de tormento,
fuente copiosa de amargura y llanto
y símbolo de luto y sentimiento!

¡Tú has causado, inhumana, mi quebranto,
tú has vertido en mi pecho la amargura, 35
tú me has sumido en infortunio tanto!

De su vida inocente, recta y pura,
manantial de virtud acrisolada,
de caridad modelo y de ternura,

¡compasión no tuviste, y despiadada 40
a tus furores la inmolaste, ansiosa
de ostentar tu potencia malhadada!

Ríe, pues, de tu triunfo; ya rebosa
en mi pecho la hiel que tú has vertido...
¡la víctima que hiciste ya reposa!... 45

Sí, mírala a tus pies... pero ¡ay! transido
de angustia y de dolor, llevo los ojos
al doméstico hogar, dulce y querido.

-173-

Y sólo miro pálidos despojos
que me dicen su nombre venerando 50
para aumentar del alma los enojos;

y huérfana, infeliz, allí llorando

a la hija que él amó con tanto anhelo,
miro su último aliento ya exhalando;

y que en voz balbuciente eleva al cielo 55
mil ayes de su pecho dolorido,
y demanda en su angustia algún consuelo.

Pero ¡ay! en vano... mas enardecido
vuelve el recuerdo a destrozar el alma
a cada queja de su pecho herido. 60

¿Adónde, adónde fue la dulce calma
y la tranquila paz y la alegría?...
¡Mustio el hogar está, seca la palma

que con su sombra cobijó algún día
la fuente cristalina do apuramos 65
las glorias que el vivir nos prometía!

Ya todo se acabó... solos quedamos,
huérfanos en la tierra, desvalidos
sin luz que nos alumbre... ya cegamos,

y entre luto y tinieblas confundidos 70
en el mar de la vida proceloso,
¿qué haremos ¡ay! en su extensión perdidos?

¡Sin ti ya nadie, oh padre cariñoso,
de justicia y bondad, de amor dechado,
nos brindará su apoyo generoso! 75

Mas, del hogar en torno, con cuidado
guardaremos por siempre tu memoria,
cual la vestal el fuego consagrado;

-174-

Será tu vida la brillante historia
en que honor y virtud aprenderemos 80
y la fe en el Señor, y su alta gloria
como tú sin descanso buscaremos.

En un cumpleaños

Bien haya, niña, el hermoso,
el claro y brillante día
en que tu natal dichoso
llenó el mundo de alegría.

Como tan linda naciste, 5
tan bella y seductora,
mil coronas mereciste
¡oh niña! desde tu aurora.

Las flores te saludaron
al mirarte tan lozana; 10
y a una voz proclamaron
su digna y feliz hermana.

Y la brisa blanda y pura
jugueteando en tu redor,
prendada de tu hermosura 15
te rindió su tierno amor;

y robando en ese instante
mil perfumes a tu aliento
fue a decir leda y triunfante
al jardín tu nacimiento. 20

Y la estrella esplendorosa,
al contemplar tu mirada
bella, purísima, hermosa,
te dio su luz nacarada;

y he ahí por qué tus ojos 25
son dos brillantes luceros
que del alma los enojos
desvanecen hechiceros.

Los ángeles en tu risa
hicieron resplandecer 30
de los cielos la sonrisa,
viva imagen del placer.

Y por eso tu reír
da creces a tu beldad,
y es el iris que al lucir 35
serena la tempestad.

¡Oh niña!, que siempre sean
felices tus claros días,
y nunca en luto se vean
cambiarse tus alegrías. 40

Linda flor, siempre mecida
por el aura placentera,
que se conserve tu vida
en eterna primavera.

Bien haya, niña, el hermoso 45
el claro y brillante día
en que tu natal dichoso
llenó al mundo de alegría.

Loja, marzo 20 de 1862.

-177-

Tu nombre

A...

No se engañó el alma mía,
ni al decírtelo mentí
que tu nombre es para mí
nota de dulce armonía;

música suave que encanta 5

y que sorprende mi oído,
como el melodioso ruido
del ruiseñor cuando canta.

Tu hermoso nombre me suena
más dulce que los rumores 10
de la brisa entre las flores
soplando mansa y serena;

más que el plácido murmullo
del arroyo transparente,
más que el gemir de la fuente 15
de las auras el arrullo;

más que el trino encantador
del ave que en la enramada
saluda de la alborada
el prístino resplandor; 20

más que el suspiro anhelante
de la virgen pudorosa,
cuando la pasión rebosa
en su corazón amante.

-178-

Es fuente de inspiración, 25
señora, para tu amigo,
y así el instante bendigo
en que te alzo mi canción.

Y aunque el cielo me negó
del vate la luz divina 30
con que esclarece e ilumina
cuanto el hombre nunca vio;

al nombrarte siento arder
en mi interior una llama;
un fuego vivaz me inflama 35
que trasfigura mi ser.

Me juzgo entonces poeta
allá en mi loca ilusión,

y bulle en mi mente inquieta
del vate la inspiración. 40

Y por eso yo he cantado
de tu nombre los primores
con los vívidos colores
que en mi mente está grabado.

Y aquestas trovas sentidas 45
que me inspiran la amistad,
son un tributo en verdad
a tus virtudes cumplidas.

Pero ¡pobres!... ¿qué serán
¡ay! señora, en tu presencia?... 50
Mustias flores sin esencia
que su vida perderán.

Mas ¡qué bien tan soberano
si acaso te dignas leerlas!...
En tu boca serán perlas 55
y diamantes en tu mano.

Loja, junio 2 de 1862.

Dolores Veintemilla de Galindo (1829-1857)

Nota biográfica

Privilegiada con notables talentos artísticos, pues cultivaba la música y manejaba con habilidad el pincel, es la poetisa sin par en nuestro Parnaso, la Sapho americana.

No obstante su hermosura, realizada por tan singulares talentos y dones naturales, su corta vida fue desgraciada pues falleció trágicamente en Cuenca, abandonada de su esposo, a quien reprochó en su inmortal poesía «Quejas», eco profundo de la agonía moral que la impulsó a quitarse la vida, en la noche fatal del 23 de mayo de 1857, a los 26 años, dejando como por casualidad un manojito de poesías inmarcesibles, las que recogió y publicó el conocido literato Celiano Monge (Producciones literarias. Quito, 1908)³⁷.

-[182]- -183-

Selecciones

-[184]- -185-

Recuerdos

En 1847 tenía 17 años cumplidos. Hasta esa edad mis días habían corrido llenos de placeres y brillantes ilusiones. Con la mirada fija en un porvenir risueño y encantador, encontraba bajo mis plantas una senda cubierta de flores, y sobre mi cabeza un cielo tachonado de estrellas. ¡Era feliz, y pensaba que nunca se agostarían esas flores ni se apagarían esos astros!...

Adorada de mi familia, especialmente de mi madre, había llegado a ser el jefe de la casa; en todo se consultaba mi voluntad; todo cedía al más pequeño de mis deseos; era completamente dichosa bajo la sombra del hogar doméstico, y en cuanto a mi vida social, nada me quedaba que pedir a la fortuna.

Desde que tuve 12 años me vi constantemente rodeada de una multitud de hombres, cuyo esmerado empeño era agradarme y satisfacer hasta mis caprichos de niña.

-186-

Una figura regular, un pundonor sin límites y un buen juicio acreditado, me hicieron obtener las consideraciones de todas las personas de las distintas clases sociales de mi patria.

A la edad de 14 años, un sentimiento de gratitud vino por primera vez a fijar mi atención en uno de mis amigos; hasta entonces mi corazón ligero y vago como el volar de la mariposa, no había hecho más que escuchar con desdén, y si se quiere con risa, los suspiros de los que me rodeaban. Se me había enseñado que los hombres no aman nunca y que siempre engañan; esto me hacía reír de ellos sin escrúpulo.

Poco a poco ese sentimiento de gratitud se cambió en una afección tierna, sentida y bienhechora que me ofreció mil y mil encantos.

La confianza que mi madre tenía en mí, me daba una completa libertad; era, pues, señora de mis acciones y de mis horas, y podía ver a mi amigo, que lo era también de mi madre, a mi satisfacción, estar y pasar sola con él, sin caer siquiera en cuenta que mi fortuna era una especialidad.

Respetada siempre por él, uno de mis placeres más íntimos era estar tranquila a su lado. A este hombre virtuoso es a quien debo la mayor parte de mis buenos sentimientos. Las horas que pasábamos juntos las empleaba en formar mi corazón para la virtud. Joven de 19 años, su amor le había vuelto reflexivo y prudente.

Después de cuatro años debíamos unir para siempre nuestro porvenir, y nunca escuché de sus labios la más ligera expresión que pudiera ruborizarme. Noches enteras pasábamos juntos en medio de la exaltación del baile, sin que me diera a comprender su cariño sino por medio de mil delicadas atenciones; por su arrebatado disgusto se notaba que la más pequeña indiscreción de los que me rodeaban había lastimado profundamente su corazón.

Su alma noble no me inspiró jamás sospechas ni inquietudes. Me había

prometido amarme siempre, le había -187- ofrecido yo pertenecerle por toda mi vida, esto nos hacía felices.

¡Ah, no se puede negar, aun cuando se diga lo contrario, que también el corazón de los hombres tiene impulsos generosos y abriga sentimientos elevados y las más saludables emociones para la virtud!

-188-

Aspiración

Yo no quiero ventura ni gloria,
sólo quiero mi llanto verter;
que en mi mente la cruda memoria
sólo tengo de cruel padecer.

Cual espectro doliente y lloroso 5
sola quiero en el mundo vagar,
y en mi pecho, cual nunca ardoroso,
sólo quiero tu imagen llevar.

Yo no quiero del sol luminoso
sus espléndidos rayos mirar, 10
mas yo quiero un lugar tenebroso
do contigo pudiera habitar.

Si del mundo un imperio se hiciera,
que encerrara tesoros sin cuento;
si este imperio a mis pies se pusiera, 15
lo cambiara por verte un momento.

Si ángel fuera a quien templos y altares
en mi culto se alzarán, tal vez
con tormentos cambiara, eternas,
por estar un instante a tus pies. 20

-189-

Desencanto

¿Por qué mi mente con tenaz porfía
mi voluntad combate, y obstinada,
tristes recuerdos de la infancia mía
ofrece a mi memoria infortunada?
¿Por qué se cambia el esplendente día 5
en mustia sombra del dolor velada,
y a la sonrisa de inocente calma
sucede el llanto y la ansiedad de mi alma?

Las puras flores que mi sien orlaron
de mi frente fugaz se desprendieron, 10
y cual sombra levísima pasaron
en pos llevando el bien que me ofrecieron.
Sólo las horas del dolor quedaron;
las horas del placer nunca volvieron,
y de mi vida en el perdido encanto 15
sólo me queda por herencia el llanto.

Yo era en mi infancia alegre y venturosa
como la flor que el céfiro acaricia,
fascinada cual blanda mariposa
que incauta goza en férvida delicia; 20
pero la humana turba revoltosa
mi corazón hirió con su injusticia
y véome triste, en la mitad del mundo,
víctima infausta de un dolor profundo.

-190-

Anhelo

¡Oh! ¿dónde está ese mundo que soñé
allá en los años de mi edad primera?
¿Dónde ese mundo que en mi mente orlé
de blancas flores...? ¡Todo fue quimera!

Hoy de mí misma nada me ha quedado, 5
pasaron ya mis horas de ventura,
y sólo tengo un corazón llagado
y un alma ahogada en llanto y amargura.

¿Por qué tan pronto la ilusión pasé?
¿Por qué en quebranto se trocó mi risa 10
y mi sueño fugaz se disipó
cual leve nube al soplo de la brisa...?

Vuelve a mis ojos óptica ilusión,
vuelve, esperanza, a amenizar mi vida,
vuelve, amistad, sublime inspiración... 15
yo quiero dicha aun cuando sea mentida.

-191-

Sufrimiento

Pasaste, edad hermosa,
en que rizó el ambiente
las hebras del cabello por mi frente
que hoy anubla la pena congojosa.
Pasaste, edad de rosa 5
de los felices años,
y contigo mis gratas ilusiones...
Quedan en su lugar los desengaños
que brotó el huracán de las pasiones.

Entonces ¡ay! entonces, madre mía, 10
tus labios enjugaban
lágrimas infantiles que surcaban
mis purpúreas mejillas... y en el día
¡ay de mí! no estás cerca para verlas...
¡son del dolor alquitaradas perlas! 15

¡Madre! ¡Madre! no sepas la amargura
que aqueja el corazón de tu Dolores,
saber mi desventura
fuera aumentar tan sólo los rigores
con que en ti la desgracia audaz se encona. 20
¡En mi nombre mi sino me pusiste,
sino, madre, bien triste!
Mi corona nupcial, está en corona
de espinas ya cambiada...
¡Es tu Dolores ¡ay! tan desdichada! 25

La noche y mi dolor

El negro manto, que la noche umbría
tiende en el mundo, a descansar convida.
Su cuerpo extiende ya en la tierra fría
cansado el pobre y su dolor olvida.

También el rico en su mullida cama 5
duerme soñando avaro en sus riquezas;
duerme el guerrero y en su ensueño exclama:
-Soy invencible y grandes mis proezas.

Duerme el pastor feliz en su cabaña
y el marino tranquilo en su bajel; 10
a éste no altera la ambición ni saña;
el mar no inquieta el reposar de aquél.

Duerme la fiera en lóbrega espesura,
duerme el ave en las ramas guarecida,
duerme el reptil en su morada impura, 15
como el insecto en su mansión florida.

Duerme el viento, la brisa silenciosa
gime apenas las flores cariciando;
todo entre sombras a la par reposa,
aquí durmiendo, más allá soñando. 20

Tú, dulce amiga, que tal vez un día
al contemplar la luna misteriosa,
exaltabas tu ardiente fantasía,
derramando una lágrima amorosa,

duermes también tranquila y descansada 25
cual marino calmada la tormenta,
así olvidando la inquietud pasada

mientras tu amiga su dolor lamenta.

Déjame que hoy en soledad contemple
de mi vida las flores deshojadas; 30
hoy no hay mentira que mi dolor temple,
murieron ya mis fábulas soñadas.

-194-

A Carmen

(Remitiéndole un jazmín del Cabo)

Menos bella que tú, Carmela mía,
vaya esa flor a ornar tu cabellera;
yo misma la he cogido en la pradera
y cariñosa mi alma te la envía.
Cuando seca y marchita caiga un día 5
no la arrojes, por Dios, a la ribera;
guárdala cual memoria lisonjera
de la dulce amistad que nos unía.

-195-

A la misma amiga

¡Ninfa del Guayas
encantador!
De tus abriles
en el albor,
cuando regreses 5
a la mansión,
donde te espera
todo el amor
de los que hoy ruegan
por ti al Señor; 10
cuando más tarde
vengan en pos

de los placeres
que apuras hoy,
los tiernos goces 15
y la emoción
con que las madres
amamos ¡oh!
a los pedazos del corazón;
no olvides, Carmen, 20
no olvides, ¡no!
¡a tu Dolores
por otro amor!

-196-

¡Quejas!

¡Y amarle pude!... Al sol de la existencia
se abría apenas soñadora el alma...
Perdió mi pobre corazón su calma
desde el fatal instante en que le hallé.
Sus palabras sonaron en mi oído 5
como música blanda y deliciosa;
subió a mi rostro el tinte de la rosa;
como la hoja en el árbol vacilé.

Su imagen en el sueño me acosaba
siempre halagüeña, siempre enamorada; 10
mil veces sorprendiste, madre amada,
en mi boca un suspiro abrasador;
y era él quien lo arrancaba de mi pecho,
él, la fascinación de mis sentidos;
él, ideal de mis sueños más queridos; 15
él, mi primero, mi ferviente amor.

Sin él, para mí, el campo placentero
en vez de flores me obsequiaba abrojos;
sin él eran sombríos a mis ojos
del sol los rayos en el mes de abril. 20
Vivía de su vida aprisionada;
era el centro de mi alma el amor suyo,
era mi aspiración, era mi orgullo...
¿por qué tan presto me olvidaba el vil?

-197-

No es mío ya su amor, que a otra prefiere; 25
sus caricias son frías como el hielo.
Es mentira su fe, finge desvelo...
Mas no me engañará con su ficción...
¡Y amarle pude delirante, loca!
¡No! mi altivez no sufre su maltrato; 30
y si a olvidar no alcanzas al ingrato
¡te arrancaré del pecho, corazón!

-198-

A mis enemigos

¿Qué os hice yo, mujer desventurada,
que en mi rostro, traidores, escupís
de la infame calumnia la ponzoña
y así matáis a mi alma juvenil?

¿Qué sombra os puede hacer una insensata 5
que arroja de los vientos al confín
los lamentos de su alma atribulada
y el llanto de sus ojos? ¡Ay de mí!

¿Envidiáis, envidiáis que sus aromas
le dé a las brisas mansas el jazmín? 10
¿Envidiáis que los pájaros entonen
sus himnos cuando el sol viene a lucir?

¡No! ¡no os burláis de mí sino del cielo,
que al hacerme tan triste e infeliz,
me dio para endulzar mi desventura 15
de ardiente inspiración rayo gentil!

¿Por qué, por qué queréis que yo sofoque
lo que en mi pensamiento osa vivir?
¿Por qué matáis para la dicha mi alma?
¿Por qué ¡cobardes! a traición me herís? 20

No dan respeto la mujer, la esposa,

la madre amante a vuestra lengua vil...
Me marcáis con el sello de la impura...
¡Ay! ¡nada! ¡nada respetáis en mí!

-199-

A un reloj

Con tu acompasado son
marcando vas inclemente
de mi pobre corazón
la violenta pulsación...
¡Dichosa quien no te siente! 5

Funesto, funesto bien
haces reloj... La venida
marcas del ser a la vida,
y así impasible también
la hora de la partida. 10

Numa Pompilio Llona (1832-1907)

Nota biográfica

Nació en Guayaquil, «La Perla del Pacífico», a donde volvió, después de una larga odisea por el vasto mundo, a dar reposo a sus alas de albatros gigante, para morir allí el 10 de octubre de 1907.

Poco antes había sido coronado solemnemente -el 10 de octubre de 1904- como poeta nacional. Prestó eminentes servicios como educador y diplomático, no sólo a la tierra de su nacimiento sino al Perú, su segunda patria, donde terminó su formación intelectual.

Su fama de poeta fue grande en sus tiempos; en los nuestros, ha venido muy a menos, y puede decirse que a lo más se le tiene por un declamador elegante y conceptuoso, saturado de un pesimismo muy de moda entonces, pero que hoy suena a hueco.

Crespo Toral dijo de él en comentario al parecer definitivo: «Fue más grande de lo que nosotros merecíamos». No compartimos su opinión. Vivar habla de él como de «el único poeta americano que, sin vacilaciones, ha seguido... las amargas consecuencias de una filosofía desengañada que niega hasta la posibilidad de la dicha y cree que el mundo sólo se ha hecho para el dolor».

-204-

Parecía, en efecto, no creer en un Dios personal, patronal y providente, sino en un ser a la manera de un tirano terrible y misterioso, indiferente e insensible como la naturaleza al dolor humano, extraño a la piedad; en un Dios, en fin, que sólo existía para fines inalcanzables para nosotros: en el Dios impersonal e inteligible de los agnósticos. Pero su poema «Grandeza moral» demuestra que, al contrario, creía como el Edgar Poe de «Un descenso al Maelström», de «El pozo y del péndulo», en poderes celestes capaces de venir en nuestro auxilio y salvarnos aun en los casos más desesperados; poderes que no pueden dimanar sino de un Dios por encima del caos, de la naturaleza y de la fatalidad; lo que acentúa la opinión que antes expresamos, de que su pesimismo era sólo superficial, mero contagio de las malsanas corrientes ideológicas de su época³⁸.

-205-

Selecciones

-[206]- -207-

Poesías juveniles

(Fragmento)

¡Vano, estéril afán! ¡loca porfía!...
Inútilmente, con tenaz esfuerzo,
quiero en tierra clavar mi Fantasía,
y sus alas de oro, airado, tuerzo...
¡Vence a la Realidad la Poesía!

¡Vano, estéril afán!... Por más que intento
entre los grillos de mezquina ciencia
encadenar mi libre pensamiento,
recuerda altivo su divina esencia,
y surge a lo Alto con mayor aliento!...

¡Oh del Destino caprichoso y ciego
sangrienta mofa y hórrido sarcasmo!
¡Prender en mi alma el devorante fuego
de la hoguera de luz del Entusiasmo,
y condenarme a estúpido sosiego!

[...]

¡Sentir aquí, sentir aquí en mi pecho
el volcán de la ardiente Inspiración,
que hierve y ruge en su recinto estrecho;
y, temblando de angustia y de despecho,
sofocar su poética erupción!

[...]

-208-

¡Yo necesito solitarios ocios!
¡Campos!, ¡aire!, ¡la Luz!, ¡la Inmensidad!...
Yo el idioma no sé de los beocios
que me hablan de guarismos y negocios...
¡Yo aborrezco la triste Realidad!

[...]

-209-

Desolación. El poeta y el siglo

A don Fernando Velarde

¿Cómo cantar, cuando llorosa gime,
sin esperanza y sin amor, el alma;
y por doquiera, con horror, la oprime
de los sepulcros la siniestra calma?

¿Cuando de los espíritus el vuelo
ata doliente, universal marasmo;
y, con sus alas azotando el suelo,
palpita moribundo el Entusiasmo?

¿Cuando, si un generoso pensamiento
surge en el alma y su dolor halaga, 10
del piélago sin fin del desaliento,

en las ondas inmóviles naufraga?

¿Cómo cantar, cuando al audaz poeta
al mundo cierra con desdén su oído;
y el noble acento de su Musa inquieta 15
muere en la vasta soledad perdido?

¿Cuando la envidia, que aún las tumbas hoza,
con torvos ojos pálida le espía;
y sus entrañas a traición destroza,
y escarnece el dolor de su agonía? 20

-210-

¿Cuando la turba de plagiarios viles
a sus cantos se lanza jadeante,
revolcando en su lodo, cual reptiles,
su corazón sangriento y palpitante?

¿Cuando su canto ardiente y sobrehumano 25
amalgama y confunde el vulgo idiota
con las míseras rimas, donde en vano
mezquino vate su impotencia agota?

¿Cuando, si el noble y dolorido bardo
su alma descubre rota y destrozada, 30
en su honda herida revolviendo el dardo,
le arroja el vulgo imbécil carcajada?

¿Cómo cantar, cuando en la sed de fama
la generosa juventud no arde;
ni el santo fuego del honor la inflama, 35
ni hace de heroica abnegación alarde?

¿Cuando de Patria y Libertad los nombres
en ningún corazón encuentran eco,
cual se apagan los gritos de los hombres
de los sepulcros en el hondo hueco? 40

¿Cuando, al amor, ya sordas las mujeres
y al brillo indiferentes de la gloria,
corren en pos de frívolos placeres
y ansiosas buscan la mundana escoria?

¿Cuando el justo derrama inútil lloro 45
y bate el vicio triunfadoras palmas,
y, entre el aplauso universal, el oro
es el sol refulgente de las almas?

¿Cuando, como Proteo, a cada hora
nuevas formas reviste el egoísmo; 50
y en los áridos pechos sólo mora
estéril duda, fúnebre ateísmo?...

-211-

¡Ay, cuando en torno el ojo atribulado
descubre sólo corrupción, miseria!
¡Y doquier, al espíritu humillado 55
huella con pie triunfante la materia!...

¡Oh! en tan inmensa postración, el vate
su turbulenta inspiración acalla;
la llama extingue que en su pecho late
y en los sepulcros se reclina, y ¡calla! 60

¡Y nada, nada su silencio amargo
un solo instante a interrumpir alcanza,
ni a turbar el horror de su letargo,
ni a encender en su pecho la esperanza!...

¡Ay! yo he palpado el corazón humano; 65
y muerto ¡para siempre! le encontré...
¡Muerto!... ¡Rompeamos, generoso hermano,
nuestro laúd con iracundo pie!

Lima, octubre de 1852.

-212-

A don Fernando Velarde

¡No te amedrente el ponzoñoso dardo
de turba vil, que con rencor bastardo
te provoca y te insulta!; ¡firme lidia!...

¡Porque jamás vio el mundo, oh noble bardo,
fuego sin humo, gloria sin envidia! 5

-213-

En el segundo centenario de don Pedro Calderón de la Barca

(Fragmentos)

(Dedicados a don Manuel Tamayo y Baus)

[...]

IV

Del Ecuador en los azules mares,
antes que el sol las cúspides trasmonte,
contempla el nauta gigantesco monte
vestido el pie de bosques seculares;

entre lianas, y flores y palmares,
canta allí el guacamayo y el sinsonte;
mas su cumbre, rasgando el horizonte,
¡sube hasta los eternos luminares!

¡Así tu obra titánica; en tus dramas,
como entre selvas de frondosas ramas,
la pasión canta en melodiosa rima;

mas, alzándose audaz hacia los cielos,
del símbolo sagrado entre los velos,
se pierde en Dios su inmaculada cima!

-214-

V

Yo vi, también, undosa catarata
que desde cumbre de eminencia suma
precipitaba, entre fragor y espuma,
sus lienzos de cristal, de luz y plata;

y mientras que el peñón do se desata
coronan hielo y misteriosa bruma,
el trópico, en el fondo, la perfuma
con floreciente primavera grata...

Tequendama de fúlgida armonía,
así tu majestuosa poesía
desciende desde místicas regiones;

y, al caer de la tierra en la llanura,
de flores bordan su corriente pura
la esperanza, el amor, las ilusiones...

VI

¡Del universo alado peregrino
águila audaz, tu portentoso vuelo
abrazo la extensión de tierra y cielo,
y salva los linderos del destino!

Como la mente angélica de Aquino,
arreatada de infinito anhelo,
mas allá te hundes, del azul del cielo,
en la esencia del Ser Único y Trino...

¡Mas, bajando, después, del firmamento,
con sosegados giros circulares
en tu vuelo recorres, vagabundo,

los dilatados ámbitos del viento,
la ancha faz de la tierra y de los mares,
los tenebrosos senos del profundo!...

VII

Desde las playas de la mar de Atlante
tendido, hasta el confín remoto hesperio,
y el Ártico y Antártico Hemisferio
abarcando con brazos de gigante;

bajo sus pies el rayo fulminante
en las garras del ave del Imperio;
así el mundo, doblado al yugo ibero,
miró de España al Júpiter Tonante.

Y, entre el asombro del linaje humano,
brotó en seguida, tras congoja acerba,
tras dolorosa agitación confusa,

del gran cerebro del coloso hispano,
armada y refulgente cual Minerva,
¡oh Calderón, tu prodigiosa Musa!

VIII

Sobre la frente el astro de la idea,
y en ambos hombros poderosas alas,
tal se mostraba, entre esplendentes galas,
del mundo ante la atónita asamblea;

risueña como en triunfo Galatea,
o como Dione en las empíreas salas;
o bien lanzando, cual ceñuda Palas,
el grito de furor y de pelea...

Y levantando hasta el cenit su vuelo,
de la eterna creación sacerdotisa,
alzó su acento, que escuchaba el suelo.

¡Por casi un siglo, en actitud sumisa,
desde su himno infantil, Carro del cielo,
hasta el canto del cisne, Hado y divisa!

[...]

X

¡Buzo inmortal del corazón humano!
Cuando en su oscuro fondo hundes la frente,
a tu mirada muéstrase patente
de su anchuroso abismo todo arcano;

al remontar el piélago, tu mano
la perla lleva de risueño oriente,
mas divisaste en la onda transparente
los horrendos colosos del océano...

De tu Justina y Príncipe Constante
la virtud brilla con mal en guerra,
cual bajo el hierro el fúlgido diamante;

y, víctimas del monstruo de los celos,
mira en tus dramas, a la vez, la tierra,
grandes como el de Shéspir³⁹, cinco Otelos!

XI

De tu espíritu múltiple y fecundo
-lumbre creatriz, intelectual Proteo-,
brotar la estirpe, más grandiosa, veo
de cuantos genios ha admirado el mundo:

Cipriano, como un Fausto más profundo,
vence a la Duda en choque giganteo;
a Hamlet y Caín y Prometeo
en sí resume el fiero Segismundo;

Tu audaz Eusebio, en su siniestro tipo,
los rasgos muestra de un consciente Edipo
y de un don Juan y Carlos Moor gigantes.

Y fueras tú el mayor de los pintores,
si, emulando tus gráficos colores,
no se elevara junto a ti... ¡Cervantes!

XII

(A España)

¡Un tiempo fue -por el que en llanto bañas
vanamente tus templos seculares-,
en que tus altas glorias militares
inundaron del orbe las campañas;

españolas del mundo las hazañas,
las playas todas, españoles lares;
al circundar las tierras y los mares,
¡no halló el Sol el confín de las Españas!...

Mas si los lauros te arrancó de Marte
la Fortuna envidiosa de tu gloria,
no puede los de genio arrebatarte;

¡que no se pone el sol de su memoria
en los cielos sin límites del arte,
ni en los mares inmensos de la historia!

Lima, mayo 22 de 1881.

-218-

Doce años después

¡Todo se ha transformado en los lugares
que hoy recorro doliente y solitario,
y que fueron un tiempo el escenario
del drama de mi dicha y mis pesares!

Del corazón los ídolos y altares
juntos cubre del tiempo ya el sudario;
¡todo lo disipó su curso vario...
como el viento la espuma de esos mares!

¡Ay, en tan vasta ruina y tal mudanza,
sólo inmóvil mi espíritu subsiste, 10
huérfano del amor y la esperanza!

Y fiel a sus dulcísimas memorias,
pensativo contempla, y mudo y triste,
la tumba de sus sueños y sus glorias!

(1883)

-219-

Desde mi estancia

Al eminente crítico y poeta argentino don Calixto Oyuela

Mi ventana, que se abre a la campiña
do se extiende fantástico paisaje,
cubre del huerto trepadora viña
con la tupida red de su ramaje;

entre su fronda, hasta la oscura estancia 5
filtra su blanca luz la luna llena
que, alumbrando los campos a distancia,
surge en el cielo fúlgida y serena;

dando tregua a misérrimas congojas,
contemplo yo, de la penumbra opaca, 10
el arabesco de las negras hojas
que en argentado fondo se destaca;

de la cumbre de próxima montaña
desciende el aura y el follaje agita;
¡y siento entonces emoción extraña, 15
ansiedad soñadora e infinita!...

¡Afuera, allá, las mágicas florestas,
dormidos valles, encantados montes!...
¡Y esos hierros, y ramas interpuestas
ante aquellos grandiosos horizontes!... 20

-220-

De la terrena cárcel tras la reja,
mira así el alma con dolor profundo
el infinito que su luz refleja
en los oscuros ámbitos del mundo;

¡y así contempla en la penumbra hundida, 25
el lejano ideal de su ventura,
por entre las malezas de la vida,
donde, a veces, de lo alto descendida,
la divina pasión sólo murmura!...

(1891)

-221-

Grandeza moral

(A orillas del río Calí, en el valle del Cauca)

(Fragmentos)

Llegamos a aquel sitio en donde el río,
como en muelle descanso,
tras largo viaje y ronco vocerío
formaba hondo remanso;

[...]

La escena era grandiosa: al lado nuestro,
atados los caballos
a las plantas en flor, por el cabestro,
pacían verdes tallos;

El Calí sesgo y cristalino, al frente,
como sierpe de plata
arrastraba entre rocas su corriente
con voz sonante y grata;

Allende el río, fértiles collados;
detrás, el arduo monte
que, con severos tintes aplomados,
cerraba el horizonte;

al rededor, vastísimas llanuras,
boscajes y praderas...
y en el lejano fondo, las alturas
de azules cordilleras;

-222-

¡Y sobre aquel inmenso panorama,
cual de zafiro un velo,
al través de la atmósfera de llama
vasto, profundo, el cielo!...

¡Delante de esa gran naturaleza
do el ser absorto se hunde;
cerca mirando la inmortal belleza
que vida a mi alma infunde;

de infinita ventura rebosante,
al Dios que el orbe rige
alzando mudo el corazón amante,
por su bondad bendije!...

Ella, escuchando mi pueril deseo,
la voz de mi ternura,
libre dejó de todo vano arreo
su olímpica figura;

[...]

Y al fin sus formas de belleza suma,
como las griegas ninfas,
dejando surcos de bullente espuma,
sumergió entre las linfas...

¡Ah! ¡no contaba yo con las mudanzas
que sufre el Universo;
y olvidé las alevos asechanzas,
de nuestro hado perverso!

¡De ese remanso diáfano y tranquilo
-más que las rocas fuerte-
hizo el tiempo una rápida, un asilo
oculto, de la muerte!...

¡De repente escuché de mi adorada
un grito penetrante,
y a mí la vi volver acongojada
su pálido semblante!

-223-

«¡Ay! ¡el agua me arrastra, esposo mío!»,
clamaba en voz doliente:
«¡En vano lucho del pujante río
con la veloz corriente!».

Y al pétreo fondo se aferraba en vano,
como al tronco las yedras;

¡pues resbalaba su pequeña mano
en las lamosas piedras!...

¡Oh tremendo peligro! ¡oh duro trance!
¡el raudal turbulento
que la arrastraba, lejos de mi alcance,
con empuje violento!

Y a breve trecho, rauda catarata
del río en la revuelta,
de su corriente ronca se desata
en tumbos mil disuelta;

[...]

¡E iba a morir en ese vórtice! ¡Ella!
¡El ser privilegiado,
tan inspirada y santa como bella,
por ciega ley del hado!

¡Iba a morir, la víctima inocente
de atroz destino infausto,
cual paloma ofrecida ante inclemente
deidad, en holocausto!

¡Ah! ¡no! ¡jamás! Rasgando mi vestido
con ansiedad vehemente,
cual por fuerza titánica impelido,
lanceme en la corriente;

cogí sus manos, entre angustias hondas,
con desusado brío;
y en pie logró ponerse entre las ondas
tumultuosas del río;

-224-

¡Pero en el sitio aquel más recia y brava
era ya la avenida,
y a contrastar su empuje no bastaba
nuestra fuerza, aunque unida!...

¡Y entonces ¡ay! en su congoja extrema,
en tan terrible instante,
lanzó una voz de elevación suprema
su corazón gigante!

«¿No lo ves? Nuestro esfuerzo es impotente
a resistir la ola;
vas a morir conmigo inútilmente;
déjame morir sola!»⁴⁰.

¡Oh voz sublime! ¡Acento sin segundo!
¡Grandioso, excelso grito
de abnegación inmensa como el mundo!
¡Eco de lo infinito!...

¡Y ese grande clamor de sus entrañas
rasgó también el viento,
sin que aquellas inmóviles montañas
temblaran en su asiento!

¡Sin que en mi derredor se estremeciera
cuanto sustenta el suelo!
¡Sin que, allá arriba, la azulada esfera
se turbara, del cielo!...

¡No! ¡Ante el prodigio de moral grandeza
de ese clamor doliente,
proseguiste también, naturaleza
tu curso indiferente!

¡De esta raza de Adán que hacia la fosa
por tu seno te arrastra,
no eres tú, ¡no! la madre cariñosa,
¡sí la atroz madrastra!

-225-

¡Pues de la humanidad miras tú en calma
la dicha o la miseria,
un abismo sin fondo hay entre el alma
y la inerte materia!

[...]

«¡Abandonarte yo ¡ángel mío!... nunca!
El Cielo me es testigo:
¡o la muerte también mi vida trunca,
o salvarás conmigo!».

Y, doblando mi fuerza en ese instante
la emoción poderosa,
logré arrancarla, débil, vacilante,
del agua procelosa.

¡Y al asentar su planta, del ribazo
en la menuda arena,
dobló su blanca sien sobre mi brazo,
cual pálida azucena!

[...]

Blanca paloma tú, en el cataclismo
do naufragara todo,
me trajiste la fe, sobre un abismo
de llanto y sangre y lodo.

¡Y con la fe, me diste la esperanza
que lloraba perdida;
y, con flores de eterna venturanza,
refloreció mi vida!

Y fue, a tu lado, la existencia mía,
porque así Dios lo quiso,
ánfora inagotable de ambrosía,
terrestre paraíso.

[...]

¡Mas, el grito por tu alma formulado,
en tan supremo instante,
a tu sublime ser me ha encadenado
con nudos de diamante!

Que, a esa voz, como a un lampo repentino,
vi la moral grandeza
que unida llevas en tu ser divino
al genio y la belleza;

y contemplé asombrado tu heroísmo,
como desde alta cumbre
se descubre de luz inmenso abismo,
golfo sin fin de lumbre...

Y por eso, al recuerdo de aquel día
de tan mortal congoja,
que aún con el sudor de la agonía
mi yerta frente moja;

cuando mi mente, vuelta hacia el pasado,
las palabras evoca
que escuché, en ese instante incomparado,
de tu divina boca;

de tu afecto sin límite a la idea,
con que en el trance adverso
tu alma, en su sacrificio gigantea,
dominó al Universo.

¡De tu moral excelsitud sencilla
al grito heroico y tierno...
doblo ante ti, Lastenia, la rodilla,
y absorto me prosterno!

¡Y humilde beso, en religiosa ofrenda,
el polvo que levantas
al estampar en la terrestre senda
tus celestiales plantas!

Guayaquil, junio 12 de 1888.

-227-

Noche de dolor en las montañas

A don Juan Valera

Rugió la tempestad; y yo, entretanto,
del monte al pie, la faz sobre la palma
vertiendo acerbo inextinguible llanto,
quedé en su pena, adormecida mi alma;
cuando cesó el sopor de mi quebranto, 5
limpio estaba el azul, el viento en calma...
¡y con asombro y amargura y duelo,
alcé mi rostro a contemplar el cielo!...

Sirio radiante sin cesar lucía;
Saturno, inmóvil, del cenit miraba 10
la vida universal... La Láctea Vía,
que con luz taciturna centellaba
y al orbe en ancho círculo envolvía
de brillantes escamas, semejaba
la infinita, simbólica serpiente 15
que se está devorando eternamente...

¡Cuánto silencio! ¡Oh Dios! ¡Cuánto reposo!
¡Y cuán honda y fatal indiferencia!
¡Cuán extraño ese todo prodigioso
es del hombre a la mísera presencia!... 20
¡Al comprenderlo, un pasmo doloroso
penetra y acongoja la conciencia,
y en sus abismos íntimos clarea
una tremenda e implacable idea!

-228-

Gira el mundo en el vasto firmamento 25
con pompa augusta y majestad suprema,
y se agita, en acorde movimiento,
de los astros sin fin el gran sistema...
¡Y el hombre pasa, alzando su lamento,
y de su propio ser con el problema! 30
¡Sufre y muere!... ¡y no turba su caída
el perpetuo banquete de la vida!

Ser inmenso encerrado en su egoísmo
parece el universo soberano,
o un colosal y ciego mecanismo 35

que gira sin cesar; ¡y el ser humano
-el que, entre todos, siéntese a sí mismo-,
la arista deleznable, el leve grano,
que va a saciar, sin que eludirlo pueda,
la actividad de la gigante rueda! 40

¡Un resorte es, tal vez, de aquella vasta
maravillosa máquina divina,
mas resorte que sufre! ¡Que se gasta,
y que siente su próxima ruina!
¡Ser cuya triste pequeñez contrasta 45
con su instinto que a lo alto se encamina!
¡Que vive un día en cautiverio infando,
eterna vida y libertad soñando!

¡Vive! ¡en su mente el doloroso drama
llevando de sus propios pensamientos; 50
conjunto extraño, mísera amalgama
de opuestos y encontrados elementos;
mezcla de sombra y de celeste llama;
antítesis de todos los momentos;
híbrido ser; en medio a cuanto existe, 55
de la fatalidad víctima triste!

Como el príncipe aquel infortunado
de los extraños cuentos orientales,
que, en su inferior mitad petrificado,
lloraba inmóvil sus eternos males; 60
-229-
a la inerte materia encadenado
el hombre, así, por vínculos fatales,
de las regiones ínfimas del suelo
¡ansioso mira y suspirando el cielo!

Más dichosos, del ángel puro y fuerte 65
no oprime el barro la sustancia aerea;
la inmóvil planta, el mineral inerte,
son insensible estúpida materia;
siente el bruto los males de su suerte,
¡pero no a su dolor y a su miseria 70
da una perpetua y céntuple existencia
el cristal refractor de la conciencia!

Sólo él, que se llama el rey egregio
de la vasta creación puesto en la cumbre,

sólo él recibe el alto privilegio 75
de la razón, con que su noche alumbre;
él tiene el pensamiento, signo regio
que en su frente refulge, interna lumbre,
del Universo misterioso espejo,
y de su propio ser sombra y reflejo. 80

El sol, de eterna majestad vestido,
que nace en calma allá en el océano,
cuando, como de amor estremecido,
palpita y se alza su cerúleo llano;
cuando bullente mar de oro fundido 85
su faz semeja; y su vapor liviano
flota en los aires, y escalando el monte,
desvanece el perfil del horizonte;

cuando, en las altas cúspides quebrados,
hieren los dardos de oro las montañas... 90
y de los hondos valles y collados
el humo se alza ya de las cabañas;
y el distante mugir de los ganados
se oye, y la voz de montes y campañas;
¡y de la tierra la anchurosa escena 95
de luz, de vida y de rumor se llena!

-230-

Los espumosos rápidos torrentes
que, de los montes rudos y sombríos
relumbrando en las ásperas vertientes,
bajan al valle; los sonoros ríos 100
que, en caprichosos giros refulgentes,
por entre bosques, pueblos y plantíos,
se pierden en confusa lontananza...
¡como un sueño de amor y de esperanza!

La hora augusta, callada y ardorosa 105
del meridiano universal sosiego,
cuando la Tierra extática reposa
bajo su blanca túnica de fuego...
Las sombras de la tarde misteriosa;
de la campana el clamoroso ruego, 110
mientras el sol se oculta paso a paso
en las pompas sublimes del ocaso;

Del labrador alegre los cantares,

que, más feliz que próceres y reyes,
de la diurna faena a sus hogares 115
al paso vuelve de sus tardos bueyes;
las voces de las granjas y lagares;
el tropel y balido de las greyes
que en silencio al redil el pastor guía,
a las vislumbres últimas del día; 120

Venus que asoma rutilante y pura
del dudoso crepúsculo entre el velo;
la muchedumbre de astros que fulgura
en el profundo cóncavo del cielo,
mientras cubre aún la tierra sombra oscura. 125
¡Y el alma siente indefinible anhelo
bajo esa inmensa y trémula techumbre
de viva, ardiente y fulgorosa lumbre!

¡La aparición de la triunfante luna
en el azul más claro del vacío, 130
que con serenos rayos la laguna
argenta y la montaña y selva y río...
-231-
La misteriosa oscuridad que aduna
tal vez la noche en su recinto umbrío,
mientras del mar en la tiniebla oculto 135
¡resuenan los gemidos y el tumulto!...

Las nebulosas noches en que vela
el firmamento sombra vaporosa,
cuando la luna trémula riela
en la mar alterada y tenebrosa, 140
y su argentada rutilante estela
sigue el vaivén del onda silenciosa...
¡Y en el alma se eleva, conmovida,
como el recuerdo de otra augusta vida!

¡Las montañas inmóviles y severas 145
que se reflejan en el hondo lago,
cuyo luciente espejo auras ligeras
tan sólo agitan, en amante halago;
sus ondas que en las plácidas riberas
lentas expiran con murmullo vago; 150
los nevados que elevan a lo lejos
sus cúpulas de fúlgidos reflejos!...

Los azulados pálidos albores
de la aurora en los valles indecisa;
el amante susurro de las flores 155
que el soplo inclina de la fresca brisa;
de la escondida frente los rumores;
de los cielos la fúlgida sonrisa;
la blanca nube que en su fondo rueda;
la tórtola que gime en la arboleda... 160

Del panorama espléndido del mundo
cada aspecto magnífico y diverso,
cada acento sonoro o gemebundo
del himno augusto en la creación disperso,
de un sentimiento incógnito y profundo 165
llenan su corazón; y al universo
estrecha su alma con gigante abrazo,
¡y unirse quiere en perdurable lazo!

-232-

¡Perpetuamente contemplar quisiera
de la tierra y los cielos la hermosura; 170
y, siguiendo en su rápida carrera
a la gloria e inmortal natura,
al revolver de la celeste esfera,
en éxtasis de amor y de ventura,
del éter por las vastas soledades 175
atravesar con ella las edades!

¡De la ley de la muerte vencedora,
gozar quisiera de inexhausta vida,
sin noche, sin ocaso y sin aurora,
sin término, ni valla, ni medida! 180
¡Y la infinita sed que la devora
así saciando, al universo unida,
su espíritu fundiéndose en su esencia,
abismarse en la cósmica existencia!...

¡Que es la vasta creación, con los fulgores 185
de sus eternos astros, con la orquesta
de sus seres, y cantos y rumores...
el coro inmenso, la perpetua fiesta
entre la cual, la humanidad, de flores
marcha ceñida, y a morir dispuesta! 190
¡Ifigenia inocente y resignada
ante ignota deidad sacrificada!

¡Comprende que es inútil su esperanza!
¡Que -blanco de la cólera tremenda
del destino implacable o la venganza, 195
o ante su altar propiciatorio ofrenda-,
por fuerza oculta arrebatado avanza
gimiendo el hombre en la terrestre senda,
a cuyo fin le espera silenciosa
la universal y sempiterna fosa!... 200

-233-

¡Oh indecible dolor!... ¡Oh desventura
eterna, inevitable e infinita!
¡Contradicción fatal! ¡Ley de amargura
a nuestra raza mísera prescrita!...
Si por doquier a la infeliz criatura 205
su propia y triste condición limita,
¿por qué esta sed que nos devora interna
de amor, de vida y venturanza eterna?

¿Por qué esta ansia de espíritu gigante
puesta en un ser efímero y mezquino? 210
¿Por qué este anhelo inmenso e incesante
de lo eterno, inmortal y lo divino,
si el sueño irrevocable de un instante
sólo es la vida que le dio el destino;
niebla que en el azul del firmamento 215
veloz agrupa y desvanece el viento?

¡No! Armada de la séptuple coraza
de firme voluntad el alma fuerte,
el golpe esperarás con que amenaza
tu inerme seno la infalible muerte, 220
¡oh, tú, de Adán desventurada raza,
hija desheredada de la suerte!
¡Y le opondrás la calma y la grandeza
de tu heroica invencible fortaleza!

De la enemiga tribu prisionero 225
y próximo a sufrir muerte cruenta,
atado al tronco el índico guerrero
las breves horas de su vida cuenta;
inmóvil, silencioso y altanero,
no a sus contrarios apiadar intenta; 230
su suerte acepta; y de la turba impía
desdeñoso la saña desafía;

en lo pasado engólfase su mente
largo tiempo, al rumor que en la enramada
forma el viento que le habla tristemente 235
de su selva, su choza y de su amada...
Levanta, alabo, la inclinada frente;
centellante recorre su mirada
de sus verdugos el salvaje coro...
¡y al fin entona un cántico sonoro! 240

¡Un cántico de muerte y de victoria!
¡Himno a la vez triunfal y plañidero!
Que toda encierra la sangrienta historia
de sus luchas de guerra en el sendero.
¡Apoteosis de su propia gloria! 245
¡Consolación de su suplicio fiero!
En su labio crispado al fin expira...
¡y el cuerpo entrega a la inflamada pira!

Así ¡oh tú, alma generosa y fuerte
que el soplo alienta de viril potencia! 250
aceptar debes de la adversa suerte
la injusta cuanto bárbara sentencia;
el aspecto cercano de la muerte
mirarás con estoica indiferencia;
¡y, al morir, sin flaqueza y sin quebranto, 255
entonarás tu funerario canto!

Y en él dirás: de tus fugaces años,
las luchas, los cuidados y dolores,
incertidumbres, dudas, desengaños...
de la instable fortuna los rigores; 260
de la callada edad los lentos daños;
de los seres más caros y mejores
la inesperada eterna despedida,
que extingue la mitad de nuestra vida.

De invisibles contrarios el asedio 265
en la terrestre encarnizada guerra;
la ponzoña letal y sin remedio
que allá en su fondo nuestra copa encierra;

-235-

la creciente congoja y hondo tedio
en nuestro triste viaje por la tierra... 270

¡y aquel amargo y desdeñoso acento,
muriendo, arrojarás al firmamento!

¡Del propio crimen que nosotros, reo
sufriendo atroz suplicio en la alta roca,
no, de Jove, el antiguo Prometeo 275
con viles ruegos la piedad invoca;
encadenado el torso giganteo,
cerró el silencio del desdén su boca;
mas, sublime, lanzó, con frente enhiesta,
a la eterna justicia su protesta! 280

¡Sí! que, al morir, elévese a lo menos
el grito de la mísera criatura,
y traspasando los etéreos senos,
allá resuene en la celeste altura;
que en los espacios mudos y serenos 285
eterno vibre su eco de amargura...
¡y que después deshágase y sucumba,
y en polvo caiga en ignorada tumba!

Al pie de los Apeninos, enero de 1872.

Juan León Mera (1832-1894)

Nota biográfica

Benemérito de las letras patrias e indoamericanas, es uno de los forjadores de la cultura nacional. Nació en Ambato el 28 de junio de 1832 y murió en la misma ciudad, a la avanzada edad de 62 años, en 1894. Amigo y corresponsal de los más altos ingenios de su tiempo, su laboriosidad y genuino entusiasmo por la gaya ciencia sirvió a muchos de estímulo; aunque el peso de la autoridad que pronto hubo de reconocérsele frenó o retrasó el vuelo de muchas juveniles vocaciones, y aun desalentó a muchos verdaderos ingenios, indóciles a la acre censura que prodigaba. Como poeta, la musa le fue esquiva y bien pudo reconocerlo si hubiese sido como Cervantes que humildemente confesaba: «Yo que siempre trabajo y me desvelo / por parecer que tengo de poeta: / la gracia que no quiso darme el cielo». El ritmo y la rima eran para su genio como el lecho en que el saltador Proustes extendía a sus víctimas. En cambio, su prosa abunda en expresiones felices: las imágenes y los bellos giros descriptivos acudían dóciles a su conjuro, hasta el punto de

que en múltiples pasajes de sus novelas y hasta de su Catecismo -240- de Geografía, resulta un verdadero poema en prosa.

Estas virtudes de estilo hacen de su novela Cumandá un verdadero idilio trágico, con muy poco de la prosaica realidad que podía esperarse de las circunstancias del medio primitivo en que se desarrolla: las selvas que bañan los caudalosos afluentes ecuatorianos del Amazonas, famosas por inhóspitas, de los primeros tiempos de su descubrimiento por la expedición de Gonzalo Pizarro.

Pero, a su poesía versificada -ya lo hemos insinuado- le falta el don de la gracia, que no se aviene con la forzada prolijidad de su afán casticista. Le falta casi siempre verdadero aliento poético, y no pasó de obrero concienzudo y laborioso: basten como muestras sus Cantos «El genio de los Andes» y «A la unión iberoamericana», que hace curioso parangón con la composición que sirve de letra al «Himno Nacional»⁴¹.

-241-

Selecciones

-[242]- -243-

El genio de los Andes

Canto a los ilustres viajeros M. M. Wilhelm Reiss y Adolph Stübel, con motivo de su ascensión al Cotopaxi y al Tungurahua.

En otros tiempos los sublimes vates,
del estro divinal arrebatados,
dioses y héroes cantaban, en combates
estupendos mezclados,
cuyo espantoso estruendo 5
hasta el trono de Jove estremecía;
o bien, de audacia llenos, impetuoso,
raudo vuelo rompiendo,
a las etéreas esplendentes salas
con ellos se encumbraban, y su canto 10
con el canto de Apolo competía;
o, depuestas las galas
del divino festín, a la sombría
mansión bajaban del eterno llanto
y el blasfemar eterno del precito; 15
y ¡oh portento inaudito!
treguas la magia de su lira daba
al tormento infernal. La antigua Musa
tal era; el universo reverente,

inclinada la frente, 20
cuanto la voz pieria le anunciaba
fanático adoraba.

-244-

Mas, ahora, la humilde Musa andina,
dichosa cuanto humilde,
más noble tema a su cantar alcanza; 25
siente en el corazón llama divina,
hierva su sangre, exáltase su mente,
su mirada chispea
cual de águila caudal a la febea
lumbre, su mano trema y se abalanza 30
al acorde laúd, púlsale, y notas
nuevas al viento y armoniosas lanza.

¡Genio de las ignotas,
altas, inmensas, mudas soledades!
¡Genio de las igníferas montañas! 35
Tú, Genio de los Andes, Genio anciano
como el dios que preside las edades!
¡Tú, cuyo imperio del glacial Océano
Septentrional al Cabo se dilata
que al Sur el mundo de Colón remata! 40
¿En dónde, en dónde estás? ¿Por qué enmudeces?
Alza, yergue la frente. ¿Qué profundo
pasma suspende tu inmortal aliento?
Álzate y habla... ¡Oh Dios! ¡quién lo creyera!
Vencido el numen de los Andes yace, 45
su mansión profanada...
¡Oh feliz vencimiento!
¡Santa profanación! Una y otra era,
y otras y otras rodaron sobre el mundo,
como de mar airada 50
tumultuosas ondas: mas, ninguna
de la humana osadía ejemplo muestra
semejante al que ahora
propala ya la fama voladora.

Reinaba el Genio; en majestad terrible 55
su faz resplandecía;
su níveo trono, al hombre inaccesible,
Naturaleza levantado había,
cuando a ostentar sus juveniles fuerzas,
en fiera convulsión, de sus entrañas 60
hizo brotar montañas tras montañas,
-245-
y los Andes se alzaron estupendos.
Desde allí su dominio al Continente

tendió que el Grande Océano
y el mar de Atlante en cerco inmenso guardan, 65
desde allí vibra su potente mano
la tempestad rugiente;
y hace que atroces los volcanes ardan
que el seno de la tierra se estremezca,
y entre montones de funestas ruinas 70
el ser humano mísero perezca;
desde allí ha visto ¡oh cuántas,
cuántas generaciones
rodar vertiginosas a sus plantas,
cual llevadas, de raudos aquilones, 75
de eternidad en el abismo a hundirse!
¡Cuántos reyes y locas ambiciones,
sangrientas guerras, crímenes, violencias
de conquistas audaces! ¡Cuántos nombres
en el ingrato olvido confundirse! 80
¡Cuánta infamia vivir! y ¡cuántos hombres
diversamente grandes... Moctezuma,
de trágica memoria;
Huaina-Cápac, del sol hijo felice;
Atahualpa, inmolado a la codicia 85
de un invasor; Colón, a cuya suma
inmarcesible gloria
ni aún el brillo faltó que la injusticia
da, persiguiendo el mérito eminente;
Cortés, cuya luz clara 90
fuera mayor si al lauro de guerrero
el de conquistador no se enlazara;
Pizarro, si no un héroe, aventurero
sin rival en la historia;
Las Casas, que a borrar con pías manos 95
vino el crimen que obraron sus hermanos;
Penn, de severa probidad modelo;
Franklin, audaz sojuzgador del rayo;
Washington inmortal que trajo al suelo
de América fecundo, 100
en venturoso ensayo,
-246-
de república libre las simientes;
Bolívar el excelso en paz y en guerra,
a quien proclama justiciero el mundo
libertador, y padre, y vida y gloria 105
de cien pueblos valientes;
el noble Sucre, en cuyo heroico lauro,
¡oh singular, altísima fortuna!
no halla posteridad mancha ninguna.
Y vosotros también perseguidores 110
de los secretos de natura ¡oh sabios!
La Condamine, Humboldt, Caldas el mártir,

Boussingault... todos del soberbio Genio
en la presencia deshojasteis flores,
y con honda efusión y ardientes labios 115
cantasteis sus loores.

Mas, un día llegó... ¡Quién te augurara
que en el seno del tiempo aqueste día,
oh numen poderoso, se guardara
de humillación a ti, de gloria al hombre!... 120
¿Los veis? ¿Quiénes son éstos? ¿Qué osadía
mueve su planta a la vedada cumbre?
Son dos germanos, y el amor de ciencia
allá los arrebató... ¡Ah, deteneos!
Temed, parad; devoradora lumbre 125
arde en esa eminencia;
Crüel fin nos aguarda: ¡que! la historia,
¿tendrá Encelados nuevos y Tifeos?
¡Que! de la austera ciencia el ejercicio,
¿de otros Plinios demanda el sacrificio? 130

¿Temer? ¿Cejar? ¡Oh, no! Vedlos: llegaron;
de ellos el triunfo es ya; bajo su planta
la frente el monte secular humilla,
y erguida en el espacio se levanta
y con los lampos de victoria brilla 135
del campeón de la ciencia la figura.
¿Veis esa exhalación que allá fulgura
una vez y otras mil en el lejano
confín del horizonte?

-247-

Es el Genio que en vano 140
juzgaba eterno alcázar su alto monte,
y hoy bate en fuga las enormes alas,
y en su rápido y vario movimiento
cárdenas luces va lanzando al viento.

Del sublime espectáculo pasmada 145
calla naturaleza;
de las entrañas de ignoradas tumbas
las sombras surgen de la antigua gente,
y entre las nubes vagan lentamente;
alzan los muertos siglos la cabeza 150
pesada y polvorosa...
Delante el vencedor contempla abierta
la boca del abismo pavorosa;
aún cálido y letal aliento espira,
cual monstruo herido que en penoso esfuerzo 155

por intervalos al vivir despierta,
al gladiador triunfante al lado mira,
y en el inútil furor tiembla y respira.
Encima el astro inmenso
numen de luz y genitor del día, 160
que en majestuoso ascenso
se aproxima al cenit; el infinito
azul espacio en torno; un océano
de crespas nubes a los pies, heridas
por las del sol miradas encendidas; 165
y el nombre venerando en todo escrito
y visible la mano
del de los mundos Padre y Soberano.

En tanto el pensamiento
de los felices héroes de la ciencia, 170
vívido rayo, a par de su mirada,
al hondo seno del volcán desciende;
en la lava y las rocas busca atento
las huellas de los siglos, y la influencia
indaga, aún poderosa, aún no menguada, 175
de remotos y horrendos cataclismos.
Así a la inteligencia
muestran hasta los lóbregos abismos
-248-
caracteres y cifras en que se halla
la Verdad escondida 180
al humano saber, mas no perdida.
Ella aparece y por el mundo vuela,
el claro nombre honrando
de quien tras luengo afán hallarla pudo;
ella aparece y su beldad mirando 185
la Musa, que yacía en ocio mudo,
se anima, el sacro fuego la arrebató
y en himnos de victoria se desata.

-249-

A la Unión Iberoamericana

¡Hirviendo está en mi pecho la alegría!
Partid, vientos veloces,
desde las sierras de la Patria mía
llevando a España mis ardientes voces.

Pasó ya el tiempo de sangrienta lucha, 5
cual de turbi3n las olas;
ya del sañudo Marte no se escucha
el grito aqu3 ni en playas españolas.

Ya no hay brazo cruel que acero vibre
a herir pecho de hermano; 10
al libre mundo de Col3n su libre
madre llama y provoca... ¡oliva en mano!

Vedla: nos abre su bondoso pecho
y amable nos sonr3e.
¡Sus! ¡a unirmos con ella en lazo estrecho 15
que el tiempo y las pasiones desaf3e!

¡Nudo de amor y paz...! Losa de olvido
cubra de ayer el odio,
y a que no torne el monstruo maldecido,
vele cada uno de la Uni3n custodio. 20

Viva en el bronce s3lo y en la historia
la antigua cruda guerra,
y viva de sus h3roes la memoria
para asombro perpetuo de la tierra.

-250-

Contra ti nuestros padres, noble España, 25
acero audaz movieron,
y en los abismos de la mutua saña
¡cuántos miles de v3ctimas se hundieron!

Pero aq3este de horror cuadro inhumano
¡qu3 excelsa gloria muestra! 30
digna del pueblo griego y del romano...
¡Oh, no, que es digna de la raza nuestra!

La saña pas3 ya; mas sin penumbra
ni ocaso, la luz viva
del astro eterno de la gloria alumbra 35
esta raza titánica y altiva.

S3: la gloria de Am3rica en que ardiente

sangre de héroes circula,
no para sí tan sólo el Continente,
reino feliz de libertad, vincula; 40

es bien común de la familia hispana
cual océano extendida
allá y aquí, y en su unidad ufana
de sangre, historia, religión y vida.

Bolívar, de los Andes el coloso, 45
brotó de la semilla
que Pelayos y Cides al famoso
suelo dio de Cantabria y de Castilla.

América a estos genios suyos llama,
y España a la memoria 50
de aquél rinde homenaje, y le proclama
genio español y de su nombre gloria.

¡Salve, España! Tus hijos, de remotos
climas habitadores,
su corazón te envían y sus votos 55
de que el Cielo te inunde en sus favores.

-251-

¡Salve, España! Si un día destrozamos
el cetro de tus Reyes,
mientras más libres hoy, más acatamos,
de ti atraídos, las filiales leyes. 60

¡Plegue al Cielo que el nuevo y santo lazo
de paz y unión fraterna
haya, como el sublime Chimborazo,
firmeza, y brillo y duración eterna!

Y a par símil soberbio esta alianza 65
encuentre en la que pronto,
coronando con gloria una esperanza,
celebrarán un ponto y otro ponto⁴².

El gigante de ocaso y el de oriente
van a enlazar sus manos; 70

mas libre cada cual e independiente
serán como hoy, entrambos soberanos.

¡Salve a la Unión! De próspero futuro
las puertas Dios franquea
a la íbera familia: ¡que seguro, 75
por ellas al entrar, su paso sea!

¡Vuelva la edad en que a esa heroica raza
besaba el pie la tierra,
y cuya historia sin rival abraza
cuanto hay grande y glorioso en paz y en guerra! 80

-252-

A Fernando Velarde

A su paso por Ambato.

I

¿Qué misteriosa magia, dulcísimo poeta,
se encierra en tu inflamado y hermoso corazón,
que el mío deleitando le atrae, le sujeta,
y al par le comunica su fuego abrasador?

¿Por qué del alma tuya la mía aficionada 5
quisiera a sus destinos los suyos aunar,
y en su delirio insano verse a la vez lanzada
en pos de los portentos del gran Pachacamac?

¿Será que ha dado a entrambos su sabia Providencia
idénticas las almas, el corazón igual? 10
¿Será que has recibido la vívida influencia
cual yo del inti sacro, cual yo de la deidad?

¿Será que ha dado a entrambos su sabia?

¿Será tal vez que gimes, cual he gemido yo?...
Tal vez en nuestras almas el cielo habrá infundido 15
iguales sentimientos, idéntico dolor?...

Por eso a ti me atrajo la tierna simpatía,
apenas en mi oído tu nombre resonó;
por eso de tus versos la célica armonía,
las fibras más sensibles me hirió del corazón. 20

-253-

¡Oh, cuánto diera, vate de tiernos sentimientos,
por escuchar tu canto sublime junto, a ti!
¡Por exhalar osado contigo mis acentos,
sintiendo en entusiasmo mi corazón hervir!

II

Mas de la patria de Hualpa, 25
ya, Fernando, te despides;
y a pasos rápidos mides
la tortuosa vía real.

Ya has dejado a tus espaldas
el Cotopaxi espantoso, 30
de los Andes el coloso,
el mustio y raso arenal.

Y bien pronto, hijo de Iberia,
henderás el turbio Guayas,
y de Olmedo allá en sus playas 35
la Patria saludarás.

¿Y después? ¡lanzado
en el piélago tremendo,
de tu destino siguiendo
ciego las huellas irás. 40

Y las hondas del océano
imagen de nuestra vida,
de hondura desconocida

trasunto del porvenir;

y ese azul inmensurable, 45
como del hombre el deseo,
que audaz en su devaneo
quisiera el vate medir;

-254-

esas trémulas estrellas
vírgenes del cielo hermosas, 50
esas nubes vagarosas
que en lontananza se ven...

Todo, todo a tu alma ardiente
dará mil inspiraciones,
y acaso mil ilusiones, 55
y nuevo amor, nueva fe...

Marcha, bardo errante, marcha,
sigue tu hermoso destino,
y tu canto peregrino
haz donde quiera escuchar. 60

Y si un mundo no te basta
para ensanchar tu poesía,
en tu ardiente fantasía
vuela otro mundo a buscar.

Pachacamac te proteja 65
y te dé un ángel amigo,
que vaya siempre contigo
y vele siempre por ti.

La madre luna no altere
ni el inti los hondos mares, 70
cuando por ellos cruzares
este mundo baladí.

Entre tanto en las orillas
de mi torrentoso río,
levantaré el canto mío 75
al blando son del laúd;

y entre mis índicas trovas
conservaré tu memoria
como una prenda de gloria
que adquirí en mi juventud. 80

(Escrita el 21 de Noviembre de 1855).

-255-

Mi fortuna

Soneto43

Siempre avara conmigo la fortuna
de mi alcance sus dones ha alejado;
a perpetua pobreza condenado
por un capricho fui desde la cuna.

Mis locas esperanzas, una a una, 5
cual seductores sueños han pasado;
pero nunca en mis ansias he llevado
al pie de esa deidad queja importuna.

Con otro don divino estoy contento,
no comparable a material tesoro: 10
mi noble corazón y mi talento.

De mi Patria a la gloria éste dedico,
y a la tierna beldad a quien adoro
mi corazón entero sacrífico.

Miguel Ángel Corral (1833-1883)

Nota biográfica

Este eminente poeta nació en Cuenca en 1833, y falleció en Quito, donde vivió sus mejores años, el 3 de mayo de 1883.

Distinguido funcionario, tuvo la dirección del periódico oficial y, en su calidad de abogado de los tribunales de la república, fue ministro de la Corte Superior de Justicia en 1881.

Entre nuestros poetas es el más fino galantuomo. Su acento pasional es puro como nacido en los profundos senos de la vida afectiva. Nada es artificioso ni convencional en sus mejores poesías. Todas tienen el áureo brillo, el timbre argentino de las joyas eternas.

Es uno de aquellos contra quienes Mera blandió más sañudamente su almocafre; pero el crítico de la Ojeada no consiguió otra cosa que sacar a lucir su mal gusto. A despecho de sus censuras, las «Fantasías de amor» quedan como una de las poesías más bellas y sentidas de nuestra lengua, junto a la «Égloga» primera de Garcilaso, el maravilloso poema «Al Sueño» del divino Herrera, algunas canciones de Góngora y, en lo moderno, la romanza «Al color de unos ojos» de Eulogio Florentino Sanz.

Porque, antes de que Bécquer la suavizara, la dulcificara, la llenara de calor de alma, nuestra lengua -como lo ha probado magistralmente el crítico cubano Nicolás Heredia, en su Tratado sobre la Sensibilidad en la Poesía Castellana- no se prestaba sino -260- raras veces a la expresión del sentimiento, a las efusiones íntimas de la ternura, a los balbuceos de la pasión que inmortalizaron Sapho y Catulo⁴⁴.

Justamente los versos con que se ensañó el maestro ambateño:

«¡Ay! desde entonces llevo yo la sombra
de esa mujer en mi alma».

parece que hubieran suscitado la admiración de Baudelaire e inspirádole aquel sublime comentario: «El buen sentido nos dice que las cosas de la tierra tienen poquísimas existencia y que la verdadera realidad sólo está en los sueños... La mujer es el ser que más sombra o luz proyecta sobre nuestros ensueños. La mujer es fatalmente sugestiva; vive de otra vida que la suya propia: vive espiritualmente en las imaginaciones a quienes se aparece y fecunda».

El poeta -como lo presintió Kierkegard- es el ser excepcional, único entre los humanos, que se atreve a vivir hasta el fondo su propio destino... y a expresar sus vivencias -añadiremos nosotros- como nuestro poeta, sin arredrarse ante los prejuicios de su tiempo⁴⁵.

Selecciones

-[262]- -263-

La mañana

El tenue resplandor del sol naciente
poco a poco los cielos ilumina,
y al fresco soplo de vital ambiente
va huyendo presurosa la neblina.

En los árboles húmedos resbalan 5
trémulos visos de carmín y de oro,
y aleteando los pájaros exhalan
en trino alegre su cantar sonoro.

La flor, que el aura revolando toca,
entreabre su pétalo fragante, 10
como una virgen su olorosa boca
al casto beso de su tierno amante.

Y mil murmullos pueblan armoniosos
de músicas errantes el espacio,
mientras el sol en rayos luminosos 15
ostenta ya su disco de topacio.

Y en medio de tan plácido concierto,
lleno de pena, y de ilusión desnudo,
en mi pecho infeliz ¡ay! casi muerto
sólo mi corazón palpita mudo. 20

Y ya el sol despejado se levante
por entre un cielo de purpúreo raso,
o luzca su diadema vacilante,
suspenso en los abismos del ocaso,

-264-

¡nada me importa a mí! Su rayo ardiente 25
que el sauce tiñe y dora la arirumba46,
viene a quebrarse, pálido, en mi frente
como en la triste piedra de una tumba.

Junto a un sepulcro

Bello está el día. El sol resplandeciente
suspense en la mitad de su carrera,
inundando de luz toda la esfera
trémula, lanza su mirada ardiente.

Al reflejo del éter transparente, 5
el árbol, nacarado, reverbera,
y el ámbar de su hojosa cabellera
el campo llena de oloroso ambiente.

Mas ¿qué me importa a mí la luz del día,
qué su espléndida pompa y galanura, 10
si cubierta de luto el alma mía

al eclipse mortal de tu hermosura,
llevo en perpetua y fúnebre agonía
el corazón repleto de amargura?

A mi madre

Un año, un año ¡oh dulce madre mía!
que lejos estoy ya de tu presencia,
desde aquí bendiciendo tu existencia,
tus caricias, tus besos y tu amor;
y ante el cielo pidiéndole de hinojos, 5
que la apacible luz de tu mirada
siempre irradie en mi frente deshojada
su puro y cariñoso resplandor.

Si el aliento febril de mis pasiones
quemó la flor que el céfiro mecía, 10
al rayo de tus ojos, madre mía,
renacerá otra vez mi juventud.
Y rasgadas las sombras que hoy me cercan,
los más gratos recuerdos de la infancia

exhalarán de nuevo su fragancia 15
mis dolencias calmando y mi inquietud.

Mas ora, sin gozar de tus caricias
no hallando donde quiera sino abrojos,
sin el fecundo campo de tus ojos
como una flor marchita siempre estoy; 20
y al caer la tarde, por el bosque umbrío,
pensativo me interno paso a paso,
y a la luz moribunda del ocaso
tristes memorias repasando voy.

-267-

Si a tu hijo desde allá mirar pudieras 25
sobre una roca puesto de rodillas,
y bañadas en llanto sus mejillas
repitiendo tu nombre en su oración;
entonces comprendieras cuánto te amo,
cuánto te quiero yo ¡oh dulce madre! 30
y cuánto la memoria de mi padre
acibara en tu ausencia mi aflicción.

¿Lo recuerdas?... La luna macilenta
trémula despuntaba por el monte,
plateando blandamente el horizonte 35
al rayo virginal de su alba luz;
y mi padre... mi padre en aquella hora
apenas respiraba ya en su lecho,
teniendo reclinada sobre el pecho
la imagen sacrosanta de Jesús. 40

Llorabas tú, y al grito de tu pena
se reanimó el semblante de tu esposo,
y su mano extendiéndote amoroso
tu idolatrado nombre murmuró.
Y vertiendo a torrentes mudo llanto, 45
doliente contemplábasle de hinojos,
y clavados sus ojos en tus ojos,
entreabriendo sus labios, expiró.

¡Ay! desde entonces llevo en mi memoria
grabado su semblante moribundo, 50
pensando ver, en mi dolor profundo,
donde quiera a mi padre agonizar;
oigo su voz que imita tristemente

el vago viento en la desierta playa,
y cuando el sol fatídico desmaya 55
su sombra miro pálida cruzar.

¡Y un año que las flores de su tumba
con mi llanto infeliz ya no he regado,
y que triste a los vientos ya no he dado
mi vago y melancólico cantar! 60

-268-

Pero al fin, ya muy pronto ¡oh madre mía!
se cumple de mi ausencia el duro plazo,
y, después de dormir en tu regazo,
volveré su sepulcro a visitar.

Y aunque es cierto que sólo y desgraciado 65
yo no tengo en mi patria alma querida
que al verme de placer estremecida,
su pecho sienta con afán latir;
tú los brazos abiertos me preparas
y cuando llegue, de contento loca, 70
el casto beso de tu amante boca
con ternura en mi frente has de imprimir.

¿Ni qué amor puede hallarse aquí en el mundo
que no sea una sombra, una quimera,
ni qué amante por noble que ella fuera 75
más piadosa que tú podría ser?
Y es por eso que llena de amargura
con tu llanto regaste, madre mía,
las flores que en mi sien quemara
un día el ardiente mirar de una mujer. 80

En lo más bello de mis tiernos años,
lenta fiebre mi vida consumía,
y en mis entrañas un volcán ardía
en perenne y activa conmoción.
Y pálida mi frente como el lirio 85
que el sol abrasa en la áspera llanura,
se inclinaba marchita y sin frescura
al incendio voraz de mi pasión.

Y víctima infeliz de una mirada,
en la noche mis lágrimas corrían, 90
y lánguidos mis ojos te decían
lo que en vano deseaba yo ocultar;

pero tú, recordando esas caricias
que el gemido arrullaron de mi cuna,
mis lágrimas de fuego una por una 95
indulgente supistes enjugar.

-269-

Sí: tú me quieres cual la selva quiere
sus auras, sus perfumes y sus flores;
y al sondear mis íntimos dolores
sólo tú tienes de ellos compasión; 100
porque ves que a los golpes de la suerte
en mi pecho una arteria se halla rota,
y que es sangre que salta gota a gota
el llanto de mi herido corazón.

-270-

A la memoria de Dolores Veintemilla

I

Tiembla la pluma en mis manos,
el llanto a mis ojos brota
y en silencio y gota a gota
va cayendo en el papel;
y como no hallo una queja 5
harto doliente y sentida,
con la pluma suspendida
lloro tu destino cruel.

¡Ay! el mundo enturbió impío
de tu vida la onda pura 10
y ante ti ¡pobre criatura!
rugió negra tempestad;
y cruzando las regiones
de un sombrío escepticismo,
¡te lanzaste en el abismo 15
de la oscura eternidad!

-271-

II

Ninguno como yo te comprendía:
todo lo grande tu alma arrebatava
y en tus ojos chispeantes se irradiaba
el fuego de tu ardiente corazón. 20
Serena desafiando las tormentas,
nunca viose tu frente oscurecida;
pero al dejar las playas de la vida
cobarde fue tu heroica abnegación.

¡Ah! ¿cómo no rompiste horrorizada 25
ese cáliz fatal que hirvió en tu pecho,
al contemplar en su tranquilo lecho
al hijo caro de tu tierno amor?
En esa hora terrible de martirio ya,
en tu pesar, tal vez estabas loca, 30
cuando pusiste en su inocente boca
el mudo beso de tu amargo «adiós».

¡Pobre mujer! ya duermes en el polvo,
mas nadie te ha de alzar una plegaria,
ni ha de verse en tu huesa solitaria 35
la bendita figura de una cruz.
Y sólo el astro que alumbró tu cuna,
al caer moribundo en occidente,
verterá en tu sepulcro tristemente
el pálido fulgor de su áurea luz. 40

Vosotros, los que fuisteis sus amigos,
compadeced su muerte desastrosa,
y en el duro peñasco en que reposa
plantad siquiera un fúnebre ciprés;
y al menos este frágil monumento 45
consagrado a su bárbaro suplicio;
no olvidéis su terrible sacrificio,
y visitad su tumba alguna vez.

Sopla el austro. Las cumbres despejadas
lucientes se alzan tras dorado velo,
y las plantas y flores en el suelo
a los rayos del sol están dobladas.

En tanto que las nubes incrustadas 5
en el inmenso azul del claro cielo,
montañas fingen de escarpado hielo
por las manos de un Dios acá lanzadas.

Y yo volviendo mi tostada frente
miro el mundo en la bóveda vacía, 10
del sur a septentrión, de ocaso a oriente;

pero al cruzarle audaz el alma mía
con desprecio le ve, porque se siente
más grande aun que el mundo todavía.

-273-

Fantasías de amor

(Al señor bachiller Pereira Gamba)

I

¿No conoces a Delia?
¿No has visto, por ventura,
al contemplar su angélica hermosura,
esa luz fulgurante
que tranquila se irradia en su semblante, 5
como el resplandor vago
que la callada luna
vierte en las aguas del sereno lago?
¿Ni la has visto en celeste arrobamiento
toda llena de hechizos, 10
cuando deja flotar en áureos rizos
su rica trenza desatada al viento?
¿Y no has mirado nunca

el destello amoroso de sus lánguidos ojos,
ni apetecido, ansioso, 15
el dulce néctar de sus labios rojos?

Es bella como el cielo,
y aunque de bronce y hielo
el corazón tuvieras,
a sus plantas postrándote sensible, 20
como yo, tú la amaras si la vieras,
porque verla y no amarla es imposible.
-274-

Si ferviente la miro, en el instante,
cual blanca rosa que carmina el alba,
se ilumina su angélico semblante; 25
y si su mano estrecho,
sus ojos baña celestial ternura,
y oscila con presura
en honda conmoción su ebúrneo pecho.
Y si tímida me habla, 30
su perfumado aliento
a mi alma trae virginal aroma,
y su sentido acento
es el blanco arrullar de una paloma.

Si con airosa planta 35
y descubierto el seno
risueña va cruzando
el verde prado y el vergel ameno,
al bosque mismo su beldad encanta,
y acallan sorprendidas 40
las fuentes su murmullo;
y, depuesto su orgullo,
y pálida del celo que la abrasa,
la flor se humilla cuando Delia pasa,
y al sentir en su linfa retratados 45
sus claros ojos, su nevada frente,
estáticos la miran
y paran los arroyos su corriente.

II

Y yo besé una noche
su mano temblorosa; 50
y cediendo a mi súplica ardorosa,

como encendido broche
de pétalo fragante,
abriéndome un paraíso de ventura,
me ofreció ¡oh Dios! su labio palpitante; 55
y velando su faz arrebatada,

-275-

suelto cual áurea nube
en ondas perfumadas su cabello,
como inocente tórtola que muere
entreabriendo su ala estremecida, 60
sobre mi pecho, toda conmovida,
dobló su blanco cuello
en lánguido desmayo,
y en sus hombros de nieve
quebró la luna su indeciso rayo. 65

III

¡Ay! desde entonces llevo yo
la sombra de esa mujer en mi alma;
triste mi labio férvido la nombra,
y por ella suspiro
en medio del silencio y de la calma 70
de la estrellada noche;
y aún siento enamorado
que hierve en mis entrañas,
turbando donde quiera mi sosiego,
como una ola de fuego 75
que ni el tiempo sofoca
la ardiente llama que aspiré en su boca.

Y ahora, sin gozar de sus caricias,
con su imagen deliro,
y si al paso la encuentro, 80
conmovido en su centro,
tiembla mi corazón cuando la miro,
y pálida a mi vista,
también ella convulsa se estremece;
y al verla me parece 85
que aún derraman su luz inspiradora
en su torneado cuello de alabastro
los rayos indecisos de aquel astro
que alumbró aquella noche encantadora!

IV

Desde sus lindos ojos, 90
trémulo se desprende,
más puro que la lumbre matutina,
el rayo que mi espíritu ilumina
y en dulcísimo amor mi pecho enciende.
Y de noche, de día, a cualquiera 95
hora la miro alucinado;
y a la luz del ocaso y de la aurora
los cielos atraviesa,
cual la amo delirante:
angelical, etérea, 100
lánguida, melancólica, radiante.

V

¡Y me ha de olvidar ella!,
que pronto la mujer voluble olvida
sus más hondas y vivas afecciones,
y muertas sus pasadas ilusiones, 105
rompe infiel de su amor los tiernos lazos
y deja por otro hombre
al que ayer estrechaba entre sus brazos.
¡Ay! y mi oscuro nombre
que es el triste compendio de la historia 110
de un amor que entre lágrimas crecía,
ni aun cruzará, tal vez, por su memoria.
Mas ¡no importa! Yo siempre sabré amarla,
porque el puro cariño
con que la idolatraba desde niño 115
y que ella fecundar supo amorosa
al triste resplandor de sus miradas,
siendo mi propia esencia,
es el foco vital de mi existencia;
y si el soplo glacial del cano tiempo 120
apaga su carrera,
-277-
trocando en fría calma,
los torpes incentivos
de la materia inerte;
triunfan de los años y la muerte 125

las pasiones que brotan en el alma.

VI

Ella es mi único bien, porque la quiero,
porque la amo y la adoro con locura;
y late y está dentro de mí mismo,
como está en el abismo 130
del Cotopaxi ardiente
el fuego que lo abrasa eternamente;
y como está la luz en la mirada,
y en la pupila el llanto
que muda agolpa una alma desolada. 135
¡Ay! ¡y la quiero tanto!
¡Sí! que el tenaz recuerdo
de sus primeras y últimas sonrisas,
perturbará en mi huesa solitaria
la funérea quietud de mis cenizas. 140

VII

Y cuando ¡ay! a mi término me acerque
y antes que yerto a mi sepulcro baje,
recuerde lo pasado en mi agonía;
y en óptica sombría
se lancen por el fúnebre celaje 145
de mi nublada mente oscurecida,
cual pálidos fantasmas,
los más caros ensueños de mi vida,
su imagen ilusoria,
entre dorada lumbre confundida, 150
radiante cruzará por mi memoria.
-278-
¡Y tan bella y sensible,
tan pura y amorosa,
como estaba en mis brazos esa noche
de misterios profundos 155
y de vagos y tiernos resplandores,
será Delia a mis ojos moribundos
la virgen de mis últimos amores!

El poeta

I

Por más que un Rómulo crítico
desprecie tu numen poético,
porque envidioso y raquíptico
le irrita todo lo atlético;

levanta tu voz homérica, 5
y siempre entusiasta y lírico,
entre tu mano colérica,
rompe su dardo satírico.

Y estalla en versos eufónicos,
uniendo a tu tierno cántico, 10
esos latidos armónicos
de tu corazón romántico.

O vierte en raudal fosfórico,
desde tu boca profética,
el fecundante calórico 15
de tu alma grande y patética.

Y si vives melancólico,
pensando en tu origen célico,
deja aqueste país diabólico
en un arrebato angélico. 20

Y, como el cóndor alígero,
cruza la región esférica,
y clava tu ojo flamígero
en el resto de la América.

Y pinta en lenguaje métrico 25
ese panorama vívido,

que nada tiene de tétrico,
ni mucho menos de lívido.

Y sobre esa montaña única
que alza su frente titánica, 30
envuelta en su fría túnica
como una visión satánica.

Posa tu vuelo magnífico,
y con acento despótico
maldice y truena terrífico 35
contra todo lo estrambótico.

Y si alguien te dice enfático
que no eres sino un estólido,
el tiempo te alzaré estático
un jeroglífico sólido. 40

Y al fin algún buen retórico
que conozca bien la estética,
ha de hacer llamear histórica
la luz de tu aureola poética.

II

Sí: marcha y sigue tu áspero camino 45
y trepa valeroso hasta el Parnaso;
aunque dura te ofrezca tu destino
un cáliz de amargura a cada paso.

-281-

Tuyo es el mundo, tuya su grandeza
tuya la luz que brilla en el oriente, 50
tuyo ese sol que ostenta su belleza
en el áureo confín del occidente.

Tuya la noche muda y pavorosa,
tuyo el doliente y misterioso encanto
de esa luna que, tierna y amorosa, 55
endulza melancólica tu llanto.

Nada a tu vivo genio se asemeja,
y el espléndido fondo de tu verso
es un cristal que mágico refleja
la pompa y majestad del universo. 60

Y si llora sensible tu alma inquieta
y nadie te comprende en este suelo,
¡no importa, que tus lágrimas, poeta,
las recogen los ángeles del cielo!

-282-

A mi esposa

Triste estoy, Josefina idolatrada,
y en medio de mi fúnebre dolencia,
al través de las sombras de la ausencia,
inmóvil te contemplo junto a mí;
y te oigo ¡ay! y te miro desolada 5
suelta al aire tu blonda cabellera,
y tan tierna, sensible y lastimera,
cual en mis brazos sollozar te oí.

El momento fatal en que el destino,
como el bronce insensible a nuestro llanto, 10
y duro y sordo al ¡ay! de tu quebranto,
de entre tu casto seno me arrancó.
Y para ser más cara a mi memoria,
sonriéndome feliz te trasfiguras,
y cruzan por mi mente esas venturas 15
que el amor a tu lado me ofreció.

¿Lo recuerdas? La luna que subía,
coronada su frente de ígnea aureola,
trémula cintilaba en cada ola
que el Chambo quebrantaba a nuestros pies; 20
y al quieto brillo de su faz luciente,
dormidos lampos de turquí y de rosa,
hermoseando esa noche misteriosa,
penetraban al fondo del vergel.

Y en la luz y el silencio de esa hora, 25
vagaba fugitiva en tu semblante,
como la imagen de un pesar distante,
-283-

la sombra de las hojas del nogal;
y al través de su undívago ramaje,
cariñosa una estrella, desde lejos, 30
te prestaba los mágicos reflejos
con que ardía su disco virginal.

Besé, entonces, tu frente alabastrina,
e, inebriado en el ámbar de tu aliento,
contemplando un instante el firmamento, 35
puse mis ojos otra vez en ti;
y al verte me sentí lleno de orgullo,
porque te hallé tan cándida y tan bella,
y aún más pura y amable que esa estrella
que halagaba tu cuello de marfil. 40

Pues, nada puede ser más doloroso
de ese campo que, fresco y sin abrojos,
al dulce rayo de tus lindos ojos,
se llenaba de encantos y de luz.
Y el vago resplandor de aquella noche 45
mi triste corazón hoy sólo inunda
para hacer, Josefina, más profunda
esa pena que sientes también tú.

Pues, nada puede ser más doloroso
que el mirar las sonrisas del pasado, 50
al través de un presente infortunado,
de un presente de luto y de pesar,
ni nada más irónico y amargo
que los sueños que el alma se procura,
ilusa, acariciando esa ventura, 55
que perdida lloramos sin cesar...

Pero no, que yo guardo todavía
la hechicera esperanza, el sentimiento,
de aspirar otra vez el puro aliento
que difunde tu labio de coral, 60
y estrecharte de nuevo entre mis brazos,
no cual hoy, vaporosa e impalpable,
sino tierna, dulcísima, adorable
y viva en tu poética beldad.

A mi amigo

El distinguido poeta Fernando Velarde

Grandioso te alzas en la eterna roca
donde rebrama el huracán rugiente,
y absorto miras en tu afán valiente
de los volcanes la tartárea boca.

En los arranques de tu audacia loca 5
te lanzas como el águila impaciente,
y, en medio de relámpagos, tu frente
ya los confines del abismo toca.

Sigue el instinto de tu ardor fecundo,
desdeña el polvo del mezquino suelo, 10
y arrebatado en éxtasis profundo

cruza la hermosa inmensidad del cielo,
y del oscuro porvenir del mundo
osado rasga el misterioso velo.

Julio Zaldumbide Gangotena (1833-1881)

Trayectoria
Por Roberto Morales Almeida

Una de las figuras ecuatorianas más atrayentes de la segunda mitad de la pasada centuria es la de Julio Zaldumbide Gangotena. Si como poeta es representante eximio de la generación romántica, como hombre público

encarna un paradigma de limpidez republicana. Varón ejemplar: su vida aureolada de dignidad, púsolá al servicio de las letras, de los dioses lares y de las nobles causas nacionales.

Su quiteñísima casa solariega, preclaro nidal de cultura y virtudes cívicas, viole nacer en el fecundo lustro (1830-35) en que advino la República y le nacieron a la Patria hijos que supieron levantarla: Juan Montalvo, Numa Pompilio Llona, Luis Cordero, Juan León Mera, Antonio Flores, para no citar sino los nombres más ilustres. Empero, ninguno como Zaldumbide tenía prosapia de más hidalga tradición republicana (democrática, diríamos ahora). Su abuelo, Joaquín -288- de Zaldumbide y Rubio de Arévalo, fue de los próceres de la Emancipación; su nombre se halla inscrito al pie de la columna de los Héroe de Agosto; su padre Ignacio Zaldumbide, de los fundadores de la célebre Sociedad «El Quiteño Libre», combatió la tiranía forastera y militarista de Flores, cayendo en el campo de batalla de Pesillo «como ínclita víctima de la libertad». Y la vida misma del poeta se desenvuelve en afán indeclinable por defender la causa civilista y de respeto a las leyes, al par que el espíritu de nacionalidad, sofocado por el vitando predominio de militares adventicios, remanentes de la epopeya libertadora, pero desconocedores del vivir republicano y con pretensiones de llevarse la parte del león en el reparto de la fenecida Gran Colombia. Por eso, la revolución marcista (del 6 de marzo de 1845), fulminadora de los genízaros extranjeros, era recordada cada año con inusitado fervor por la juventud quiteña que se agrupaba en sedicentes sociedades democráticas, animadas por mentores ávidos de renovación cultural y política, como Pedro Moncayo y Miguel Riofrío. En el seno de esas sociedades, al recordar el VII aniversario marcista, Zaldumbide declamó su «Canto a la Música», poema primicial, recargado de atuendo zorrillesco y de helénicos conceptos sobre la armonía en la naturaleza. Y entre el fervor de discursos empenachados de pirotecnia revolucionaria, el portalira, que frisaba en los 19 abrilés, recibía una simbólica corona de laureles, anunciadora de renovados triunfos literarios.

Al calor de esos ideales, cultivados en tales agrupaciones político-literarias, y en la hidalga y acogedora casa paterna del poeta, llegó a cimentarse su amistad con Juan Montalvo. «Mi padre, en sus mocedades, cuenta Gonzalo Zaldumbide, fue de los pocos amigos predilectos de Montalvo. Siempre que iba a Quito el Cosmopolita y aún antes de serlo por antonomasia, al hacer sus primeras armas, solía concurrir, aunque parco de palabras y de entusiasmos repentinos, a la tertulia de la casa de los Zaldumbides, la antiquísima casa de San Agustín que aún se conserva en -289- la familia. Eran reuniones vespertinas: se comía entonces temprano y a las cinco acudían los amigos a tomar el café que entona el ánimo, aguza la inteligencia y excita agradablemente a conversar. Parece que Montalvo prefería escuchar a dialogar, y antes que seguir de tema en tema la volubilidad de los contertulios, se ensimismaba y esperaba más bien el momento de salir con su amigo Julio a pasear por las colinas y alrededores, a embriagarse, sin duda, en silencio comunicativo y unánime, de la ilimitada poesía crepuscular. Ambos eran románticos en el alma, si bien clásicos en el respeto a la cultura y a la lengua. Ambos habían de combatir luego a García Moreno; y mi padre, un poco antes que él, pero no

con su constancia, continuidad y eficacia».

Pero, mientras el Cosmopolita se alejaba para cumplir sus sueños de visitar la dulce Francia y las ruinas del Imperio Romano, Zaldumbide arraigábase más al nativo terrazgo, casándose y dedicándose por entero al cultivo de las letras y a las faenas agrícolas en sus extensas fincas de Pichincha e Imbabura.

Demoraba con predilección en el cálido bajío de Pimán, que lo cultivó con empeño amoroso hasta convertirlo en grato y acogedor oasis, florecido entre peladas colinas, ardientes arenales y hoces profundas que van a perderse de bruces a orillas del Chota torrentoso. Desde entonces, Pimán, estancia cercana a Ibarra, la Ciudad Blanca, no es un rincón cualquiera entre las abruptas serranías ecuatorianas: ya ennoblecida por los eglógicos cantos de Julio Zaldumbide, años más tarde, se transformará en escenario del poema vernacular de Imbabura, «Égloga trágica», obra maestra del orfebre del estilo, Gonzalo Zaldumbide, insigne vástago del Poeta de la Naturaleza.

Su ahincada preocupación por el bien común, especialmente por hacer realidad el sueño secular de una salida desde el clausurado callejón interandino hasta la inmensa ruta del océano, le granjeó la simpatía popular y en limpia lid cívica fue electo diputado por -290- Imbabura. En el Congreso de 1867 defendió con altura y firmeza la dignidad el Parlamento y las instituciones republicanas ante las pretensiones de un Ejecutivo que «sacrificando el bien de la República a mezquinos intereses de familia y cediendo a influencias perniciosas, se había hecho indigno del alto puesto que le confiaron los pueblos».

Quien mejor ha trazado la trayectoria de la limpia vida pública de Julio Zaldumbide es su gran amigo, el académico y clásico prosista Roberto Espinosa. Oigámosle expresar su criterio circunspecto y justiciero sobre quien fue desinteresado servidor de la Patria: «Siempre noble, independiente y digno; supo decir la verdad con lisura y desenfado, aun a los más temibles y encumbrados: prerrogativas que dan únicamente un alma levantada, la independencia de acción y el recto proceder. Zaldumbide tuvo por entonces adversarios, y aun fue llamado a juicio, por la publicación de un valiente y patriótico folleto: ('El Congreso, don Gabriel García Moreno y la República') que no se perdona fácilmente la altivez y coraje de un hombre, cuando la pusilanimidad y el apocamiento ponen silencio y obediencia del todo pasiva en la mayor parte de los hombres. Y a Zaldumbide no se le perdonó aquel hecho relevante de honradez republicana: invectivas, amenazas, acusaciones, de todo se echó mano para inquietarle, para hacerle descender de su dignidad; mas, fue trabajo estéril, y al fin sus enemigos políticos, no sólo dieron de mano a su empeño, pero antes buscaron su amistad, que no les fue rehusada, pues el mal proceder de aquéllos no alcanzó a enconar su corazón.

»Corridos algunos años, el popular y republicano Gobierno del señor Borrero le nombró Plenipotenciario del Ecuador, confiándole el delicadísimo encargo de ajustar tratados y convenciones internacionales con el Plenipotenciario de Colombia. Entonces pudimos valorar su inteligencia y profundos conocimientos en ciencias públicas. Vino luego el Gobierno de Veintemilla, nacido de la revolución más inicua que registra -291- nuestra historia, y, cuando tocaba a su término, los hombres

honrados de todos los bandos políticos, y señaladamente de juventud ilustrada de la capital, presentaron a Zaldumbide como candidato para la primera Magistratura nacional; tal exhibición tuvo resonancia en todas las provincias de las Repúblicas y fue acogida con entusiasmo. Nadie entre nosotros ignora la revolución que a sí propio se hizo al gobernante de entonces, alzándose con el Poder y proclamando la más escandalosa dictadura; nadie entre nosotros ignora que desde ese día fue desmoronándose el poderío del gobernante atrevido que así afrentó a la Patria, y que, en breves meses, fueron a tierra dictadura y dictador, ahogados por la poderosa opinión de los pueblos».

Después de la Restauración, como se llamó el movimiento contra Veintemilla, el nuevo Presidente, Caamaño, procuró en ciertos aspectos dar relieve a su Gobierno acudiendo a buscar el apoyo de ciudadanos prestigiosos. Y se confió al poeta la Cartera de Instrucción Pública, de reciente creación. Por desgracia, «el bello ideal que su alma ardiente trajo a este campo en que pudo explayarse su genio, al decir de Juan León Mera, halló obstáculos... superiores a sus fuerzas». El obstáculo mayor era de los que anulan por su base toda labor: crear un Ministerio, tan vital para una democracia, con un miserable presupuesto, necesitándose de muchos millones para «educar al soberano». El poeta creía en el milagro civilizador del alfabeto y quería levantar escuelas en todos los horizontes del país. Con su renuncia, hasta se suprimió el flamante Ministerio.

Zaldumbide fue uno de los primeros en propugnar para la práctica de nuestra naciente e incierta vida republicana una posición política civilizada, de altura, tolerante, alejada de los extremismos del conservadorismo graciano y del liberalismo jacobino. Por tradición y convención democrática, su amplia cultura, su delicado espíritu rechazaban naturalmente todo exceso, toda intransigencia, toda forma incivil de gobernar. -292- Cerebro y corazón de sano equilibrio, ejemplo señero entre los valores de nuestra literatura, generalmente espíritus de exacerbado tropicalismo, panfletarios y polemistas terribles. Sereno, mesurado, pero firme y hasta fogoso en la defensa de un limpio convivir democrático, «siempre tuvo en mucho el sentimiento y la práctica de la libertad, de la justicia y del derecho republicanos», según el testimonio del ya citado académico. Sus convicciones le impulsaron a enjuiciar serenamente la administración garciana, a defender la libertad de imprenta y la de sufragio, las más conculcadas entre nosotros, y a denunciar aquel principio de cesarismo, verdadera maza de Hércules, de la que tanto han echado mano tiranos y tiranuelos: «la insuficiencia de las leyes para gobernar».

Mas, el campo de Zaldumbide, «poeta que nunca buscó el renombre, bastándole con su nombre», según la justa opinión del sagaz escritor Francisco Guarderas, no era el de las estridencias de nuestra política tropical. Así lo entendió el poeta, y retornó a las apacibles tareas del campo y al trato continuo con los libros y las musas. Ésta es la etapa más fecunda de la vida de Zaldumbide. Hizo de Pimán el centro de una desbordante actividad; ora buscaba en las altas soledades de los páramos el manantial que fecunde las sequedades del valle; ora obtenía en remate público la concesión de tierras baldías a orillas del Mira, y organizaba

expediciones para instalar allí plantíos y avanzadas de colonos. Su mejor título de propiedad sobre esas tierras perdura en las cartas escritas desde la selva bravía de Paramba a su dilecto amigo el solitario de Atocha. Y no se daba jamás punto de reposo, aunque su salud se resintiese. Con paciencia benedictina se afanaba en ensayar nuevos cultivos y en aclimatar especies salvajes del trópico para ornamento de su ameno jardín. Hermosa simbiosis aquella: la labor agrícola prosperaba a expensas de la vocación del poeta; era genuina obra de belleza, era gozo de creación el recio empeño de «transformar en umbroso refugio el erial abrazador».

-293-

Empero, los menesteres de la agricultura no le apartaban del puntual cultivo de amistades literarias, del estudio de los clásicos, del aprendizaje de lenguas extranjeras, de la enmienda y selección de sus propias composiciones. En sus frecuentes viajes -nunca al mar, que fue su nostalgia- provistas llevaba las petacas de libros, pliegos de originales, cuadernos manuscritos y recado de escribir. En vísperas de una expedición, comunicábale a Juan León Mera esta noticia reveladora: «En estos ocho días tengo que hacer extractos de dos libros de historia que no puedo llevar a la montaña, y que en ella me serán de toda necesidad; concluir con la lectura de otros libros prestados; y hacer un solo volumen de mis composiciones para no llevarlas sueltas, teniendo de llevarlas para corregirlas». Y así, al undívago rumor de la fronda tropical recibieron toques finales varios poemas de La Naturaleza, para volver desde esos remotos parajes al eglógico retiro de Pimán, al grato lugar de origen, cabe la humana tibieza del alero donde fueron engendradas.

No fue el poeta lo que ahora llamamos un latifundista sedentario, un burgués filisteo, como hay tantos, que se sientan cómodamente a regustar a mantel puesto el fruto de sus haciendas. No. Él formó riqueza, vivió el dinamismo creador de los recios colonizadores, fue «hombre de trabajo», según la exacta expresión con que nuestro pueblo califica a los infatigables propulsores del progreso. Zaldumbide sentía la urgencia de transformar esta buena madre tierra, de verla cumplida de todo bien: cubierta de ganados, abundosa de pan, dulce de miel, así como cantada, amorosamente, en armoniosos versos.

Verdadera importancia para la historia de nuestra literatura encierra la correspondencia epistolar de Julio Zaldumbide con escritores, poetas y hombres públicos de su época. En esas cartas (en parte publicadas en las Memorias de la Academia Ecuatoriana de la Lengua) encuéntrase auscultado, como en amable -294- registro, el sentir cultural de entonces: Teorías estéticas, nacionalización de nuestra literatura, opiniones sobre autores nacionales y extranjeros, crítica literaria y hasta apreciaciones de sucesos políticos de importancia, sin faltar, obviamente, el precioso dato autobiográfico que se desliza recitado como en suave proyección hacia la posteridad. A ese epistolario hay que acudir para encontrar algo que justifique los largos silencios del poeta. Psicólogos y críticos opinarán como gusten sobre compases de espera a la inspiración en los mimados de las musas. Empero, el mismo poeta en carta al solitario de Atocha, escrita desde Pimán, se justifica aduciendo una causa muy aceptada entre los clásicos: «Es particular -le decía- que las musas tengan tanta enemistad contra Ceres, que donde ella está de ninguna manera quieren estar ellas: y

ello es así, yo testigo. Quisiera yo darle a usted riqueza y sosiego, para que huya de Ceres, y se esté con las Musas».

Preguntábanse con sincera preocupación amigos y admiradores: ¿Por qué no canta el poeta de la naturaleza? ¿Por qué se ha callado el poeta filósofo?

La respuesta brotaba con espontánea franqueza de lo hondo del alma: «me basta sentir como poeta, el ser tenido como tal me importa poco». «Cuando un poeta escribe, no que canta, malo». Preferiría, pues, callar a versificar sin estro. Y en esos silencios medita y cavila frente a trascendentales problemas de la vida. Y lee y relee en sus propias lenguas a los grandes poetas europeos. Mas, cuando sintió que la muerte le minaba la vida con la piqueta de un extraño mal, se preparó larga y serenamente para el viaje sin retorno. Y murió en colmada madurez, a los 54 años, cuando su talento acendrabá la savia para una bien cuajada frutescencia, cuando más podía dar de sí para la grandeza de la Patria.

Si me fuera dado escoger entre sus versos los que sinteticen mejor la valía del poeta para esculpirlos sobre su losa, me decidiría por éstos, lucientes de sencillez, sinceridad y hondura:

-295-

¡qué vanas son las cosas de la vida,
vistas así, a la luz de las estrellas,
a la luz de lo estable y lo infinito!

Mucha razón le asistía a nuestro meritísimo historiador de la literatura, Isaac J. Barrera, al afirmar que conforme pasan los años, los versos de Julio Zaldumbide van revistiéndose de gravedad muy cercana a la filosofía.

Su obra poética

Como algunos de nuestros escritores y poetas, Zaldumbide permanece en la clausura de la ineditéz. Dispersas en periódicos y revistas de su época o guardadas en el infolio manuscrito, no se ha hecho hasta ahora la edición completa de sus composiciones. Sólo una decena de ellas, que corren en agotadas y raras antologías nacionales, se han difundido un tanto. Ciertas colecciones de actualidad se limitan a exhibir un soneto y algún fragmento de composición; no obstante, la producción original y las traducciones del poeta alcanzan casi a un centenar de piezas de diverso fondo y valor estético.

Zaldumbide realizó hasta cuatro colecciones de sus versos: la primera para el historiador Pedro Fermín Cevallos, quien pensaba involucrarla en una proyectada «gran colección de poesías americanas»; otra envió al malogrado escritor guayaquileño Vicente Emilio Molestina, compilador de la célebre Lira ecuatoriana (1866); una tercera fue a Santiago de Chile y una cuarta a Lima para integrar antologías hispanoamericanas, que jamás aparecieron. Si demostró cierto interés en recoger algunas de sus producciones fue sólo por complacer insistentes solicitudes de amigos y editores. En cierta ocasión -296- hizo transcribir del original a dos cuadernos, que

intituló *La Naturaleza y Poesías líricas*, las composiciones que creyó convenientes para una posible antología, intento fallido por la idiosincrásica dejadez con que miraba todo lo nacido de su ingenio. Tales valiosos manuscritos reposaron largos años en los anaqueles de Pimán hasta que, en conjunto de selectos libros, fueron confiados por Gonzalo Zaldumbide a la custodia de la Biblioteca del Colegio «Teodoro Gómez de la Torre» de Ibarra, puesta bajo la advocación del poeta.

Un día, Juan Montalvo, considerando la miserable situación de la imprenta del país, quería romper su pluma y sus escritos. A todos los escritores del siglo pasado acometió igual despecho. El poeta Zaldumbide respondiendo a frecuentes insinuaciones de Mera le decía: «¿Por qué no publico yo mi colección? Por varias consideraciones; y una de ellas es que, si usted hubiera tomado mi parecer antes de publicar la suya, le hubiera dicho: no la publique usted sino en Francia, o en otra parte. Las imprentas de Quito le harán a usted un librejo de triste semblante del que nuestra gente hará poco caso; y no le hicieran más si dentro de su mala pasta y cuerpo contuviera toda la poesía del mundo». Cómo se advierte que a esos buenos románticos les preocupaba más la decente presentación de los frutos de su ingenio, que las estridencias de la publicidad.

Levantar alambradas retóricas que encierren el hálito cordial de un poeta es como oponer murallas al viento proteico. No obstante las posibilidades de interrupciones y enfoques diversos, hay que realizar la artificiosa tarea de clasificar la floración poética, especialmente cuando se buscan fines didácticos o de divulgación.

Augusto Arias opina que una posible antología de Julio Zaldumbide estaría dividida en tres partes: «Una de sus elegías, otra de sus composiciones amorosas y la tercera de sus composiciones y cuadros de la naturaleza, -297- a la cual pudieran añadirse las de gusto místico o religioso». La clasificación es aceptable. Empero, si se aprecia con cierto detenimiento las poesías consignadas en los manuscritos y las que no constan en ellos, se advierte que hay materia para un panorama más amplio, que puede ser el siguiente, en orden de valía estética: a) Contemplaciones de la naturaleza; b) Meditaciones poéticas; c) Traducciones; d) Composiciones religiosas; e) Composiciones amorosas, galantes y de ocasión. En este panorama miremos, siquiera un momento, algunas facetas de la enteriza personalidad del poeta.

La generación romántica y su pontífice

Antes de adentrarse en las nimiedades que matizan las escuelas y sus casilleros, importa seguir la trayectoria del hecho literario en el siglo pasado. Al primer vistazo se aprecia esta realidad. Una minoría selecta, con características generacionales bien diferenciadas, realiza una verdadera revolución en un ambiente secular inerte, que mantenía inalterables los módulos culturales de la Colonia. Esa generación eclosiona fervorosamente entre los clangores triunfales de la revolución marcista.

Son conocidas las recientes teorías sobre las generaciones. Mas, es

importante anotar que un excelente periodista y crítico, a quien hay que hacer justicia, Víctor León Vivar, ya se refirió a las características de la juvenil generación romántica de 1845, iniciadora de un auténtico renacimiento literario. He aquí esas características, las más salientes: saturación de lecturas extranjeras; inclinación al escepticismo y la meditación; afán de resucitar épocas legendarias; sincero -298- anhelo de dar forma a los sentimientos populares; intensidad en la pasión amorosa; vuelta o evasión hacia la naturaleza.

Con acertado criterio, Víctor León Vivar señala un alto sitio a Julio Zaldumbide entre los poetas de aquella generación. Escuchemos al iniciador de la crítica literaria moderna entre nosotros, cuyos «precisos enfoques aleccionadores de la literatura ecuatoriana» según expresión de G. Humberto Mata, dispersos en periódicos y revistas de hace más de medio siglo, casi ninguna difusión han tenido en nuestro ambiente: «En medio de esta fiebre romántica, apuntada del viejo mundo y enloquecedora de muchos espíritus no debidamente equilibrados, apareció el señor don Juan León Mera, quien, sin lograr formar escuela, trató de dirigir el movimiento y llevarlo por terreno exclusivamente americano. El señor Mera fracasó en su empresa, porque no supo deshacerse de sus pensamientos personales y fabricó, por lo general, indios demasiados piadosos y buenos... Corral, Marchán, Piedrahíta, Mera, Castro, Córdova y Avilés no hacen sino, con pocas excepciones, repetir a la ventura las impresiones o ideas que reciben de los libros que les llegan de fuera. Tócale a Zaldumbide seguir una marcha fija y determinada: es el primer pontífice de la nueva religión. Después de su 'Canto a la Música', que es un tributo rendido a la escuela de Zorrilla, su poesía toma un carácter melancólico y grave que impone, y a la expresión de tropos y palabras armoniosas y llenas de ruido, pero vacías de sentido, siguen una parquedad, una templanza y un cuidado nimio en la dicción poética, que va en aumento día a día. Quitado Olmedo, tal vez nadie como Zaldumbide ha cuidado entre nosotros de que la cinceladura de la forma en medio de la misma sencillez, fuera más cabal y primorosa». He ahí el sitio y el título indiscutible para nuestro poeta.

-299-

El bello país de Imbabura: la fisionomía y el alma de su paisaje
A la generación romántica debe nuestra literatura el descubrimiento estético del paisaje serrano ecuatorial. Esa trayectoria se hizo del alma a la fisionomía, del goce en la contemplación a la emoción de aprisionarlo en el verso o en el color. «La fisionomía, anota Gregorio Marañón, es, como pensaban Humboldt y sus contemporáneos, la proyección de lo más recóndito que tiene la vida efímera de los seres vivos y la vida perdurable de lo geográfico». En los altos Andes ecuatorianos, en la serranía, ningún país de paisajes más variados y bellos que Imbabura. Sus elementos: el valle verdemar, acunando pomposas colinas; el cerro tutelar abstraído en milenaria contemplación del hechizo del lago; «la vívida esmeralda de los montes» reluciendo junto a la diamantina corona de los Andes; y en la hondonada, el desierto, cuya fósil entraña se calcina al

fuego tropical, a un paso de la frescura del río poderoso, que en la crencha profunda busca trabajosamente el camino del mar. Todo bajo un cielo de azulidad esplendorosa y de millonaria policromía de celajes y nubes: las de nácar y las de oro, las de armiño y las grises; las que jalonan la marcha tornadiza del tiempo o aquellas que son como signos tutelares de pastores y labriegos que pueblan la tierra generosa. En ninguna comarca andina, como en Imbabura, el cielo y las nubes son elementos estéticos esenciales del paisaje. El cielo: un fanal traslúcido, rutilante de violetas. «Las nubes prenderán en él sus linos, / sus retazos de púrpura el crepúsculo / y las noches sus pulidos zafiros».

Es Imbabura una síntesis de los paisajes todos de la patria ecuatoriana. El poeta Julio Zaldumbide palpó el alma de este bello país, la gracia luminosa de su -300- geografía, mas no plasmó su fisonomía. Este toque estético lo daría su continuador, su hijo, Gonzalo Zaldumbide. Estaríamos, pues, ante un hermoso ejemplo de filogenia estética que debería ser ampliamente dilucidado para esclarecer la ruta de la literatura nacional. Literatura paisajista, propiamente, no hemos tenido hasta la aparición de Julio Zaldumbide, quien la inicia con sobrias pinceladas que perfilan el paisaje al par que revelan su personal reacción lírica. Las magistrales descripciones, la aprehensión certera y jubilosa de la fisionomía del paisaje aparecen solamente a comienzos de este siglo con «Égloga trágica» que «es la novela, y la etopeya del ser y presencia del Ecuador», según la aguda apreciación de José María Pemán. Adviértase que aún en las letras castellanas, con toda su valía y tradición seculares, la literatura paisajista es contemporánea, data de Gabriel Miró y algún otro prosista de la generación del 98. No quedamos, pues, muy a la zaga en trayectoria de tanta importancia cultural. Rincón de privilegios el imbabureño: tras la visión vespéral de «Paisaje en la laguna de San Pablo» de Julio Zaldumbide y las magistrales páginas de «Égloga», eclosiona diáfana de belleza de sus lagos el sortilegio poético de una voz genuina de la tierra, Carlos Suárez Veintemilla; y sus paisajes de azulidad azul, de epepeya del azul intenso, como los viera Remigio Romero y Cordero, están ya aprisionados en la ligadura impalpable del mágico pincel de Rafael Troya y su discípulo, el múltiple Luis Toro Moreno.

La capacidad de percepción, de fijación de los rasgos fisonómicos del paisaje en la poesía o en la pintura es «resultado de un proceso cultural largo y complicado», anota Burckhardt. Zaldumbide, hay que recalcarlo, pone los hitos en ese proceso. De allí que en los poemas que reunió bajo el título de *La Naturaleza* prima el sentimiento, la interpretación del alma proteica del paisaje antes que la descripción. Como -301- advierte Vivar, *La Naturaleza* no es un conjunto de composiciones aisladas entre sí, cual lo creyeron los críticos Mera y Cordero; es una sinfonía que obedece a un plan unitario, es un gran poema interpretativo de los diversos momentos en los que palpita el paisaje al influjo vivificante del sol, «genitor glorioso de toda vida». Realiza, en cierto modo, lo que el creador del impresionismo, Monet ve el mismo paisaje a distintas horas, bajo el embrujo transformador de la luz, cuya fuerza plasmante se proyecta en el alma del poeta. El estado psicológico que vive en los momentos de la sonata a la trayectoria del sol: «La mañana», «El mediodía», «La tarde» y «La noche», es un reflejo del ama del paisaje.

A ti me acojo soledad querida

«Me basta sentir como poeta», le decía a Mera, desde su amada selva a orillas del torrentoso Mira. Zaldumbide y los de su generación «absorben el encanto del paisaje», «lo sienten, lo viven, lo gozan» mas no lo miran. Sugerido más que pintado, el paisaje es como el fondo del escenario en el que siente, sueña y piensa el poeta.

Acerquémonos un poco más a esa fontana límpida, que refleja con nitidez la actitud del romántico frente a la naturaleza.

En el poema «A la soledad del campo» está como diluido lo que los críticos llaman el sentimiento generador de la Oda «A la vida retirado», encerrado en los primeros versos de la célebre lira:

Que descansada vida
la del que huye del mundanal ruido...

-302-

Confluencia de estados anímicos entre los dos poetas y no ceñida, imitación del nuestro al salmantino:

A ti me acojo, soledad querida,
en busca de la paz, que mi alma anhela,
en su ya inquieta y procelosa vida...

Zaldumbide insiste en la alacridad de su espíritu liberado de vanidades y ruidos, que no llegan hasta la soledad querida a turbar la paz buscada con ahínco.

Tales sentimientos del poeta están saturados de sinceridad. Nadie como él conocía la vorágine de pasiones en torno al hombre que ocupa un puesto de preeminencia: por eso buscó anhelosamente la soledad y el apartamiento e hizo sencilla vida de agricultor.

De ese acercamiento a la Naturaleza, a nuestra naturaleza, con plenitud gozosa, son irrefutable testimonio las cartas al solitario de Atocha, desde la selva remota: «... No sé decir si aquí estoy feliz, le escribía, lo que puedo asegurar es que estoy mejor que jamás estuve en parte alguna...». «Fuera del bosque no tiene usted otra cosa que admirar; el bosque compone la única, pero profusa pompa de la Naturaleza. Pero los ecos y las sombras de la selva, la infinita variedad en la vegetación, el singular atractivo de las palmas, la abundancia inagotable de seres extraños, y ese amor por lo desconocido ocupan y embelesan de tal modo la

imaginación, que no hay más que apetecer. Esto en cuanto al teatro: por lo que hace el actor, lo siguiente. Gozo de la libertad primitiva, pues que ando casi desnudo; mi salud es perfecta, pues que me ejercito con el hacha y el machete y me aliento de cosas simples; ¿quiero meditar, quiero dar pasto de poesía al espíritu? Pues me interno en la selva. Para que usted acabe de figurarse bien este cuadro, falta que usted se figure cómo se forma un establecimiento en una selva inculta. Descuajar un pequeño espacio de bosque, y formar una casita de montaña; romper la enmarañada selva al batir hachas -303- y machetes, y en vez de inútil vegetación, hacer crecer la que es útil a la vida y deleitable al paladar; no oír por algún tiempo más que los zumbidos de infinitos insectos, el silbido de los pájaros selváticos, el chillido de los monos y otros mil ecos extraños y salvajes, y luego escuchar el canto ciudadano del gallo y el doméstico cacareo de las gallinas. Todo esto me causa novedad y entretenimiento, y el vivir como un pobre labrador que empieza a labrarse su fortuna con sus manos, es un placer para su amigo, querido Mera».

Al correr de los días, insinúase natura subyugadora y penetran sus encantos en el alma sensibilísima del poeta que llega hasta un dulce entregamiento, siguiendo una senda de luminosidad y gozo estéticas, señalada con estos hitos: plenitud eufórica de gozar una vida cuasi primitiva; venturanza de sentir el alma inundada de efluvios de poesía que manan del ambiente selvático o rural; deleite de embelesar la imaginación y la voluntad en un extraño mundo de misterio; éxtasis de auscultar el ritmo de la Naturaleza, de empaparse en el rocío lustral de su simplicidad de verla con limpia mirada animista de niño y poeta, de sentir la exultación de sus momentos de esplendidez o la congoja de sus horas de opacidad crepuscular:

Como las sombras cunden de la umbría
noche en el cielo, así en el alma mía
cunden ya dolorosos pensamientos;
y una hoja que desciende,
algún eco fugaz, una avecilla
que errante y solitaria el aire hiende,
la leve nubecilla
que viaja a reclinarse allá en el monte
o a perderse lejana
en el vago horizonte;
todo me causa una emoción profunda;
me aprieta el alma una indecible pena,
y de improviso mi mejilla inunda
de inesperado llanto amarga vena.

-304-

Y fluctuando entre la tristeza y el júbilo o viceversa, nuestro romántico hace de su vida una verdadera creación artística, es decir, vive su ideal. Sin embargo, jamás la poderosa Naturaleza lo anonadó como a ciertos

románticos americanos. La recia y equilibrada personalidad de Zaldumbide supedita los encantos telúricos avasalladores, y pasado el rapto estético se considera como un actor en un teatro de primitiva grandeza. Y cada día y cada hora desborda la onda cordial de la melodía eglógica, que fluye desde la limpidez del manantial virgiliano:

Ya el rumiador ganado lentamente
desciende por la húmeda colina;
cansado el labrador deja la era,
y a su rústica choza se encamina.
¡Qué misterios el aura pasajera
suspira, y pasa! El ave en sordo vuelo
por las ramas se mete y busca el nido.
Sólo se oye el zumbido
de los insectos, que quizá lamentan
desde la yerba del humilde suelo
la partida del claro rey del cielo.

Ésta es ya poesía eglógica nuestra, de emoción terrígena, aunque de ritmo clásico por su átvico latino. Mas, es preciso sentirla y regustarla y hasta vivirla para encontrar ese dulzor congénito. «La música conocida es más música, observa Alfonso Reyes, y la oreja, como la va presintiendo, parece que la disfruta dos veces».

Jamás en nuestra poesía romántica llegó la entonación lírica, por la delicadeza en la sensibilidad y por la armonía, a la prístina hermosura que se cuaja en la joyante vivacidad de esta silva mirífica:

¡Oh! vosotros que dais, árboles bellos,
sombra a la tierra, al aire galanura;
aves alegres que moráis en ellos
-305-
y con canciones adormís las horas;
volubles vientos que mecéis festivos
su copas cimbradoras;
diáfanas fuentes que esparcís frescura
al prado, al aire, a la arboleda oscura;
arroyos fugitivos
que corréis por hallar muelle reposo
dentro del huerto umbroso,
y entre las flores plácido remanso...
Árboles, aves, vientos, aguas puras.
Llegó por fin el día,
que tanto ansié, de haceros compañía.
Vengo a vosotros a buscar descanso,
vengo a olvidar mis crueles amarguras;
de hoy más junto a vosotros

vuestra vida será también la mía.

¿Lozano pámpano de cepa garcilasiana? Así se ha creído. Mas, para una apreciación objetiva, importa ponderar en lo que vale este aserto: el poeta soldado canta con refinamiento, propio de «cortesano evadido hacia la bucólica», una rusticidad ficticia, al paso que la gracia espontánea, fresca, sincera de Zaldumbide, no puede ser menos que vivida. Basta reconstruir mentalmente ese oasis de suave refrigerio que sería Pimán, en el camino de Ibarra al Chota desértico, entre la bochornosa aridez de montes y arenales, cuidado por la mano solícita del poeta. Gonzalo Zaldumbide en «Égloga trágica» pinta así el huerto umbroso de su padre: «Esponjados y felices, colgaban ahí los naranjos, como globos incandescentes, sus rojos frutos; los cafetos lucían como recién dado de barniz su follaje acrinolinado, mientras los hermosos guabos, magnánimos y copiosos, todos a una en flor, blanqueaban, nevaban sobre el suelo negro, abandonando a la menor brisa, en copos innumerables, la fina pelusa de su floración. Entre el verdor más sombrío de los aguacates, los sauces palidecían, y alargaban su fina silueta espiritual y melancólica».

-306-

Es interesante reparar en los móviles que determinan la búsqueda de la Naturaleza en los dos amigos románticos: Montalvo, el prosista de verbo restallante, va al microcosmos maravilloso de Baños para templar su pluma batalladora, cabe colosales abismos y resonantes cascadas; Zaldumbide, «el mesurado y sensitivo poeta» se «torna agrícola para templar la lira en el retiro, la amena Naturaleza y la tranquilidad del alma»; y después del toque de silencio y poesía regresan del confortante aislamiento en la nemorosa soledad, con el alma luminosa, limpia de ese humor en el que «todo es desabrido, como los sabores en la lengua del enfermo», según decía el poeta del desasosiego, que le atediaba en el tráfigo citadino.

Las flores y los árboles

«A las flores» es el más logrado de los sonetos que escribió Zaldumbide. Justamente, escogido como paradigma del gayo troquelamiento de la rosa de catorce pétalos, engalana las antologías ecuatorianas.

Hace una treintena de años el erudito don Roberto Espinosa en un interesante «Estudio comparativo de crítica literaria», llamó la atención sobre el contenido del primer terceto:

En los campos del éter las estrellas
son flores celestiales, y en el suelo
vosotras sois estrellas de colores.

El crítico confrontó la idea, es decir, la magia poética del lugar común, con otras similares de poetas franceses y americanos. Pero antes sentó esta premisa: «Si se acepta que el fondo del sentimiento siempre ha sido el mismo, ¿por qué no han de ser idénticas las manifestaciones del pensamiento?». Y así es la verdad. -307- Al contemplar nuestro infinito dombo ecuatorial, tachonado de fulgores diamantinos, brota fácil y límpida la exclamación: Astros, ¡flores del cielo! Y a la luz vespéral, en un vergel en floración, en esta eterna primavera, emerge simple y fúlgida la metáfora: Flores, ¡estrellas de la tierra! ¡Cuántas veces nuestro poeta no suspendió el ánimo ante la magia colorista del carmen cultivado por su mano y el tremor de los luceros surcando el firmamento con sereno fulgor! ¿Acaso no vibró en iguales éxtasis el sensitivo Lamartine, bajo el hermoso cielo de su rincón natal? Y como el lirismo, según la experiencia de Valery, no es sino el desarrollo de una exclamación, y en la poesía sólo se representa con palabras lo que las cosas tienen de apariencia de vida o de supuesto designio, es obvio que Lamartine y Zaldumbide, temperamentos románticos, se identifiquen en la misma hondura emotiva y en la expresión, ante estímulos ambientales semejantes.

En la poesía ecuatoriana esa metáfora tiene un claro abolengo de belleza: la insinúa Juan Bautista Aguirre en sus brillantes y gongorinos versos; la encierra Zaldumbide en la levedad de su estrofa clásica, transida de emoción romántica; la acendra Arturo Borja en la unción de su armonía:

Mayo en el huerto y en el cielo;
el cielo, rosas como estrellas:
el huerto, estrellas como rosas.

Los tres poetas sintieron la exclamación inefable a flor de corazón y la dejaron irradiar, a su manera, en bellos versos.

Corresponde a nuestros románticos, como una faceta de su amor a la naturaleza, la hermosa y útil labor de reivindicación del árbol. Recatada en postergación permanece en esa obra de Zaldumbide y Mera, que fueron nobles poetas agrícolas; de Luis Cordero, notable naturalista, exégeta de la flora medicinal ecuatoriana, -308- introductor de útiles plantas exóticas para, nuestros jardines, paradójicamente pobres.

A cada instante aparece el hondo cariño del poeta para el hermano árbol. A la sombra tutelar de guabos y cholanes, ceibos, aguacates y molles, patriarcas dadivosos de la buena tierra ecuatoriana, el poeta agrícola convocaba para el diálogo cordial a los portaliras de todas las edades.

Las meditaciones poéticas

Así como en su reacción ante la naturaleza vale más el espíritu cultísimo que la sintió como poeta, antes que el escritor que hizo versos, en las meditaciones poéticas importa el hombre que se angustió por el hombre y sus fines, y encauzó su existencia concorde a normas que le dan una orientación. Se ha hablado, insistentemente, del poeta filósofo que hay en Zaldumbide. Pero, en la generación romántica, ¿ha habido algún poeta o escritor filósofo? Ni Montalvo ni Zaldumbide ni Llona deben ser llamados filósofos, en rigor.

Con mayor verdad, Julio Zaldumbide puede catalogarse entre aquellos hombres de superior cultura, antenas de su época, a los que Ortega y Gasset llama cabezas claras. Bien sabido es que para el pensador español hay dos castas de hombres: los meditadores y los sensuales. Garcilaso y fray Luis de León serían de los meditadores o cabezas claras. Garcilaso vive en un mundo espiritual saturado de bucolismo y platonismo; hacia el sueño bucólico tiende su inspiración. Fray Luis, meditador platónico, huye del caos de falsedad y se refugia en un bucolismo meramente literario. Zaldumbide en el seno de la naturaleza halla la paz y la claridad espiritual que busca su alma, ardiendo en intensos -309- anhelos de encontrar la verdad. Le atormenta el caos de la vida, el litigioso caos de Fernando de Rojas, y en él quiere ver claro:

En tu agosto retiro,
¡oh! la vida separemos
la vida separemos
del teatro infeliz de los mortales:
caos de confusiones,
angustioso espectáculo de males,
furioso mar que ruge alborotado,
do silba el huracán de las pasiones.

Nuestro poeta utiliza el término caos en el mismo sentido que Ortega y Gasset, cuando explica lo que es una cabeza clara: «el que vislumbre bajo el caos que presenta toda situación vital la anatomía secreta del instante; el que no se pierde en la vida, ése es de verdad una cabeza clara». No perdió su vida ni en el furioso mar de la política ni en las trivialidades sociales: la liberó de la realidad vulgar, de las estridencias del caos. Fue su pasión sentir la vida como poeta, vivir un bucolismo real, sin sombra de ficción, ser un vivo ejemplo del retorno a la tierra, de ese retorno aún esperado como una estela de salvación para la Patria azotada por el turbión de las pasiones burocráticas. Si bien es cierto que en la expresión en verso de sus sentimientos nuestro poeta se inclina fácilmente hacia la reflexión filosófica, ésta no alcanza mayor novedad o profundidad que la que le dieron sus maestros preferidos. Empero, hay que tomar muy en cuenta la observación del historiador de la

literatura morlaca, G. Humberto Mata, quien afirma, certeramente, que Zaldumbide logra una «entonación potente» en sus poemas de meditación o filosóficos. El abolengo de las meditaciones poéticas de Zaldumbide está en las coplas de Jorge Manrique y en la poesía, filosóficamente envuelta en sutil veladura de pesadumbre, que tanto gustó -310- al alma castellana, macerada de ascéticas preocupaciones. Aflora también la influencia calderoniana, que se insinúa persistente en las letras ecuatorianas, desde «Carta a Lizardo», ese metafórico razonar sobre las dos muertes de todo ser viviente, hasta la «Eternidad de la vida», que es una meditación poetizada sobre la vida «que se pierde en las soporosas ondas del Leteo». Empero, nuestro romántico, como el caballero del ideal, don Quijote, ante la encrucijada de la duda y la fe, suelta la rienda a su compañero inseparable, su fiel corazón, que le conduce a prisa a la añorada querencia, donde todo se ilumina en la esperanza.

El poeta elegíaco

«Y en sus poesías se muestra siempre triste», anotó Mera en la Antología ecuatoriana. Esa tristeza persistente es savia que asciende desde el humus hispano. Disuelta en el alma de nuestros pueblos, como un rejalgar corrosivo, contiene, no obstante, ciertas virtudes acumuladas en siglos de alquitaramiento. La poesía ecuatoriana, desde sus orígenes, ha estado embebida de seriedad y de tristeza: ¿la congénita tristeza humana acrecida en nuestra América romántica, al reflejarse en ese enigmático pozo de tristeza que es el alma aborigen?... ¿La telúrica tristeza de este Continente del tercer día de la creación?

«A la luz de la muerte es como hay que mirar la vida», dice el vasco Unamuno. A esa luz mirábala el poeta; y más cuando se le alejaban sus caras ilusiones o los seres de su predilección.

Aunque una vez afirmara:

Mi lira, la voz templada tiene
sólo para el gemido...

-311-

En rigor, no se puede calificar a Zaldumbide como poeta elegíaco, si bien es cierto que moja, a menudo, en lágrimas su pluma y que una tristeza serena se extiende en sus versos a la manera de los cendales grises que envuelven en horas vesperales las cimas de nuestros montes, dándoles un aire de indefinible pesadumbre. Su vena elegíaca pudo manar copiosamente en límpido raudal de haberse adentrado más en la exploración de ese mundo vastísimo, silencioso y fascinante del dolor humano.

De compleción delicada, Zaldumbide tuvo natural inclinación a la tristeza; sin embargo, sus composiciones elegíacas, estéticamente, no son las mejores. Quizá le fue más torturante y grato que el exutorio del verso,

estar a solas con sus penas, en grave meditación, oyendo como la vida suena a queja y cumpliendo el ascético ayuno de la palabra enternecida para la fortificación del alma. Largos compases de silencio se advierten en la vida del poeta, y en ellos el llanto es como un sedante milagroso para la ardentía de su apasionado corazón.

El poeta de amor

En la poesía del amor, entre los de su generación, Zaldumbide se perfila como el poeta de grandes posibilidades líricas, sin estrambóticas exageraciones y aún como el primer mensajero de la innovación que floreció a comienzos de este siglo, el modernismo, que no es sino el fruto romántico postrero, acendedor de zumos de raras exquisiteces. Todas las modulaciones de la poesía amorosa, en el contenido y en la forma, fluyeron de la lira de Zaldumbide: el soneto, el madrigal, la serenata, la trova, la oriental, la canción, el poema de compromiso galante y el de espontáneo brote.

-312-

Detengámonos en el aserto de que Zaldumbide es el precursor, el poeta de la aurora de una modalidad en la lírica ecuatoriana. Lleguémosnos con cautela hasta los versos de «Melancolía» para captar el tremor doliente del misterio que pasa sellando los labios sangrantes y cegando la luz con repentinas lágrimas: el júbilo de estar cerca de la mujer amada se esfuma en muda escena de agonía... La emoción dolorosa, la nostalgia, el anhelo insatisfecho, el ala negra de la muerte, el ritmo fluyente palpitan en el poema, que no disonaría en un florilegio modernista.

Si nos atenemos a la tendencia de buscar en todo poeta los síntomas de la timidez y la sublimación, en Zaldumbide hallaríamos que se cumple, en lo tocante al amor, aquella confesión rubendariana: «Yo era tímido como un niño...». Y los versos de nuestro poeta se prestarían para un ensayo en este sentido. Por entre la euritmia de las estrofas emergen los perfiles armoniosos de la mujer que encarna extremadas perfecciones: «silueta aérea, traslúcida», «que nada dice a los sentidos». Era el ideal del eterno romántico. Era Dulcinea la soñada, «la trocada mediante encantamientos», tal como en su diario de ensueños y sublimaciones nos la deja entrever el paradigma del romántico, don Quijote... «hermosura sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad...». Naturalmente, que a través de las composiciones amorosas y galantes de Zaldumbide reaparece la fragante huella garcilasiana, la de los devaneos amorosos del poeta cortesano, que cuajaron en las exquisitas mieles de sus canciones. Y aún cabe reparar en un detalle: en la escogencia y en la parquedad del uso del epíteto para caracterizar el sustantivo, constituyendo lo que Dámaso Alonso llama el sintagma analítico de tipo afectivo-estético, y en el empleo de ciertos términos, preferidos de los renacentistas, está latente el influjo del suave Garcilaso.

-313-

El crítico y una original clasificación

Zaldumbide fue crítico estricto y severo, como lo evidencian sus cartas a Mera, y a otros poetas que le pedían sanción y consejo para sus producciones. Conocía el detalle nimio de la artesanía hermosillezca para acuñar versos y poseía la sabiduría poética. Por eso, no perdonaba defectillos, pero valoraba con certeza toda legítima manifestación de poesía: castigaba y estimulaba; amonestaba y sugería; señalaba imperfecciones de toda índole y aplaudía hallazgos; no prodigaba ditirámicas aprobaciones ni injustificados adulos. Sin ínfulas, sin vanidad intelectual, ejercitaba una benéfica rectoría en las letras, una sabia docencia de censor, que permanece, no sabemos si subestimada o desconocida, como la influencia de mentor en la promoción romántica que desplegó el poeta Miguel Riofrío, el de los aplausos a «Canto a la Música».

Admitía el crítico Zaldumbide una esencial clasificación dicotómica en la producción poética: composiciones hechas con gana y con desgana. Habló de la gana como impulso para elevar el alma hasta ese trance en el cual se engendra la palabra poética o como la «óptima disposición para apreciar el verso». Esta simple y vital posición la expresó claramente en una carta a Mera, criticando una composición no bien lograda. «Creo, le decía (debajo de mejor parecer), que su composición 'A la Laguna de Colta' peca bastante contra los requisitos que me he atrevido a apuntar. Encuentro artificio en ella; pero esto es más fácil repararlo que explicarlo; usted mismo ha gala dormir por algún poco de tiempo, y después léala, y le notará bien lo artificioso y poco fluido; y aun esto no lo haga usted así, a cualquiera hora, sino cuando natural y especialmente se sienta atraído por el deseo de leer buenos versos, quiero decir, cuando sienta bullir en su mente el espíritu poético, aquel no sé qué, ese intrínquis -314- de poesía, esa segunda percepción de los sentidos del alma. Cuando uno no espera para escribir que se le venga esta hora propicia, los versos salen pujados por falta de gana», (como dijo Quevedo de unas lágrimas).

¿Acaso en estas clarísimas ideas sobre la gana no se adelanta a exponer conceptos que ahora se los cree novedosos? Luego concluye: «y puede la obra entonces manifestar talento y habilidad en el artífice, pero nunca ocultará el durillo afán que le ha costado, y lo mejor del arte es siempre el saber muy bien esconderlo». Parécenos que este literato para apreciar el talento y la habilidad del criterio tiene asombrosa semejanza con la opinión de Valle Inclán, quien sostenía que en la obra de arte no debe advertirse nunca el esfuerzo, porque ocultar la fuerza es doblarla.

Enfoque final

«Sabio humanista, que había tenido cabal formación», al decir del eximio historiador Julio Tobar Donoso, en el poeta Zaldumbide encontramos una rica gama de influjos provenientes de los autores que constituyen el substrato de nuestra cultura. De allí su elevado sentido de equidad, su penetrante visión no sólo en el campo de las letras sino en las delicadas

cuestiones internacionales, en la apreciación de los hechos históricos y hasta en los asuntos de orden práctico. Válganos un ejemplo, en que se incluye también a Montalvo, su amigo de erranzas y cogitaciones en el Quito romántico: ambos eminentes letrados sostuvieron, contra la marea dominante, la opinión de que era indispensable armonizar lo grande de España con lo pujante de América, y no empeñarse en separarlas con oleadas de resquemores y odios infecundos, contraproducentes y hasta absurdos.

-315-

En su poesía se saborea «la áurea prudencia del corazón», tan propia de los literatos de la Edad de Oro castellana, a los que prefirió para sus lecturas. Poeta consciente, jamás se prendó de los románticos puramente sentimentales y empenachados de vaniloquios para conquistar el aura popular.

El poeta Julio Zaldumbide pertenece a la jerarquía de los valores ecuatorianos del siglo XIX. Su vida es un paradigma lúcido para nuestro tiempo de cerrazones, grávido de vulgaridad, saturado de utilitarismo, carente de hidalguía y hermosura en la acción y en la palabra.

Un día el poeta se vio en medio del caos de mezquindades de nuestra política de campanario. Al hombre culto y de manos limpias, que por general asentimiento debía regir la República, le tendió trampa aleve un conciliábulo de ambiciosos. Agudizose, entonces, su desasimiento de las cosas, dio de mano a muchos afanes literarios y púsose a filosofar en serio... Buscó el refugio cuasi maternal de la Naturaleza para sentir con plenitud ese gozo de legítima categoría estética, del cual le hablaba a Mera desde la selva remota: «Me basta sentir como poeta; el ser tenido como tal me importa poco». Tornose agrícola, porque, son palabras de Alfonso Reyes, «el bálsamo de la agricultura mitiga las llagas de la política». Tuvo gana entrañable de oír en plena Naturaleza la voz profunda de Virgilio. «La voz que sabe prestar a la agricultura toda la potencia de la poesía». Y allá fue, a los soleados y franciscanos campos de Pimán, para hundir en ellos sus raíces de sentimiento y darles una alma nueva, florecida de belleza, iniciando con apremiante urgencia, en auroral anuncio, el cumplimiento del mensaje que rezumante de amor a la Patria enviara a las nuevas generaciones Gonzalo Zaldumbide, quien a su regreso espiritual a Cuenca, la ciudad síntesis del alma ecuatoriana, pedía con férvida palabra: «A nuestra tierra desnuda cúbranla nuestros poetas con la profusa yedra de sus cantos. Dé el arte un alma de -316- belleza a nuestros campos humildes. Ya que la historia no los ha revestido aún del prestigio de glorias universales, ya que falta a la novedad de nuestros monumentos la nobleza de las piedras viejas, de majestad milenaria, cúbranlos de viviente y sensitiva hermosura poemas nutridos de savia de amor por el propio suelo».

Selecciones

Primeras poesías

La estrella de la tarde

I

¡Salud, oh estrella de la tarde!, rosa
del jardín del crepúsculo brotada;
¡salud, estrella de la tarde!, hermosa
cual virgen al festín aparejada.

¡Estrella del amor!, cuando te miro
brillar entre las sombras ¿por qué, dime,
triste mi corazón lanza un suspiro
y un ansia vaga de llorar me oprime?

¿Por qué tu puro rayo me estremece?...
¿Por qué, oh Natura, si tus cuadros veo
a esta hora melancólica, padece
mi alma, mecida en triste devaneo?

¡Vaga tristeza! ¡Envuélveme en tu velo!
Guía mis pasos por la hojosa alfombra
de estos hermosos árboles; anhelo
sólo silencio, soledad y sombra...

La dulce sombra de mi amada, a solas,
vendrá tal vez a suspirar conmigo,
junto a este río de dormidas olas,
de los placeres de los dos testigo. 20

-320-

II

Era la tarde. Aquí bajo estos sauces,
sentado al margen de este mismo río,
yo te miraba, estrella, en el sombrío

crepúsculo brillar.

El agua en su cristal te reflejaba 25
y corría con plácido murmullo;
de la tórtola oía el blando arrullo
del aura el suspirar.

Y yo esperaba con el alma triste,
inquieto el corazón y palpitante; 30
atento oyendo de la brisa errante
el más leve rumor;

y al fin de tantas, tan amargas horas
de vano padecer y ansiar penoso,
¡ay! esperaba el término dichoso 35
de mi acerbo dolor.

La sombra del cuidado, de mi frente,
al escuchar tu voz desaparecía,
a tu celeste aparición latía
mi amante corazón. 40

La esperanza que el pecho me agitaba
se exhaló al aire en canto melodioso;
mi lira resonó con vagaroso,
melancólico son.

III

Cual sílfide ligera que del prado 45
no huella con sus pies la leve alfombra,
cual con callado vuelo, entre la sombra
viene un ángel al triste a visitar,
por entre la espesura de ese bosque,
y de la tarde al esplendor de rosa, 50
ligera y sin rumor, cándida, hermosa,
cuán venturoso, la miré llegar.

-321-

Después, tú viste, estrella de los cielos...

Mas, ¿quién podrá contar lo que tú viste?
¿Dónde una misteriosa lengua existe 55
que dé su acento al inefable amor?
¡Ah! ¡si supiera hablar como las auras
que vagan por el aire y se adormecen
en tálamos de flores, o estremecen
los árboles con plácido rumor! 60

Si fuera el ruiseñor enamorado
que cuenta a los rosales sus dolores
que revela a la brisa y a las flores
los ardientes secretos de su amor;
si tuviera la lengua del arroyo 65
que manso corre por el prado hermoso,
que bulle en los jardines sonoro,
o salta del marmóreo surtidor.

Entonces, al compás de mi arpa triste,
contara mi secreto a las auroras, 70
a la luna y al sol... a todas horas,
y siempre, siempre con igual fervor.
Mas quede oculto: el sello del silencio
guarde en mi alma el tesoro de ternura;
y cuelgue el arpa aquí de mi ventura... 75
¡ya el placer, el amor, todo pasó!

¡El placer, el amor!... ¡Ah! mi existencia
de nuevo la tristeza martiriza;
esta lágrima, oh Dios, que se desliza
te dice sola lo feliz que fui. 80
Cuando luce la estrella vespertina,
vuelvo a pensar en mis pasadas glorias
y en la copa feliz de mis memorias
vuelvo a beber el néctar que bebí.

-322-

Las estaciones

A Laura

Cuatro estaciones hay en nuestra vida
como en el año, Laura:
Una en que el cielo es puro, mansa el aura,
que corre entre las flores adormida:
ésta es aquella dulce edad primera, 5
de nuestra vida alegre primavera.

Tras ésta viene aquella que aquilones
tan furiosos desata,
que nuestras ilusiones arrebató,
y nos deja por fin sin ilusiones; 10
como el ventoso otoño que despoja
de su verdor el bosque hoja por hoja.

Después, muerta la fe, la ilusión ida,
y en su lugar la duda,
nuestra existencia en soledad se muda, 15
se esteriliza el campo de la vida
al abrasado soplo del hastío;
ésta es la edad sin flor, es el estío.

Y viene en fin aquella edad sombría
de miserias cargada, 20
que ya se hunde en las sombras de la nada,
-323-
la escuálida vejez, la vejez fría,
envuelta de dolor en las tinieblas:
invierno triste de ateridas nieblas.

Y estas cuatro estaciones de la vida, 25
una tras otra vienen,
y pasan ¡ay! y nunca se detienen
del raudó tiempo en la veloz corrida,
que sacando a los hombres de la nada
los lleva de la muerte a la morada. 30

A Laura

Flota en los aires, de la tarde el velo;
y al mismo paso que las sombras cunden
de la atezada noche en el espacio,
dolorosos y oscuros pensamientos
nacen dentro del alma y se difunden. 5

Contempla, Laura, en el tendido cielo
esas nubes que vuelan
arrebatadas de invisibles vientos...
¿A dónde van?... Mi triste fantasía
suelta vagando, por doquiera mira 10
misterios que al placer no se revelan.
Parece que suspira
en torno nuestro el aura voladora;
parece que al oído
nos dice cosas tales, 15
que sin saber nuestra alma su sentido,
al escucharlas se estremece y llora.

¿Qué es esto, amada mía?...
¿Por qué en hondo silencio nos miramos
y tus ojos se llenan y los míos 20
de repentinas lágrimas?... No ha mucho
que en amorosos juegos la pradera
nos miró andar, sus flores recogiendo:
-325-
tú reías alegre y yo reía...
Y ahora al recuerdo del placer perdido, 25
lloro yo... lloras tú... y ambos callamos.
Laura, la noche avanza y muere el día...
¿Será que el veloz tiempo nos advierte
en esta muda escena de agonía,
que tu pasión así, y así la mía, 30
morirán al venir la oscura muerte?...

Laura, la sombra sube y se adelanta,
y al aire tiende ya su negro tul;
la estrella de la tarde se levanta
al firmamento azul. 35

«Ella verá a los dos», tú me dijiste;
«quiero hablarte a su cándido fulgor».
Hela allí que ya luce; inquieto y triste
te espero dulce amor.

Y no apareces... ¡ay! los ojos míos 40
los vuelvo en derredor con ansiedad,
mirando por los árboles sombríos,
y no hallan tu beldad.

¿Por qué tardas? Hermosa es tu presencia
como en la sombra el astro del amor, 45
paz esparcen tus ojos e inocencia,
y tu frente candor.

-326-

El amor en la adolescencia

E un bel desio, che nasce
allor che men s'aspetía.

Metastasio

¿Quién eres tú, oh muda compañera
de mi tristeza solitaria? Di,
¿quién eres tú que fuese a donde quiera
siempre a mi lado cándida te vi?

¿Por qué al mirarte el alma estremecida 5
siento, y el pecho palpitar de amor?
¿Por qué me ves como a piedad movida?...
¿Qué a ti mi soledad y mi dolor?

¿Qué lazo te une a mí? ¿Qué malhadada

suerte te pudo a un infeliz ligar? 10
¿Eres visión, verdad, sombra de nada,
o de mi vida el genio tutelar?

Acaso vienes tú del alto cielo,
y no sé yo tu celestial misión...
¿A qué viniste? ¿Traes el consuelo 15
a mi desconsolado corazón?

Mis infantiles goces y recreos
no conocieron tu amorosa faz.
¿Creáronte por dicha los deseos
cuyo vago anhelar siento voraz? 20

-327-

Yo no sé, dulce sombra, desde cuándo,
no sé dónde, visión, te uniste a mí;
conmigo estás desde que estoy penando;
junto con el dolor te conocí.

Te veo en el silencio, en los festines; 25
te encuentro allí donde mi planta va,
en el bosque, en el valle, en los jardines;
en ésta, en otra parte, aquí y allá.

Ninfa en el bosque, en los jardines Flora,
grave genio en la agreste soledad; 30
en los campos con sayo de pastora,
con rico velo y manto en la ciudad.

Dulces tus ojos son y pensativos
cual los ojos del ángel del amor;
y vas flechando en mí sus atractivos 35
con muda magia y silencioso ardor.

Tienes la faz de cándido querube,
misteriosa mujer, sombra ideal;
vaporoso es tu traje cual la nube,
y liviano tu talle y virginal. 40

Con la aurora apareces en oriente,
y envuelta en su rosado velo vas;

y aunque te vayas con el sol poniente,
conmigo en la callada noche estás.

Oigo tu voz en la aura pasajera, 45
del arboleda en el fugaz rumor,
cual la voz del deleite lisonjera,
tierna como el suspiro del amor...

Perfecta es tu beldad: pero ¿quién eres?,
no comprendo el arcano de tu ser. 50
¿Has venido del cielo?... ¿Qué me quieres?
Tu nombre y tu misión hazme saber.

-328-

-«¿No revelan mi nombre a tus oídos
»el río, la pradera
»los céfiros floridos, 55
»el cielo, el sol, Naturaleza entera?

»El amor es mi nombre:
»nazco de la esperanza y el deseo
»en el pecho del hombre,
»y soy primero un vago devaneo; 60

»Después soy el placer que en dulce fuego
»el universo inunda,
»y soy el dolor luego
»que le sumerge en lobreguez profunda».

-329-

A las flores

Prole gentil del céfiro y la aurora,
nacida con el don de la belleza;
gracias con que la gran naturaleza
ríe, y su augusta majestad decora.

La luz del sol, que el universo dora, 5
no tanto de su frente en la grandeza,
cuanto en vosotras linda se adereza,

y con matiz más gayo se colora.

En el campo del éter las estrellas
son flores celestiales, y en el suelo 10
vosotras sois estrellas de colores.

Tan puras sois, en fin, al par que bellas,
que pienso que del mundo el claro cielo
no tiene cosas más... que almas y flores.

-330-

Espera

(De Víctor Hugo) - Traducción - Esperaba, desesperaba.

Ardilla, sube a la rama
de la corpulenta encina
que tiembla, al cielo vecina,
del aura al soplo menor;

cigüeña, a las torres fiel, 5
oh, vuela con ligereza
del campo a la fortaleza,
del campanario al torreón.

Vieja águila, de tu nido
vuela al monte centenario 10
que envuelve como un sudario
la blanca nieve invernal;

y tú, a quien muda en el lecho
nunca halló la bella aurora,
sube, sube voladora 15
al cielo, alondra vivaz.

Y ahora, de lo alto del árbol,
de lo alto del campanario,

desde el monte centenario
y desde el cielo turquí, 20

en el brumoso horizonte,
¿no veis flotar una pluma
y un caballo entre la bruma?...
¿No veis mi amante venir?

-331-

Trova

Son tus ojos dos estrellas
que derraman luz y amores
 celestial;
y luces entre las bellas,
como el lirio entre las flores 5
 virginal.

Tú, la más linda en la danza,
tú, la de más gentileza,
 más primor;
y puestas en la balanza 10
mil bellezas, tú belleza
 la mejor.

Feliz aquel que se abrace
en la lumbre de tus ojos
 seductores; 15
feliz quien su vida pase
en tributarte de hinojos
 su amores;

y por ti viva gimiendo,
por ti viva suspirando, 20
 por ti muera;
aunque se fuere volviendo
un sueño el bien que, soñando,
 de ti espera:

-332-

que no han de ser duras penas 25

las que por ti en los amores
le vendrán,
y del amor las cadenas
pesadas no, mas de flores
le serán. 30

Dichoso quien de tu boca
suspire por solo un beso
de ambrosía,
y en la ilusión que él evoca,
sea tu sombra su embeleso, 35
noche y día.

Y de la noche a la aurora
de un alba a la otra, soñando,
crea cierto
que de hinojos te enamora, 40
y entre un sí y un no, temblando,
dude incierto:

que esa angustia que le prensa,
esa profunda zozobra
que le abisma, 45
tiene en sí su recompensa:
el dulce placer que cobra
de sí misma...

¡Oh, quien goce de tu amado
labio las sonrisas llenas 50
de consuelo,
podrá decir que ha gozado
en este valle de penas
todo un cielo!

Y aquel feliz que obtuviera 55
un beso en prenda inefable
de tu amor,
¡vive Dios! que no dijera
que la vida es yermo horrible
de dolor. 60

Al dolor

Hiere, hiere, ¡oh Dolor! He, aquí desnudo
mi inerme pecho: el protector escudo
que en otro tiempo rechazó tus dardos,
roto en pedazos estalló a tus golpes,
y contra ti ya nada me defiende. 5
¡A ti me entrego en mi fatal despecho!
Hiere, pues, rompe, hiende,
destroza sin piedad mi inerme pecho.
Pero sabe, oh Dolor, que, aunque rendido,
a ti me doy perdida la esperanza; 10
no me verás doblar la erguida frente
y el rudo bote de tu ardiente lanza
del corazón herido
no arrancará ni queja ni gemido
ni de su llanto hará correr la fuente. 15
Y acaso el solo ruego
que escuchen de mis labios tus oídos,
será que de tu brazo formidable
en mí descargues tan tremendo y fuerte
que con sólo ese golpe me des muerte, 20
dando fin a esta vida miserable.

-334-

A mis lágrimas

Corred, lágrimas tristes,
que es dulce al alma mía
sentiros a raudales
del corazón manar;
corred, que los suspiros 5
que exhalo en todo el día
las ansias de mi pecho
no bastan a calmar.

Triste, férvido llanto,
tus gotas de amargura 10
mitigan celestiales
la sed del corazón;
y sólo tú suavizas
mi horrenda desventura,
y sólo tú consuelas 15
mi lúgubre aflicción.

Que cuando de la cima
de dulce venturanza
desciende el alma al golpe
del dardo del pesar, 20
si entonces con la dicha
perdemos la esperanza,
nos queda sólo el triste
consuelo de llorar.

-335-

Y así la flor marchita 25
revive del consuelo
con lágrimas regadas
por lóbrego dolor,
como al nocturno llanto
de tenebroso cielo 30
cobran las flores secas
su aroma y su color.

Corred, lágrimas mías,
consuelo a mis dolores;
en férvidos raudales 35
del corazón manad;
y así, de mis ensueños
revivan ¡ay! las flores
que ha marchitado el rayo
del sol de la verdad. 40

-336-

A mi corazón

¡Corazón! ¡Corazón! ¿Por qué suspiras?
¿Por qué los muros de tu cárcel bates?
Es imposible, corazón.... ¡Deliras!
Infeliz corazón, en vano lates!

Siempre contuve tu ímpetu violento 5
desde que pude conocer el mundo;
siempre fui sordo a tu amoroso acento,
sin tener compasión de tu ¡ay! profundo.

¿Sabes por qué? Tras vanas ilusiones
(ilusiones no más, bien lo sabía) 10
quisiste ir como otros corazones
a buscar, necio... ¿qué?, lo que no había.

A buscar el amor... amor no se halla;
a buscar la virtud... la virtud, menos;
por eso yo te opuse firme valla, 15
y no tuviste días de horror llenos.

Conozco el mundo y sé la red que tiende:
su mano oculta enherbolada vira
a cuya punta el corazón aprende
lo que va del amor a la mentira... 20

Y tú querías con ardor vehemente
lanzarte al mundo, ciego en el engaño;
ibas a perecer, pobre inocente,
al filo de su arma, el desengaño...

-337-

¡No, jamás corazón! Cese tu acento; 25
calma tu afán, desecha la esperanza;
ese bien que demanda tu lamento
es un bien que en el mundo no se alcanza.

¡La virtud! ¡La virtud!... es vano nombre;
sonar la oírás en nuestra impura boca, 30
pero en verdad no la conoce el hombre
ni responde a su voz cuando la invoca.

¡El amor! ¡El amor! Dulce consuelo,
supremo goce de la humana vida,
única flor que aromatiza el suelo, 35
felicidad del cielo descendida...

Mas, otra vez, oh corazón, suspiras
y el fuerte muro de tu cárcel bates.
¡Es imposible, corazón!... ¡Deliras!
¡Infeliz corazón, en vano lates! 40

El llanto

Cuando yo considero que en la vida
no he cogido de amor ninguna rosa;
cuando no miro en duda tenebrosa
surgir lejana una ilusión querida;

cuando de hiel colmada la medida 5
de mi dolor el cáliz rebosa;
cuando el alma en su lucha tormentosa
se postra al fin sin fuerzas abatida,

la frente inclino; en abundante vena
desátase mi llanto, y baña el suelo, 10
y mi alma poco a poco se serena.

De la tormenta así el nubloso velo,
revuelto en confusión, se rompe, truena,
desciende en lluvia, y resplandece el cielo.

Madrigal

¿Qué dices, Laura, de esta flor? ¿Qué hermosos
sus pétalos en lustre y en color!
Mira con qué arte agrúpanse graciosos
del frágil tallo asidos al redor.

Empero, ve de un soplo disipada 5
tanta hermosura... ¡Efímero primor!
¿Qué ves ya de la flor? El tallo... nada,
porque en no habiendo pétalos, no hay flor.

Ahora, Laura, dime: ¿De qué el emblema
aquellas hojas y este tallo son? 10
¿De tu placer, de tu beldad suprema,
de tu inocencia o tu fugaz pasión?

No imagen tuya, Laura, esas caídas
hojas, y el despojado tallo son:
las hojas son mis ilusiones idas 15
y el tallo es mi desierto corazón.

-340-

En tempestad sin tregua de bonanza...

En tempestad sin tregua de bonanza
sufrir, llorar, de amor la pena dura,
sin ver para más grande desventura
ni en tu esquividad ni en mi dolor mudanza.

Fingir acaso en bella lontananza 5
dichoso porvenir a mi tristura;
ver luego disiparse su luz pura,
y, cual siempre, quedar sin esperanza.

Aquéste es mi destino, Delia impía.
Mas, tú contemplas con desdén mi llanto... 10
¡Ay! Si has de ser de piedra a la agonía

del pobre corazón que te ama tanto,
¿de qué me ha de servir esta traidora
llama que en él prendiste y le devora?

-341-

Yo vi esa triste nube...

Yo vi esa triste nube el firmamento
apacible cruzar en claro día,
brillante de arrebol y de alegría
cual de mi dicha el rápido momento.

En medio del celeste pavimento 5
que en purísima luz resplandecía,

en las auras del cielo se mecía,
como en sueño de amor el pensamiento.

Mas, ay, que huyó su brillo y hermosura
al estallar el trueno en la alta cumbre, 10
y ahora la miro en tempestad oscura,

en centellas arder de roja lumbre:
imagen triste de mi cruel Señora,
¡antes tan dulce, y tan airada ahora!

-342-

De La Naturaleza

La mañana

Leve cinta de luz brilla en Oriente,
como la fimbria de oro
del ropaje del sol resplandeciente;
y éste es el nuncio de la luz del día.
El pueblo de las aves que dormía 5
en el regazo de callada noche
rompe el silencio en armonioso coro,
y un cántico levanta al que infalible
su cotidiano sol al mundo envía.

Raya el alba; las sombras que esparcidas 10
por los aires, tejían silenciosas
el tenebroso velo
en que yacía envuelto el ancho suelo,
ciegas ante la luz y confundidas
se rompen, al ocaso retroceden, 15
y el espacio y el cetro al día ceden.
Recoge el manto la vencida noche,
y aparece triunfante
entre aplausos y goces de victoria,
en su inflamado coche, 20
el Rey del Cielo espléndido y radiante.

-343-

Cunde al punto la luz de la mañana,
se alegra el valle, el monte resplandece,
la niebla que en la noche cubrió el suelo
se rompe fugitiva y desvanece, 25
o en ondeantes penachos sube al cielo.
Bulle el viento en los árboles sonoro,
brilla en las verdes hojas el rocío,
murmura el arroyuelo
entre las flores dulce, y más osado 30
rumor levanta el impetuoso río;
allá resuena la floresta umbría
con el alegre, bullicioso coro
de pájaros cantores.

Despiertan la cabaña y la alquería; 35
del humo del hogar al cielo sube
la doméstica nube,
y la vista recrea
el afanar del laborioso día:
ya el labrador empuña el curvo arado, 40
y alegre con la idea
de la futura henchida troje, rompe
el seno inculto del fecundo suelo,
poniendo la esperanza y el cuidado
en el labrado surco y en el cielo; 45
se abre el redil y saltan las ovejas
y vanse por el campo derramadas
la tierna grama que mojó el rocío
paciendo regaladas.
Allá se agita, la afanosa siega 50
y la dorada espiga
al corvo diente de la hoz entrega
el precioso tesoro,
galardón del sudor y la fatiga.

¿En dónde estás ahora, 55
oh noche, ciega noche engendradora
de larvas espantosas?
¿Dónde llevaste ya tu triste luna,
y tu corte de estrellas silenciosas?
-344-
Éste es él sol, que el alto cielo dora. 60
Éste es el sol, que viste
la campiña de espléndidos colores:
pintadas brillan a su luz las flores;
a su luz resplandece
la vívida esmeralda de los montes, 65

y aspirando en su luz Naturaleza
de inmortal vida el poderoso aliento,
rejuvenece su inmortal belleza.

Éste es el sol, a cuya luz el mundo
sacude el sueño que durmió profundo 70
en tu regazo, oh noche, y resonante
gira de nuevo en su eje de diamante,
lleno de juventud, de vida lleno,
como en aquel primero día, cuando
el ciego Caos fecundó tu seno, 75
y echaste dél afuera
la creación entera
que giró en los espacios rutilando.

¡Salve, oh tú esplendoroso
Rey de los otros orbes, sol fecundo! 80
Mi voz con la del mundo,
salve, te dice, genitor glorioso
de toda vida y todo ser que encierra,
por cuanto abarcas en tu luz, la tierra.

¡Cuán de otra suerte, oh sol, te saludaba 85
cuando yo, de los hombres
en el común tropel iba mezclado,
de la ciudad habitador hastiado!
El corazón marchito, el alma fría,
cegada ya la fuente 90
del entusiasmo, y el estéril tedio
consumiendo la flor de mi existencia,
mi juventud amada.

Tal era yo aquel tiempo, y tal vivía;
y entonces maldecía 95
tu refulgente luz, tu luz sagrada
porque ella no traía
placer al alma, ni al dolor remedio.

-345-

¡Ya ese tiempo pasó!... Hora que el cielo,
propicio en fin, mis votos ha cumplido, 100
dándome horas de paz, serenos días;
húndase en las tinieblas del olvido
esta de gran dolor época fiera;
no vengan sus recuerdos

a acibarar mis dulces alegrías: 105
regenerado estoy, y no quisiera
la idea conservar de lo que he sido.

A ti, naturaleza, esta que siento
inmensa vida rebosar en mi alma,
a ti la debo sola; tú eres fuente 110
de vida inagotable: el pecho triste
que se marchita al abrasado aliento.

De mundanas pasiones,
bañado en ti, renacerá al momento
al perdido vigor y nuevamente 115
encontrará perdidas emociones.
El infelice que bebió del mundo
el cáliz del dolor emponzoñado,
el labio ponga en tu raudal fecundo
y beberá el placer... Naturaleza, 120
tal hice yo, y en mí nuevo infundiste
gozo, desconocido a mi tristeza;
por ti mi herido pecho desmayado
vuelve a latir y en nuevo ardor se inflama,
y por ti en fin mi espíritu cansado 125
que aborreció la vida, ¡ya la ama!

-346-

El mediodía

I

En la amena floresta
de un bosquecillo, se alza la espesura,
do el ardor de la siesta
se templó, do murmura
una de humilde vena fuente pura. 5

Allí, cuando subido
el sol a la mitad del alto cielo,
cuando más encendido
su ancho disco sin velo
el aire enciende y abochorna el suelo. 10

Del césped en la alfombra
suelo sentarme de frescor sediento;
un árbol me da sombra,
blanda música el viento
e ilusiones el vago pensamiento. 15

Allí, el sauce, agitando
su ramaje de plácida verdura
recrease mirando
su halagüeña hermosura
en el espejo de la fuente pura. 20

Copa el cedro elevada
esparce en la región do el viento mora:
parece levantada
mano abierta que implora
dulce rocío a la celeste aurora. 25

-347-

Y allí el de los amores
favorito gentil la frente umbrosa
levanta, y en las flores
derrama la amorosa
sombra que plugo a la más bella diosa. 30

Y en dulce compañía
otros árboles crecen allí unidos;
y allí la melodía
de mil vagos ruidos
el ánimo suspende y los sentidos. 35

II

¡Oh, cuán dulce es oír los rumores
de las hojas, del céfiro lira!
¡Oh, cuán dulce aspirar de las flores
la fragancia que el éxtasis inspira!

¡Oh, qué grato escuchar de la fuente 40

el suspiro que apenas murmura!
¡Oh, que dulce sentir su frescura!
¡Oh, que dulce sentir su frescura!

¡Y qué dulce y qué grato y qué hermoso,
entre aromas y paz y armonías, 45
no sentir el volar fatigoso,
no sentir el valor de los días!

¡Y dejar deslizarse serena
esta amarga, esta mísera vida,
como huye esa fuente en la arena, 50
en un sueño de paz adormida!

¡Y vivir sin que llegue al oído
a turbar el silencio profundo
de los hombres el vano ruido,
de ese mar que llamamos el mundo!... 55

-348-

¡Oh!, ¡si aquí, bella Cintia estuvieras,
si al aroma del aura tu aliento,
y tu voz amorosa añadieras
al murmullo del agua y del viento!

¡Si al matiz de estas flores juntaras 60
de tu labio el color purpurino;
si este bello jardín hermosearas
con tu rostro apacible y divino!...

¿Sacrificas la paz de tu alma
a esa vida de tristes pesares? 65
¿No apetece del cuerpo la calma?
¿Te es tan grato el bullir de esos mares?...

Aquí todo es amor, todo amores:
Ama el árbol, el ave y la fuente;
aquí amar aconsejan las flores, 70
y lo enseña la tórtola ardiente.

Aquí habita el placer en las rosas,
do quier vaga un deleite sin nombre,

dice el céfiro aquí tales cosas,
que no dice la lengua del hombre... 75

III

¡Ven, Cintia, ven! A mi amoroso lado.
Aquí, solos los dos, sin más testigos
que las aves, los árboles y el prado,
silenciosos amigos
de secretos amores, 80
me amarás con más fe, con mayor fuego.
Huye el aliento de ese mundo impuro
que cuanto toca lo corrompe luego:
aquí tu corazón será tan puro
como este cielo es puro y son las flores... 85

-349-

Y tú, dejando aparte
esos adornos que inventara el arte
de necia vanidad, y engalanada
con la sencilla flor que la luz cría
del alba nacarada, 90
más hermosa serás que nunca fuiste.
El fastidio, el dolor, la duda triste:
eso el mundo te da; Naturaleza
te ofrece aquí la paz y la alegría
junto con la inocencia y la belleza... 95

IV

Mas, ¿a dónde me llevas
en tu blanda corriente, oh desvarío?...
¡No! tus alas no muevas,
oh, pensamiento mío,
a do has de hallar el desengaño impío. 100

Vuelve, vuelve a los senos
de este ameno recinto; libre gira
por ellos, que a lo menos
aquí nunca se mira

oculta la traición y la mentira. 105

Ve al prado, al cielo puro,
al solitario monte, al bosque umbroso
y volarás seguro;
mas nunca al borrascoso
mar de los hombres vayas ambicioso. 110

Porque allá el viento insano
de las pasiones mueve el desconcierto;
y buscarás en vano
allá tranquilo puerto:
aquí lo tienes más seguro y cierto. 115

-350-

La tarde

Con majestad sublime el sol se aleja,
y el extendido cielo
a las encapotadas sombras deja,
que ya le cubren con umbroso velo.

¡Qué solemne misterio! ¡Qué profunda
de paz y de oración grave tristeza.
ya el sol llega al ocaso
y la noche le sigue a lento paso.

En duelo universal naturaleza
se despide de aquel que la fecunda: 10
triste el cielo se enluta, gime el viento,
el mundo eleva unísono lamento.

Ya el rumiador ganado lentamente
desciende por la húmeda colina;
cansado el labrador deja la era 15
y a su rústica choza se encamina.

¡Qué misteriosa el aura pasajera
suspira y pasa! El ave en sordo vuelo

por las ramas se mete en pos del nido.
Sólo se oye el zumbido 20
de los insectos, que tal vez lamentan
desde la yerba del humilde suelo
la partida del claro rey del cielo.

-351-

¡Adiós, sol refulgente!
Yo también uniré mi voz humilde 25
a la voz elocuente
en que un sentido adiós te envía el mundo.
Tú no puedes parar, ni más despacio
puedes seguir tu arrebatado giro;
la mano omnipotente 30
a recorrer te impulsa sin reposo
las vastas soledades del espacio,
esos serenos campos de zafiro;
pero mañana volverás glorioso
a darnos vida y luz, astro fecundo... 35

De la meditación la voz me llama
a vagar solitario en la arboleda.
Anhelo ahora soledad, silencio...
allí los hallaré. El aura leda
duerme en las flores y la blanda grama 40
el son apaga de mis pasos lentos.

Como las sombras cunden de la umbría
noche en el cielo, así en el alma mía
cunden ya dolorosos pensamientos;
y una hoja que desciende, 45
algún eco fugaz, una avecilla
que errante y solitaria el aire hiende,
la leve nubecilla
que viaja a reclinarsé allá en el monte,
o a perderse lejana 50
en el vago horizonte;
todo me causa una emoción profunda,
me aprieta el alma una indecible pena
y de improviso mi pupila inunda
de inesperado llanto amarga vena. 55

¡Melancólica tarde, tarde umbría!
Desde que pude amar me unió contigo
irresistible y dulce simpatía.
Tú fuiste siempre confidente mía,

-352-

tú fuiste, tú el testigo 60
de mis más tiernos e íntimos deseos
y locos devaneos;
tú de mi corazón, tú de mi alma
el seno más recóndito conoces.
¿Qué lágrimas vertí que no las vieras? 65
¿Exhalé alguna vez triste suspiro
que errando con las auras no lo oyeras?
¿Qué secreto agitó nunca mi seno
que a tus calladas sombras lo ocultara?
¿Qué de sueños de amor y de ventura, 70
qué de ilusiones halagüeñas viste
en mi pecho formarse
con esperanzas halagarme el alma
y para siempre en humo disiparse...!

Todo esto, ¡ay infeliz, todo me acuerda 75
esa tu sombra triste
y sin poder valerme huye la calma
del centro de mi espíritu agitado
y el dique rompe en férvido torrente,
el llanto, por mis ojos desbordado...! 80

¡Es preciso olvidar! Córrase el velo
del olvido sobre ese de amargura
pasado tiempo. A mi dolor consuelo
sólo tú puedes dar, alma natura;
yo por ti el mundo abandoné engañoso, 85
para buscar en ti dulce reposo.

¡Oh, tarde! Estas heridas mal cerradas
que aún sangran y renuevan mi tormento,
pasará el tiempo y las verás curadas.
Nunca de hoy más, halagará mi oído 90
de pérfida ilusión el dulce acento,
ni buscaré la flor do está la espina.
Quiero vivir contento
en esta amable estancia campesina,
aquí cavaré tumba a mis dolores; 95

-353-

y ajeno de ambición, de envidia ajeno
aquí (si tanto diérame la suerte)
como tu sombra espero cada día
esperaré sereno
esa de la existencia tarde umbría, 100
nuncio feliz de la esperada muerte.

El arroyuelo

Arroyuelo que deslizas
tu cristal en la pradera,
tu corriente vocinglera
voy siguiendo con placer:
notando voy en tu curso 5
la variedad inconstante,
en esto tan semejante
a cuanto fue y ha de ser.

De las cosas de la vida
es imagen tu carrera, 10
que así mudan de manera
como tú de dirección;
y por esta semejanza,
al contemplar tu onda fría,
no sé si melancolía 15
siente, o gozo el corazón.

¡Cuántos sitios diferentes
conociendo vas al paso!
Este herboso, ese otro raso;
un florido, otro sin flor. 20
Ya en el llano corres fácil,
ya atraviesas matorrales,
o ya lanzas tus raudales
por pendientes de verdor.

Ya aquí te miro sereno 25
lamer la margen callado,
y quedar como encantado
en un éxtasis de paz;
copiando en tu seno puro
el profundo y azul cielo, 30
y un sauce mecido al vuelo
de los céfiros, fugaz.

Y «así es», me digo pasando,

«así es el hombre que sueña
con la esperanza risueña 35
en el seno del amor;
de la ilusión la aérea sombra
refleja su mente en calma,
y un cielo tiene en el alma
de mágico resplandor». 40

Borbotas en cavidades,
te dilatas con reposo,
o maldices y furioso
de estrechas márgenes vas.
Ya encuentras campo de flores, 45
¡y es de ver cómo allí giras,
cuál te aduermes y suspiras
por no salir dé! jamás!

Bien haces, dulce arroyuelo:
breves los dichosos, largos 50
son los instantes amargos
que tenemos que pasar.
¡Qué bien entiendes y sabes
que la ventura en la vida
ha de llorarla perdida 55
quien no la supo gozar!

Bien haces en detenerte
en este sitio florido;
antes te veas sumido
que dé! intentes salir. 60
-356-
Así pienso yo, arroyuelo,
que en la edad de los amores,
pues es la edad de las flores,
debiera el hombre morir...

¡Cómo te dilatas manso, 65
y enamorado murmuras,
músico de notas puras,
entre una y otra flor!
¡Qué artificioso revuelves
y formas remansos bellos, 70
porque se retrate en ellos
su hermosura y esplendor!

Si de alguna flor consigues
inclinarla a tu corriente,
la besas la dulce frente 75
una y otra, y otra vez;
mas de aquella que no inclinas
trepar por el tallo intentas,
y con suspiros lamentas
tu impotencia y su esquividad. 80

Así el trovador al pie
del castillo en donde mora
la dama a quien enamora,
suspira en trovas de amor;
mas ella ingrata y esquiva 85
acaso en la alta ventana,
escucha el cantar ufana,
pero burla del cantor...

Si de la flor que te burla
el viento arranca una hoja, 90
y a tu corriente la arroja,
ufano con ella estás;
¡y es de ver cómo festivo
en remolino la llevas!
Ya la hundes, ya la elevas, 95
y huyendo con ella vas...

-357-

Mas ¿a dónde, infeliz, huyes?
Vuelve a tu sitio florido,
que le llorarás perdido
cuando no puedas volver. 100
La pendiente te arrebató,
te cupo infeliz destino,
pues él te traza el camino
que tú no puedes torcer.

Un luengo y lóbrego caño 105
a poco que andas te encierra,
y te lleva bajo tierra
a muy distante lugar.
Correrás siempre adelante,
arroyuelo malhadado, 110
por la pendiente arrastrado
hasta arrojarte en el mar.

Quizás de arroyuelo claro
turbio torrente furioso
que nunca encuentra reposo, 115
andando te tornarás;
y entonces de aqúeste humilde
sitio de flores vestido,
donde corríste adormido,
con dolor te acordarás. 120

Así al mortal el destino
le arrebató en su camino
malhadado,
y pasa la edad de amores,
cual tú pasas el de flores, 125
sitio alegre y regalado;

y sigue y es sin piedad,
de una edad en otra edad
impelido,
sin hallar nunca reposo, 130
como tú, cuando en furioso
torrente vas convertido.

-358-

Te arrastra a ti el desnivel,
la mano imperiosa, a él,
de la suerte; 135
y, cual tú en brazos del mar,
él, a la fin, va a parar
en los brazos de la muerte.

-359-

El bosquecillo

Bosquecillo frondoso,
que a las orillas del sonante río
abrigo delicioso
me das en los calores del estío.

Cuando yo te contemplo, 5
mientras abrasa el aire el mediodía,

el misterioso templo
te finge del placer mi fantasía.

Los festivos amores
están en torno tuyo revolando, 10
y en tu lecho de flores
se recuesta el deleite suspirando.

Y al que en tu seno amparas
el numen del secreto dice aerio:
«Sacrifica en mis aras; 15
mis sombras te prometen el misterio».

Y acuden presurosas,
dejando las lejanas arboledas,
las aves codiciosas
de la promesa de tus sombras ledas... 20

Mas yo soy solitario,
no tengo como el ave compañera;
me llama a tu santuario
más grata voz, si menos hechicera:

-360-

¡La voz del ocio blando!... 25
Aquí me tiendo en la mullida alfombra
de tu césped, gozando
la frescura del río y de tu sombra.

Y miro el curso lento
que en la pradera tuerce el sesgo río, 30
y a su música atento
me pierdo en un sabroso desvarío.

Ya ver se me figura
al dios de los pastores y ganados
buscando la hermosura 35
de Eco por los valles y collados.

La ninfa se le esconde
huyendo sus impúdicos amores,
y tan sólo responde

con fugitivo acento a sus clamores. 40

Porque ella aún deplora
los desprecios de Adonis afligida,
y en las cavernas llora
en aerio y vago acento convertida.

Dentro las claras linfas 45
del río, de cristal miro un palacio:
cerniendo están sus ninfas
en cribas de esmeralda, oro y topacio;

y entre ellas el sagrado
numen está del río, muellemente 50
en la urna reclinado,
ceñida de limosa alga la frente...

Todo se anima, todo
cobra voz, cobra vida y movimiento,
y por extraño modo 55
todo lo prueba el vago pensamiento.

-361-

¡Oh, campiña agradable,
que dulcísimo encanto mío eres!
¡Séate favorable
el claro sol, propicia el alma Ceres! 60

Flora te dé fragancia,
no destruya tus galas el invierno;
Pomona la abundancia
derrame en ti de su colmado cuerno.

Y a ti, bosque frondoso, 65
que a las orillas del sonante río
abrigo delicioso
me das en los ardores del estío.

Propicio a tus verdores
te sonría apacible el claro cielo, 70
frutos te den y flores
las estaciones en su raudo vuelo.

Los árboles

Del África abrasada en las arenas,
de la Siberia en el perenne hielo,
en la sierra, en el llano,
del polo al ecuador; con larga mano,
cual las estrellas pobló su vasto cielo, 5
así los espació Dios Soberano
por toda la ancha faz del grande suelo.

Nacen doquier. En número sin cuento
la tierra los engendra y alimenta;
su tronco se levanta al vago viento, 10
y una corona de verdor sustenta
en sus flexibles ramas;
templán del sol las devorantes llamas,
y son gala del mundo y ornamento.

Purifican los aires con sus hojas, 15
hay en sus troncos bálsamos preciosos
que al cuerpo vuelven la salud perdida;
casa apacible, plácida guarida,
y tálamo fecundo de las aves
son sus ramos umbrosos; 20
pendientes de ellos nacen dulces frutos
que ofrecen generosos
a los hombres, las aves y los brutos.

En medio del desierto caluroso
que ardiendo reverbera 25
bajo un sol devorante,
-363-
halla el árabe errante
una umbría palmera
que sosiego y frescura le convida:
¡emblema dulce, hermoso, 30
del amor en el yermo de la vida!

Ciñe el mirto amoroso
la sien de Venus; la apacible oliva

orna la frente de la paz fecunda;
mientras el laurel glorioso 35
entreteje la bárbara corona
que ciñe la iracunda,
sangrienta sien de la feroz Belona.

Del voluptuoso Oriente en los serrallos
sirven para deleite de los moros: 40
allí suspiran y aman las sultanas
a la sombra de grandes sicomoros.

Del Inglés en los parques majestuosos,
en bellos grupos y armoniosas calles
muestran artificiosos 45
hasta do alcanza el arte de los hombres;
y en las selvas de América sin nombres,
a cuya sombra innumerables seres
crecen, se multiplican; muestran sólo
en su grandeza y profusión pasmosa 50
del Creador la mano poderosa.

Ellos son confidentes
de nuestros amorosos pensamientos:
los amantes confían sus tormentos
a sus cortezas rudas; 55
de ellas hacen papel, porque ellas cuenten
sus secretos amores,
sus íntimos dolores
a las agrestes soledades mudas;
y las aves también entre sus hojas 60
suspiran sus congojas,
cantan sus alegrías
y saludan con himnos armoniosos
el despuntar de los brillantes días.

-364-

A su apacible sombra juguetea 65
la festiva niñez, y se recrea
trepando por sus troncos elevados,
suspendiendo columpios en las ramas
para girar cortando el vago viento,
entre aplausos y risas de contento. 70
A su apacible sombra ama y suspira
la juventud ardiente,
y de sus hojas el murmullo vago
hace pasar por su inflamada frente

dulces sueños de amor con que delira. 75

A su apacible sombra, la marchita
ancianidad medita
sobre el pasado bien y el mal presente,
y el son del viento que en las hojas zumba
habla a su alma triste y vagamente 80
de la otra vida que tendrá, infinita.

¡Oh, cuántos los amamos!
¡Oh, cuánto en su hermosura nos gozamos!
Con su frescura y gala nos recrean
en nuestro hogar, y así la humilde choza 85
como el palacio espléndido hermocean.
¡Hasta en la tumba fría
nos hacen apacible compañía!

¡Y, cuánto os amo yo, árboles bellos!
¡Y cuántas, ya de amor, ya de tristeza, 90
o ya de soledad, fugaces horas
pasé a la sombra de las hojas vuestras!
¡Mil secretos de mi alma solitaria,
mil recuerdos de amor viven en ellas;
y siempre que las auras las agitan, 95
en su murmullo animador despiertan,
y una lágrima cae de mis ojos,
y hondo suspiro de mi pecho vuela!
Os amé en otro tiempo de ventura
y ahora os amo más en la tristeza. 100
-365-

Os amé alegre y os adoro triste,
y os he de amar hasta que muerto sea,
y más allá... ¡Ciprés de opaca sombra!
¡Triste ciprés! Vendrás cuando yo muera
a acompañar mi solitaria tumba; 105
¡y allí mi sueño sempiterno, vela!

Poesías filosóficas

La eternidad de la vida

Versos dedicados a mi amigo Juan León Mera

Meditación

I

Cosas son muy ignoradas
y de grande oscuridad
aquellas cosas pasadas
en la horrenda eternidad,
por hondo arcano guardadas. 5

¿Quién pudo nunca romper
de la muerte el denso velo?
¿Quién le pudo descorrer,
y en verdad las cosas ver
que pasan fuera del suelo? 10

Que por fallo irrevocable
padecemos o gozamos
los que a otro mundo pasamos,
es cuanto de este insondable
alto misterio alcanzamos. 15

-367-

Si medir nuestra razón
procura, ¡oh eternidad!,
tu ilimitada extensión,
¡qué flacas sus fuerzas son
para con tu inmensidad! 20

Sube el águila a la altura
del vasto, infinito cielo;
medirle quiere de un vuelo;
mas, toda su fuerza apura,
y baja rendida al suelo. 25

Así el loco pensamiento

se encumbra a medirte audaz;
mas se apure su ardimiento,
y abate el vuelo tenaz
al valle del desaliento. 30

II

En verdad que da tormento
este funesto pensar:
¿En qué vienen a parar
esas vidas que sin cuento
vemos a la tumba entrar? 35

En la tumba, de los seres
precisa fin pavorosa,
remate así de placeres
como de los padeceres
de esta vida trabajosa. 40

En la tumba, oscura puerta
cuya misteriosa llave
vuelve con la mano yerta
la muerte; playa desierta
de donde zarpa la nave, 45

-368-

de la vida a navegar
con brújula y norte inciertos
en no conocida mar,
mar sin fondo, mar sin puertos,
ni ribera a do abordar. 50

III

¿Qué es morir? ¿Qué es la muerte? «Oscura nada,
triste aniquilación», dice el ateo.
¿Todo ser en la tumba se anonada?
¡Error, funesto error! Yo en ti no creo.

Si este que siento en mí soplo divino 55
dentro la huesa en polvo se convierte;
si la esperanza de inmortal destino
se disipa en las sombras de la muerte;

fuera entonces de Dios dádiva inútil
esta triste existencia de un momento, 60
que se disipa como un sueño fútil,
o como el humo vano en vano viento.

¿A qué este don de penas y quebranto?
¿A qué darnos la vida, conducirnos
por un desierto de dolor y llanto, 65
y para siempre al cabo destruirnos?

¡No puede ser! El hombre desdichado,
de gusanillo que se vio en el suelo,
en mariposa angélica trocado,
de la lóbrega tumba vuela al cielo. 70

IV

Y ¿a dónde va quien deja nuestro mundo?
¿A dónde el que en tu sombra, muerte, escondes?
-369-

¡Jamás a esta pregunta, tú, profundo
silencio de la tumba, me respondes!

¿Sus lazos terrenales se desatan? 75
¿Se acuerda del humano devaneo,
o todos sus recuerdos arrebatan
las soporosas ondas del Leteo?

¿Está por dicha con la eterna unida
esta rápida vida que se acaba? 80
¿O allá el amigo la amistad olvida,
y el amante también lo que adoraba?

El amor, la amistad ¿son vanos nombres

que borra el soplo de la muerte helada?
¿Del alma, que no muere de los hombres, 85
son ilusión no más, sombras de nada?

V

Oigo una voz que eleva el alma mía,
voz de inmortal y de celeste acento:
«¿Qué a mí, la muerte ni la tumba fría?»,
dice hablando secreta al pensamiento; 90

«¿Piensas que la segur que hace pedazos
»las cadenas que al cuerpo sujetaron
»mi esencia divinal, los demás lazos
»rompe también, que al mundo me ligaron?

«¿Piensas que del amor, que fue mi vida 95
»en la vida del mundo, me despojo
»estando al otro mundo de partida,
»cual de la arcilla que a la tumba arrojo?

«¡No! No es capricho de la carne impura
»la amistad, o de amor la llama ardiente; 100
»del espíritu si la efusión pura,
»y el espíritu vive inmortalmente.

-370-

»Y así a la eternidad lleva consigo,
»cuando abandona su terrestre estancia,
»amor de amante, o amistad de amigo, 105
»sujetos nunca más a la inconstancia».

VI

Sí, ¡dulce voz! Cuanto me anuncias creo;
quien en ti cree espera y vive en calma,
seas la voz mentida del deseo,
o la voz del oráculo del alma. 110

Triste de aquel que los oídos cierra,
y cierra el corazón a tu consuelo.
¿Qué tendrá el infeliz acá en la tierra,
si la esperanza le faltó del cielo?

Noche será su triste pensamiento 115
que el negro ocaso ve, mas no la aurora;
en su pecho la muerte hará aposento,
anticipada a la postrera hora.

Que será como sombra ver la vida,
como sombra el placer que llega y pasa; 120
ver la dicha en el mundo tan medida,
¡y no esperarla alguna vez sin tasa!...

Sí, ¡profética voz! tu acento tierno
llega a mi corazón, consolatorio;
tú en la muerte el placer pintas eterno, 125
y el dolor en la vida transitorio.

Por ti el amor que aquí se desvanece
cual tierna flor que se deshoja al viento,
más allá de la muerte reflorece
de las eternas auras al aliento. 130

-371-

Tú la dicha nos pintas duradera,
y la gloria del cielo en lontananza,
borrada del sepulcro la barrera,
y trocada la muerte en esperanza...

¡Bella esperanza! cuando ya cercano 135
me hallare yo a la tumba apetecida,
mis ojos cerrará tu dulce mano,
y olvidaré el tormento de la vida.

-372-

Al sueño

En otro tiempo huías
de mis llorosos ojos, sueño blando,
y tus alas sombrías
lejos de mí batías,
el vuelo en otros lechos reposando. 5

A aquel lecho volabas
en que guardan la paz las mudas horas,
y el mío abandonabas,
porque en él encontrabas
en vigilia a las penas veladoras. 10

Donde quiera que miras
lecho revuelto en ansias de beleño,
en torno dél no giras;
antes bien te retiras,
pues de las penas te amedrenta el ceño. 15

Y así huyes la morada
soberbia de los reyes opresores,
y envuelto en la callada
sombra, con planta alada
a la chozuela vas de los pastores. 20

Del infeliz te alejas;
con su dolor en lucha tormentosa
solitario le dejas;
no atiendes a las quejas,
y sólo atiendes a la voz dichosa. 25

Enemigo implacable,
de cruel dolor y criminal conciencia,
de voz inexorable,
y compañero amable,
y amigo de la paz y la inocencia... 30

-373-

Si en otro tiempo huías
de mis cansados ojos, sueño blando,
y las alas sombrías
lejos de mí batías,
el vuelo en otros lechos reposando. 35

Hora al mío te llegas
solícito, sin fuerza y sin ruido;
ya a mis ojos no niegas
tu beleño, y entregas
mis sentidos a un breve y dulce olvido. 40

Las que no se apartaban
penas insomnes de mi lado, oh sueño;
las que siempre velaban,
esas que te ahuyentaban
con su torvo, severo y triste ceño, 45

volaron ya; despierta
miras en su lugar la paz ansiada;
libre quedó mi puerta,
y ya no ves cubierta
de espinas dolorosas mi almohada. 50

Mi conciencia no grita
para asustar tu asustadizo vuelo,
ni la ambición me irrita,
ni mi pecho palpita
en pos de alguna vanidad del suelo. 55

Desde este mi sereno
retiro escucho el rebullir del mundo
a su tumulto ajeno,
como si oyese el trueno
que retumba en remoto mar profundo. 60

Y digo: ya agitaron
las ondas de esa mar mi barco incierto;
los vientos le asaltaron,
sus velas se rasgaron;
mas, llegó salvó a este abrigado puerto. 65

A ti me acojo, soledad querida,
en busca de la paz que mi alma anhela
en su ya inquieta y procelosa vida;
mi nave combatida
por la borrasca de la mar del mundo, 5
esquiva ya su viento furibundo,
y en busca de otro viento sosegado
dirige a ti su desgarrada vela,
¡oh!, puerto deseado
en que la brisa de bonanza vuela. 10

Tú levantas el ánimo caído,
bálsamo das al pecho lacerado,
das nueva vida al corazón helado,
y aliento nuevo a su vigor perdido.
El alma que perdió su lozanía 15
y fuerza soberana,
junto con su ilusión y su alegría,
allá en la estéril sociedad humana,
en tu repuesto asilo,
en tu seno tranquilo 20
feliz respira al fin; sus ya enervadas
alas despliega, y remontando el vuelo,
halla para espaciarse un vasto cielo,
y recobrada la calor perdida,
con vida nueva torna a amar la vida; 25
así el ave, encerrada
dentro la estrecha jaula, se entristece,
-375-
pierde luego el vigor desalentada,
y en su prisión doliente desfallece;
pero si encuentra acaso la salida 30
que en su afán vigilante vio cerrada,
dejando libre paso a la partida,
rauda se lanza a la región del viento,
y el orgulloso vuelo desplegando
se espacia por el ancho firmamento. 35

Heme ya libre del tropel humano,
y contigo, ¡oh Natura, a solas heme,
y con tus montes y extendido llano!
Heme lejos, en fin, del aire impuro
que respiran las miserables ciudades, 40
sin oír el de dolor vago lamento
que en su recinto oscuro
se escucha sin cesar: ¡Héme aspirando
bajo tu abierto cielo inmensurable,
con placer inefable, 45

el aire libre, embalsamado y puro;
y en vez de humanas voces, escuchando
el apacible acento,
la melodiosa voz del vago viento!

En tu agosto retiro, 50
¡oh soledad!, los hombres olvidemos,
la vista separemos
del teatro infeliz de los mortales.
Caos de confusiones,
angustioso espectáculo de males, 55
furioso mar que ruge alborotado,
do silba el huracán de las pasiones,
do se oye el alarido desgarrado,
y el eternal suspiro
que elevan a la par los corazones. 60

Demos todo al olvido:
los hombres y su mundo corrompido.
Deja a mi corazón, antes opreso
por insufribles penas,
respirar libre de su enorme peso; 65
-376-
deja que mi alma rompa las cadenas
con que la ató el dolor, y alzando el vuelo
se espacie alegre por tu inmenso cielo;
y deja, en fin, que tienda la mirada,
tanto tiempo a un mezquino y nebuloso 70
espacio reducida,
por la verde campiña dilatada,
por tus claros y abiertos horizontes
y el rudo aspecto de sus grandes montes.

Bajo tu amparo, en tu sereno asilo, 75
¡oh soledad!, yo viviré tranquilo;
yo olvidaré la angustia de la vida,
no sentiré su peso,
vagando en tu pradera florecida,
y por el fresco laberinto errando 80
de tu amena floresta y bosque espeso,
yo desoiré la voz de mis dolores
por la canción del aura entre tus flores,
y el murmurar de la apacible fuente,
que baña tus jardines, resbalando 85
entre lirios y rosas mansamente.
Y en tu retiro y deleitable calma
iranse poco a poco disipando

algunas sombras de mi triste frente,
y el padecer del alma. 90

¡Oh! vosotros que dais, árboles bellos,
sombra a la tierra, al aire galanura;
aves alegres que moráis en ellos
y con canciones adormís las horas;
volubles vientos que mecéis festivos 95
las copas cimbradores;
diáfanas fuentes que esparcís frescura
al prado, al aire, a la arboleda oscura;
arroyos fugitivos
que corréis por hallar muelle reposo 100
dentro del huerto umbroso,
y entre las flores plácido remanso...
¡Árboles, aves, vientos, aguas puras,
llegó por fin el día,
-377-
que tanto ansié, de haceros compañía! 105
Vengo en vosotras a buscar descanso,
vengo a olvidar mis crueles amarguras;
de hoy más, junto a vosotros,
vuestra vida será también la mía.

Cuando el alba las puertas del Oriente, 110
coronada de aureolas de oro,
abra al rey del espacio refulgente,
uniré la voz mía
al de las aves armonioso coro,
por saludar al sol del nuevo día; 115
y cuando éste, inclinado al Occidente,
recoja su llameante vestidura
en los tendidos cielos esparcida,
yo y la bella natura,
que queda lamentando su partida, 120
nuestro adiós le daremos de amargura.

Y así en este continuo y dulce giro
de días y de noches,
con la naturaleza
en grata comunión, huirá la vida 125
entre contento y paz; ya no el suspiro
se oirá en mis labios, ni en mi frente erguida
las sombras se verán de la tristeza...
¡Oh! ¡Diérame la suerte
aquí vivir, ajeno de pesares, 130
y aquí esperar la muerte,

arrullando con plácidos cantares
el sueño arrebatado de las horas,
pues que son, como un sueño, voladoras!

-378-

La noche

Meditación

¡Oh noche! ¡Oh madre de la luz! Ahora
tú reinas en los ámbitos del cielo;
lejos huyó la luz deslumbradora,
cayó el rumor que levantaba el día,
y en tu regazo inmóvil duerme el mundo. 5

En el silencio general profundo,
ni se ve ni se siente el sordo vuelo
de tus calladas horas. Honda calma
reina doquiera, y dentro de mi alma.
Y ¡qué insólita calma! Noche pía, 10
tú me la infundes por la vez primera,
yo en otro tiempo al bullicioso día,
perseguido de insomnios, le imploraba
que te usurpase el mando de la esfera.
Yo en su bullicio mi dolor ahogaba, 15
y en su inquietud mis penas aturdía;
mas en tu muda soledad me hallaba
a solas con mi triste compañera,
la fiel tristeza; y me donaba el sueño
su deseado olvido y su beleño. 20

La paz ahora envías a mi seno,
y mis insomnes penas adormeces;
plácenme ya tus sombras, tu sereno
imperio en el espacio de astros lleno.

-379-

Ahora te bendigo, ¡noche augusta! 25
Ya el tardo vuelo de tus graves horas
no más maldecirá mi boca injusta;
no iré a turbar tu plácido reposo,
ni a lastimar tu adormitado oído,

rompiendo tu silencio majestuoso 30
por entregar pesares al olvido
en bullente festín o impura orgía,
de tu quietud profanación impía.

Más noble ocupación, más digno empleo
daré a tus horas de silencio y calma. 35
Los innúmeros astros que en ti veo,
las bóvedas del cielo majestuosas,
páginas son en que asombrado leo
y aprendo ahora sobrehumanas cosas;
en las alas del éxtasis mi alma 40
arreatada va de mundo en mundo:
vuela, sube, desciende, vaga, gira
y mide la magnífica estructura
del universo; y reverente admira
en concierto inmortal, maravilloso 45
con que los astros rompen esa pura
región del cielo en giro luminoso.

Esta quietud universal, profunda,
el vago horror de las calladas sombras,
la muchedumbre de astros infinita 50
que del cielo los ámbitos inunda;
dentro infunden del alma que medita
dulce contemplación. El firmamento
es un libro de arcanos do se aprende
la ciencia de las ciencias, libro santo 55
abierto sólo al noble pensamiento
que a buscar la verdad su antorcha enciende,
que a las regiones de la luz se lanza,
y en pos de aquellos mundos vuela tanto
que al más remoto en raudo vuelo alcanza. 60

¡Oh, qué bajo, mezquino y miserable
noto este mundo lóbrego en que habito,
-380-
cuando miro la suma innumerable,
y en la grandeza y número medito
de esos mundos de luz! ¡Cuánto disuena, 65
este que el hombre mueve vano estruendo,
en la música aérea y armonía
con que del viento en la región serena
giran los otros orbes, dividiendo
en sempiterno revolver las horas 70
entre la noche y el brillante día!

¡Cuántos soles allá con su luz pura
los senos del espacio iluminando!
¡Ay, pero aquí... qué noche tan oscura!
¡Qué inmensidad y qué magnificencia 75
miro allá desplegarse anonadando
la oscura y vanidosa humana ciencia!
¡Qué pequeñez aquí; y a la par, cuánto
de afán, tumulto, estruendo y turbulencia!
Dos elementos sin cesar se agitan 80
debajo las estrellas silenciosas:
la humanidad y el océano; el mundo
les viene estrecho; airados se impacientan,
y traspasar sus límites intentan;
al abismo sus ondas precipitan, 85
hasta el cenit las alzan vanidosos;
mas por rocas eternas quebrantadas
en vana espuma sin cesar revientan.
¡Tanto tumulto en tan pequeño mundo!
¡Tanta soberbia en tan humilde estado! 90
¡Qué alzarse desde el suelo tan profundo!
¡Qué ambicionar desde tan bajo grado!...
Hombre insensato, alza los ojos, mira
al estrellado, augusto firmamento;
cuenta sus astros, su extensión mensura, 95
y dime si tu orgullo es más que viento;
más que hinchazón soberbia tu arrogancia,
tu impotente ambición más que locura,
y todo tu saber más que ignorancia.
-381-

Pon el oído, a ese lenguaje atiende, 100
mudo, pero elocuente de los cielos.
En él la voz de la verdad desciende,
y esa voz rompe los oscuros velos
que ofuscan tu razón, la nube ahuyenta
de tus pasiones, y a la luz radiante 105
de esas celestes lámparas, que alumbran
del espacio los senos más profundos,
el universo entero se presenta
a tus pasmados ojos, te deslumbra,
se postra ante él tu orgullo confundido, 110
y te miras un átomo, habitante
del más oscuro mundo de los mundos,
en la infinita inmensidad perdido...

Mira a lo alto otra vez, observa el giro
interminable, eterno, que los astros 115
por caminos celestes de zafiro
hacen dejando luminosos rastros.

Allá la eternidad pasma tu mente.
Vuelve ahora los ojos a este suelo,
y abate humilde la orgullosa frente, 120
mira la corta senda oscura y triste
que te aparta la tumba de la cuna,
y observa con qué raudo y presto vuelo,
y a costa de qué penas, de la una
a la otra vas... Aquí tus ojos hieren 125
la fatal brevedad de lo que existe
en tu vida y con ella fugaz muere.
¡Oh, qué contraste doloroso al alma
salta ahora a mis ojos, imprevisto!
¡Estrellas inmutables, silenciosas, 130
gloria inmortal y luz del firmamento,
cuántos desde el principio de las cosas,
pueblos, generaciones habéis visto
nacer, crecer, morir y sucederse
como las olas de la mar, sin cuento! 135
La tierra con sus pasos agitaron,
su hirviente muchedumbre llenó el mundo;
y en el tiempo veloz se disiparon,
cual leve polvo al impetuoso viento...

-382-

Todas, todas han ya desaparecido, 140
y otras y otras vendrán innumerables;
vendrán, y se hundirán en el inmenso
y silencioso abismo del olvido,
que lo devora todo y no se colma.
Y vosotros, en tanto, los profundos, 145
los más remotos cielos inmutables
seguís con igual luz iluminando,
que en el día primero de los mundos.
Extrañas a la muerte de los hombres,
extrañas aun a su vivir y nombres, 150
cual lámparas eternas y divinas
el horrendo espectáculo alumbrando
de tantas y tan míseras ruínas.

¡Qué vanas son las cosas de la vida
vistas así, a la luz de las estrellas, 155
a la luz de lo estable y lo infinito!
¡Cuánto más vanos, ay, los hombres que ellas!
¡Placeres que del mundo sois las flores,
cual las flores vivís un fugaz día!
¡Glorias que sois del mundo la grandeza, 160
sueños sois del orgullo engañadores!...
¡Oh!, ved al hombre; ved a este orgulloso

rey del vasto universo: juzga el mundo
su trono; el encumbrado firmamento,
de su trono el dosel esplendoroso. 165
Son la gloria y la ciencia sus blasones,
y los escudos son de su nobleza:
Gloria y ciencia es el título que pone
el regio cetro en su potente mano,
la corona del mundo en su cabeza... 170
¿Y qué cosa es su ciencia, y qué su gloria?
Su ciencia es débil luz que alumbra en vano
oscuras sombras que a romper no alcanza,
y muestra un caos de tinieblas lleno,
de tinieblas más densas que no tuvo 175
el ciego Erebo en su más hondo seno.
Su gloria... ¿qué es la gloria de los hombres?
Allá se lo pregunta a las estrellas,
-383-
ellas te lo dirán: la fama en ellas
con eterno buril graba los nombres 180
de los mortales dignos de memoria...

Misterioso silencio es su respuesta...
Mas ¿qué te importa a ti? ¿Qué mayor gloria
que el ser para ti sólo hecha y compuesta
esta asombrosa máquina de mundos? 185
Tuya es la creación, rey soberano:
la tierra es tu palacio; ignoras dónde
de tu dominio el término se esconde;
tuyo es el universo, alza la frente
espacia tus miradas orgullosas 190
por el vasto, encumbrado firmamento;
las estrellas que ves esplendorosas,
las que ver no te es dado, y las que en vano
pretendiera alcanzar tu pensamiento,
súbditos son de tu potente imperio, 195
tu ley gobierna su ordenado giro,
brillan para tu bien. El rayo ardiente
que el cielo airado sobre ti fulmina,
el mal granizo que tus campos daña,
los vientos que en los mares te sepultan, 200
el volcán que tus obras arruina,
parece, sí, que tu poder insultan,
mas son para tu bien; y su guadaña,
¡oh feliz colmo de felice suerte!,
para tu mismo bien blande la muerte... 205

A María47

Vergine Madre, figlia del tuo Figlio,
umil ed alta piu che creatura,
termine fisso d'eterno consiglio,
Tu se'colei che l'umana natura
nobilitasti sí che'l suo Fattore
non disdegnó di farsi sua fattura.

(Dante, Paradiso, canto 33)

Esposa casta, Virgen sin mancha,
augusta madre e hija de tu Hijo;
de las cosas del mundo maravilla,
del consejo de Dios término fijo.

Tú, de las criaturas soberana, 5
siendo la más humilde criatura,
ennobleciste la natura humana,
haciendo que su Autor fuese su hechura.

Y por tu alta humildad y tu pureza
al firmamento encima de las nubes, 10
del suelo, que produjo tu belleza
te alzaron en sus palmas los querubes.

Las estrellas coronan ya tu frente,
son la luna y el sol tu vestidura;
te alzó altares la tierra reverente, 15
y el cielo se adornó con tu hermosura.

-385-

Y allá estás, de los hombres abogada,
del humano dolor aliviadora;
de tu origen mortal nunca olvidada,
entre el cielo y la tierra intercesora. 20

Nos dejaste en el mundo santo ejemplo

de virtud y dolor; la luz divina
nos nació de tu vientre, que fue templo
de aquel Sol que los soles ilumina.

Humana imperfección divinizaste 25
en tu humana hermosura inmaculada,
y en la beldad del alma atesoraste
perfección de los cielos humanada.

Nos enseñaste castidad; modelo
de sufrimiento fuiste en la amargura; 30
eres la luz a un tiempo y el consuelo
de nuestra atribulada vida oscura.

Tú al indocto y al sabio enseñas ciencia,
humildad al soberbio, fe al dudoso,
al malsufrido muestras la paciencia, 35
y al que padece, galardón glorioso.

Jamás al que te ruega desamparas
ni hay súplica por ti desatendida;
la flor que pone en tus benditas aras
el que te ofrenda, nunca va perdida. 40

A estos que el mundo llama desdichados,
al pobre humilde, al débil y al que llora;
a los que aquí se ven desheredados,
tú los acoges Madre y protectora:

que los bienes mortales de esta vida 45
tienen nombre en la eterna diferente,
y tienen otro peso, otra medida
en la balanza de oro de tu mente.

-386-

El niño aprende a balbucir tu nombre;
te nombra el moribundo en su agonía; 50
tu nombre canta el ave y reza el hombre;
suena en el himno angélico: ¡María!

¡Oh Reina del cielo y de la tierra,
fuente viva y perenne de dulzura,

iris de paz en la mundana guerra, 55
faro y estrella de esta mar obscura!

Flor de la gracia, sol de la pureza,
de la noche mortal triunfante aurora,
de la prole de Adán suma nobleza,
y de la empírea, dulce Emperadora. 60

Si la virtud te hizo soberana
sobre el hombre y los claros serafines,
si Dios en ti tomó la carne humana,
su designio entendemos y altos fines.

Nos quiso, pues, decir que la lazada 65
sola que anuda nuestro mundo al cielo,
es la Virtud, en ti representada:
hecho está de sus manos el modelo.

Sigamos, pues, la norma que dejaste:
purifiquémonos, pues pura fuiste; 70
bendigamos el llanto, pues lloraste,
y esperamos la gloria que tuviste.

-387-

De Primer centenario de Simón Bolívar

América y Bolívar

Himnos no canta América este día
a un crudo engendro de la horrenda guerra,
en quien no tiene qué admirar la tierra,
sino la ira de Dios, que se lo envía.

Sea en buena hora pasmo y ufanía 5
de un mundo siervo aquel que al orbe aterra⁴⁸
con su ambición, hasta que el Cielo atierra
en él de otro Luzbel la alta osadía.

Que la América libre es templo inmenso
que sólo al alma Libertad endiosa, 10
purgada el ara de servil incienso.

Hoy de la ardiente llama esplendorosa
perfume eleva, de loores denso,
al mayor hijo de la altiva Diosa.

-388-

La tumba de Bolívar

(En la solemnidad del Centenario)

De lauros coronadas y de olivas,
de una tumba al redor cinco matronas
cubren el frío mármol de coronas,
y en la urna vierten lágrimas votivas.

Y tú, Iris de paz, arrancas vivas 5
de esa tumba tus gayas siete zonas;
te encumbras, y salvando el Amazonas,
en el remoto Potosí restribas.

Sellada por cien años enmudece
la tumba; pero el aire centellea, 10
y con clangor de trompas se estremece.

Huele sangre el Cóndor y el suelo otea;
mas sobre el sol el Héroe resplandece
y mirando la pompa se recrea.

-389-

América y España

Bolívar, tú que en mil gloriosas lides
romper supiste del león de España
la ira y poder, con más ilustre hazaña
que hizo en el león Nemeo Alcides;

hoy que sereno con tus pasos mides 5
el prado Elisio; que, la horrible saña
depuesta, habitas en feliz compañía
con las iberas almas de los Cides;

mira aquí las naciones que formaste
con España gozar la paz sagrada, 10
que tú allá con sus hijos asentaste:

que esta materna y filial lazada
que las une, romper tú no intentaste,
y estado habría a prueba de tu espada.

Luis Cordero (1833-1912)

Nota biográfica

Nació en la provincia del Azuay el 6 de abril de 1833.

Eminente varón, tipo auténtico del autodidacta, llegó a encumbrarse gracias a su viril energía, desde su humilde cuna al solio presidencial y a las más brillantes esferas de la cultura.

Las letras del Ecuador débenle algunos de sus bien ganados lauros. Fue, además, el raro ejemplar de un gran poeta bilingüe, que utilizaba con igual soltura y maestría la lengua de sus antecesores hispanos y la de los desheredados aborígenes entre los cuales pasó, su infancia: la quichua, lengua imperial del Incario.

Puede decirse así que en su alma se verificó el milagro de la amalgama de dos culturas, de dos conceptos de la vida; mejor dicho, de dos emociones vitales: la primitiva, naturalista, y la cristiana, ultracivilizada.

Versificador fácil y, en sus poesías jocosas, chispeante y epigramático, era en sus comienzos, cuando trataba de alzar el tono, amanerado y convencional. Pero cuando las circunstancias le obligaban a dar de mano a los amaneramientos y convencionalismos de escuela -la vergonzante escuela neoclásica de los Quintana, Martínez de la Rosa, Cienfuegos y Hermosilla- sabía remontarse a las alturas de la verdadera inspiración, en un lenguaje

poético amplio y sonoro, de -394- ritmo rotundo y poderoso que recuerda al Cervantes de los más felices momentos, en que venciendo sus timideces atinaba a ser poeta, y gran poeta, como en la «Canción desesperada» de Grisóstomo, de la cual el «Adiós» de Cordero y conserva el tono solemne y el acento apasionado y sincero.

A su primera manera pertenece la mayor parte de sus poesías serias; a la segunda, triste es decirlo, muy pocas; pero, entre estas pocas, se cuentan sus sonetos «Al glorioso Cervantes Saavedra» y su «Adiós» que es, si no la más grande elegía de la lengua, uno de los más profundos lamentos que se haya exhalado de un corazón cristiano bajo la garra del dolor inevitable, fuente de toda sabiduría para los que se atreven, como nuestro poeta, a mirarle cara a cara.

Ésta es también la opinión del fino crítico doctor Rigoberto Cordero León, el antologista más reciente de la poesía corderiana (Presencia de la Poesía Cuencana, 1956), cuando llama al «Adiós»: «una de las más bellas elegías que el castellano nos ha dado, conmovedora hasta la ternura, patética hasta el borde mismo de la suprema desesperanza».

Y como basta una palma real para hermoear un declive montañoso, basta esa elegía para hacer que nuestro Parnaso se destaque sobre todos los demás de la grandiosa cordillera que, en América, han formado las letras castellanas⁴⁹.

-395-

Selecciones

-[396]- -397-

Al glorioso Cervantes Saavedra

A los trescientos años de haber nacido su inmortal don Quijote de la Mancha

I

Para irrisión de andantes caballeros,
lanzaste el tuyo, de figura triste,
tempestuoso filántropo, que embiste
doquiera que barrunta desafueros.

A su lado pusiste el de escuderos
perfecto tipo, que al Manchego asiste

sólo porque el Fidalgo le conquiste
ínsulas en que hartarse de pucheros...

¡Tal es la sociedad! Almas ardientes
pugnan por el derecho conculcado, 10
provocando la risa de las gentes;

mientras un maula rústico y taimado
sirve de Sancho Panza a los valientes
por el plebeyo gaje del bocado.

-398-

II

Loco es tu paladín; mas, su manía 15
de amparar a dolientes desvalidos,
castigando a bellacos y bandidos,
a punto está de ser sabiduría.

Al otro mandria, de cabeza fría,
que todo lo refiere a los sentidos, 20
¿qué le importan fazañas ni cumplidos,
si al sórdido interés tiene por guía?

Hidalgo el uno, la hermosura crea
que corazón le acepte y homenaje,
férvido adorador de Dulcinea. 25

Villano el otro, sueña con el gaje,
y, si en algo más noble se recrea,
es sólo al recobrar a su bagaje.

III

Desazones, derrotas, penitencia,
todo lo arrostra el ínclito Manchego, 30
que, encendido de amor en vivo fuego,

milita en protección de la inocencia.

El paje es un modelo de indolencia,
a injurias mudo, para lidias ciego,
muy discreto, eso sí, cuando entra en juego 35
el tema de la propia conveniencia.

El adalid, que al débil presta auxilio,
deplorará, con frases peregrinas,
la suerte de Cardenio o de Basilio.

El mozo, de Camacho en las cocinas, 40
vagará como en propio domicilio,
engullendo perdices y gallinas.

-399-

IV

Don Quijote es el noble visionario,
por altos ideales aturdido;
Sancho es aquel plebeyo buen sentido, 45
que prefiere a la gloria el numerario.

Si embiste el Caballero temerario,
el mozo queda oculto o encogido,
y ni palabra chista, si, vencido,
no abandona el palenque el adversario. 50

Blande el Hidalgo la pujante lanza
sólo por la justicia y por su hermosa,
que así de caballeros es usanza.

El zafio una piltrafa apetitosa
les pide a las alforjas, como Panza; 55
don Quijote es poema: Sancho es prosa.

V

El uno al natural, el otro al vuelo;
aquél con su sarcástica simpleza;
éste elevada siempre la cabeza,
confundiendo al Toboso con el cielo. 60

Arranques de piedad en todo duelo;
lujo de cortesana gentileza;
contra follones, varonil fiereza;
de honrosos lances insaciable anhelo.

Socarrón, el criado, le acompaña, 65
sobre enjalma de mísero borrico,
sólo por el botín de la campaña;

y olvida el manteamiento y cierra el pico,
porque su burdo cálculo le engaña
con Baratarias que han de hacerle rico. 70

-400-

VI

Tal es el mundo, ilustre Romancero:
algunos, con la mente perturbada,
imitan la ideal, pero arriesgada,
profesión del Andante Caballero.

Otros, como su rústico escudero, 75
buscan lo material de la tajada,
aunque agujas los pinchen; porque nada
los enamora más que don Dinero.

Armemos los Quijotes por docenas;
montemos por millares a los Panzas, 80
y tendremos del mundo las escenas,

donde, al romperse quijotescas lanzas,
estallen burlas y se lloren penas,
producto de estrambóticas andanzas.

VII

¡Cervantes inmortal!, ¡cuánta cordura 85
acertaste a encarnar en la demencia,
haciendo de tu artista la excelencia
perpetuo asombro de la edad futura!

Moral, erudición, literatura,
milicia, poesía y elocuencia, 90
¡todo con la fantástica apariencia
y el bizarro color de la locura!

¡Sublime Manco, si llegase el día
en que la humana sociedad agote,
por deplorable caso, su alegría, 95

para hacer que otra vez la risa brote
en sonoros raudales, bastaría
abrir ante los tristes tu Quijote!

-401-

Aplausos y quejas

(Fragmentos)

Al inspirado cantor de la raza latina, don Olegario Víctor Andrade

Oí tu voz, y a la celeste esfera
volé contigo, poderoso vate,
cual cóndor de la andina cordillera,
que, con sublime aliento,

arranca de la roca solitaria
a los mares de luz del firmamento.

¡Oh prodigio! las sombras del pasado,
noche de las edades tenebrosa,
huyeron ante mí. ¡Se abrió la fosa
que en sus entrañas lóbregas encierra,
polvo tras polvo de las muertas razas,
la vieja humanidad cambiada en tierra!
Y se extendió a mis pies, cual mapa inmenso,
del orbe la amplitud, vasto escenario,
donde el drama grandioso de la Historia,
ya de baldón colmadas, ya de gloria,
a impulso de frenéticas pasiones
o de eximia virtud, ante los siglos
absortos, representan las Naciones!

-402-

He visto a Eneas, con el peso augusto,
salir de entre las ruinas polvorosas
de la infeliz Ilión; verter el llanto
que al alma, no a los ojos de los héroes,
arranca de la Patria el duelo santo,
y al capricho entregarse de las ondas,
buscando peregrino,
en ignota región, tierra lejana,
dónde plantar los vástagos tronchados
de la estirpe troyana.

No los vientos, el soplo del destino
las velas infla, que a occidente vuelan,
cual banda de gaviotas asustadas
por trueno repentino...

Brama la tempestad en el Tirreno
Ponto, que ruge airado
alzando montes de encrespadas olas,
que ocultan todo puerto al desgraciado...

Pero Marón despierta,
y la empolvada lira
del túmulo retira,
donde, a par del cantor, cayera muerta...

Él nos sabrá decir cómo se cambia
el sañudo huracán en manso ambiente,
fácil surco en la mar hiende la proa
y su dorada luz la rubia aurora
vierte sobre la linfa transparente.

¡Peregrino feliz! En los confines
del piélago ignorado
Italia está, bellísima sirena,
que con lazo de nardos y jazmines,
cautivo para siempre, le encadena.

Halló el hijo de Anquises piadoso
la patria que buscaba. Nacen pueblos;
levántanse ciudades;
guerreros bullen, y, en el noble Lacio,
(póstuma de esa Ilión que se desploma)
más grande y más audaz, yérguese Roma!

[...]

-403-

Cantor preclaro de una raza de héroes
que es el fénix eterno de la historia,
bien puedes entonar épicos himnos
a su perpetua gloria,
ya que la excelsa Cruz abre sus brazos
y con ellos cobija
al romano y al bárbaro, a los hombres:
¡La Humanidad es su hija!

Primogénita ilustre, el cetro de oro
empuñe de los Césares Iberia;
ocho siglos batalle con el moro;
extermine sus huestes en Granada;
recobre la usurpada
heredad, y en un rapto de hidalguía,
desate la diadema de su frente,
para comprar con ella
joya de más valor: ¡un Continente!

De pie, sobre la orilla
del Gaditano mar, lance a la América
la romana semilla;

que, en el suelo profundo
de esta virgen comarca, que latente
el juvenil calor guarda del mundo,
germinará lozana y vigorosa,
doblando presto la española gente...

¡Perdón, oh madre amada!
¡Perdón si un día tus audaces hijos
libertad te pedimos con la espada!
Tú nos diste la sangre de Pelayo;
tú la férvida sed de independencia:
español el arrojo,
castellana la indómita violencia,
fueron, con que esgrimió tajante acero
el que probó en la lid... ser tu heredero.

Si, para siempre roto,
cayó el antiguo lazo en la jornada,
ese lazo, no fue, madre adorada,
el del filial amor, vínculo tierno,
que ha de ligarle a ti con nudo eterno.

-404-

Mientras tu dulce sonoro idioma,
raudal inagotable de armonía,
su ritmo musical preste a los bardos
que en la floresta umbría
del Ande entonan cantinela indiana,
no morirá tu amor, y tuyo el lustre
será, si en el conuento,
entre las galas del primor latino,
luce el hispano varonil acento...

[...]

Pero ¿por qué los ojos
apartas del Oriente,
a ver cuál se derrama
sobre nuevo país latina gente,
antes de que los vuelvas al extremo
de la tostada Libia, donde azotan
solitario peñón rudas tormentas,
que el no surcado piélago alborotan?...

El cielo se oscurece; el viento zumba;
furioso el Ponto brama;
la combatida mole se estremece,
y, al clarear del relámpago, aparece
(poeta, vedle allí) ¡Vasco de Gama!

Si hasta el Índico mar el rumbo sigues
que traza el arrogante lusitano,
un náufrago verás... Las ondas bate
con la siniestra mano,
y, ansioso de salvar lo que mil veces
más precioso reputa que la vida,
en la diestra levanta,
con afán infinito,
un objeto inmortal: ¡el manuscrito
en que las glorias portuguesas canta!

¡Cuna de Camoens! a injurioso olvido
tu nombre relegar ¿cómo un poeta
de América ha podido?
Cuando aún parece que la sombra inquieta
del claro Magallanes
escudriña la brecha misteriosa,
al nocturno fulgor de los volcanes;
-405-
cruza de mar a mar; graba su nombre
en la roca vecina,
y, bogando a las islas de Occidente,
cae, para marcar perpetuamente,
con tu tumba, la ruta peregrina.
Viuda tornará su nave heroica,
por opuesta región, al mismo puerto,
y, testigo intachable del profundo
dictamen de la ciencia,
probará que, del sol en competencia,
pudo dar un bajel la vuelta al mundo.

Mas siga ya tu canto, y la hechicera
Nereida que, del fondo de las aguas,
bañada en perlas, levantó la frente,
al sentir que Colón mundos perdidos
buscaba entre las brumas del poniente;
América, la virgen prometida,
que, de gala vestida,
bajo un dosel de palmas y de flores,
al porvenir aguarda,
y en lánguidos suspiros

se queja de su amante porque tarda;
ella, que el regio manto,
bordado de esmeraldas y rubíes,
ha tenido en las costas de sus mares,
ansiosa de que salten a millares
los obreros del bien que el siglo admira,
oiga, en elogio suyo,
los pindáricos sonos de tu lira.

Exenta un tiempo de afrentoso yugo,
libre, como la luz, como las auras,
creció lozana y bella,
hasta el aciago día
en que, siguiendo de Colón la huella,
la vino a sorprender la tiranía.

Por luengos años, prisionera ilustre
de extranjero señor, lloró en silencio
su desdichada suerte;

-406-

pero, cansada, al fin, de oprobio tanto,
a la ignominia prefirió la muerte;
la pérdida altivez cobró iracunda,
deshizo en mil pedazos
la bárbara coyunda,
y, amazona terrible en la batalla,
¡al pecho disparó de sus guardianes
los grillos, convertidos en metralla!

Hoy es la poderosa
soberana que extiende sus dominios
del uno al otro polo,
y al opresor antiguo, generosa,
le tiende amiga mano,
que quien fue su señor es ya su hermano.

Las páginas no escritas
que el misterioso libro de la historia
guarda para el futuro,
ella sabrá llenarlas con su gloria.
Ante ella han de librarse
los postreros combates del progreso.
No importa que el exceso
de vida, de entusiasmo, de energía,
en que el fecundo seno le rebosa,
la inflame alguna vez y la enloquezca;

en sus entrañas arde todavía
aquel fuego interior que hundió los valles,
alzó los montes, trituró las rocas
y sacudió el planeta,
antes que, dócil, a la ley cediese
que a reposado giro lo sujeta.

Si aún hoy su veste cándida
mancha con sangre la matanza impía,
si el humo de las lides pestilente
le inficiona el ambiente,
le agosta el campo, le oscurece el día;
presto de la discordia el monstruo infame
caerá a sus pies, rendido,
y, al dispararse la sulfúrea nube,
de mortíferos rayos negro nido,
-407-

América radiante y majestuosa,
moderna Egeria del linaje humano,
futura institutriz de las naciones,
las tablas de la ley tendrá en la mano.

Y, con regio ademán, el noble coro
mostrará de sus hijas predilectas,
de progenie romana,
que su honra, su decoro,
su timbre, su blasón serán mañana.

[...]

¡Ecuador! Ecuador! patria querida,
por cuyo amor es poco dar la vida,
¿cómo, cual tribu oscura,
entre incógnitas breñas olvidada,
incapaz de progreso y de ventura
te desdeña el cantor? Pudo la osada
perfidia de un bastardo encadenarte,
romper tus leyes, abrogar tus fueros,
oprimirte, humillarte;
pero exhalaste un ¡ay! y mil guerreros
se armaron a porfía,
para vengar tu afrenta
y pedir al malvado estrecha cuenta
de tus desdichas todas. Patria mía,
caíste so la inmunda
planta de un criminal; pero ¿qué pueblo

dejó de ser atado a vil coyunda?...
¿Manes del gaucho infame
que desoló las pampas argentinas,
decidme si enturbió vuestra memoria
del Plata las vertientes cristalinas?

¡Yergue, Ecuador, la frente!
¡Yérguela con orgullo! Cuando yaces
abatido y doliente,
los mismos que lloraban consternados,
hijos idolatrados,
en rabia y frenesí truecan el duelo,
despedazan intrépidos el yugo,
furiosos arremeten, y estrangulan,
con sus propios cordeles, al verdugo.

-408-

¿Qué pompa te negó pródigo el Cielo?
Ardiente sol en tu cenit enciende;
con mágico primor tus campos viste,
y, si al ocaso tiende
océano inmenso que tus costas baña,
acá, tras la granítica montaña
que rasga con sus crestas el nublado,
otro mar portentoso de verdura
despliega para ti, donde ignorado
guarda el secreto aún de tu ventura.

Grande es tu porvenir, virgen del Ande,
porque, muerta Colombia, el patrimonio
de sus hijas fue grande.
Copiosos frutos de diversas zonas
ostenta tu regazo;
ricos veneros tu comarca cría;
tus canales son Guayas, Amazonas;
tus montes, Cotopaxi, Chimborazo,
y aun tus tiranos mismos son... ¡García!

¿Te falta gloria? ¡No! Cuando, entre sombras
lóbregas de ignorancia y servidumbre,
la colonia dormía torpe sueño,
tú, de las sierras en la enhiesta cumbre,
dabas la voz de alarma, convocando,
contra la turba inicua de opresores,
el de oprimidos infelice bando,
y, al resonar el imponente grito,

conmovidos los ecos, contestaban:
¡Luz de América, Quito!

¿Y después?... En silencio pavoroso
volvió a quedar sumido el Continente;
no hubo quien acudiese a tu defensa,
y, en bárbara hecatombe, la inocente
sangre de tus patricios corrió un día,
sangre con que el bautismo
la libertad obtuvo, pues nacía...

Despertaron, al fin, los que en inerte
sopor adormecidos,
sordos a tus inútiles gemidos,
a merced te dejaban de tu suerte.

-409-

Truena la tempestad en Carabobo,
estalla en Boyacá, brama en Pichincha.
¡Y Bolívar, el dios de la tormenta,
su tronó de relámpagos asienta
aquí, en el diamantino
culmen excelso del coloso andino!

El teatro contempla de su gloria;
dicta, para los siglos posteriores,
inauditos portentos a la Historia;
inspirado delira;
águila poderosa, tiende el vuelo,
buscando en la del sur esclava tierra
siervos que libertar; y fue en tu suelo,
Guayaquil hechicera, codiciada
por todo malhechor, donde, avistados
uno y otro gigante,
el argentino resignó la espada
y el colombiano audaz... pasó adelante.

¡Patria del corazón! Cuando, extinguido
el último estampido
del cañón formidable de Ayacucho,
ebrio de sangre se inclinó el acero
y enmudeció el clarín, sobre la tumba
del poder extranjero,
Bolívar, en el éxtasis divino,
en la embriaguez suprema de la gloria,
oyó sublime canto,
¡música celestial de la victoria!

¿Y quién era el cantor?... ¡Insigne Olmedo,
lustre envidiado de la patria mía,
sal de la selva umbría
en que, a la margen de tu caro Guayas,
descansas, arrullado
por el dulce murmurio de las olas,
cabe el rosal pintado.

¡Sal y descuelga tu laúd sonoro,
y el canto, que dormido
yace en sus cuerdas de oro,

-410-

mientras tú lo despiertas atrevido,
derrámese en armónico torrente,
para que sepa, si lo ignora, el mundo,
que es honra, no baldón del continente
la patria del poeta sin segundo!

-411-

¡Adiós!

A mi idolatrada esposa Jesús Dávila y Heredia

Versos de fuego, con mi sangre escritos,
que condensen mis ayes infinitos
en un solo clamor, y a la futura
edad transmitan el recuerdo infausto
de esta incomparable desventura; 5
versos que inmortalicen tu holocausto,
a par de mi agonía,
lamentando el rigor de nuestra suerte,
quisiera componer, para ofrecerte,
¡mitad difunta de la vida mía! 10

Pero ¡ay! que, mientras, yerta
duermes, en el silencio de la fosa,
el sueño de que nunca se despierta,
consternación cruel, pena espantosa
roen mi corazón, y en trance tanto, 15
si bien puedo exhalar tristes gemidos,
prorrumpir en funestos alaridos,

bronca la lira, se resiste el canto.

¡Desdichado de mí! ¡Cómo pudiera
dejar al punto tu siniestra casa, 20
y, cual herido ciervo, a quien traspasa
de aleve cazador bala certera,
aturdido cruzar monte y llanura,
y correr, y correr, sin rumbo cierto,
hasta caerme muerto, 25
allá en el fondo de una selva oscura!...

-412-

Triste que muere, sus congojas mata,
y éste el remedio de mi mal sería.
Mas ¡oh martirio! la fortuna impía,
que el más estrecho vínculo desata, 30
quiere extremar conmigo su violencia;
pues, con los restos mismos que han quedado
del lazo de mi amor, me ha sujetado
a la roca fatal de la existencia.

¡Reliquias de mi bien, huérfanos míos, 35
que, gimiendo, aterrados y sombríos,
me circundáis en grupo tembloroso,
vosotros el precioso
derecho me quitáis con que podría
postrarme de rodillas ante el Cielo, 40
y el inmediato fin de vida y duelo,
suplicios ambos, impetrar hoy día!

¡Extraña condición! ¡Yo, que a torrentes,
voy a beber del mar de la amargura,
os debo consolar, prendas dolientes 45
de mi muerta ventura!...
Mas ¿cómo aliviaré vuestro tormento?
¿Qué luz, para mi rostro macilento;
para mi mustio labio, qué sonrisa;
qué lenguaje, a consuelos adecuado, 50
podrá darme este inerte y desolado
corazón, que en tinieblas agoniza?

¡Señor, cuando tu arbitrio inescrutable
sentencia de orfandad dicte severa
contra humana familia miserable, 55
sea el padre la víctima primera;

y a la débil infancia que, inocente,
en el regazo maternal anida,
del materno calor saca la vida,
no la dejes sin madre, Dios clemente! 60

-413-

¡Piedad, Señor! mis hijos la han perdido;
el mayor infortunio de la tierra
sobre ellos ha caído.
Verdad que es suyo cuanto amor encierra
mi pecho lacerado, 65
amor que, con la ausencia perdurable
del ídolo de mi alma, se ha doblado;
mas ¿dónde la inefable
ternura, los afanes, los desvelos,
y ese caudal de halagos sin medida 70
de aquel ángel bendito de mi vida,
custodio de mis pobres pequeñuelos?

¿Quién soy, desde que faltas, dueño amado,
sino un huérfano más, que, despojado
de tu inmenso cariño, 75
te busca sin cesar por donde quiera,
te llora amargamente, como un niño,
y te llama, y te espera,
y, como no contestas, se sorprende,
y, de ver que no asomas, se horroriza, 80
y hiélase de espanto, pues comprende
que ya no eres, mi amor, más que ceniza?

¡Oh desastre fatal! ¡Oh golpe rudo!
¿Quién anunciarme pudo
que el prematuro fin lamentaría 85
de tu fresca y lozana
juventud, de tu noble bizarría,
del cultivado brillo de tu mente,
de ese anhelo continuo y diligente
con que eras, en tu hogar, la soberana 90
experta y laboriosa,
madre excelente, singular esposa?

De cuanto fuiste tú, ya no me queda
sino la imagen de tu rostro amado
que, previsor, el arte ha conservado, 95
para que, en medio de mi angustia, pueda
mirarla y suponer que noche y día

vives en mi amorosa compañía.

-414-

Ella es mi talismán y mi tesoro,
la única joya que en el mundo estimo, 100
y, cuando a voces mi desdicha lloro,
contra el viüdo corazón oprimo...

Consuelo de mis penas, ¿por qué acabas
tus juveniles años de repente?
Trunca dejas la tela que bordabas; 105
abierto aún el libro que leías;
suspensa la cristiana y elocuente
instrucción que a tus hijos dar solías;
toda labor doméstica turbada;
toda esperanza de los dos burlada... 110
¡Ay! con razón, encanto de mi vida,
al contacto postrero de tu mano,
exhaló gemebundo tu piano
notas de lastimera despedida...

Pronto florecerán tus azucenas, 115
y después tu magnolia favorita
su esencia brindaranos exquisita,
en níveas copas, de rocío llenas.
Aun las de nuestro amor flores preciadas,
que, en aljófara de lágrimas bañadas, 120
son la mejor corona de tu duelo,
puede ser que, pasado el negro día
de llanto y desconsuelo,
cobren nuevo vigor y gallardía...

De entre las bellas cosas que cultivo, 125
a una, la más preciosa,
di de tu dulce nombre el atractivo,
y es rosa de Jesús aquella rosa.
Ya con botones de fragante grama,
soberbia de ser tuya, se engalana, 130
¡malogrado primor! ¡vana hermosura!
¡Ahí estás, mi Jesús, flor de mis flores,
con el brote postrero de mis amores,
marchita en la desierta sepultura!

-415-

¡Ah cuán lento, cuán largo, me parece, 135
desde que tú no existes, cada instante!
Ha quedado mi dicha tan distante,

que en lóbrego confín se desvanece.
Así, suele, después de claro día,
prologarse la noche tenebrosa, 140
y ni vestigios hay de la radiosa
lumbre que en el cenit resplandecía.

¡Ten lástima de mí, Dios soberano!
Mi corazón se turba y anonada
al peso de tu mano. 145
Con la luz de mis ojos apagada
y la carne a los huesos adherida,
hastiado de mí mismo y de la vida,
adusto, cual el cárabo en su grieta,
¿cómo, si me abandonas, Padre mío, 150
resistiré a tu excelso poderío,
que me clava en el pecho la saeta?

Sus días fueron sombras, fueron humo,
he ahí que la agostaste como el heno
que siega el labrador en la mañana... 155
Sólo tú no te cambias, Poder Sumo,
que impasible dispones y sereno
la sucesión de seres cotidiana.
Cuando perezca el orbe que fundaste,
envejecido el cielo se desgaste, 160
y a desplomarse vaya la opulenta
máquina de los mundos al abismo,
la mudarás cual rota vestimenta,
y quedarás el mismo...

Pero ¿qué es de la humana criatura, 165
qué hiciste a tu divina semejanza,
dándole un rayo de tu lumbre pura
y el poderoso imán de la esperanza,
sí, a pesar de sus ansias de lo eterno,
la total destrucción que le rodea 170
mira, con esa luz, odiosa tea,
que le enciende las llamas de un infierno?

-416-

¡Perdóname, Dios santo, que estoy loco!...
¿Loco?... ¡Dichoso yo, si lo estuviera,
y el juicio, que quitárame hace poco, 175
tu augusta potestad me devolviera!
Y, desgarrado el velo que cubría
de pavorosa lobreguez mi mente,

brillara para mí resplandeciente
la aurora de otro día, 180
y despertase de mi horrible sueño,
en brazos... ¡ay! ¡en brazos de mi dueño!

Y aquel amargo adiós que ella me daba;
los tristísimos ayes que exhalaba;
la tierna bendición con que a sus hijos 185
por siempre de su lado despedía;
aquellos ojos lánguidos, que fijos
en el cielo tenía;
la mortal palidez de su semblante;
su actitud de paloma agonizante; 190
su sacrificio, en fin, y esos clamores
que en torno a su cadáver estallaron,
¡fuesen sólo fantásticos dolores,
soñadas amarguras, que pasaron!...

¡Paraíso de mi amor, Azuay querido, 195
que tuya has hecho la desgracia mía,
con cuánto regocijo te diría:
¡Dejemos de llorar: no la he perdido!
Por tus plazas y calles la llevara,
con el mismo contento y algazara 200
de la feliz mujer que halló su perla,
y tu pueblo, sensible y generoso,
llamándome dichoso,
me colmara de plácemes, al verla...

¡No, Señor! ya me postro y me someto 205
al horrible decreto
que contra mí fulminas.
¡Que se cumplan tus órdenes divinas!
-417-
Con la frente en el polvo las bendigo,
sabia, tu providencia ha concertado 210
un premio y un castigo,
con separar al justo del culpado.

Se fue la gloria mía;
se fue contigo, que mejor la amabas;
yo no la merecía. 215
Mil veces entendió que la llamabas;
mil veces me lo dijo de antemano;
aunque, al hablarme de su fin cercano,
¡insensato de mí!, no lo creyera.

¡Ay! cuando ya no existe, 220
saboreo el acíbar de aquel triste:
¿Quién cuidará de ti, cuando me muera?

¿Quién cuidará de mí?... Nadie, amor mío.
Tu puesto está vacío...
Compañera adorada, ven a verme... 225
Tu familia de huérfanos ya duerme.
Desamparado estoy... Lúgubre calma
de silenciosa noche me circunda,
noche en el corazón, noche en el alma.
Todo es quietud profunda; 230
nadie te observará; sólo yo velo.
Acércate, por Dios; dame al oído
el plácido mensaje que del Cielo
por favor, por piedad, me habrás traído.
¿Cómo he de soportar esta condena 235
de forzado a la vida,
si alguna vez, a mitigar mi pena,
no vienes, con tu amor, sombra querida,
espíritu inmortal, que al sacrosanto
seno de Dios volaste? 240
Recuerda que en el mundo me dejaste
náufrago de las ondas de mi llanto
yo debo perecer, si no me amparas;
pero ¡ay, entonces, de las prendas caras
que mi dicha de ayer diera por fruto! 245
De orfandad doble vestirán el luto.

-418-

¡No!... por más que me olvides, yo no puedo
la cadena romper con que ligado
por el amor a la desdicha quedo.
Tú a la patria del bien te has encumbrado, 250
donde tus hijas en la infancia muertas
ángeles eran ya, que te esperaban
con las alas abiertas.
Cuantos pesares para ti se acaban,
cuantos el mundo para mí tenía, 255
cuantos, al caer tú, se han desatado,
unidos, van a ser, desde este día,
el lote de tu esposo desgraciado...

¡Emperatriz del cielo! A tu clemencia,
con mi grupo de huérfanos acudo; 260
bajo tu amparo pongo su inocencia.
Cuando su buena madre ya no pudo

hablar palabra del lenguaje humano,
todavía tu nombre soberano
con labio balbuciente pronunciaba, 265
y hasta el último instante repetía;
porque mi pobre mártir expiraba
entregando sus hijos a María.

¡Madre del infeliz que no la tiene,
recibe esta familia, que, a ser tuya, 270
dejando en polvo la que tuvo, viene!
Tu divino favor le restituya
todo el amor perdido.
Por tu dolor de madre te lo pido,
acógela benigna en tu santuario; 275
sé su tierna y clemente protectora.
¡Después de tu orfandad en el Calvario,
ya no debe haber huérfanos, Señora...!

A tus plantas los dejo, y peregrino,
mientras tu santa protección los guarde, 280
voy, en mi aciaga tarde,
a recorrer, el resto del camino.

-419-

Solitario y errante en la jornada
más penosa y difícil de la vida,
el alma, entre mis hijos y mi amada, 285
en sangrientas mitades dividida,
a cuestras con el fardo ponderoso
de mi muerta ventura,
salgo a buscar ansioso
mi único porvenir: la sepultura... 290

¡Adiós, mi caro dueño,
del cielo de mi amor astro extinguido!
Duerme en santa quietud el postrer sueño;
yo, a continuar penando, me despido.
Mañana, que, al tormento de llorarte, 295
desfallezca y sucumba,
vendrán mis restos a pedir su parte
en tu fúnebre lecho de la tumba...
Hasta entonces, ¡adiós! En la elegía
que amor y desventura me han dictado, 300
te dejo por ofrenda, esposa mía,
¡todo mi corazón despedazado!

Julio, 1891.

-420-

Perfume eterno

Fiesta en el hogar había,
y me diste, esposa mía,
tu perfumado pañuelo,
que lo guardo con anhelo,
perfumado todavía. 5

Largo tiempo ha transcurrido,
desde que, dando al olvido,
toda mundana ventura,
te hundiste en la sepultura,
dulce tesoro perdido. 10

¿Vives en alguna parte?
¿He de volver a mirarte?
¿En dónde?... ¿Cómo?... Lo dudo.
¡Ah, tal vez la muerte pudo
para siempre aniquilarte!... 15

Sumido en hondo pesar,
cansado de meditar
en arcano tan sombrío,
saco el pañuelo, bien mío;
lo saco para llorar... 20

Pero, apenas desplegado,
me enseña que no ha menguado
la esencia que en él pusiste...
¿Será emblema de que existe
lo que juzgo aniquilado? 25

-421-

Sí, porque cuando el olor
percibo, sin ver la flor,
también mi espíritu siente
que me ilumina tu mente,
que me acaricia tu amor. 30

Y el Cielo me dice: Mira,
el alma que se retira
del cuerpo no se consume:
es un divino perfume
que, muerta la flor, no expira. 35

Vicente Piedrahíta (1834-1878)

Nota biográfica

Poeta, diplomático y estadista, cuya prematura y trágica muerte ha sido justamente llorada como uno de los grandes infortunios que han caído sobre nuestra patria, condenada, al parecer, a sufrir -en muerte aleva o en ostracismo despótico- la pérdida de sus más promisoros hijos, propios o adoptivos. Recuérdese a los próceres sacrificados del año 10; recuérdese a Sucre, el invicto e inmaculado; a García Moreno, a Pedro Moncayo, a Rafael Carvajal... y junto a ellos a este ínclito varón, cuya juventud, ávida de expandirse en las luminosas esferas del saber y la cultura; empezaba a dar tan ricos y sazonados frutos, cuando fue tronchada en la sombra por manos de irresponsables o perversos asesinos, incapaces de darse cuenta del mal que causaban, obedeciendo a no se sabe, si indignas e inhumanas venganzas, o consignas protervas e igualmente estúpidas.

No obstante su afán de cultura y sus grandes arrestos de escritor, se puede afirmar que su poesía quedó en ciernes. Obedeció al impulso romántico tan acorde con su generosa naturaleza, hecha a vibrar en torno a todo lo que significa misterio, infinitud, vastos horizontes, -426- lejanías llenas de perspectivas fantásticas; es decir, a todo lo que anuncia libertad, vuelo amplio, espacios nuevos, esperanzas ilimitadas. Eso le hacía también llorar amargamente, dirigiéndose a su amigo el poeta montañés Fernando Velarde, cuya vida conoció de cerca las desdichas que imponen, al ser dotado de alma, las limitaciones del mundo en que nos ha tocado vivir.

Pero no tuvo tiempo para encontrar su acento personal, y las poesías que nos ha dejado apenas pueden considerarse meros ensayos, anuncios de lo mucho que pudo haber realizado en una madurez reflexiva y proficua.

Como lo dice Vivar, «Piedrahíta tiene algo de los arranques del galanteador de buen tono que, de repente, en medio de sus fáciles conquistas, se siente atraído por la acariciadora mirada de unos grandes ojos negros». Destellos fugaces que, sin embargo, aquí y allá hacen resonar acentos en que su alma pura y apasionada se rebela inconfundiblemente romántica.

Su oscuro sacrificio fue, en la época en que se consumó, pérdida que hizo retrogradar a nuestro país, especialmente en su evolución política. Nos privó de un sucesor digno de García Moreno. Y quién sabe si se logrará aclarar -poner en descubierto- los móviles de la celada que se le tendió en la infausta noche del 4 de setiembre de 1878, justamente al tiempo que la ominosa dictadura que aherrojaba la nación hacía lo posible por perpetuarse.

-427-

Selecciones

-[428]- -429-

El poeta

Dedica esta composición al cantor del Pico de Teide, Fernando Velarde, su admirador y amigo Vicente Piedrahíta⁵⁰

Nor second He, that rode sublime
upon the seraph wings to Ecstasy,
the secrets of the abyse to spy,
He pass'd the flaming bounds of place and time:
the living Throne, the sapphire blaze
where angels tremble while thy gaze,
He saw...

Gray.

I

Te dio aquilón su ráfaga tonante,
su furibunda turbulencia el mar,
la cascada su salto de gigante,
el abismo su trazo colosal.

Te dio su hervir el Cotopaxi horrendo, 5
el flamígero rayo su fragor,
el terremoto su ímpetu tremendo,
la trompeta final su vibración.

-430-

El águila su vuelo y osadía,
su elevación espléndida el zenit, 10
el universo entero su armonía,

su aspiración divina el querubín.

Te dio el caos sus sombras misteriosas,
sus arcanos la augusta eternidad,
el serafín sus alas fulguosas, 15
y el mismo Dios su soplo germinal.

II

Grandioso genio, portentoso atleta,
cuando revienta en tu robusto seno
de tus pasiones el sublime trueno
¿dó no retumba su potente voz? 20
Cuando maldices a la tierra impía
y escarneces al hombre corrompido
¿quién no escucha en tu acento dolorido
del cielo la terrible maldición?

Cuando te elevas cual cometa ardiente, 25
y rápido el espacio luminoso
atraviesas en giro esplendoroso
¿quién no se siente arrebatado de ti?
¿Cuándo en las crestas de soberbios montes
tu vuelo agitas, águila altanera, 30
y allá en la cumbre donde el rayo impera
cantas del mundo el grande porvenir?

Sus senos te abre la creación inmensa,
su lenguaje te enseña misterioso,
y la tiara y el báculo precioso 35
de supremo pontífice te da;
y el himno sacro del amor entonas,
y escucha Dios tu cántico propicio,
y víctima y altar y sacrificio
le ofrece en ti la ingrata humanidad. 40

-431-

Fúnebres sombras en el alma llevas
pero a tu paso se reanima todo;
la suerte dones te negó y del lodo
perlas sacas de incógnito primor.
Al través del crespón de los pesares 45

tu augusta frente vívida radía:
¡misteriosa y sublime sinfonía
en las tumbas del lúgubre panteón!

Quizá la injusta sociedad te befa
y en ti el Señor la sociedad bendice, 50
la corrupción nefanda te maldice
y te ofreces por ella en redención.
El hombre imbécil de tu amor divino
se burla torpe, de tu ardiente anhelo,
y cual nube esplendente sube al cielo 55
el incienso inefable de tu amor.

III

¡Hijo de la tormenta! Cuando asorda
la tempestad la atmósfera inflamada,
cuando tiembla la tierra consternada
y el rayo miras a tu frente arder; 60
cuando contemplas, cual fantasma horrendo
levantarse la nube altitonante,
cual infernal dragón amenazante,
cual la sombra terrible de Luzbel.

Cuando el océano turbulento brama 65
y horrisonante hierve furibundo,
como hierve el infierno tremebundo
al soplo de la cólera de Dios;
cuando parece que los orbes todos
en cataclismo universal perecen, 70
y las tinieblas y el espanto crecen,
y es un inmensa abismo la creación;

-432-

tu espíritu más grande se sublima
y vuela audaz de la tormenta al seno,
tu voz retumba con la voz del trueno, 75
con el rayo fulgura tu mirar;
y al fragor de los vientos encontrados,
y al ímpetu veloz del torbellino,
en un carro de nubes el camino
vas siguiendo del rápido huracán. 80

Y tu alma llena la extensión del cielo,
y cree abarcar la inmensidad sombría,
y el mundo, en tu ardimiento y osadía,
en tus manos quisieras sostener;
y nada entonces sobre ti se eleva, 85
ningún mirar a tu mirar alcanza,
ninguna fuerza iguala tu pujanza,
ningún saber supera tu saber.

Y oyes, acaso, entre el estruendo rudo,
de la música eterna los acentos, 90
del infierno los míseros lamentos
y el terrible anatema de Jehová.
Y acaso entre las nubes tormentosas
al inmenso tu espíritu sorprende
cuando su soplo la borrasca enciende 95
y fulgura en tremenda majestad.

Y mientras tiemblan las feroces bestias
en sus lóbregas grutas escondidas,
tú sientes de entusiasmo estremecidas
tus entrañas al grito de aquilón; 100
y no te aterra el general bramido,
que atruenan más tu pecho las pasiones;
no te aterran los negros nubarrones
que es más negro y furioso tu dolor.

Y no te espanta el formidable rayo 105
porque es un rayo divinal tu mente,
porque arde tu cabeza incandescente
con el fuego vivifico de Dios.

-433-

Y más sacude tu ansiedad terrible
tu corazón, en incesante guerra 110
que los pinos robustos de la sierra
del volcán la espantosa convulsión.

IV

¡Alma de la armonía! ¡engendro hermoso
de la luz, el amor y la belleza!
A tu soplo feraz naturaleza 115

vida y galas ostenta por doquier.
Y en tus manos derrama sus tesoros,
en tu frente su rica lozanía,
en tu cantar su blanda melodía,
y en tu aliento el perfume del Edén. 120

Y con su manto espléndido te viste,
y con su brillo tu semblante dora,
te da el concierto de la gaya aurora,
del sol la augusta pompa en el zenit;
el suspiro armonioso de la tarde, 125
de la noche serena la tristura,
sus beleños de plácida ventura,
su cielo de diamantes y zafir.

Y eres entonces corazón y vida
de la creación, espíritu fecundo, 130
lengua sonora y férvida del mundo,
del canto universal el diapasón;
suprema inteligencia, alma infinita,
que la extensión abarcas, y el vacío
en tu ardiente y sublime desvarío, 135
lo pueblas con tu aliento engendrador.

V

¡Oh, quién alcanza a comprenderte nunca
cuando la excelsa inspiración te abrasa!
Mil veces necio el que conciba tasa
a tu rica, sin par fecundidad. 140

-434-

¿Quién pudiera seguir tu fantasía
en su vuelo magnífico, esplendente,
cuando soporta su agitada frente
el peso entero de la inmensidad?

¿Quién tus arranques comprender pudiera, 145
tus soberbias, bellísimas creaciones,
que giran rutilantes a millones
en el espacio inmenso de tu ser?
¿Tus criaturas de esencias inmortales
en ignorados goces embriagadas, 150
por un sol perennal iluminadas

en jardines más bellos que el Edén?

¡Oh! en tu arrebató sin igual, sublime,
del universo músico inspirado,
su brillante y magnífico teclado 155
sacudes con poético furor;
y unísonos sus ámbitos resuenan
con prolongada augusta sinfonía,
y en solemne inefable melodía
se inebria tu ambicioso corazón. 160

Pero, siempre insaciable, encuentras débil
la concertada voz del Universo,
que más te exalta tu robusto verso
que el canto acorde de Universos mil;
y más grandes conciertos anhelando 165
te transportas audaz al firmamento,
y al son allí del místico concento
haces también tus cánticos oír.

Y en medio de seráficas falanges
del Excelso penetras al santuario, 170
y del ángel tomando el incensario
el incienso le ofreces de tu amor.
Y cual gran sacerdote de los hombres,
de sus negras miserias condolido,
de majestad sagrada revestido 175
te ofreces por el mundo en oblación.

-435-

Y acepta Dios tu noble sacrificio;
la paz y amor y bendición y vida
descienden a la tierra redimida
de su horrible delito de impiedad. 180
Y tú también de tu piedad en premio
con la visión beatífica alumbrado,
de la aureola del justo circundado
desciendes como enviado celestial.

Y ministro supremo del Altísimo, 185
su gloria, su bondad, su omnipotencia,
predicas con la bíblica elocuencia
al obcecado mundo con fervor.
Y del lóbrego abismo en que ahora yace
la pobre especie humana sumergida, 190

de su blasón divino destituida,
en sacrílega guerra con su Dios.

Tú, encumbrarla pretendes esforzado
de la virtud, del bien a la eminencia,
do resplandezca su inmortal esencia 195
y se ostente en su plena magnitud;
y libre, sabia y opulenta verla,
su alta misión de progresar llenando,
uniforme y segura caminando
al templo de la excelsa beatitud. 200

Y el hombre con el hombre para siempre,
y con la tierra el cielo poderoso,
del amor con el vínculo precioso
estrechar en sublime comunión.
Mas ¡ay! pocos, quizá, pocos comprenden 205
tu idioma aquí, celeste peregrino,
y sigues solitario tu camino
cargando el peso enorme del dolor.

Mientras, allá, la humanidad prosigue
corriendo en su demencia furibunda, 210
y ora sube, ora baja, ora se inunda
en las amargas ondas de la mar;
-436-
ora blasfema de su Dios impía,
ora menguados númenes inciensa,
ora lo arrasa todo, ora comienza 215
de nuevo, arrepentida, a edificar.

VI

En este valle mísero de llanto,
en este áspero, inmundo, estéril suelo,
las puras flores que te diera el cielo
las ves ¡ay! tristemente marchitar. 220
¡Ay! en tu pecho por tu mal encierras
un inmenso tesoro de ternura
que filtra, gota a gota, la amargura
hasta tu ardiente corazón ahogar.

Hizo Dios de tu alma un foco hirviente 225
de exquisito y grandioso sentimiento,
y el amor infinito por sustento
a tu existencia borrascosa dio.
Y para amar con férvido entusiasmo
la libertad, la gloria y la grandeza, 230
para adorar la púdica belleza,
tu generoso corazón formó.

Hermosas, puras, tímidas mujeres
con fascinantes atractivos viste,
y en ellas ver en tu ilusión creíste 235
los ministros seráficos de Dios.
Y las amaste con febril delirio,
con ciega fe, con entusiasmo santo,
e hirvió en tu pecho el inspirado canto,
y alborozado el mundo te escuchó. 240

Y arrebatado de placer y gloria,
en inefables goces inebriado,
hallar pensaste al mundo transportado
el celestial, inmarcesible Edén.
-437-
Y realizados tus ensueños de oro, 245
cuando pintó tu rica fantasía,
el ideal que formó tu poesía
en su ascensión hasta el Supremo Ser.

Mas ¡ay! que en vez de tu pasión sublime
el infame comercio hallaste solo; 250
tras la mentida candidez el dolo,
bajo el velo modesto del pudor...
¡Silencio!...¡sí! que allá el infierno diga
lo que resiste a proferir mi lengua,
que es honrar la verdad, si causa mengua, 255
hundirla en el silencio del dolor...51

Genio divino desterrado al mundo,
tu alimento en la tierra es la amargura,
incesante buscando la luz pura
de tu perdida patria celestial. 260
Son tus gemidos vibraciones lúgubres
que al harpa eterna del pesar exhala;
ningún tormento tu tormento iguala,
no hay ansiedad igual a tu ansiedad.

Tus lágrimas destilan cuando lloras 265
la vivífica savia de tu vida,
y te deja una fibra consumida
cada histérico ¡ay! desgarrador.
Te devora tu misma inteligencia,
tu inspiración aumenta tus pesares, 270
y en tus más tiernos plácidos cantares
a pedazos se va tu corazón.

Mas, yergue altivo la soberbia frente
y el generoso corazón alienta,
que allá el grandioso porvenir ostenta 275
sus refulgentes senos para ti.

-438-

Y espíritu inmortal, siempre animando
los hombres que vendrán, tu pensamiento,
resonará tu poderoso acento
de la edad postrimera hasta el confín. 280

Quito, a 15 de octubre de 1855.

-439-

Amor y desesperación

¡Amar sin esperanza y con delirio,
comprimir en silencio una pasión...!
No puede el mismo Dios otro martirio
más terrible imponer a un corazón.

¿Por qué te vi, para tormento mío, 5
por qué un instante nos juntó la suerte,
¡ay!, si es verdad que mi destino impío
de ti me ha de apartar hasta la muerte?

El alma, apenas la visión primera
logró de tus hechizos adorables, 10
te idolatró febril, voló a otra esfera
y se inebrió en delicias inefables.

Lo porvenir y cuanto fue; el presente,

la gloria, la fortuna, el mundo, el cielo,
todo en tu ser lo abisma, y piensa y siente 15
que siempre fuiste su infinito anhelo.

Su luz, su numen, su virtud, su ciencia,
su encanto, su ilusión, su poesía,
que no es sin ti posible la existencia
y al universo el alma faltaría... 20

Fue que halló figurado en tu hermosura
el tipo eterno, su ideal divino,
y al corazón mostraba tu luz pura
el vaticinio interno del destino.

-440-

Te vi y por eso te adoré; ignoraba 25
tu nombre mismo, condición y estado,
pero una voz mentida me gritaba:
«¿Ves lo que el cielo para ti ha creado?».

¡Sarcasmo horrible de la suerte impía,
burla infernal que tarde he conocido...! 30
¡Ay! ¡para siempre adiós, oh tú que un día,
un solo instante, mi ventura has sido!

Dolor y amor sin fin, tormento eterno,
suplicio atroz de mi ideal divino...
¡Ángel... ¡tal vez! ¿fue el genio del infierno 35
y no Dios quien te puso en mi camino?

-441-

Oración

(En el día de mi natalicio)

En este día, como la aurora al mundo,
me mandaste, Señor;
yo te bendigo Espíritu fecundo,

Supremo Creador.

Dichoso o infeliz, Luz de la vida, 5
mi voz te cantará;
regocijada el alma o abatida
siempre te ensalzaré.

En el dolor, que ilustra y santifica,
bendigo tu bondad; 10
en la fe, que enaltece y vivifica,
y en la augusta verdad.

Bendito Tú, que el llanto has bendecido
y la tribulación;
Tú, que muestras el cielo prometido 15
al pobre en su aflicción;

Tú, que inspiras al flaco fortaleza,
al soberbio humildad,
al avaro desprecio a la riqueza,
al impío piedad; 20

-442-

Tú, que hiciste atractiva la inocencia,
celestial el candor,
inflexible y severa la conciencia,
el deber bienhechor;

que enseñas a morir por la justicia 25
y la eterna verdad,
y al mundo dictas en tu ley propicia,
sublime caridad.

Bendito Tú, que impones la esperanza
y nos mandas amar; 30
Tú, que nos dices que la gloria alcanza
quien sabe perdonar;

bendito Tú, que has dado al sentimiento
inefable fruición,
al noble y elevado pensamiento 35
fuego e inspiración;

a los puros y ardientes corazones,
alteza y beatitud;
al alma, de tu ser revelaciones,
y gloria a la virtud. 40

-443-

Quintiliano Sánchez (1848-1925)

-[444]- -445-

Nota biográfica

Es, entre nuestros literatos, uno de los más asiduos. Como escritor, cultivó sus no comunes talentos y ayudó, a cuantos se propusieron seguirle, a encontrar el buen camino. Fue distinguido profesor de literatura y el trabajo que nos ha dejado con el título de Compendio de la Retórica y Poética (Quito, 1910), es testimonio de su vasta ilustración y de su sincero entusiasmo por las letras patrias.

Dejó, además, algunas poesías que merecen vivir, como las que publicamos. De más aliento son sus leyendas La hija del Shiry y la relativa a los hechos y milagros del padre Almeida, esta última publicada por la Academia Ecuatoriana de la Lengua, en sus Memorias.

-[446]- -447-

Selecciones

-[448]- -449-

A mi madre

Enviándole mi retrato

Yo soy el hijo que en modesta cuna
arrullaste con cánticos de amor,
mientras mi frente la apacible luna
bañaba con su tibio resplandor.

Ayer, feliz en apacible infancia 5
jugueteaba en tu seno con afán...
¡Cuán dulce entonces en la paterna estancia
era pedirte con sonrisa el pan!

Hoy, desgraciado, en apartada orilla,
herida el alma de incurable mal, 10
pido sólo la lágrima que brilla
en el puro semblante maternal.

Del placer en mi faz no hay un destello,
que la desgracia mi sonrisa heló;
la cana ya platea mi cabello, 15
y el negro rizo lánguido cayó.

Niño, cantaba al susurrar del viento
por las selvas vagando y el vergel;
joven, exhalo gemebundo acento,
me inspiro sólo en el dolor cruel. 20

Placeres de una infancia venturosa,
madre, delicias de risueño hogar...
¡pasasteis como sombra vaporosa
y un recuerdo dejasteis al pasar!

-450-

Recuerdo melancólico que hierne 25
doquiera el alma con arpón tenaz;
breve meteoro que al brillar se muere,
dicha que vuela en ilusión fugaz.

¡Y vivo solo y de tu vista lejos
es mi vida un acérrimo penar! 30
¡En ti, del sol muriente a los reflejos,
cuántas veces me place meditar!

Y súbito apareces a mis ojos
pura, risueña y ángel de un edén;
póstrome entonces a llorar de hinojos, 35
mi labio exclama con dulzura: ven.

Oh, si vinieras a calmar de tu hijo

la pena que le roe el corazón,
cual viene al alma en blando regocijo
de acorde lira inesperado son. 40

Mas, si la ausencia nos separa, ingrato
no creas, madre, al hijo de tu amor;
te envió allí mi pálido retrato
y con él un suspiro de dolor.

-451-

El juramento

Indica hermosa del Antisana,
virgen del claro, lindo raudal,
a ti gacela, tarde y mañana,
remedio pido para mi mal.

¿Padeces? Duro pesar me aqueja, 5
tengo en el pecho yo no se qué:
cabritos, vaca, pacos, oveja,
todo, cuitado, todo dejé.

Y ahora vengo montes y valles
doquier llenando con mi gemir; 10
tedio a la aldea, tedio a sus calles
tengo, y al bosque pláceme huir.

Allí, al arrullo de las torcaces
mezclo sentido mi yaraví;
y ellas me dicen: «Hualpo, ¿qué te haces 15
siempre llorando? ¡Pobre de ti!».

Hasta del Ande las rudas peñas
pueden mis ayes enternecer...
Breves pasasteis, horas risueñas,
y ya me siento desfallecer. 20

¡Ay pobrecillo! (cómo suspira;
a mi alma mueve la compasión).
¡Hualpo!, recobra tu ánimo y mira

cómo te abates, fuerte varón.

-452-

Fiero te he visto con la turpuna⁵² 25
bando enemigo desbaratar;
y ahora ¡vergüenza!, que una por una
lágrimas tuyas vea brotar.

-Cora hechicera, culpame en vano,
cuando está enfermo mi corazón; 30
tócale, trae tu blanda mano,
¿oyes?, se agita, tienes razón.

¡Qué mal, oh Cora! Mal repentino;
lánguida miro, Hualpo, tu faz.
-Mal que me mata, mal que me vino 35
para quitarme mi dulce paz.

Pluguiera al Inti⁵³ padre amoroso,
que ya en la tola⁵⁴ durmiese, y ¡oh!
antes que... ¡Triste! ¿tu mal odioso
podría acaso curarte yo? 40

Tú solo puedes, púdica Cora,
júrame hacerlo. -Tengo temor.
-¿Callas? -Lo juro: dímelo ahora.
¿Qué mal? -Morirme por ti de amor.

Abelardo Moncayo Jijón (1848-1915)

Nota biográfica

Nació el 6 de junio de 1848 en Quito.

A sus méritos como prosador y estadista nos hemos referido largamente al darle a conocer como crítico literario. En su trato con las musas anduvo poco feliz, como la mayor parte de sus contemporáneos. Sin embargo, su vigoroso pensar, animado por ardientes convicciones, le sacaba a veces de las sendas trilladas, permitiéndole remontar el vuelo; era una ave de altura caída en el patio de una prisión. En sus composiciones «Ante la tumba de doña Dolores Veintemilla de Galindo» y «El Sermón del Monte», demuestra que pudo ser poeta de verdad si le hubiera sido dable desplegar

las alas de su inspiración a pleno viento.

Pero, fuera de estos momentos, como se advierte en su maestro Montalvo, sus versos pueden fácilmente convertirse en buena prosa, con lo que ganarían en soltura, elegancia y naturalidad.

-[456]- -457-

Selecciones

-[458]- -459-

La inspiración

Versos dedicados a mi muy querido amigo Quintiliano Sánchez

¿Qué eres inspiración? ¿Acaso el eco
de celestial, angélica armonía,
que en el espacio de la tierra vaga
el afán arrullando de la vida?

¿Qué eres, inspiración? ¿La única prenda 5
tal vez, que el hombre del Edén, furtiva,
pudo traer, y en ella del recuerdo
el aroma, con lágrimas, aspira?

¡Oh, hija del dolor!, ¿sólo en el pecho
que de la angustia en la inquietud palpita, 10
formas tu nido, y tu cantar aprendes?

¿Qué eres, inspiración? ¿Tal vez del fuego
con que a natura el Creador anima
la más subida llama, que en hoguera
cambias de amor la humana fantasía? 15

Tu esencia no conozco; mas palpable
doquier tu aureola fulgurante brilla.
Verbo de Dios, o del Edén recuerdo,
¡feliz quien vio la luz a tu sonrisa!

El arpa de Salén del sauz colgada, 20

del turbio Babilonia en las orillas,
la imagen es del alma que a tu aliento,
¡oh inspiración, de súbito palpita!

-460-

Cual ella gime en extranjera zona,
llora cual ella, al soplo de las brisas, 25
y, cual esa arpa, al infeliz proscrito
le recuerda su cuna primitiva.

Mas, ya del Ande en el confín, risueña,
ahoga tu tenaz melancolía;
tu llanto absorbe con amor este aire, 30
mas llanto quiere de esperanza y vida.

Cual de tímida virgen el semblante
que aún no del todo de jugar se olvida,
mas que ya en ansias arde indefinibles,
y del llanto veloz pasa a la risa; 35

así en lóbrega lluvia nuestro cielo
anega aterrador estas campiñas;
mas, aun en medio de ella, de improviso
del sol más vivos los destellos brillan.

¡Oh!, ven risueña, y del andino bardo 40
presta al laúd tu dulce melodía
himnos de amor, de férvida esperanza
enseña, amable a nuestras bellas ninfas.

Ya la aljaba agitando belicosa,
cual amazona fiera⁵⁵, las orillas 45
atronaste del Guayas: ¿habrá insano
que ose pulsar aquella sacra lira?

Ella y el héroe que ensalzó, benignos,
de nuestro amor acepten las primicias;
¡mas, ya no hay campos de Junín! ¿Y qué héroe 50
de tu voz digna en esta zona miras?

Si es tierno ver tu pálido semblante
en lágrimas bañado, cual el día

en que en la tumba de agostada virgen,
doliente, una guirnalda deshacías; 55

no menos bella el alma te sorprende
del alba con el manto revestida,
bañando en rosas las radiantes cumbres
áureas diademas de la sierra andina.

-461-

Miro tu veste en el azul del cielo, 60
en el Cayambe tu garganta nívea,
tu hálito aspiro en aromosa vega,
mido tu paso en la apacible brisa.

Oigo tu voz en el raudal sonoro
que rebramando con furor se abisma; 65
pero, si gimes, conmovido el bosque
también doliente con amor suspira.

Derramando ventura por los valles
con qué placer sonrías; fugitiva,
te ve el caudal de majestuoso río, 70
espumosa, meciéndote en tus linfas.

Y, si arrogante, en opulentas cortes,
aunque de hielo tu esplendor fascina,
¡oh!, más nos enamoras, candorosa,
palpitante de amor, libre y sencilla. 75

Muestras tu magia en sonrosados labios,
juegas traviesa en fúlgidas pupilas,
ágil arrobas en festiva danza,
tu poder en un talle divinizas.

Mas ¿cuántas veces, aun en julio bello, 80
no nos priva del sol nube sombría?
Pasmosa eres entonces, tu hermosura,
torva al velar en saña repentina.

Ruges del mar en los hirvientes montes,
en alas de huracán rauda te agitas, 85
acalla el trueno tu aterrante acento,

te da su manto la borrasca altiva.

Del Sangay es tu aureola, el Cotopaxi
te presta su terrífica armonía;
ayes de angustia, gritos de venganza, 90
en tus acordes lúgubres palpitan.

Mas, calma ese furor, y de la tarde
te cubres con la veste purpurina;
sueñas la cabellera y melancólica
te sientas de los Andes en la cima. 95

Por la estrellada bóveda, radiante,
a la par con la luna, te deslizas;
y si el silencio rompes... en la tierra,
tus arpegios apenas se adivinan.

-462-

Gustan entonces el dolor, la ausencia 100
de tu vago cantar; despavorida,
agostada ilusión, a tu regazo
arrójase a ocultar sus agonías.

Mas, cuánto ganas en sublime encanto,
cuando bella, inmortal sacerdotisa, 105
en templo mudo y solitario, aún tibio
el perfumado aliento de la brisa,

hablas de Dios y eternidad; austera,
a la luz de una lámpara indecisa,
aun entrever le dejas al espíritu 110
el siempre oscuro arcano de la vida.

Tu esencia no conozco; mas, temblando,
doquier el alma con amor te aspira;
¡hija del cielo o del edén recuerdo,
ah, no a mi patria niegues tu armonía! 115

Hija del sol, de su radiante hoguera
nuestras almas acaso participan;
mas si hondo sueño duermen, a tu acento
de rubor se despierten encendidas.

Cierra los ojos a su actual destino, 120
canta la pompa que en su suelo brilla,
y alzando audaz del porvenir el velo,
de la esperanza aviva la sonrisa.

-463-

El sermón del monte

Mientras tendido el gladiador, los ojos
vuelve espirantes a la dulce patria,
desde el sangriento circo do de rosas
el Pueblo-rey ceñido, de matanza
ávido ruge y de placeres monstruos 5
que adormezcan su hastío... ¿esa montaña
veis allá lejos de verdor vestida
de fresco bosquecillo coronada?

Niños y pobres, a su sombra, atentos
clavan los ojos en un hombre... ¡El alba 10
dio a su sonrisa su apacible lumbre,
su calor cedió el sol a su mirada!

Tomando un niño en su regazo, afable
mira a la turba estática a sus plantas,
mueve los labios, y aún la leve brisa 15
pliega al instante sus inquietas alas.

Y rompe a hablar: «Feliz el pobre, dice,
el que su pan con lágrimas empapa.
¡Oh bienhadado! pues cual ave libre
hacia el Reino de Dios tiende sus alas. 20

»¡Feliz el manso que en los hombres todos
hermanos suyos ve, y a todos ama;
suya es la tierra y deleitosa sombra
a todos, como el álamo regala!

-464-

»¡Feliz quien de la vida los placeres 25

desdeña, y llora su dolor; del alma
las lágrimas son perlas, y al Eterno
un ángel las ofrece al enjugarlas.

»Y el que hambre y sed padece, por el triunfo
de la justicia lucha aún entre llamas. 30
¡Feliz atleta, de justicia ahíto,
tiene en el cielo inmarcesible palma!

»¡Feliz quien para el débil, para el triste
de amor y de piedad tesoros guarda;
para él, en cambio, es Dios, a toda hora, 35
de piedad y de amor fuente inexhausta!

»¡Feliz el corazón que limpio, puro,
sólo de Dios refleja las miradas;
blanca paloma de amorosos ojos,
en el seno de Dios su nido labra! 40

»La sangre, oh hijos míos, de la tierra
es la más negra y formidable mancha.
¡Feliz el hijo de la Paz, que hijo
también de Dios los ángeles le aclaman!

»¡Venid a mí los que lloráis! El peso 45
yo alivio del dolor, le trueco en calma;
fuente de luz y de la eterna vida,
vida y calor derraman mis palabras.

»De mí aprended que manso y humilde
sólo de amor mi corazón es brasa. 50
¿Queréis felices ser?... De este angelito
el candor recobrad, míseras almas».

Y hablando así, como tranquilo arroyo,
se deslizan, cantando sus palabras.
¿Oyó jamás tan dulce melodía 55
en su destierro, la proscrita raza?

-465-

Y al alma luz, y al corazón consuelo,
y al ciego vista, y voz al que no habla,

y vida al muerto, y paz, paz a la tierra,
brotan radiantes esas tersas aguas. 60

Y el que habla así y trastorna de natura
las leyes, tierno con los niños habla...
Ciega razón... ¡humíllate! ¿La aureola
de esa divina faz a ver no alcanzas?

Mas, ya en la arena el gladiador, helado 65
cerró los mustios ojos, de venganza
roído y de dolor... ¡ay infelice,
de Jesús no escuchó ni una palabra!

-466-

En la tumba de doña Dolores Veintemilla de Galindo

Ángel que -acaso- del Edén huyendo
viniste de la tierra al triste valle;
tú que dejando angélica compañía,
solitaria en el mundo te encontraste...

¡Oh, cuánto habrás sufrido!... ¿Aquí, sonrisas 5
habrá que aduerman el dolor de un ángel?
¡Un acento de amor!... ¿Pero en qué idioma,
si nadie comprendía tu lenguaje?

De la música el Genio y la pintura,
en sonrisa dulcísima, al crearte, 10
ve que las musas, a tu tierno pecho,
se lanzan amorosas a ocultarse.

¡Y ves la luz! y en celestial acorde,
al deslizar los dedos en tu clave,
nos das del cielo una armonía: acaso 15
lento suspiro de proscrito arcángel.

En tu mano el pincel, rápido, firme
de Eva nos pinta el edenial bosque,
en que inocente apareció: tú misma
¿testigo fuiste acaso de ese instante? 20

Tomas la lira y con seguro vuelo
te remontas al cielo en tus cantares,
grabas con ascuas tus sublimes «Quejas»,
suspiras cual alondra agonizante.

¡Y sordo el mundo que te cerca! y ciego 25
el mundo vil que el asqueroso ultraje
sufre riendo, que la ruin envidia
lanza con la calumnia a tu semblante.

Mas, envidia y calumnia de unos hombres
en el seno encarnadas: ¿tan vulgares 30
son ingenio y belleza en tu almo sexo,
que tu pecho en rasgar tanto se placen?

Tu lengua a nadie hiere; ruboroso
huye tu numen de ofuscar a nadie;
tu encanto es lo ideal, y de lo bello 35
poner en nuestras manos lo impalpable.

Mas ¿qué hay sagrado para el vil? Su gloria
fue herir tu corazón, pisotearle.
¡Y esos hombres!... malvados ¿y aun su tumba
os atrevéis a escarnecer infames? 40

Los que de cerdos en inmunda piara
son de lo torpe nauseabunda imagen,
¿osan del corro teologal la jerga
con trompa ascosa balbucir audaces?

Ella, del alma en las regiones... ellos, 45
hoscos gruñendo en viles lodazales;
ella luz, ellos nieblas; ella un astro,
ellos con cieno ansiando deslustrarle.

¡Y se eclipsó por fin! ¡Fiero heroísmo
el de tu alma sin ventura, oh Ángel! 50
Pero, más negro y asqueroso el triunfo
de aquellos que extremaron tu coraje.

¡Y aún alientan la vida, y aún el nombre
del sumo Dios embaban infernales!
¿Cómo a pedazos su blasfema lengua, 55
cómo su pecho no devoran áspides?

Si la vida execrar tal vez es crimen
en el hijo orgulloso de los Andes,
que de Dios la sonrisa en su almo cielo
contempla derramándose radiante. 60

¿Será virtud el bendecirla insanos
de tanta sierpe en medio, que los aires
con la ponzoña de su aliento impuro
corrompen, envenenan detestables?

Pero infeliz, con descuajadas alas, 65
¿puede la alondra al cielo remontarse?
¡Del pecho desgarrado, en tu sepulcro,
trémulo vierto lágrimas de sangre!

¿Hiciste bien?... ¡oh no, mísera Safo!
Si de furor transidos, aun los ángeles 70
llegan la luz a odiar, aquí en la tierra
eras mujer al fin... ¡ay!, ¡y eras madre!...

¡Y qué horror, si a tu pecho, sollozando
pega sus labios tu rosado infante
vida buscando aún!... Mariposilla 75
tras de flores y luz, sobre un cadáver.

¿Hiciste bien?... ¡ay, nunca! Enternecidos
tus hermanos, los ángeles, al darte
el ósculo de amor... lívidas, negras
al ver las rosas de tu boca de ángel, 80

palidieron... y sus bellos rostros
inundaron de llanto inconsolable;
y aun Dios, con su mirada bondadosa,
por tu hijo te pregunta, por tu madre...

¿Sufrías? Mas, de hiel algunas gotas 85
también nos brinda de la vida el cáliz.
¿Reina en la tierra el mal? Pero al hambriento
aún podemos en pan, de gozo hartarle.

Mas, mi Dios es tu Dios. Él, que la fuente
es de amor inexhausta, inagotable; 90
si una gotilla te lavó esos labios...
¡duerme tranquila que tu Edén cobraste!

-470-

El bardo novel

Carta a Fabio

(Fragmentos)

¿Por qué tan hermosos versos,
como los que fácil canto,
en acicalados tonos
no doy a luz -dices, Fabio?
¿Olvidas, ah, que en mala hora
nacé en suelo ecuatoriano?
Hermosa es Quito, mi cuna
su horizonte ¡qué variado!
Y aunque estrecho, ¿no parece
del Paraíso un pedazo?
De montecillos cercada
a cual más bello, y sus campos
de eterno verdor cubiertos,
de mil arroyos surcados,
¿Nacimiento no parece,
un Belencito fantástico,
en donde de una beata
se ve la coqueta mano?
Bella es su tierna sonrisa,
cuando del sol a los rayos
despierta, cual rósea virgen,

dicha y amor respirando;
y más bella, más galana
cuando el sol en el ocaso
la abraza amante, la envuelve
de oro y ópalo en su manto.

-471-

Si bajo el dosel radiante
de mil astros tachonado,
la viera en noche serena
indolente en su letargo,
la hija hermosa del Vesubio
de cielo tan decantado.
¿Su atmósfera, su luz pura,
sus mil rumores variados
que en dulcísima armonía,
tiernos se elevan, cual canto
de amor, de dicha... envidiosa
de menos no echará acaso?

Cuando, lejos de su seno
triste aspiro aires extraños,
aunque cielo más hermoso
me abrigue, y goce de abrazos
de amor o amistad más ígneos,
de más culto y tierno trato;
con todo, cual tierno arbusto
de luz, de riego privado,
mustio en mi pecho se agosta
mi corazón suspirando.
La quiero, pues a mi patria,
aún más que tú, caro Fabio.
Mas de ella... al fin hombre, siempre
cual de hembra recibo el pago.

[...]

Mas, no de nuestra cuestión
así la foja volvamos.
Horriblemente me fundes
porque aún nada he publicado,
mas ¿cómo? ¿hay prensa?... ¡Protesto!
No me gusta mucho el Napo
ni jamás gana he tenido
de dar la ley en Galápagos;
el Panóptico... es muy frío;
la Barra... me haría daño,
y en mis barbas, por supuesto

me horripila el fiero Látigo.

-472-

Cuando, tirante la cuerda,
gime un pueblo esclavizado,
bajo la opresión inicua
de algún salvaje tirano;
nunca al ingenio preguntes
si vuela o va paso a paso;
ni interrogues si la imprenta
respira o está en marasmo;
nunca en el cráter sombrío
del Pichincha, ígneo o calmado,
verás una flor lozana
o de aves oirás un canto.

«Corrompe bien y embrutece»...

¿No es ése el eterno adagio
de los que crudos se afanan
en eternizar su mando?

En la tumba pavorosa
en que el déspota ha tornado
de Independencia la cuna,
de Libertad el santuario;
sólo del terror las alas
resuenan en el espacio.

¡No lo dudes, sepulcral
es la calma que gozamos!

Pero, en fin, aun suponiendo
que cual neto ecuatoriano,
política y suerte patria
echara en un roto saco;
e indiferente, entre el humo
de un oloroso cigarro,
riéndome de repúblicas,
de déspotas, de sicarios,
sólo cuidara afanoso,
en estilo alambicado
de atrapar gárrulas brisas,
de echar a arroyos un canto,
de soñar en una Filis,
y pintar sus róseos labios,
-473-

y ya que dinero no hay
fiarle cabellos áureos.
¿Quién aquí tanto leyera,
si habiendo devocionarios,
un Lavalle, un padre Vieira
y un grandazo año cristiano,
aun El Nacional de sobra

con justicia reputamos?
¡Pensar zurcir un librito!...
¡Qué disparate mi Fabio!
Impresor y pobre vate
que ayunar tienen el año.
Pues en esta noble tierra
aun los nobles más ricachos
si algo leer les interesa,
leen... pidiendo prestado.
¿Y en periódicos? ¡Quimera!
Pues a más de que aguantando
igual suerte, de más corta
y efímera vida, infaustos,
cuentan los pobres; ya chicos
al ver en ellos, o largos
los renglones, conmovidos
pronto los ojos cerrando,
volvemos la hoja, y de Bristol
mas bien píldoras buscamos;
o de Orrantia y Compañía
el parisiense calzado.
Y después, ver tanta endecha
en boticas, fondas, chagros,
o envolviendo sucias drogas,
o de cometas volando...
¡Ira de Dios! ¿Cartuchones
tanto verso almibarado?

Mas todo fácil supongo:
imprensa y lectores hallo,
y con viñetas doradas
salen mis versos... tronando,
-474-
tronando como un chihuahua⁵⁶
en vísperas de algún santo...
¡Hurra, diablo!... en tarde oscura
del octubre atrabiliario,
¿viste acaso del Pichincha
en el occiput nevado,
fraguarse negro, estruendoso
el horrendo cordonazo⁵⁷?

De súbito, formidable
envuelve en su denso manto
cielo y tierra... del Eterno
cual la venida anunciando;
del huracán el bramido
acallando el ronco rayo,

y entre pedrisca y granizo
un diluvio vomitando,
mas bien que una tempestad.
¿No es una danza de diablos?
Pues, ¿qué aquello? ¿qué esa furia,
ese horror, ese arrebató,
con la borrasca que horrenda
retumba sobre el que bardo
quiso mostrarse en un pueblo
nada tonto, ni menguado
pero a quien da pataleta
sólo al oír literato?
«Conque, infeliz, ¿te atreviste?
¡Ah, caíste en nuestras manos!...
Pues, ¡toma!... Si algo sabemos
es tan sólo escaldar gatos».

¡Dicho y hecho! Sólo entonces
suda y suda sin cansancio
de nuestra patria la prensa
y resudan nuestros sabios.

-475-

¿Sabios?...¡oh, sí, los tenemos!
Bien rechonchos, bien guardados,
que no sé cómo, en un tiempo,
esa fama conquistaron.
De política remiendos
zurciendo mal y plagiando,
y echando a volar a ciegas
en tiempos eleccionarios,
en defensa, ya lo sabes
de personas, no en el campo
de ésta, al menos, o esa idea,
que sirven como espantajo
en que el sórdido egoísmo
de nuestros politicastos
se embosca como en castillo
un cohetero bellaco;
y sin piedad ni decoro,
malfiriendo a candidatos
que ajeno interés eleva,
que endiosan fines contrarios,
allá van periodiquillos,
gruesos folletos, flechazos
de acervo y punzante filo,
y acre ponzoña estilando;
donde en vano un pensamiento,
sentido común en vano
hallar ansiará anhelante

lector desapasionado.
Allí Capmany patea,
allí revienta el gramático,
y allí, tan sólo ruin odio,
o negra envidia babeando,
sin pudor la faz ostentan
instintos a cual más bárbaro.
Quien más aúlla y más muerde
sin duda es más literato:
«-Don Crispín, ¡vaya! ¡me alegro,
estupendo, es su chubasco!
Seguir de firme; a esos pillos
romperlos, anonadarlos!
-476-
-¡Ah, Señor!... -Vaya, en malhora
se hace usted el mojigato;
no ha puesto su firma, cierto;
¡mas no faltó un amigazo,
que a mí en secreto su nombre
me lo dijera! ¡Triunfamos!
Sin duda, ya es nuestro el triunfo
y adelante!». Y ese bajo,
ese ruin que pasquinero
lo llamará un pueblo urbano;
¡en el nuestro, ya la palma
se ha conquistado de Sabio!

[...]

Pésete o no, caro amigo,
y aunque te diga en gabacho,
las ilustraciones nuestras
son oropeles muy falsos,
que insípidas medianías
o insufribles mentecatos
en vano tapan, pues leves
muestran al fin... polvo vano.
-¿En qué de ese mofletudo
se funda la fama y garbo;
por qué todo el mundo atento
se le inclina desalado?
-Una hacienda tiene al Norte,
otra al Sur, otra en los altos;
mas no puedo asegurarte
si aun rubrica un garabato.
-¿Y aquel otro Sancho hermoso
que anda con la panza a trancos,
cual rudo carro tosiendo,

y cual trueno estornudando?
¿Será el Sangay que bramidos
vomita en vez de vocablos?
¿Es tempestad furibunda
a quién no pone en espanto?
-Que es doctor dicen las gentes
y un Cicerón en estrados;
-477-

el infalible tertulio
de la familia Solando;
infaltable en el café
del viejo don Teodicuato;
es la crónica ambulante,
periódico el más salado,
que de pe a pa, la vida
virtudes, muerte y milagros
de todo bicho, al corriente
te pone; pero ese Ulpiano
dudo que decirte sepa
si está en Quito el Chimborazo.

-Y aquel fantasma imponente
cual la esperanza estirado,
puerco espín por sus bigotes,
por su ceño un cañonazo,
y que al hablar, con el mu
del buey sale en todo caso,
¿quién es, por qué tan atentos
todos le miran? -Oráculos
son sus breves monosílabos,
sus sonrisas, sus dentazos;
mas, no sé de dónde vino
ni dónde anida ese pájaro.

-Y ese zalamero abate
que aplasta cojín tan alto,
de lustrín oeste y manteo,
siempre de damas cercado;
rubicundo, regordete,
cerviguillo de marrano,
fúlgida calva, y eterna
su sonrisa de beato;
ya senador, consejero,
ya de mitras candidato...

-La ex-marquesita de Pinllug
jamás su confesionario,
pudo dejar; la absolvió
sin duda ese prebendado.

-¿Y esas guapas charreteras,
y ese bélico mostacho?
-478-

¿Tal vez, en pluma y espada,

un segundo Garcilaso?
-Espada virgen, amigo,
pluma a lo más de milano.
-¿De dónde el nombre le viene
a esotro señor? -Un Tácito
nos dicen que es en la Historia
que ha marras escribe. -¿Y cuándo
la veremos? -Es tan sólo
de su casa para el gasto;
y de su último chusnieto
el peregrino legado.
-Jefe-político, alcalde,
de congresos diputado,
ministro, etcétera, todo
ha sido ese don Torcuato;
mas ¿sabe hablar? ¿Le has oído,
habla quichua o castellano?
-No lo sé; más es Murrea
su apellido aristocrático,
¿y cuándo en Quito mis condes
han sido republicanos?
-¿Ves en la lonja? Qué atentos,
silenciosos escuchando,
están en corro vejetes
y aun imberbes a ese diablo.
-¡Es publicista! -¿Qué dices,
publicista ecuatoriano?...
Vamos amigo, palpemos
fenómeno asaz bien raro...
¡Hombre!... ¡si es el mismo alumno
del padre Pasquín! ¡El zapo
autor de ese in-folio enorme
que nos dejó bostezando;
ese que con baba ascosa
manchar quiso endemoniado
de nuestros pocos ingenios
los bien alcanzados lauros!
-479-
Un editorial sin fondo,
un artículo menguado,
un libelo... en esta tierra
¿dan de publicista el rango?

Pues bien, de aquestas a algunos
Cervantes dizque ha legado
de su idioma la defensa,
de su tesoro el resguardo.
Roncando están, indolentes
de su renombre, gozando,

del título sin cuidarse
que ampare su jubilazo;
mas salta inexperto un joven
al palenque literario,
y allá va... como la araña
está con hambre atisbando
si cae infeliz mosquito
en su tejido endiablado;
así estos castizos doctos
de sus retretes brincando,
a vista del vulgo indocto
zurran sin piedad al bardo,
con críticas majaderas
y juicios a cual más raro
que pronto con ellos duermen
en noche eterna. ¡Aprobado!
Mas, la gala más preciosa
de estos ruines aristarcos
son tan crueles insultos,
tan ultrajantes sarcasmos,
que con razón los plebeyos,
corros, al mal inclinados,
riendo a pierna tendida
de lo que no entienden, sandios.
«¿Cuál es, exclaman, el bimbo
tan lindamente zurrado?
Ah, ¿es usted? Cuánto lo siento,
¿qué tal le fue, señor Bayron?».

-480-

Ah, caprichosa natura,
¿creéis que a todos, bellacos,
brinda pródiga esos dones
con esmero reservados
tan sólo para sus hijos
predilectos, que cual astros
brillando fúlgidos, huyen
eterna estela dejando,
del pensamiento, del alma
en los eternos espacios?

El cielo que, por capricho
nos regaló un Chimborazo,
y da de aquí al Amazonas
el más bello tributario;
también por capricho quiso
que del suelo ecuatoriano
se elevara asaz sublime

el solitario Parnaso.
Y ¡qué rabia! por sus faldas
penosamente trepando,
cuántos en sudor deshecho
palpan su estúpido garbo.

A más o menos altura,
de tarde en tarde asomados,
lentamente se destacan
un Orozco, un Maldonado,
Larrea, Espejo, Mejía,
Solano, Salcedo, Malo,
un estudioso Fermín,
Espinel, Carbo, Moncayo,
Riofrío, Zaldumbide
y una malhadada Safo
que, cual la griega, infeliz,
dejó en cada verso un dardo;
mas, fulgurando en la cumbre,
tan sólo Olmedo y Montalvo.
Ya me entiendes, por supuesto,
que al hablarte de Parnasos,
no me fijo sólo en Musas,
ni en Castalias, ni en Pegasos;
-481-

Del templo habla de la Fama,
por cuyo augusto santuario,
tan contadas son las sombras
que blanden el sacro lauro,
mientras que a la puerta, oh cielos,
qué confusión, qué porrazos,
de los que adentro pretenden
entrar de buen o mal grado.

Del supremo tribunal
conoces ya a los letrados;
de primera instancia ahora
juzga, por Dios, el despacho.

-[482]- -483-

Miguel Moreno (1851-1910)

-[484]- -485-

Nota biográfica

Si algún fruto dio la reforma educativa promovida y en parte realizada por el eminente político y estadista don Gabriel García Moreno, el poeta azuayo de quien nos ocupamos es de los más sazonados. Encontró, más que su colega y colaborador Honorato Vázquez, el verdadero tono, los genuinos acentos de la poesía nacional tan afanosa e infructuosamente buscados hasta entonces; creaciones suyas son las verdaderas piezas de antología que damos en la selección. Fue además profesor de Medicina en la Universidad de Cuenca; diputado y fundador del Liceo de la Juventud del Azuay⁵⁸.

-[486]- -487-

Selecciones

-[488]- -489-

De Sábados de mayo

La novia

Corazón enfermo
y alma amante y sola,
si cantar pudiera:
¡Ya tengo mi novia!...
¡Qué triste la vida, 5
qué lentas congojas
sin unos amores,
sin una paloma!
Cualquiera, a los veinte,
vive en la memoria 10
de una rubiecita
cándida y hermosa;
y recibe flores,
y devuelve trovas,
y ama, si es amado; 15
si no, canta y llora.

Y yo, sin ventura,
sin ser una roca,
sino un vatecillo
que sueña y adora, 20
vivo que me muero,
soñando en la gloria.

-490-

¿Dónde hallaré un alma,
cual la mía, sola,
y las dos se encuentren 25
como dos palomas?
¡Si en vez de ser hombre,
yo fuera paloma,
ya un nido tuviera,
ya tuviera esposa! 30
¡Late, pecho mío!
¡Oh alma soñadora,
ya estás en el cielo,
ya vino la novia!
¿Quién más linda que ella? 35
¿Quién como mi Dora?
Aún no abre el capullo
mi abrileña rosa.
Ni las auras sepan
¡silencio, alma loca, 40
que ya como a mía
la adoro a mis solas!

¡Chis!

-En ti tan sólo pienso,
sólo por ti suspiro;
te sueño cada noche:
¡yo te amo, dueño mío!

-¡Calla, niña, no lo oigan 5
a muerte o el olvido!
¡Calla! ¡Lo sepan sólo
tu corazón y el mío!...

-491-

¡Es él!...

¿Quién es aquel que tétrico
y solitario vive
en las riberas áridas
de ese desierto mar,

y que con mano trémula 5
sobre la arena escribe?
¿Por qué le miro pálido
alguna vez llorar?

Es él, poeta lírico
de corazón ardiente, 10
que sueña con las sílfides
y vive del amor;
y un día y otro inspírase
en su castalia fuente:
la fuente de las lágrimas, 15
la fuente del dolor.

La niña y el escribanillo

-Escribanillo, di, ¿qué
escribes sobre las aguas?
-¡Ay, niña, estoy dando fe
del juramento que acaba
de hacerte el joven que aquí 5
te espera tarde y mañana!
-¿Es posible? Pero allí
yo no veo escrito nada.
-Así no verás, Leonor,
que él te cumpla su palabra; 10
pues las promesas de amor,
¡son cual firmas en el agua!

-492-

Cantos no acabados

A Honorato Vázquez

¡Qué de cantos se principian
para no ser terminados,
porque se entristece el alma

y el corazón desmayado
las alas pliega, cual madre 5
que agotó todo su llanto!
Tú lo entiendes, lo has sentido,
y dices muy bien, hermano:
«Son como telas de araña
esos inconclusos cantos». 10

He visto a ese insecto humilde
comenzar con entusiasmo
la red que darle podría
el sustento y el descanso,
y he visto luego a una mosca 15
venir y pasar volando,
y echar por tierra a la obrera
con su esperanza y trabajo.
Así nacen y así mueren
los pobres cantos de un bardo... 20
También una tela urdimos
con nuestros sueños dorados,
y en largas horas de insomnio
pasa la mente escuchando
los ritmos y las cadencias 25
de un canto, ¡qué hermoso canto!
Pero viene la alborada,
y anhelosos despertamos,
ansiando vuelvan los sonos
de ese cántico soñado... 30

-493-

Repíte, ¡oh, ardiente musa!,
los sublimes arrebatos
y las pausas deliciosas
y los sollozos ahogados...
y por la cláusula ardiente 35
del idioma soberano,
sepa el mundo lo que sueño,
sepa el mundo lo que canto...

Y ¡nada!, nada, ¡Dios mío!,
tan sólo silencio amargo 40
del corazón casi muerto
en el lúgubre santuario.
Y, como moscas errantes,
llegan fúnebres zumbando
algunos recuerdos tristes 45
que revuelan solitarios

al rededor del cadáver
de algún amor olvidado...
Ya de una esperanza muerta
se ve el sepulcro lejano; 50
ya los restos de un afecto
que en la alma se están velando...
¡Ay! El corazón entonces,
lo sabes muy bien, hermano,
¡cuánta sangre en vano vierte, 55
cuánto lucha, gime cuánto!
Y ¿al fin?... Al fin sólo queda,
en medio de un fondo blanco,
algún título pomposo,
renglones medio borrados, 60
caminos por donde ha ido
el corazón como a saltos,
quizá una lágrima tierna,
gota de hiel o de bálsamo
con que piadosos ungimos 65
las cenizas del pasado...
¡Se descubre en esas líneas
una herida que hace años
se cerró, y a cuya vista
huye el alma con espanto! 70

-494-

¡Se escucha el eco perdido
de un tiempo hermoso y lejano,
se escucha ardiente reproche
a un ser que está perdonado!
¡Fugaces telas de araña, 75
pobres cantos, tristes cantos,
tesoro que los poetas
tienen en su alma guardado;
niños que en el vientre mueren
de sus madres; cuánto, cuánto 80
de dolor traen al pecho
y a los ojos lloro amargo!...
Esos cantos de otro tiempo
acaba, dices.

¡Hermano, 85
pide también que a la vida
vuelvan los sueños pasados;
que se recoja de nuevo
todo el llanto derramado,
que se fundan, que se junten 90
del corazón los pedazos!...

Cantares de Elena

Crié una paloma hermosa,
mi esperanza y mi ilusión,
mas, ella huyó veleidosa...
¡ay, paloma...! ¡ay, corazón...!

Palomita de mi huerto,
de ojos de dulce mirar,
¿conque es cierto, conque es cierto
que huiste del palomar...?

Yo formé del pecho mío 5
un nido, para ti, fiel,
y ahora lo dejas vacío:
¡palomita, eres muy cruel!

¡Quién me diera en mi tormento
arrancar del corazón 10
tu imagen o el sentimiento
de esta horrible decepción!

Aprende: esas dos palomas...
van juntas en pos de ti,
y aunque traspasan las lomas, 15
juntas vuelven hacia mí...

Y me dicen: -¿Hasta cuándo
te ha prometido volver...?
Y les contesto llorando:
-¡Mañana, al amanecer...! 20

Y de mañana en mañana
va creciendo mi dolor,
y como él ¡suerte inhumana!

también se aumenta mi amor!

Vuelve, palomita ausente, 25
mi pecho es tu palomar;
como supe amar ardiente,
así sé yo perdonar...

¡Ay! ¿por qué dar al olvido,
que te ofrecí con amor, 30
para que tejas tu nido
rosas y malvas de olor...?

Como un inocente niño
cuanto tuve te ofrecí,
aun de mi madre el cariño 35
lo sustraje para ti...

Y creció en el pecho mío,
por instantes, mi pasión,
¡y ahora lloro mi desvío,
ay paloma, ay corazón...! 40

Vuelve, palomita ausente,
mi pecho es tu palomar;
como supe amar ardiente
así sé yo perdonar...

Vuelve, vuelve, te lo ruego 45
por nuestro soñado edén,
por mi amor ardiente y ciego,
y por el tuyo también.

Mas ya no tendrán su día
tanto amor, tanta ilusión; 50
¡adiós esperanza mía...!
¡queda muerto el corazón...!

Tendido sobre una roca,
orillas del Macará,
caída el ala del sombrero,
melancólica la faz,
macilento y pensativo 5
un bello joven está,
que, así le dice a un correo
de Cuenca, lleno de afán:
-Correo que vas y vuelves
por caminos del Azuay, 10
a donde triste y proscrito
ya no he de volver jamás;
di ¿qué viste de mi Cuenca
en el último arrabal,
en una casita blanca 15
que orillas del río está,
rodeada por un molino,
perdida entre un alisar?
Y le responde el correo,
lleno de amabilidad: 20
-Diez días ha que salí
de los valles del Azuay,
y vi del río a la margen
la casa de que me habláis,
rodeada por un molino, 25
perdida entre un alisar.
-Está bien, ¿pero no viste
en ese sitio algo más...?
-Te contaré, pobre joven,
que vi una tarde, al pasar, 30
una niña de ojos negros
y belleza angelical,
-498-
toda vestida de blanco,
paseando entre el alisar.
-¡Ay! no te vayas, correo, 35
por Dios, suspende tu afán;
tú que dichoso visitas
las calles de mi ciudad,
aunque estés de prisa,
¡dime de esa joven algo más! 40
-Caballero, cual los vuestros,
cual los vuestros eran ¡ay!
los ojos encantadores
de esa niña del Azuay:
tras de unas negras pestañas, 45
como el sol que va a expirar
velado por densas nubes
que enlutan el cielo ya;

melancólicos, a veces,
miraban con grande afán 50
a todos los caminantes
que entraban a la ciudad.
¡Pobre niña, pobre niña!
Cubierta su hermosa faz
con las sombras de la muerte 55
y una palidez mortal,
otras veces contemplaba
las hojas del alisar
que, arrastradas río abajo,
no habían de volver jamás; 60
¡pobre niña, no lo dudo,
estaba enferma y quizás
ese momento se hallaba
pensando en la eternidad!
-¡Ay! mi correo, correo 65
tan veloz en caminar;
tú que dichoso transitas
por donde mi amor está,
¡dime, por Dios si supiste
de esa joven algo más! 70
-Cuando una vez de mañana
paseábame en la ciudad,
-499-
vi esparcidos por el suelo
rosas, ciprés y azahar,
que formaban un camino 75
que, yendo desde el umbral
de una iglesia, terminaba
en la casa de que habláis;
luego escuché en su recinto
el tañido funeral 80
de una campanilla, y luego
de la salmodia el compás,
y olor de incienso me trajo
el ambiente matinal...
-Dime, por Dios, ¿no supiste 85
quién se iba a sacramentar?
-Una niña a quien llamaban
por su hermosa y triste faz,
y porque vestía de blanco,
¡la garza del alisar! 90
-Oh basta, basta, ¡Dios mío!
¡Es ella... suerte fatal...!
¿Y habrá muerto...? -Era de noche
cuando dejé la ciudad,
olor a cera y a tumba 95
percibí en el alisar...
-¡Valor! no tiembles, termina

mi suplicio es sin igual!
-Infeliz, yo vi las puertas
de la casa... -¡Acaba ya! 100
-¡Con un cortinaje negro
y abiertas de par en par...!
-¡Bendito seas, Dios mío,
acato tu voluntad...!
Ella muerta, yo entretanto 105
proscrito, enfermo, jamás,
jamás veré ya esos ojos
que empezaban a alumbrar
mi camino... ¡Nunca, nunca
sino allá en la eternidad...! 110

-500-

De Libro del corazón

Perdida

¿Qué he perdido? ¡Mi lengua se resiste
a pronunciar el adorado nombre!
Corazón, ¿qué perdiste?
-Lo que más dulce en la pasión existe,
Señor, lo más querido para el hombre: 5
¡Una alma! ¡Esa alma tuya que me diste!

¿Reposo?

¡Me asusto de mí mismo!
¡Yo quisiera esconderme en un abismo
más profundo que el mar!
¿La fosa, el polvo inerte?...
¡Mi muerte no es remedio de su muerte; 5
ansío más, aún más!

Mi mal imponderable
pide de amor un piélago insondable;
pero éste, ¿en dónde está?...
¡Me arrastro, casi muerto, 10

en tu costado, por mi dicha, abierto,
Jesús, a descansar!...

-501-

¡Si volvieras!

¡Viva, te amé tanto, tanto!
Muerta, te amo mucho más;
mañana, resucitada...
¡cómo te pudiera amar!

-502-

Cosas del tiempo

I

Apenados, sollozantes,
Ella y Él, no muy distantes
de hinojos, junto al altar,
están rezando anhelantes
a la Virgen del Pilar. 5

Mas, quién al verlos creyera,
que tan contrapuesto fuera
lo que cada uno le pide;
Él pide que Ella le quiera
y Ella pide que Él la olvide. 10

Y es que el buen mancebo adora
con pasión a Leonora;
y ésta con suave esquivez,
con esquivez que enamora,
se retrae cada vez. 15

La Santa Virgen consiente,
que cada cual como siente,
sus secretos le confíe,
y al escucharlos, clemente,

con uno y otro sonrío. 20

Pero al fin y al cabo ¿cuál
será su resolución
en pleito tan desigual?
¿El humano corazón
será constante y leal?... 25

-503-

II

Han transcurrido dos años
y otra vez en los peldaños
se hallan del altar aquel,
juntos, trayendo Ella y Él
mudanzas y desengaños. 30

Y hoy es ¡la pobre Leonor!
la que con lágrimas pide
del mancebo el muerto amor;
mientras éste con fervor
implora que Ella le olvide. 35

Y la Virgen al oír
tan contraria petición,
torna, amable, a sonreír,
ante el presto ir y venir
del humano corazón. 40

Julio Matovelle (1852-1929)

Nota biográfica

Estudió en un colegio regentado por jesuitas. Se graduó de abogado y,

luego, un desengaño amoroso le llevó al claustro. En 1884 fundó la congregación de Oblatos del Corazón de Jesús. En 1885, fue elegido diputado.

Su poesía es, como eco del Eclesiastés y del Kempis, velada de pesimismo.

Su actitud ante la vida fue de negación. «Sus pensamientos metafísicos -dice Manuel Moreno Mora- aniquilaron sus sentimientos vitales».

Lo que más acredita su sabiduría es su gran libro Meditaciones sobre la Apocalipsis, publicado en Roma en 192259.

Selecciones

Una ganancia es morir

Mihi lucrum mori..

S. Pablo

¡Ay la vida! ¿Qué es la vida?
Chispa oculta entre pavesa,
relámpago que atraviesa
tempestad enfurecida.

¡Ay la vida! 5
Es mal que cura la muerte;
negra cárcel que, al morir,
logra el prisionero abrir,
de tal suerte
que una ganancia es morir. 10

Dejar espinas y abrojos
para ceñirse de estrellas,
secar del llanto las huellas
y clavar en Dios los ojos.

¡Ay! los ojos 15
que han visto el mundo funesto;

eso es dicha que el que muere
a gloria y cetro prefiere;
y es por esto
que gana mucho el que muere. 20

¿Qué son los placeres? Humo.
¿Qué es la hermosura? Ceniza
que en el sepulcro se pisa:
cuanto en la tierra hay de sumo,

todo es humo; 25
¡plata y seda, todo, todo...!
-512-
De manera que se gana
muriendo en edad temprana;
de tal modo
que sólo el que muere gana. 30

¿Por qué tan ruda ansiedad,
tanto afán, tanta locura,
en ir tras lo que no dura,
en buscar la vanidad?

¡Vanidad! 35
Que duelos mil atesora,
sólo el necio su ganancia
busca en la tierra con ansia,
porque ignora
que es la muerte una ganancia. 40

Vivamos, pues, a manera
del cautivo en calabozo,
que, ajeno de risa y gozo,
libertad cercana espera;

de manera, 45
que pongamos todo anhelo
en la gloria de morir,
sin cansarnos de decir
viendo el cielo:
nuestra ganancia es morir. 50

Contemplación nocturna

Es el postrer desmayo de la tarde,
de triste luto el cielo se cobija,
detrás del claro sol de quien es hija;
las tiendas de la noche con alarde
el genio adusto de las sombras fija, 5
y, cual hachón humeante que no alumbra,
el crepúsculo vaga en la penumbra.

Es un horno apagado el firmamento,
es un carbón sin rastro de centellas;
mas luego en paso tembloroso y lento 10
asoman pudibundas las estrellas,
que radiosas se agrupan ciento a ciento,
cual procesión de tímidas doncellas,
mientras levanta la abatida frente
la amante de Endimión en el Oriente. 15

La apasionada reina de la Caria,
en medio de aflicción terrible y cruda,
visitaba la losa cineraria
del que abatido la dejó y viuda;
así la luna triste y solitaria, 20
de las estrellas con la corte muda,
avanza macilenta paso a paso
a la tumba del sol, al triste ocaso.

Contemplad cuán solemne y majestuosa
escintila esa bóveda inflamada, 25
cual sala de un festín en que rebosa
la lumbre por mil lámparas regada,
-514-
el alma se recoge respetuosa
de un éxtasis sublime enajenada,
y al Autor de estas altas maravillas 30
le adora desde el polvo y de rodillas.

Ved cómo en raudos, silenciosos giros
van pasando los astros, coro a coro;
más fugaz y más breve que un suspiro,
a veces luce un vivo meteoro, 35
cual desgranada estrella de zafiro,

que algún lucero de reflejos de oro
enviado al suelo habrá con un mensaje
en misterioso divinal lenguaje.

Mirad cual ruedan por la cóncava urna, 40
cual sartal de diamantes, los planetas;
como el velo de virgen taciturna,
luciente cauda arrastran los cometas;
no de otra suerte con su luz nocturna
rebullen las luciérnagas inquietas, 45
inundando los valles y las cumbres
de repentinas, vívidas vislumbres.

El orbe todo espléndido rutila
con miríadas de soles y de esferas,
y el alma, absorta de estupor, cavila, 50
si serán esos astros cual lumbreras
que un ángel las enciende, despabila
y apaga cuando asoman las primeras
nubecillas de jalde terciopelo
con que a la aurora se engalana el cielo. 55

Cuánto la humana pequeñez contrasta
con esa obra magnífica y suprema,
quién sabe si esa bóveda tan vasta
con la fúlgida y láctea diadema,
es una breve pieza que se engasta 60
en otro inmenso sideral sistema,
y en serie inmensurable de eslabones
se entrelazan esferas a millones.

¡Quién sabe cuántos seres en la altura,
semejantes quizás a los humanos, 65

-515-

habitan esos globos de luz pura!
¿En los cielos también habrá tiranos,
y lágrimas y sangre y amargura?
¿Habrá guerras allá y odios insanos?
¿O son razas que gozan de la herencia 70
del no perdido Edén de la inocencia?

En la mar insondable del misterio,
audaz la mente se fatiga y cansa,
en vano de hemisferio en hemisferio
con alas de relámpago se lanza; 75

de la ciencia mortal todo el imperio
no logra conocer esa balanza,
en que el Sumo Hacedor el orbe pesa
cual un poco de cieno o de pavesa.

Vos, Señor, que forjasteis sin crisoles 80
esos globos de lúcido topacio,
Vos, que a puñados derramasteis soles
que el atrio alfombran del azul palacio,
Vos, que al millar de imponderables moles
trazasteis una ruta en el espacio, 85
decidnos si esos astros vagabundos
son ángeles o lámparas o mundos.

¡Qué grande es Sabaot! El orbe todo
rige con diestra poderosa y fría,
Él oye complacido, de igual modo, 90
del coro angelical la melodía,
y el zumbido que oculto entre vil lodo
lanza el insecto cuando muere el día.
Él cuida del humilde gusanillo
y del rey astro de fulgente brillo. 95

Esto nos dicen con su voz sonora,
los cielos en las noches del estío,
la majestad de Dios deslumbradora
se ostenta con grandioso poderío,
entonces el justo de contento llora 100
y se estremece atónito el impío,
el bullicio del siglo entonces calma
y sola ante los cielos queda el alma.

-516-

Al contemplar los astros no comprendo
cómo el hombre que hay Dios haya negado. 105
¿Hay quien a este espectáculo estupendo
no se postre en la tierra anonadado?
Los cielos van a Dios enalteciendo,
¿quién sus dulces hosannas no ha escuchado?
¿Podrá negar el polvo vil, la nada 110
lo que dice la bóveda estrellada?

Al contemplar los astros se desprecia
el vano fausto, la mentida gloria;
¡cuán menguadas parecen Roma y Grecia!

¿Se sabe acaso arriba nuestra historia? 115
¡Y qué! La tierra, presuntuosa y necia,
¿es algo más que un átomo de escoria?
¡Y por ella misérrimas hormigas,
nuestras razas se matan enemigas!

Si se anublan de llanto nuestros ojos, 120
si la hiel apuramos gota a gota,
ante el cielo postrémonos de hinojos,
y esa patria miremos no remota.
Pasa la vida, pasan los enojos,
el cáliz del dolor al fin se agota, 125
y el alma entonces desatada sube
a pasearse en los astros, cual querube.

-517-

La verdadera gloria

¡Oh, cuánto el hombre por brillar se afana!,
insecto que ignorado se desliza;
en vano con orgullo se engalana
ese poco de polvo y de ceniza,
que si hoy se mueve, morirá mañana. 5

¡Qué incesante anhelar, qué ciego empeño
por gozar de una vida transitoria!
Y, ¿qué es la dicha, al fin, y qué es la gloria?
Niebla que pasa, momentáneo sueño,
burla del tiempo, despreciable escoria. 10

Para vivir de muerto, que locura,
compra el sabio a la historia los pregones;
por prenderse el guerrero dos galones,
cava él mismo la negra sepultura,
y le prenden con balas los cañones. 15

Con caireles de perlas y topacios,
el celaje deslumbra en los espacios
del moribundo sol a los reflejos;
nos miente todo lo que brilla lejos,
nos engaña hasta el humo con palacios. 20

Cómo encanta falaz, cómo ilusiona
contemplada distante la grandeza;
cuán espléndida luce la corona;
mas, aquel que la lleva en la cabeza,
siente sólo y admira lo que pesa. 25

¡La virtud, la virtud!, ved lo que vale
más que el cetro, la púrpura y el oro;
en la tierra es el único tesoro,
-518-
y en el orbe no hay cosa que le iguale,
ni en grandeza, ni en gloria, ni en decoro. 30

El que quiera alcanzar para sus sienas
de lauro eterno fúlgida guirnalda,
huyendo del placer la muelle falda,
y a manos llenas derramando bienes,
enjugue el llanto que a su estirpe escalda. 35

La versátil, plateada mariposa
cuyo breve existir no dura un día,
vive y muere en él cáliz de la rosa
y suelta en polvo de oro el ala hermosa,
expira perfumada de ambrosía. 40

Pero el cóndor, altivo rey del Ande,
airoso huella con seguro paso
la diadema imperial del Chimborazo;
y sobre cimas de terror se expande
perezoso batiendo el vuelo escaso. 45

Así, el genio no mora entre las flores
sino entre abismos de pesar profundo.
La copa del festín y los amores
a los menguados que deleita el mundo;
¡para el genio la hiel de los dolores! 50

Es la gloria la estrella de la tarde
que brilla en el ocaso únicamente;
bañando en llanto la angustiada frente,
sobre el sepulcro asoma la cobarde,
cual solitaria y tímida doliente. 55

La escena del Tabor, después de muerto,
después de la ignominia del Calvario;
de zarzales el mundo está cubierto,
sólo el tigre feroz o el dromedario
encontrarán placer en el desierto. 60

En el carro del trueno el iris prende
sus festones de lila y de granada,
y, cuando el rayo los turbiones hiende,
la procelaria audaz el vuelo tiende
sobre las ondas de la mar airada. 65

Y el héroe con titánica osadía
aumenta en majestad, en gracia aumenta
al furioso rugir de la tormenta,
-519-
y batiendo las alas a porfía
los crudos huracanes atormenta. 70

La escabrosa eminencia no codicio
ni quiero asiento deleznable y falso;
la cumbre está cercana al precipicio,
y el trono para el malo es un cadalso,
para el bueno, un altar de sacrificio. 75

Fija en el sol en dulce arrobamiento
el águila se eleva al firmamento,
desde el rudo peñón en que se posa,
y en jirones la nube tempestuosa
desgarra con intrépido ardimiento. 80

Levantada la frente y mudo el labio,
absortos contemplando de hito en hito
las visiones de mágico astrolabio,
se alzaron con la viva fe del sabio
Galileo y Colón al infinito. 85

¡Oh, cuán ricas coronas, oh cuán bellas!
las que ciñe a los héroes el martirio,
no frágiles y breves como aquéllas
de oloroso clavel y blanco lirio,
sino engastadas de rubís de estrellas. 90

El contento y la dicha, al fin de todo,
joyas son que no encierra el duro suelo;
si es barro el hombre, de cualquiera modo,
primero ha de lavarse de este lodo:
la verdadera gloria está en el cielo. 95

Juan Abel Echeverría (1853-1939)

Nota biográfica

Distinguido ciudadano y literato, quizá el nombre más preclaro con que se honra Latacunga, su ciudad natal.

Es el tipo de hombre de letras; cultivaba su pequeño huerto con amor y afán indeclinables. Son fruto de sus talentos varias notables poesías de elevado estro y noble dicción poética.

Fue profesor por largo tiempo, en la cátedra de Literatura del colegio Vicente León, en la ciudad de su nacimiento. Gran parte de sus producciones se perdieron en el incendio que, en 1882, destruyó su casa. En 1937, casi en vísperas de su muerte, se organizó un homenaje en su honor, al que se excusó de asistir, ofreciéndolo a Latacunga como modesto tributo de amor filial⁶⁰.

Selecciones

Ave María

A mi hermana Mercedes

Ora, niña. Cantó ya entre las ruinas
el himno de la tarde el solitario;
y envuelto en sombra el pardo campanario
dio el toque de silencio y oración.
Murió ya el día, se enlutó la tierra; 5
la golondrina vuelve a su techumbre;
y del ocaso a la rojiza lumbre
se recoge devoto el corazón.

Todos rezan: los niños dulcemente

con la envidiable fe de la inocencia; 10
el hombre con la hiel de la experiencia;
la virgen con el fuego de su amor.
Y en el hogar los respetuosos hijos,
al hermano agrupándose el hermano,
se prosternan al pie del padre anciano 15
y él los bendice en nombre del Señor.

Ora, amor mío: cuando así te miro,
de hinojos puesta sobre el duro suelo,
me pareces un ángel que su vuelo
va hasta el Edén, tranquilo a remontar. 20
Feliz, entonces, con tu gloria canto,
te sigo en la ilusión de mi deseo;
mas, si vuelvo la faz y aquí te veo,
una lágrima entúrbiame el mirar.

-528-

¡Si ahuyentar el dolor de la existencia 25
de tu inocente corazón pudiera,
y la estrella de paz siempre luciera,
en tu serena frente angelical...!
¡Ah, si pudiera yo, pobre ángel mío,
verter mi sangre y darte la ventura; 30
blanda encontrara la honda sepultura,
y bendijera de mi vida el mal!

Tú ignoras -y lo ignores siempre, niña-,
del mundo las amargas decepciones;
mas yo ¡ay de mí! conozco sus pasiones, 35
y su falsía y sus quimeras sé...
Mas ¡tú lo puedes...! con tu puro ruego
virtuoso porvenir de Dios alcanza;
pídele santo amor, firme esperanza
y, como el sol, ardiente y viva fe. 40

Ora, niña, por mí; cuando tu labio
murmura fervoroso una plegaria,
envía Dios a mi alma solitaria
un rayo de esperanza seductor;
el ángel de tu guarda casto beso 45
da a tu tranquila, pudorosa frente,
y por la escala de Jacob, luciente,
tu ruego sube al trono del Señor.

Cuando el árbol al roce de la brisa
parece sollozar en la llanura, 50
y el arroyo cruzando la espesura
con la hoja seca murmurando va;
cuando un rumor solemne, prolongado,
melancólico y tenue en lo alto suena,
y de profunda inspiración se llena 55
el alma ante el eterno Jehová;

di ¿no oyes, niña, en esas vagas notas
la voz con que también naturaleza
ora, velando su gentil belleza
de la neblina con el leve tul? 60
Por eso se hunde en meditar profundo
-529-
el espíritu al rayo tembloroso
de la luna, que alumbra el majestuoso
templo de Dios en el inmenso azul.

Y reverente el ángel de la tierra 65
se prosterna al decir «¡Ave María!».
¡Silencio...! ¡Majestad...! ¡En poesía
de los cielos se baña el corazón...!
En tanto el sueño vuela taciturno
por el confín lejano del oriente, 70
y repiten las grutas tristemente
del bronce la postrera vibración.

Y la Virgen de vírgenes sonriendo,
mientras repites otra Ave María,
se goza, te bendice, hermana mía, 75
y apresta una corona a tu alba sien.
¡Ah, que esa bendición descienda a tu alma,
como al jardín el bienhechor rocío,
y a coronarte vuelas, ángel mío,
con flores inmortales del Edén! 80

Y cuando un día me recuerdes, triste,
a las preces del órgano que llora,
al resonar esta solemne hora,
¡póstrate y alza tu oración por mí!
Presto mi ¡adiós! oirás... guarda mi pecho 85
un germen de dolor, un mal profundo,
que no lo puede sofocar el mundo,
¡porque todo en el mundo es baladía...!

¿Perdonarás entonces, padre mío,
de mi fogosa vida a la memoria 90
si sólo ofrece mi doliente historia
las penas que te dio mi juventud?
¡Sí, y a mi tumba, dolorido anciano,
irás a bendecirme cariñoso,
y el ángel guardador de mi reposo 95
consolará tu triste senectud!

-530-

A Julio Zaldumbide

Soneto

¡Pasó... como un lucero en su carrera,
alumbrando del arte el puro cielo...!
¡Pasó... regando flores en el suelo,
como pasa gentil la primavera...!

¡Pasó... abrazado a su arpa lastimera 5
cantando, como el ángel del consuelo,
por temperar el hondo, humano duelo,
en su ascensión a la eternal esfera...

Luz de verdad, de la belleza flores
y armonías del bien fueron su vida, 10
¡nido que abandonaron ruiseñores...!

¡Mas, los cándidos rayos de la Gloria,
que en su tumba se deja ver erguida,
salvan de olvido su inmortal memoria!

-531-

¡González Suárez...!

Las naciones pregonarán su sabiduría, y la Iglesia celebrará sus alabanzas.

Eccle. XXXIX, 14.

¡Tregua al dolor, y elévese de la justicia el canto!
De mar a mar discurre su fama en raudo vuelo,
y sobre fondo oscuro de general quebranto,
el Ecuador inunda la Gloria, desde el cielo,
con deslumbrante luz. 5

Y ciñe de esplendores la olímpica figura
que surge del sepulcro por siempre vencedora;
¡de pie para admirarla en la suprema altura!
Es él, el héroe epónimo, a quien su pueblo llora,
el sabio de la Cruz. 10

Miradle señoreando la cátedra sagrada:
relámpagos despiden los ojos encendidos,
se yergue la cabeza de lumbré diademada,
sobre la mar humana los aires adormidos;
¡qué augusta majestad! 15

De su elocuencia docta desátase el torrente,
retumba el trueno, el rayo cae de luz divina,
se incendian corazones, el llanto brota ardiente,
el Creador Espíritu las almas ilumina,
¡habla la Eternidad! 20

-532-

Es el sublime cóndor que en vuelo resonante
desde el peñón andino se lanza a los espacios,
y en espiral inmensa encúbrase triunfante,
a visitar del cielo los fúlgidos palacios,
glorioso viajador; 25

y torna con el brillo del sol en la pupila,
y cruza por el arco que el iris le alza airoso,
y en el etéreo risco de soledad tranquila
pliega las grandes alas en imperial reposo,
de cúspides señor. 30

Abnegación sin límites, carácter sin reproches;
América y España le vieron pluma en mano,
le vieron sobre el libro los días y las noches,
y coronó el estudio, con el saber anciano,
su noble juventud. 35

Y así los siglos muertos iluminó su diestra,
alzando de la historia el luminar potente,
y juez incorruptible, en la social palestra,
dio lauros a los héroes, castigo al delincuente
y gloria a la virtud. 40

Su pluma esculpe estatuas y monumentos labra,
y pinta las bellezas de la inmortal natura;
al creador impulso de su vivaz palabra,
espléndida florece la mágica hermosura
de la verdad y el bien. 45

Que si la dulce lira abandonó entre flores
de alegre primavera y hurtó la voz al canto,
gorjean en su huerto divinos ruseñores,
que encumbran el espíritu con inefable encanto
a la eternal Salén. 50

Armado caballero de la ciudad sagrada,
por Dios y por la Patria se presentó en la arena,
y en luchas bien reñidas su vencedora espada
vengó el derecho augusto y sometió a cadena
a la maldad feroz. 55

-533-

Patriota incomparable, rindió a la paz el culto
mirífico de su alma, de dones opulenta;
de contrapuestos bandos en el civil tumulto,
cual Cristo en Tiberíades, contuvo la tormenta
con su elocuente voz. 60

Mas, la ambición artera, perdida la esperanza,
se retiró sañuda bramando en su despecho;
aveles banderías urdieron la asechanza,
y él ahuyentó impasible con valeroso pecho
a la perfidia vil. 65

Y a la calumnia ignívoma, y al odio emponzoñado,
y a la rastrera envidia, y a la procaz injuria,
correspondió en silencio con el perdón sagrado,
y dominó impertérito la desatada furia
de la protervia hostil. 70

Un salmo fue su vida por la oración ferviente,
el sacrificio heroico santificó sus días;
amó dos soledades de oscuridad luciente,
y dos silencios dulces poblados de armonías:
el templo y el hogar. 75

Allí se labró austero el sabio portentoso,
allí se labró el justo, antorcha del sacrario,
y cual el Cotopaxi que impera majestuoso
en noche cristalina, radiante solitario,
así se hizo admirar. 80

El báculo en su diestra fue cetro de monarca,
regido entre energías y santa mansedumbre;
el esplendor del templo fue el trono del jerarca,
la mitra en su cabeza fue el sol en nívea cumbre,
la cumbre del saber. 85

Y humilde en tanta gloria, cuando Fortuna vino,
a Caridad cristiana mandó la recibiera,
y haciendo el bien a todos, como Jesús divino
del bien fue un monumento su voluntad postrera,
que no ha de perecer. 90

-534-

Ponga el cincel Justicia de Gracitud en mano,
y arranque al níveo mármol del arte la victoria,
y en apostura excelsa junto al Pichincha cano,
al himno de la patria y al trueno de la gloria,
surja el sabio inmortal. 95

El sol le exponga al culto ardiendo en lumbre de oro,
las esplendentes noches con palio de diamantes,
monten de honor la guardia en militar decoro,
con yelmos argentinos los Andes circunstantes,
en pompa triunfal. 100

Y allí le reverencien edades venideras,
y en cada aniversario clarines y cañones,
y músicas marciales, flotando las banderas,
saluden al Pontífice al par de las canciones
que el patriotismo dé. 105

Y, madre venturosa, la Iglesia alborozada,
llenando las campanas de regocijo el viento,
celebre en sus basílicas la gloria inmaculada
del hijo que es un astro del puro firmamento,
el astro de la Fe. 110

-535-

El árbol

Árbol de flores vestido,
de cantoras aves solio,
auras bullendo en la copa,
al pie cantando el arroyo.

Le ornó el alba con diamantes, 5
el mediodía con oro,
la tarde le dio su estrella,
la noche amor y reposo.

Cubriose el suelo de luto,
retumbaron truenos roncós. 10
¡Brilló la lumbre del rayo
y el árbol humeó en despojos!

¡Ay, mitad del alma mía!
¡Ay, mitad que ausente lloro!
¡Lástima de la llanura, 15
quedó el malherido tronco!

-536-

El avión

Águila real que en el cenit admiro,
pasma del genio creador, invento
que en ti llevas, como alma, el pensamiento,
que al éter te lanzó con raudo giro;

lumbre de ciencias en tus alas miro, 5
que te hacen navegar señor del viento,
y eres bajo el cerúleo firmamento,
cruz de nácar en fondo de zafiro.

Se encumbra, al par de ti, la inteligencia,
y al corazón agita tu presencia, 10
con temblor de ansias y bullir de anhelos,

y en éxtasis el alma, a lo infinito
vuela de adoración su ardiente grito:
¡Gloria a Dios en la altura de los cielos!

-537-

Honorato Vázquez (1855-1933)

-[538]- -539-

Nota biográfica

Uno de los más altos prestigios de las comarcas azuayas y gloria indiscutible del Ecuador, por su patriotismo todo abnegación y sus invalorable servicios a la causa del honor e integridad de la nación y su territorio. Verdadero santo laico, como poeta y hablante se puede parangonar con los más castizos del continente, aunque su estro fue más bien humilde y su poesía mejor para recitada en voz baja, en el sagrado del hogar⁶¹.

-[540]- -541-

Selecciones

-[542]- -543-

A orillas del Macará

Todos duermen, y en el campo
reina silenciosa calma,
y sólo a intervalos muge,
cuando del desierto avanza,
el viento, a estrellar su furia 5
en la sierra ecuatoriana;
sobrecogida, despierta
la selva, crujen las ramas
y, cual si sintieran miedo,
unas con otras se abrazan. 10

Insomne y meditabundo,
acodado a una ventana,
desde aquí miro undulante
la combatida montaña,
por los rayos de la luna 15
a intervalos alumbrada;
erguida en el horizonte,
tras cuyas sutiles gasas
las temblorosas estrellas
parecen gotas que bajan 20
en lluvia argéntea, a sumirse
en las selvas de mi patria.

Como un rebaño dormido
veo blanquear las casas
del Macará, y a un extremo 25
una lumbre brilla escasa,
-544-
cual la que el pastor enciende
junto al redil, y a las auras
deja, de la noche, aviven,
si va a extinguirse, la llama. 30

¡Ay! es la luz de la iglesia,
es del Sagrario la lámpara,
que alumbra allí unos misterios
que sólo presiente el alma.
Allí está el que, Rey de reyes, 35
hoy Pastor sólo se llama,
que doquier busca a los suyos,
y a quien los suyos reclaman;
y que, en vigilia constante,
y en espera que no acaba, 40
y en amor que no se mengua,
a la luz de pobre lámpara

en esa noche de olvido
que extendemos por sus aras,
solitario nos vigila, 45
olvidado nos aguarda.

Ya voy, Señor, a tu templo
a ofrendarte mi plegaria,
¡último templo, el más pobre
de mi tierra ecuatoriana! 50
Voy en nombre de mi madre,
en nombre de mis hermanas,
en nombre de mis verdugos,
y en nombre voy de mi Patria,
a orar allí en tu recinto, 55
antes que la luz del alba
el camino me señale
por extranjera comarca.

Mas, de este río interpuesto
los hombres me han hecho valla: 60
aquende extranjera tierra,
allende, cerca la Patria,
a la que es crimen me llegue
como fue crimen amarla...

-545-

¡Oh! ¿por qué debo rendirme 65
a esa usurpación nefaria
conque, viéndome indefenso,
mi libertad me arrebatan?

No; listo está mi caballo;
¡venga! Lanzado a las aguas, 70
al estímulo del hierro,
de entre la corriente rauda,
surgirá a la opuesta orilla
de mi tierra ecuatoriana...
¡Adelante!... 75

Entre las sombras
no sorprenderán mi marcha;
y... de improviso, una noche
fugitivo iré a mi casa,
correré desatentado 80
de mi madre hacia la estancia;
tal vez la encuentre en vigilia,
y, al pie de una cruz postrada,

por el hijo ausente orando
en lacrimosa plegaria... 85
Me desplomaré en sus brazos...
¡Supremo placer de mi alma!...
¡Ea!...

Mas, si hogar recobro,
no hallaré libre a mi Patria; 90
que, en torno, sólo se escuchan
los hierros que la remachan,
el chasquido del azote
que corroe sus espaldas,
y en su virginal mejilla 95
parricida bofetada...
¡Oh, no!... Perdón, madre mía,
llora de Dios en las aras,
llora mi ausencia; ¡me alejo
huérfano de ti y mi Patria!... 100

-546-

Y a Ti, Señor, que vigilas
en esa iglesia cercana,
a cuyas puertas me impiden
los hombres lleve mi planta,
desde aquí mi amor te envío, 105
mi amor ese río salva.
¡Libre soy para adorarte!
¡No hay fronteras para el alma!
Ayer te dejé mi ofrenda
de las penas cosechadas; 110
aunque es tan pobre mi duelo,
todo él lo dejo en tus aras;
¡que al pie de tu cruz ¡bien mío!
la ofrenda más aquilatan
las lágrimas que la riegan, 115
que el oro que las recama!

Rindo a tus sabios decretos
la rebeldía de mi alma,
campo que ya igual recibe,
así el rocío del alba 120
que en múltiple centelleo
el verde prado aljofara,
como el caluroso rayo
que, calcinando la grama,
deja la sedienta tierra 125
en hondas grietas surcada.

Sé que eres Padre: esta idea
para mi consuelo basta.
¡Pon tus ojos paternos
en mi madre y en mi Patria! 130

Ya la aurora colorea
tras las azules montañas,
¡adelante, peregrino!
¡Amplio desierto te aguarda!
Salvada ya la frontera, 135
nadie a tu honradez amaga,
nadie libertad te roba
ni da ley a tu palabra.

-547-

¡Adelante!... ¡Seré libre,
libre cual no fui en la patria, 140
libre, cual los huracanes
de estas solitarias pampas,
sin más ley, Dios, que la tuya,
y tu amor, madre de mi alma!...

-548-

Epístola a mis hermanas

En los constantes pliegos que me llegan,
al nombre de mi madre uno por uno
vuestros nombres queridos se le agregan.

Que no me falte, os pido, allí ninguno,
porque al ver vuestra letra inolvidada 5
dulces memorias del hogar aúno;

que en cada vario rasgo ver grabada
creo vuestra genial fisonomía,
en la forma y estilo retratada;

y vuela desde aquí mi fantasía 10
a esos tiempos felices de la infancia
en que ensayó cantar la musa mía;

cuando ibais pequeñuelas a mi estancia

a leer, a escribir y a darme flores
y a inundarme de amor y de fragancia; 15

cuando, ignorantes de íntimos dolores,
si a un perdido juguete hicimos duelo,
nos consoló un abrazo y un «¡no llores!».

Hoy... quejarme quisiera, mas el Cielo,
que me ha querido víctima expiatoria, 20
me ha dado en el silencio mi consuelo.

-549-

Y callado fatigo la memoria
recorriendo mi serie de pesares
y la breve ventura de mi historia.

¡Ay! ¡pudierais surcar aquestos mares! 25
¡Ay! ¡vinierais a ser, como otros días,
ángeles de mi vida tutelares!

«Nos preguntamos mutuas alegrías,
y, al contarnos las tuyas, nos engañas,
y mientes hoy cuando antes no mentías. 30

»Alegrías, a ti te son extrañas,
tanto, que, al idear que nos escribes,
creemos que la carta en llanto bañas;

»y a cada carta nuestra que recibes
lloras tú, cual nosotras con las tuyas... 35
¿Luego nos hablas de que alegre vives?

»Confiesa: ¿no es verdad? ¡Ah, no la excluyas
de esas líneas que lloras, bien sabemos...
de hacernos llorar más ¡ay! no rehuyas.

»Nosotras..., pues a ti no mentiremos, 40
sabe que como a muerto te lloramos,
y hasta volver a verte lloraremos;

»que de ti a todas horas conversamos,
y que, a cada llegada del correo,
una de otra a llorar nos separamos»... 45

Esto en la última carta vuestra leo,
¿y he de mentiros? No, mi mal deploro
cuando hace tiempo, hermanas, que no os veo;

cuando, si al Cielo compasión imploro,
no hay voz que aúne con mi voz doliente 50
y al cielo suba en plañidero coro.

-550-

Pero sé alzar la doblugada frente,
pensar que Dios, que el duelo nos ha dado,
junto a mí, junto a vos está presente...

Hablemos de otras cosas... ¿Ha brotado 55
en el jardín esa postrera planta
que de vosotros confié al cuidado?

Aun antes de prendida, con fe tanta
soñabais con sus flores, que ofrecidas
teníais cada cual al ara santa. 60

Y las tardes, en idas y venidas,
gozabais, con las manos ahuecadas,
bañar la tierra a gotas repetidas.

Trémulas, en el tallo rociadas
sumíanse al terrón que las bebía 65
en lentas y sonoras bocanadas.

Cual en mi árido pecho se sumía
vuestro gozo infantil sobre mi pena,
única flor que allí sobrevivía.

¿Del Tomebamba la ribera amena 70
paseáis por aquellos saucedales
que de oro alfombran la brillante arena?

Si vais allá do el río en dos raudales
reparte su caudal, y hacia la orilla
lo pliega en ondulancias desiguales. 75

Extendida la rósea manecilla,
recoged la que dejan mansamente
en leves fajas fúlgica arenilla.

Ponedla en vuestras cartas, do luciente,
al hallarla mis ojos, de mi río 80
imagine lloroso la corriente.

-551-

Tanto en mi ausencia por la patria ansío,
que, si a orillas del mar aspiro el viento,
busco el olor de mi jardín natío;

Y en las olas del líquido elemento, 85
al que mi patrio río es tributario,
pónese a descurrir mi pensamiento.

Allí en ese tumulto procelario
está la linfa que copió serena
mi casa y el vecino campanario; 90

la que se vino de perfumes llena
de entre las flores que sembró mi mano,
y natura esparció en la riba amena;

que la semilla convirtió en el grano,
y dio pan a la mesa de los míos, 95
y al mendigo, sustento cotidiano.

Pero ¡ay, me son iguales desvaríos
buscar solaz vagando en tierra extraña,
pedir al mar el agua de mis ríos!

Cuando el postrer fulgor de ocaso baña 100
el campo, mientras se alzan divergentes
rayos de sol tras la última montaña...

Arrodillaos y doblad las frentes,
que a tal hora mi espíritu se eleva
en oraciones al Señor fervientes, 105

y el ángel de la tarde al cielo lleva
cuanta tristeza atesoró mi pecho,
cuanto recuerdo cada sol renueva.

Si ya entrada la noche, a nuestro techo
y a nuestra puerta acude un peregrino, 110
dadle en mi estancia mi desierto lecho.

-552-

Pensad en vuestro hermano, en su camino
do abrigo demandaba, en noche fría,
del desierto a la rama de un espino.

Templad su sed, pensando en la sed mía, 115
aderezadle nuestra humilde mesa,
si acaso triste está, dadle alegría.

Lloráis ¡y vuestro hermano no regresa!
Buscadme, y allí estoy en el que llora
y el pobre que las calles atraviesa. 120

Id al templo, que allí, cuando se ora,
dada cita en Jesús, se halla al ausente,
al que en el mundo de las almas mora.

Cuando abatirse quiere alzo mi frente,
y voyme ante el silencio del Sagrario, 125
y allí mi mal a Dios hago presente.

Ante el altar se encuentran solitario
en procesión las almas doloridas,
abejas de las flores del Calvario.

¡Adiós! ¡y confiad, prendas queridas! 130
Consolad de mi madre el hondo duelo,

sed bálsamo de amor a sus heridas.

Si tristes os halláis, hablad del Cielo,
pensad en él, y si lloráis su ausencia,
ya para todo humano desconsuelo 135
fortificada está vuestra conciencia.

Lima, 1882 (Ecos del Destierro).

-553-

Al crucifijo de mi mesa

(A mi hijo Manuel Honorato)

A tus pies ha dormido mi pluma,
y, al reír el alba,
soñolienta empezó su faena,
besando tus plantas,

al trabajo, a la lid cada día 5
se va solitaria,
y, aunque triste regrese las tardes,
no vuelve manchada.

¡Cuántas veces, teñida en mi sangre,
cayó en tu peana, 10
y se irguió como un dardo, pidiendo
un blanco a mi saña!

Ya no vi tu cabeza sangrienta,
tus manos clavadas;
vi mi afrenta, buscó al enemigo 15
mi ciega venganza.

Y, al hallarle, tendido ya el arco,
vi en su frente pálida
de tu sangre una gota, Dios mío,
envuelta en tus lágrimas. 20

«Te perdono, mi hermano, en la sangre
que a los dos nos baña,
ahogamos en ella tú el odio
y yo la venganza».

Así dije, caí de rodillas, 25
y arrojé a tus plantas
ese dardo que cae en tu sangre,
si busca la humana.

Con los brazos abiertos presides
mi labor diaria; 30
de Ti brota mi idea, y se torna
incienso en tus aras.

Por tu cuerpo y tu cruz se desliza,
desde la ventana,
suave luz que, el papel en que escribo, 35
con tu sombra esmalta.

Y así, alterna entre el sol y tu sombra,
mi pluma trabaja,
bien sonrían mis labios, bien mojen
el papel mis lágrimas. 40

Habrà un día: ese día mi pluma,
yacerà arrojada
en mi mesa revuelta, buscando,
en vano, tus plantas.

Ni Tú entonces serás en mi mesa; 45
mis manos cruzadas
te tendrán recostado en mi pecho
sobre una mortaja...

Desde ahora, yo pido a los míos
Te besen con su alma, 50
y, enredada en tus brazos mi pluma,
con mi pluma me entierren... sin lágrimas.

-555-

Rafael María Arízaga (1858-1933)

-[556]- -557-

Nota biográfica

Hijo del preclaro ciudadano doctor José Rafael Arízaga, del cual, según uno de los historiadores de nuestra literatura, Alfonso Cordero Palacios, «se puede decir con toda verdad que sus mejores obras fueron sus hijos -Rafael María y Manuel Nicolás-», aunque no pudo eludir en su juventud la poesía mariana a que tan devota se mostraba siempre la Morlaquí, pronto se dedicó al periodismo trabajando con Valverde y Proaño en la Nueva Era; en su edad proveya cultivó temas de mayor aliento patriótico, como los que damos a conocer en la breve selección que le dedicamos.

Sirvió a la nación en cargos diplomáticos de gran importancia, sin dejar de cultivar las bellas letras, pues aprovechó sus ocios para traducir a nuestra lengua bellísimas poesías del inglés, el portugués y otros idiomas cultos. G. Humberto Mata, en su Historia de la Literatura Morlaca, elogia particularmente su traducción del célebre poema «El cuervo», de Poe⁶².

-[558]- -559-

Selecciones

-[560]- -561-

El genio

¿Habéis visto el simoun? Cuando en las pampas
do el sol abrasa la radiante arena,
se arremolina enfurecido, y ruge,
y lanza de su seno la tormenta;

revuelta en los espacios la balumbo 5
de calcinado polvo, el dio trueca
en negra noche de pavor y espanto,
do todo es luto, confusión, tinieblas...

El tiempo así, que avanza presuroso
con ciego afán a la ignorada meta, 10
bate impetuoso las potentes alas

y todo en ruinas sepultado deja.

Del olvido la noche temerosa
es de su paso la perenne huella,
y el ¡ay! profundo de un adiós eterno 15
el eco que responde a su carrera.

¿Qué las edades son, qué las naciones
con su esplendor, su gloria y su grandeza,
en el revuelto caos do se agita
del tiempo y de la vida la contienda? 20

Átomos leves de una inmensa ruina,
que en el espacio sin concierto vuelan,
y de la nada al insondable abismo
van al impulso de atracción suprema.

-562-

Ídolos pasajeros de la Fama, 25
hermosa, sabia floreciente Grecia,
belicosa Cartago, heroica Roma.
Señora de mil pueblos opulenta,

¿do están, decidme, vuestras regias galas?
Vuestros dioses, ¿do están? ¿Do vuestras fiestas? 30
¿Do los trofeos mil que en sangre tintos
cosechasteis en bárbaras refriegas?

Ludibrio vil al tiempo inexorable
fueron vuestros blasones y soberbia,
y hoy no sois más que míseros escombros, 35
de vuestro antiguo ser tumbas desiertas...

Empero, hay algo para quien no existe
ni tiempo destructor, ni muerte fiera,
a quien sirven los años y los siglos
como nuevo peldaño a su grandeza. 40

Hay algo que de Dios finge lo eterno,
que de su gloria el esplendor remeda,
y que al dejar el mundo se levanta
regando luz de fúlgido cometa;

y en el cielo brillante de la Historia, 45
vencedor del olvido se presenta,
y el himno de sus triunfos va cantando:
el Genio es aquel ser. ¡Bendito sea!

Cadáver arrojado por las ondas,
a la orilla del mar, Cartago queda; 50
la Roma de los Césares es polvo;
es fúnebre panteón la antigua Grecia.

Pero del seno de la negra noche
que en esas ruinas pavorosa impera,
se ven surgir las coronadas frentes 55
de Sócrates, de Aníbal y de César.

-563-

Allí aún repiten, conmoviendo al mundo,
los aterrados muros de la escuela:
el alma es inmortal y el Orbe rige
una sabia y oculta Providencia. 60

Y más acá, los cánticos se escuchan
del hijo de Mavorte, que festeja
los inmortales triunfos africanos
de Trasimeno, de Tesín y Trebia;

mientras del Ponto en la región remota, 65
entre el postrer fragor de la pelea,
el veni, vidi, vici, del Romano
entre el aplauso universal resuena.

El Genio es inmortal. En vano Porcio
contra Cartago fulminó el delenda; 70
en vano entre los muros de Quirino
lloró postrada la vencida Grecia;

y el bárbaro también en vano un día
blandiendo el hacha ruda de las selvas,
rompió sañudo el ponderoso cetro 75
que rigió los confines de la tierra.

El Genio, redimido de esas ruinas
por la propia virtud de su grandeza,
perpetuamente vivirá en los nombres
de Sócrates, de Aníbal y de César. 80

-564-

In principio...

Lanzaron Ella y Él a lo infinito
de su ansiedad suprema los clamores,
y llevaron los vientos gemidores
de Oriente a Ocaso el lastimero grito.

Hostil la tierra aparejó al proscrito 5
inclemencias, penurias y dolores,
de la pasión la fiebre y los rencores
y el perpetuo aguijón del apetito.

Gimieron Ella y Él en el oscuro
abismo de su mal, y ante el futuro 10
repleto en ignominias de la suerte.

La incurable dolencia de la vida
encontró compasión, y conmovida
la Infinita Piedad creó la Muerte!...

-565-

Orellana

Ni el áspid con que el trópico abrasado
defiende de sus frondas la maraña,
ni el abrupto peñón de la montaña,
en hirientes jarales erizado;

ni la eterna ventisca del nevado 5
que en las cumbres graníticas se ensaña;
nada frustró la temerosa hazaña

que en la historia tu nombre ha perpetuado.

Cual de Alighieri por la selva oscura
descendiste del monte a la llanura, 10
por círculos de endriagos y gorgonas.

Y cruzando infinitas soledades,
te engolfaste en el mar sin tempestades,
el mar del porvenir: ¡el Amazonas!...

-566-

Brasilia

I

A la lumbre amorosa del Crucero,
fulgente en gemas de riqueza ignota,
una tarde estival, en la derrota
se cruzó de feliz aventurero.

A admirar su belleza el mundo entero 5
de sus hijos le envió múltiple flota,
y en sus venas vertió gota por gota
sangre de nueva estirpe: el brasilerero.

De Iberia conoció los campeadores,
de Albión los libres y severos lores, 10
de la Galia gentil, la inmortal gesta;

y, madre ya de Ledos y de Andrades,
heroína de sus propias libertades,
¡alzó ante el Orbe la laureada testa!

II

La señora del Austro, soberana, 15
que en magno imperio dilatarse pudo,
no asió la lanza ni embrazó el escudo,
como soberbia Juno americana.

-567-

Soñó con la república romana
de la gloriosa edad; y en verbo agudo 20
execró de la fuerza el cetro rudo,
baldón eterno de la historia humana.

El mundo de los Arios, desde el Orto,
la miró entonces, en su nobleza absorto,
y en honor a sus ínclitas acciones. 25

De sus Sorbonas le franqueó la entrada
y la hizo presidir, de mirto orlada,
en la gran Sociedad de las Naciones⁶³.

-[568]- -569-

Manuel Polo

-[570]- -571-

Nota biográfica

Hijo de Cuenca y, como tal, poeta por vocación natural, no obstante, parece haber cultivado la poesía sólo a ratos perdidos, lo que es de lamentar, pues la poesía que reproducimos, tomándola de la Antología de la Academia, revela dotes muy apreciables que le merecieron ser propuesta como ejemplo de su género en el Compendio de Retórica y Poética de don Quintiliano Sánchez (1910).

-[572]- -573-

Selecciones

-[574]- -575-

La tarde

A mi querido amigo el señor doctor José Manuel Díaz Arízaga

De suave resplandor con áureo velo
la eminencia del monte se engalana,
y las cándidas nubes en el cielo
tiñendo vanse de violado y grana.

El firmamento límpido reviste 5
con mil cambiantes el azul ropaje,
y algo de misterioso, algo de triste
comienza a aparecer en el celaje.

Es que declinas ya, tarde sombría,
entristeciendo la celeste esfera, 10
y sembrando también melancolía
en el llano, en el bosque y por doquiera.

Al trémulo brillar de tu reflejo
la sombra de los árboles se agranda,
y el río torna su plateado espejo 15
de topacio y coral en rica banda.

De ti, en la vega y enramada umbrías,
mil avecillas de plumajes tersos,
se despiden con tiernas melodías,
componiendo, al cantar, coros diversos. 20

-576-

El genio del crepúsculo, entre tanto,
sobre la tierra a desplegar empieza,
con grave lentitud, su augusto manto
de tenue luz, de sombra y de tristeza.

¡Qué murmullos, oh tarde, qué ruidos, 25
del fondo de la selva se desprenden!
¡Y qué vagos, qué lánguidos gemidos
en la anchurosa playa el aire hienden!

A los conciertos tétricos que ofrece

la mezcla de esas voces dolorosas, 30
que se agobian los árboles parece,
impresiones sintiendo misteriosas.

Mientras con majestad hacia el ocaso,
bajo un dosel de púrpura, descienes,
¡oh, qué cuadros tan tiernos a tu paso, 35
llenando el pecho de emoción extiendes!

Su labor ruda, en la pendiente umbrosa,
el fatigado labrador termina,
pone al hombro la escarda, y a su choza,
tarareando o silbando, se encamina. 40

En el pajizo albergue, fabricado
junto al peñón de la quebrada cuesta,
entretiéndose el indio esclavizado
su bocina en tocar, grave y funesta.

Y la esposa infeliz, mientras atiende 45
la tonada tristísima con pena,
con secas ramas el fogón enciende
y principia a cocer la pobre cena.

En voz sentida un yaraví cantando,
al aprisco su grey conduce ufana 50
la humilde pastorcilla, hilando, hilando
el leve copo de mullida lana.

-577-

No de cuadros tan tiernos sólo llenas
los sitios apacibles de este campo;
en la ciudad, también gratas escenas 55
alumbra, ¡oh tarde!, tu purpúreo lampo.

Del pintoresco Turi, cuando empiezas
a esmaltar con carmín sus gayas lomas,
desfilan por el Vado mil bellezas,
que tienen el candor de las palomas; 60

y siéntanse en la plácida alameda,
cual ángeles que llegan desde el cielo

a contemplar debajo la arboleda
cómo caen tus sombras en el suelo.

Y en graciosa actitud, del sentimiento 65
entregadas al dulce poderío,
se quedan en profundo arrobamiento,
con los ojos hermosos en el río.

Y en aéreos grupos, misteriosos, bellos,
conmovidas se van de la ribera, 70
cuando mueren tus últimos destellos
tras la cumbre de la alta cordillera.

Con tus hechizos, ¡ah, tarde del alma,
cuánto al doliente corazón recreas!
¡Tú, que mudas la pena en dulce calma, 75
bienhechora deidad, bendita seas!

Mas ya, para dormir, un ramo busca
gorjeando el mirlo su canción postrera,
y en el follaje trémulo se ofusca
seguido de su amante compañera. 80

Todo queda en silencio. En manso vuelo,
los ambientes del bosque apenas traen
el blando susurrar del arroyuelo
y el confuso rumor de hojas que caen.

-578-

Con tus encantos, pues, cual humo vano 85
acabas en la noche de perderte,
como en un día yo, nada lejano,
he de hundirme en las sombras de la muerte.

-579-

Félix Proaño

-[580]- -581-

Nota biográfica

El editor de la Antología Académica, de donde tomamos su hermosa composición «A mi hermana ciega», confiesa no conocer otros datos a este ilustre sacerdote e inspirado poeta que los relativos a su nacimiento y educación en Riobamba, donde, joven aún, sus merecimientos le habían elevado ya por entonces -1892- a la dignidad de Deán en el Coro diocesano de aquella sede episcopal.

-[582]- -583-

Selecciones

-[584]- -585-

A mi hermana ciega tocando el arpa

Pulsa el arpa sonora, hermana mía,
y canta al son del bíblico instrumento.
¡Pudieran hoy volverme la alegría
tu dulce voz, tu delicado acento!

Canta como avecilla aprisionada
de duro alambre entre tupida reja,
y mientras más de oscuridad cercada,
lanza más dulce melodiosa queja.

Grato es cantar cuando oprimida el alma
hondos pesares en silencio llora;
dulce es gozar la fugitiva calma
que un breve rayo de placer colora.

Mas tu canto, ¡ay hermana! es cual gemido
de tórtola doliente y solitaria,
¡y la voz de tu pecho dolorido
se escapa en triste y lánguida plegaria!

Al tañido de tu arpa, temblorosas
tus lágrimas, cual gotas de rocío,
por tu seno resbalan silenciosas,
cual sobre el mármol de una tumba fría...

-586-

Llorar quiero contigo, hermana mía;

de tu penar la causa yo adivino:
¡de ojos que no conocen la alegría,
de ojos sin luz, llorar es el destino!

Mirar el universo no te es dado
ni de la luz los mágicos colores,
el cielo azul de estrellas adornado,
los árboles, los montes ni las flores.

Perpetua noche es para ti la vida,
a tus ojos el sol nunca amanece;
siempre en divorcio de la luz querida
helada tu pupila permanece.

Después de noche triste, fría, oscura
renace el sol y alegra la mañana;
torna a vestirse el campo de hermosura,
y el hombre vuelve a su labor temprana;

en la rueda del tiempo voladora
torna el verano y vuelven sus ardores,
pasa el invierno, y luego encantadora
vuelve la primavera con sus flores;

todo en la vida cambia, hermana mía,
jamás el tiempo su carrera trunca;
pasa el dolor y vuelve la alegría;
¡mas para ti la luz no vuelve nunca!...

¡Cuán grande es tu pesar! Mas no impaciente
al llanto y al dolor sueltas la vena;
alza animosa la abatida frente
de la virtud a la región serena.

Es planta la virtud que impía saña
de adversidad agota aquí en el suelo;
mas si agua de dolor su raíz baña,
sus blancas flores ábrense en el cielo.

-587-

Noche oscura y medrosa es esta vida
do inseguros vagamos tristemente,

do en constante nostalgia sumergida
el alma gime por la patria ausente.

De tus ojos la lumbre amortiguada
no te impide mirar a Dios ni al cielo;
y si tienes el alma iluminada,
¿a qué mirar las cosas de este suelo?

¡Oh cuánto padecer, cuántos enojos
una sola mirada lleva al alma!
¡Cuántas veces robaron ¡ay! los ojos
al inexperto corazón la calma!

No inclines abatida tu semblante,
no ocultes, no, los ojos apagados,
que los de tu alma pura en más radiante
lumbre serán por siempre iluminados.

Abriránse mañana dulcemente
a otro mundo mejor, hoy no visible,
y gozarán un Sol indeficiente,
y beberán su luz inextinguible.

Asombrados verán cómo ilumina
ese almo Sol los campos celestiales,
y cuál gozan allí de luz divina
el eterno raudal los Inmortales;

cómo se ostenta la virtud paciente
de lirios inmortales coronada,
con un manto de luz resplandeciente,
batiendo palmas, y la frente alzada.

Feliz allí, radiante de alegría,
tus manos pulsarán una arpa de oro,
arrancando a sus cuerdas la armonía
que acompañe a tu cántico sonoro.

-588-

Mitiga pues, mitiga tu quebranto,
y haz que tu arpa resuene, hermana mía,
y que en mi pecho, al escuchar tu canto,

reflorezcan la paz y la alegría.

Leónidas Pallares Arteta (1859-1932)

Nota biográfica

Se hizo notar en su primera juventud como periodista de combate, pues luchó en El Gladiador contra el gobierno espúreo y tiránico de Veintemilla. «Luego -nos dice R. Crespo Toral- fue redactor en jefe del primer diario de verdad que hubo en Quito, El Comercio».

Más tarde colaboró con sus Rimas y Pequeños poemas en la Revista Ecuatoriana de Pallares Peñafiel y J. Trajano Mera, que apareció el 31 de enero de 1889 y siguió publicándose mensualmente con rara y encomiable regularidad.

En sus Rimas es notoria la influencia de Bécquer que, en sus Pequeños poemas, cedió a la de Campoamor, sacando empero a relucir cualidades muy personales de humorismo sutil y agudo sentido de la realidad, pues era personalmente hombre de ingenio que hacía derroche de sal y gracia en su conversación. Fue además funcionario diplomático distinguido, lo que le permitió vivir la mayor parte de su edad madura en Europa⁶⁴.

Selecciones

Rimas

LIV

El blanco de sus ojos es del alba
y su pupila de la noche umbría,
y de su oscuro fondo, centelleante,
nace de amor y de esperanza el día.

Como agita la luna misteriosa
las olas de los mares turbulentos,
de sus ojos la mágica mirada
agita mis dormidos pensamientos.

Es su ardiente mirada de sirena,
en sus ojos el alma está esculpida; 10
es su mirada tósigo que mata,
es su mirada el fuego de la vida.

LVII

Yo quiero amar, pero en mi pecho yerto,
cual colmena irritada,
de otro amor los recuerdos que no han muerto
despiertan en mi alma.

Yo te amaré con el amor pasado 5
que consagré a esa ingrata,
y haré de los recuerdos que he guardado,
antiguas esperanzas.

-596-

Te quiero amar con mis pasadas penas.
Será mi pasión larga, 10
pues rompiendo del tiempo las cadenas
te amaré en el ayer como en mañana.

LXII

Un ángel eres tú; pero las alas
al descender al mundo las perdiste...
¡Encontráralas yo, porque deseo
volar a la región donde naciste!

Región de eterna luz, donde brotaron 5
de amor entre los vivos arrebales,
cual los astros del mundo de los sueños,
tus ojos, negros soles.

LXIV

¡Cuán triste está! Sobre su frente pálida
descienden sus cabellos en desorden,
cual nubarrón de tempestad que vela
la cabeza de nieve de los montes.

Baña su cuerpo un rayo del crepúsculo 5
cual de mármol fantástica escultura,
y de pieles de armiño bajo el manto
el pecho ardiente estremecido ondula.

Sus ojos clava en el remoto límite
con la vaga atención de lo infinito, 10
y del labio entreabierto se desprende,
aleteando, ternísimo suspiro.

¿Acaricia un ensueño melancólico?
¿Su corazón el sufrimiento mata?
¿O mira ya las sombras del olvido 15
ir en tropel obscureciendo el alma?

-597-

LXV

Hay en tus ojos vértigos y anhelos,
de ternura misterios y de amor;
queman ellos con fuego de los cielos
pero negros ¡ay! son como el dolor.

Gira tu negra y húmeda pupila 5
bañada de su propio resplandor,
como en lóbrega noche el mundo oscila
del cortejo de estrellas al redor.

Son relámpagos negros tus miradas
que engendran en el pecho tempestad, 10
son palabras de luz magnetizadas
que en el alma producen claridad.

En tus ojos, por mágico espejismo,
descubro de mi vida el porvenir...
Tienen las atracciones del abismo 15
y la esperanza en ellos va a morir.

LXVII

Si le hablo de mi amor, no me contesta;
sólo me mira, de emoción turbada,
pues no halla su candor otra respuesta
más sencilla y veraz que una mirada.

¿Quién la expresión purísima concibe 5
y puede hallar la forma de la idea
de esas frases de luz que una alma escribe
y otra alma enamorada deletrea?

III

En la ribera de laguna hermosa
enamorado el sauce alza la frente,
y en su ilusión de amor, ella inocente
le retrata en el agua temblorosa.

-598-

Así crece en la orilla de tu vida, 5
lago azulado de perenne calma,
el sauce melancólico de mi alma
que retratas en la onda adormecida.

IX

Voy con la luna platicando a solas
y oyendo los conciertos de los nidos;

el aire tibio en amorosas olas
excita los deseos mal dormidos
y besan mi pupila imágenes extrañas. 5
¡Salud, noche tranquila, noche de las montañas!
Mas ya el sol se aproxima, y sus fulgores
ahuyentan de la noche el desvarío,
y esconden en sus cálices las flores
rayos de luna y perlas de rocío. 10

-599-

Alfredo Baquerizo Moreno (1859-1951)

-[600]- -601-

Nota biográfica

Más conocido como político y gobernante, fue, sin embargo, desde sus primeros años, entusiasta cultivador de las bellas letras, destacándose como novelista con su Sonata en prosa, Titania y El señor Penco, verdaderas fantasías o, como dice el título de la primera, sonatas en prosa.

En poesía siguió las huellas de Bécquer, «con ribetes de ironía y apreciable buen gusto» al decir del historiador Barrera⁶⁵.

-[602]- -603-

Selecciones

-[604]- -605-

El último adiós

En mi locura quise maldecirte,
me lo perdone Dios,
en esa negra noche, al dirigirte
mi postrimer adiós;

Pero te vi llorar; tu despedida 5
calmó mi corazón,
y a Dios bendije, porque unió en la vida
lágrimas y perdón.

Rimas

I

Era la encarnación de mi deseo
clavando en mí sus ojos;
forma ignorada que flotado había
entre los mil fantasmas del insomnio.

Al mirarla, sentí que revolaba 5
algo negro en mi torno;
después, que mis pupilas se extinguían
de unos labios fatídicos al soplo;

y atónito, y confuso y delirante,
créime ciego o loco, 10
y desde entonces sobre mí se ciernen
como voraces cuervos... ¡esos ojos!

II

¡Ah! déjame partir. En su ancho seno
luchas ofrece el mar;
me atrae lo insondable, lo infinito
de aquella inmensidad.

¡Ah! déjame partir. Allá las olas 5
gimiendo me dirán,
cuál de los dos abismos es más hondo:
el corazón o el mar.

IV

Duermen las auras en el follaje,
sus hojas pliega la flor gentil,
tímidamente la luna brilla
desde el cenit.

La fuente calla, como escuchando 5
de extrañas linfas el blando son;
el ave al nido que cubre su ala
presta calor.

De los altivos, frondosos árboles
se ve el pausado, suave vaivén, 10
y entre sus copas brillante insecto
desparecer.

¡Oh, qué armonías en el silencio
de aquel paisaje primaveral!
¡Fiesta en los aires, y acá en el suelo 15
sueños de paz!

Venid, vosotros, los trovadores,
cantad ensueños, cantad amor,
noches azules de mis montañas,
noches de Dios. 20

VI

Fue el vértigo del mar nuestro delirio,
arrullaron las olas mi pasión,
y al llegar de tu patria a las riberas
quise gritar: ¡Reposa, corazón!

Mas ¡ay! que no lo osé, porque es la lumbre 5
de una esperanza el pronunciado adiós,
y el alma del poeta tiene un cielo
en el límite inmenso del dolor.

Lira que tiembla entre convulsas manos,
canto que vibra en ritmo desigual, 10
revelan, corazón, que ya en violentas
sacudidas, persigue lo ideal.

Enmudeció mi boca en la partida,
con la mirada dije: ¡Eternidad!
Porque tuvo tu amor, dulce bien mío, 15
como el mar, como el cielo, inmensidad.

VII

¿Qué miro? me preguntas. En mi anhelo
miro siempre, a merced de mis antojos,
mucho azul en la bóveda del cielo,
y mucho azul de cielo en esos ojos.

¿En qué pienso? me dices. Tristemente 5
medito, a solas, presa de un engaño,
que aquel azul de los espacios miente,
y son tus ojos cielo, por mi daño.

-609-

Poesías

Del transparente lago los vapores
se disipan, formando una espiral;
la fontana se junta con el río
que al piélago se va.

Ayes de amor de tiernos corazones 5
en el espacio; al fin, se encontrarán;
las olas de un beso de agonía
se pierden en el mar.

El aroma confunde de las flores
de la mañana el céfiro fugaz, 10

y en una vibración notas distintas
más dulces sonarán.

Nada aislado en el mundo se divisa
por instinto, por ley universal:
¿Tu corazón y el mío en uno solo 15
jamás palpitarán?

-610-

En horas de amargura

¡Señor, Dios de mis padres!
A ti levanto el alma,
en horas de amargura,
si triste, resignada.
De Ti tan sólo espero, 5
con íntima confianza,
que de mi mente arranques
la duda que me abrasa.

Postrado de rodillas
al pie de los altares, 10
a iluminarme venga
la luz de tus verdades.
Si el cáliz de agonía
¡oh Cristo! tú apuraste,
la hiel quedó en el fondo 15
que beben los mortales.

Aún oigo enternecido
la voz de tus campanas,
y a su pausado acento
medita y ora el alma. 20
Aún tiene el incensario
perfumes que la embriagan,
la cruz de tus altares
consuelos y esperanzas.

-611-

Las tiernas oraciones 25
que, niño, repetía,
olvido poco a poco

al avanzar la vida.
¡Herencia de la madre
que llora en mis fatigas! 30
¡Consuelos dad al pecho
que busca fe perdida!

¡Oh dicha engañadora
de los primeros años!
¡Oh místicas visiones 35
de un cielo que soñamos!
¿Por qué dejáis, huyendo,
tan negro desencanto
en alma ya sin guía,
sin luz y sin amparo? 40

La paz de la inocencia,
que vela en nuestra cuna,
cuando la lucha estalla
¡ah! nunca torna, nunca.
Mil negros pensamientos 45
la humana mente cruzan,
cual rayos que abrasaran
la nube en que se ocultan.

Y vamos entre sombras
que velan débil vista, 50
a tientas removiendo
recuerdos y cenizas.
El peregrino busca
asilo en las ruinas,
si en árido desierto 55
la soledad divisa.

A veces imagino,
en horas de tormenta,
que el cielo se reviste
de pompa y de grandeza, 60
-612-
para insultar, Dios mío,
dolores de la tierra.
¿Acaso el ¡ay! humano
jamás allá resuena?

Perdona, sí, perdona 65
mi culpa o mi delirio;

en su turbión me arrastra
el crimen de mi siglo.
A ciegas se desborda
como acrecido río; 70
pon diques al torrente,
o alumbra su camino.

Las teas del incendio
apaga con tu soplo,
extingue en nuestros pechos 75
los implacables odios.
O fe y amor cristianos
cual débil freno, rotos,
¡ay! quedarán de tu obra
tan solamente escombros. 80

¿O quieres en tu santa
indignación, que se hunda
la sociedad rebelde
que a solas piensa y duda?
¡No! Si mi Edad sucumbe 85
en la gigante lucha,
que vele, por lo menos,
tu cruz, su inmensa tumba.

(«Poesías» (Rumores del Guayas), Quito, 1881, pp. 49-52).

-613-

Vanidad y plenitud

Aquellas blancas flores que regaban
para cubrir su cuerpo,
cuán frescas, cuán olientes esparcían
su aroma de jazmines sobre el muerto.

Y en su prisión dorada, cuál soltaba 5
bullicioso el jilguero
el raudal armonioso de su canto
por despertar tal vez al pobre muerto.

A poco, por la abierta celosía
llegó vivo y travieso, 10

amplio rayo de luz, en ansia loca
de calentar los párpados del muerto.

Brillan luego los astros, a su lumbre,
un tenor callejero,
cuenta su amor en notas que revuelan 15
como una nueva vida sobre el muerto.

Y pude ver que es vanidad el hombre
y plenitud de vida el universo,
océano que cubre con sus aguas
aquella pompa efímera de un muerto. 20

(G. Orellana.- «Patria Intelectual», 1915).
-614-

En la tumba de su esposa, la señora doña Piedad Roca Marcos de
Baquerizo

Quien te conoció te amó,
quien te amó, no te olvidó,
y fue tu vivir de suerte,
que el morir, en ti, no es muerte.

-615-

En un álbum

Sin conocerte aún te estoy cantando,
y te llamo ángel por nacida ayer,
qué no te llamarán en el mañana,
cuando te digan ángel, por mujer.

-616-

Creo

Creo en la Libertad Todopoderosa, creadora de la Democracia y de la
República; y en la Justicia, la más noble, severa y hermosa de sus hijas.
Creo en el Trabajo, que padeció bajo el poder de la Esclavitud, que
descendió a los infiernos del hambre y de la miseria, y resucitó después
de muchos días y muchos años y muchos siglos, cubierto de polvo y sangre,
de entre las ruinas y los escombros de la Tiranía. Creo que la mentira y

la calumnia llegaron hasta la cruz con Cristo, hasta la cicuta con Sócrates, hasta la pedrea o el azote con Pablo; pero creo también que la verdad resplandece luego y se llama Cristo, Sócrates o Pablo. Creo en el Orden, por instinto de conservación y de progreso; y creo en el Progreso desde el infusorio al hombre, y desde el hombre a lo Desconocido e Infinito, y creo que cada uno debe hacer por decir de sí: creo en mí, sí, creo en mí, porque soy voluntad y fe, honor y conciencia; y creo en los demás, porque lo demás es sociedad, amor y humanidad. Creo en la Patria y en ella fío, como el hijo en el cariño y el amparo de una madre. Creo en el sudor que riega y fertiliza el suelo de la Patria y creo en el sacrificio y en la muerte que la engrandecen y la defienden. Creo en la Paz. Nuestra fuerza es la Paz, la Paz nuestra riqueza. Creo, sobre todo, en el cumplimiento del deber; en la virtud de la Perseverancia; en la resurrección de la Justicia social y en lo fecundo o glorioso de una vida de bondad, sencillez y abnegación, ahora y en los siglos que son y que serán.
Oct. 23/959.

-617-

Adolfo Benjamín Serrano (1862-1935)
-[618]- -619-

Nota biográfica

Pertenece a la generación de Crespo Toral, a cuya más celebrada producción: «Mi Poema», hizo coro con sus «Recuerdos del camino», que, opacados hasta hace poco por el esplendor momentáneo de aquél, van siendo reconocidos -por su espontaneidad, gracia y genuino lirismo- como joya de tantos quilates como la que le sirvió de modelo, mejor dicho, como la que despertó su inspiración.

El poema de Serrano consta de LXVI estrofas iguales en su factura a las de «Mi Poema», cuya primera edición vio la luz el mismo año, 1885, con fecha del 31 de mayo. Pero los «Recuerdos del camino» no se publicaron sino en 1896, en la colección titulada Versos, impresa en Quito.

La segunda edición, con el título de Recuerdos del camino, se publicó en Barcelona (Imp. de la Vda. de Tasso, 1909), y Crespo Toral la reseñó en la Unión Literaria en elocuente nota bibliográfica, haciendo reproducir el texto íntegro del poema que daba título a la colección⁶⁶.

-[620]- -621-

Selecciones

-[622]- -623-

Versos

(1896)

¡Qué de ayes, qué de lágrimas me cuesta
remover los escombros del pasado,
y al grito del dolor más concentrado
oír, por toda y única respuesta,

el muriente rumor de la esperanza 5
que nos trajo la aurora que se aleja,
y cerca el ¡ay! de la sentida queja
que nos trae el crepúsculo que avanza!

Prefiero a tu palabra que parece
la eólica cadencia de una lira, 10
tu sonrisa de amor que se estremece
cuando en mis ojos reflejar se mira;

y a tu sonrisa, que el amor se afana
en dibujarla apenas en tu boca,
prefiero el tinte de subida grana 15
que en tus mejillas el pudor coloca.

No es dolor el dolor que se traduce
en ayes y sollozos,
y que, dejando el corazón, inunda
de lágrimas los ojos; 20

-624-

sino el que se retuerce sin salida
del alma en lo recóndito;
el que no tiene gritos de reproche,
ni lágrimas de enojo.

¿Olvidarte?... ¿Se olvida, por ventura, 25
el pobre ciego de la luz que, un día,
inquieta en sus pupilas sonreía,
al mostrarle del mundo la hermosura?

¡Ah, si tú has sido sol de mi esperanza,
si luz primera de mi amor tú has sido, 30
sepultarte en la noche del olvido,
ni el tiempo puede ni el dolor alcanza!

Hoy te he visto. La sangre de mis venas
de golpe se me heló,
y el triste enjambre de mis viejas penas 35
callado se quedó.

Y quise hablarte y en el alma mía
palabras no encontré,
¡y comprendí que te amo todavía
lo mismo que te amé!... 40

La onda que en medio de la mar bravía
se eleva cual montaña,
es un puñado, nada más, de espuma
cuando revienta en la desierta playa.

El dolor que en la vida nos parece 45
gigante sin entrañas,
cuando se toca el borde del sepulcro
es polvo, nada más, que el viento arrastra.

-625-

Años después

A veces dudo si es placer o pena,
si es dicha o es dolor,
lo que en sus horas de ansiedad devora
mi pobre corazón.

Es por eso que, a veces, de mi llanto 5
me río con desdén,
y otras de mi alegría me avergüenzo
y lloro sin querer.

¡Déjame a solas! ¡Mi dolor respeta,
respeta mi silencio! 10
No con palabras de piedad se cura
la vieja herida que en el alma llevo.

¡Déjame a solas! Una chispa a veces
es causa de un incendio,
y al débil choque de contrarias nubes 15
salta el trueno del rayo mensajero.

Si sabes que la duda siempre ha sido
hermana del dolor,
y el abismo sin fondo del olvido,
la tumba del amor; 20

si de la muerte de mi dicha un día
la causa fuiste tú:
¿a qué preguntas, si en el alma mía
tu imagen vive aún?

-626-

«Crepúsculo»

No es amor el amor que se desata

en frases de pasión,
y para quien es música muy grata
de ardientes besos la fugaz canción.

Amor, el casto amor, es sentimiento 5
que embriaga al corazón,
idilio que murmura el pensamiento,
de almas hermanas íntima canción.

Piensan tal vez que fácilmente brota
del arpa del poeta 10
la estrofa oculta, la canción ignota,
en que condensa su ansiedad secreta.

En cada rima que modula deja
sollozos de ternura;
en cada verso, una sentida queja, 15
y en cada estrofa, un mundo de amargura.

Amo el dolor, porque el dolor conserva
viva la imagen del primer ensueño,
si él, como el opio la razón enerva,
nos muestra el cielo de un edén risueño. 20

-627-

Amo el dolor, porque el dolor derrumba
cualquier altar de una esperanza nueva,
y del primer amor sobre la tumba
la cruz bendita del recuerdo eleva.

Señor, Señor, convierte mi ventura 25
en penas y dolores;
en martirio tenaz mi sed de amores,
y el sol de mi esperanza en noche oscura;

pero jamás permitas que el hastío
al alma mía acuda, 30

ni que en las sombras de la eterna duda
llegue a perderse el pensamiento mío.

No me digáis que el corazón humano
es materia que siente y nada más;
que del sepulcro el misterioso arcano 35
no tiene más allá.

No me digáis que el pensamiento brota
tan sólo de la masa cerebral;
ni que la esencia del amor se agota
la vida al terminar. 40

La misma duda y la esperanza inmensa
que dentro el corazón luchando están,
y del amor la llamarada intensa
que aumenta sin cesar;

nos dicen que la vida no se acaba 45
cuando trocado en polvo en polvo está,
ya que la carne es solamente esclava
del alma, ¡la inmortal!

-[628]- -629-

Antonio C. Toledo (1868-1903)

-[630]- -631-

Nota biográfica

Se le incorpora entre los imitadores de Bécquer, pero su manera es tan personal que -salvo el molde en que vació su sentir tan nuestro- su originalidad luce libre de los lugares comunes de escuela.

Porque fue, más que ningún otro, el tipo del poeta quiteño: un bohemio triste en el fondo y alegre y bonviveur en apariencia; lo que decimos un chulla, pero un chulla reformado que acertó a ser un funcionario cumplido; un chulla que había aprendido a disimular su pobreza y a tragarse sus lágrimas y, sobre todo, que no quería dejar creer que era poeta sino por humorada, ocultando su recóndita sensibilidad con el pudor instintivo con

que la ostra oculta la perla que crece en sus entrañas, sólo para mitigar su dolor de vivir, de otro modo intolerable.

Cuando se supo su fallecimiento, un periódico de la ciudad de Ibarra comentó el suceso en los siguientes términos:

«Honores, placeres... ¡chocheces de antaño!
Se sufre, se sufre... ¿Por qué? -Por que sí.
Se sufre, se sufre... y así pasa un año
y otro año ¡qué diablos! la vida es así.

-632-

»Y así fue la vida del poeta. ¡Cómo mueren los poetas!, comenta un colega. Cómo viven, debiera lamentar...

»Refiere un joven escritor, que trató íntimamente a Toledo, haberle dicho un día: -Escríbanos algo, compañero; escríbanos versos tristes sobre esta vida que matamos; y que él, con su irónica y amarga sonrisa habitual, mostrándole el papel en que redactaba una nota oficial, le contestó: -Mi vida está muerta, y hace tiempos la tengo enterrada, compañero»67.

-633-

Selecciones

-[634]- -635-

Brumas

(Selección)

Traspuse el bosque, la llanura, el río,
el agrio monte, en pos de una ilusión;
y desencanto, indiferencia, hastío,
encontró mi cansado corazón.

Probé a llorar, que el corazón humano 5
siempre en el lloro su dolor ahogó.
Y lancé un grito... ¡si el pesar temprano
la fuente de mis lágrimas heló!

Vaporosa, detrás de esa cortina
te alcanzaron mis ojos
por vez primera, aparición divina,
causa de mis enojos.

Desde entonces no puede el alma mía 5
olvidar tu hermosura,
desde entonces mi pecho sólo ansia
gustar de tu ternura.

Si solloza la brisa en la alborada,
en ella va un suspiro 10
que te envía mi alma enamorada
cuando en sueños te miro.

-636-

Como sube a los cielos en el viento
de la flor la fragancia,
así en la tarde va mi pensamiento 15
a tu tranquila estancia.

Si lanza el huracán hondos rugidos
en tempestad bravía,
él lleva de mi pecho los latidos
en la noche sombría. 20

Bien sabes que te amo, que te adoro.
Mas, siempre indiferente,
dejas que muera entre su amargo lloro
mi corazón doliente.

¡Hasta cuándo será que desdeñosa 25
al mirarme te escondas!
¡Cuándo será que tierna y cariñosa
a mi amor correspondas!

Como serpea en tormentosa nube
relámpago fugaz,
en sus pupilas negras, de continuo

llamaradas de amor saliendo están.

¡Ah! si esos ojos penetrar pudieran 5
mi secreto dolor...
Tal vez se disiparan estas brumas
donde ignorado muere el corazón.

Por qué, si junto al mío latir siento
tu amante corazón,
resistir no me es dado tu mirada
y se embarga mi voz?

-637-

¿Por qué, cuando tu mano entre las mías 5
estrecho, de emoción
tiembles como la flor de la montaña
que el viento acarició?

¿La nieve de tu tez por qué se torna
de vívido color, 10
si me hablas al oído con palabras
de lenta vibración?

¿Por qué dos seres que juntó el destino,
cual lo somos tú y yo,
apenas si se miran luego tienen 15
que darse eterno adiós?

Las olas de la mar tienen sus cantos,
su rugido el león;
la flor aroma, sombras el crepúsculo,
¡sus misterios Amor! 20

Nunca le interrogué si me quería,
jamás le confesé que la adoraba;
y suspirando ausentes, en secreto
guardábamos intacta la esperanza.

Sólo una vez, a la hora del ocaso, 5
cambiamos una rápida mirada
que saturó de luz nuestro silencio...
¡y es la luz el lenguaje de las almas!

Tengo hambre de contarte mis afanes,
mis dudas, mi pesar;
mas, cercada de innúmeros galanes
siempre te encuentro y tengo que callar.

-638-

Al fin, la turba que mi angustia labra 5
se ausenta, y ¿no lo ves?
ya no acierto a decirte una palabra
y me postro de hinojos a tus pies.

Es inútil, mi bien, que delirantes
de tu amor ni del mío hablemos más;
que, al cabo de la plática, tan sólo
tendremos que llorar.

Cuanto es de breve el plazo de la vida, 5
inmensa es la distancia de ti a mí.
¡Hablemos del amor de los extraños
que nos hará reír!

¡Ah! No puedes ser mía. Desistamos
de la pactada unión;
tu honor y mi altivez así lo exigen
con imperiosa voz.

¡Ah! ¡no puedes ser mía! Tú posees 5
pingües rentas y yo...
yo no consentiré que el mundo diga
que has comprado mi amor.

No temas si mis ojos
con los tuyos se encuentran como ayer;
como si extraña fueras, sin enojos,
callando, sin mirarte, te veré.

-639-

Filósofo no soy, mas se me alcanza 5
de ciertos raros hechos la razón.
No temas, pues, que penas ni venganza
abrigue, por tu culpa, el corazón.

No temas si de nuevo
nuestros ojos se encuentran como ayer; 10
cual si un extraño fueras, yo impasible
callando, sin mirarte te veré.

Teme, sí, cuando a solas
intentas por la noche descansar,
las mágicas visiones de alas negras 15
que implacables tu sueño turbarán.

No temas si mi mano
tiene un día las tuyas que estrechar;
no cual antes por ellas las magnéticas
corrientes del deseo pasarán. 20

No temas que el desvío
logre mis esperanzas marchitar;
planta que el cierzo arrebató a la orilla,
en playa más fecunda arraigará.

No temas que la risa 25
o el lloro descubran nuestro afán;
mis lágrimas, tiempo ha que se estancaron.
Sarcasmos son mis risas del pesar.

No temas que sucumba
a los tiros del odio el corazón; 30
en las luchas del mundo envejecido
soldado soy que aleccionó el dolor.

En la muerte de Julio Arboleda Armero

Bullen los negros pensamientos míos,
pueblan mi soledad.
Y me trae recuerdos la memoria
que invitan a llorar.
Oh, sí, ¡quiero llorar! aunque las lágrimas 5
nunca restañarán
la herida que en mi pecho abrió la ausencia
del amigo leal.

Temprano, de la vida en los eriales,
nos juntó la orfandad, 10
y desde entonces, entre él y yo partimos
del pan de extraño hogar;
pero él adelantose en la jornada...
y le saludan ya
del imperio de Véspero las sombras 15
con cariñoso afán,
y ya es feliz ¡pues sabe que en su tumba
vigila la piedad,
y que sus huesos la viciosa ortiga
no puede profanar! 20

Bullan mis negros pensamientos, corra
de mi lloro el raudal,
hasta que al lado del amigo ausente
yo llegue a descansar.

Llora, sí, pobre niña, que en la vida, 25
cuando ya se ha perdido la esperanza,
sólo un raudal de lágrimas alcanza
a restañar la sangre de la herida.

A una guayaquileña

Cuando la hora del bochorno avanza
me instalo en la cercana nevería
y, sorbetes y hielo machacado
ingiero, sin medida.

Mas, ¡vano afán! mis males recrudecen 5
en seguida, porque hay unas pupilas
negras, en cuya lumbre soberana
se incendia el alma mía.

¡Pupilas de la hermosa que me sirve
los vasos, en silencio y distraída, 10
que sufrir ya no puedo, a vuestra dueña
decidla compasivas!

Es el hombre un aprendiz
y su maestro el dolor;
y no sabe lo que es vida 15
quien penas no padeció.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

